

JACQUELINE NEW

EL INSPECTOR JEFE MCNEILL

ECOS DE INOCENCIA

Una mente retorcida. Un juego macabro.
Un detective al límite.

Índice

[Prólogo](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)

[Siguiente en la serie El inspector jefe McNeill](#)

[La mano del lobo: Prólogo](#)

[La mano del lobo: Capítulo Uno](#)

ECOS DE INOCENCIA

El inspector jefe McNeill

Libro 2

JACQUELINE NEW

vinci
BOOKS

Copyright © 2024 - 2026 Jacqueline New

Esta edición de 2026 es publicada por Vinci Books.

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en forma alguna ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin la autorización previa por escrito de la autora, salvo breves citas utilizadas en crítica literaria.

Esta es una obra de ficción. Salvo que se indique lo contrario, todos los nombres, personajes, empresas, lugares, eventos e incidentes que aparecen en este libro son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales es pura coincidencia.

Prólogo

Solo, en un departamento cualquiera, enclavado entre incontables cajas idénticas y sin alma en un monótono bloque de torres, él se sentaba, absorto en su tarea crucial. Las paredes, delgadas como el papel, susurraban secretos de vidas ajenas: el diálogo amortiguado de un televisor del vecino, el agudo crescendo de discusiones provenientes del departamento de arriba, puertas que se cerraban de golpe con frustración y rabia. Abajo, figuras sombrías con capuchas y máscaras se reunían en grupos afuera, sobre el hormigón gris. Esta cacofonía de vida, que resonaba a través de las paredes y los suelos, no hacía más que acentuar su confinamiento solitario.

Mientras trabajaba, hervía con una rabia silenciosa. Ese no era su mundo; era un paria, forzado a una existencia nueva que contrastaba brutalmente con el estatus elevado que una vez había ostentado. La habitación en la que se encontraba ahora era sombría y desprovista de adornos, un agravio diario a su vida pasada de respeto y privilegios. Solo contenía lo esencial: una vieja mesa de camping con juntas oxidadas, símbolo tangible de su caída, y un moderno router de Wi-Fi, un incongruente faro de modernidad en aquel lugar olvidado por Dios. La moqueta, común, manchada y desgastada, era otro testimonio de sus circunstancias actuales y

miserables, tan opuestas a los suelos pulidos y el lujo cálido y clorido de su pasado. Cada rincón de esa existencia mezquina era un amargo recordatorio de lo que había perdido, alimentando un resentimiento que hervía constantemente bajo su calma metódica.

La condensación lloraba por las ventanas, difuminando el mundo exterior. La humedad persistente se acumulaba en gotas, que poco a poco formaban charcos sobre los alféizares, donde fomentaban manchas de moho oscuro y rampante si no las limpiaba a diario. Sobre la mesa, una colección de cajas y paquetes yacía en espera, cada uno marcado con la impersonal precisión de códigos QR y de barras. Bajo la luz implacable de una única bombilla, se preparaba para su meticulosa tarea.

En una segunda mesa, fregada hasta quedar limpia y con un leve olor a lejía, descansaba debajo una caja de plástico con productos de limpieza. La mitad de la superficie de la mesa estaba ocupada por una colección de placas de Petri, cada una etiquetada con esmero. La otra mitad sostenía un sobre acolchado, idéntico a los que había recogido más temprano ese mismo día.

Con una precisión meticulosa, se colocó los guantes de látex estériles y levantó el paquete, depositándolo frente a él con reverencia. Examinó cada milímetro de su superficie con una lupa, su cabeza calva y cejas ausentes reflejaban la luz intensa, mientras que su mandíbula y mejillas lisas quedaban ocultas tras una mascarilla de grado médico.

La búsqueda fue metódica, casi ritual. Si resultaba infructuosa, el paquete se uniría a la pila de descartes. Pero hoy, la fortuna estaba de su lado. Un solo cabello, parcialmente atrapado por la cinta de sellado, brilló como una joya preciosa. Con la paciencia de un cirujano, empuñó el bisturí y las pinzas, liberando el cabello, cuyo folículo era la recompensa suprema a su paciencia y dedicación.

Selló el cabello en una placa de Petri y, con un rotulador, escribió un nombre y una dirección en letras mayúsculas, limpias y precisas. Las horas en la mesa le habían dejado dolor en la espalda, el cuello y las piernas, pero era un precio trivial por sus triunfos de esa noche. Su mirada se detuvo en las seis placas transparentes, poco profundas y con tapa que había llenado esa noche: seis vidas, seis

almas, atrapadas sin saberlo en su macabra colección. Asintió con un estremecimiento de placer, una pequeña y siniestra sonrisa cruzó sus labios mientras contemplaba la siguiente fase de su plan.

Capítulo Uno

La mano era pálida y delicada. Femenina. Con la palma hacia arriba y los dedos delgados curvados hacia adentro. Pequeñas áreas oscuras alteraban la superficie perfectamente limpia de la mano y la muñeca. Mac frunció el ceño. ¿Hendiduras? Parecían marcas de dientes. Detrás de él, podía oír a los forenses subiendo trabajosamente la colina con la tienda y las bolsas con su equipo. El cielo detrás del montículo de Arthur's Seat comenzaba a aclararse, pero ese lado aún estaba en profunda sombra. El suelo estaba empapado bajo sus pies, y se alegraba de que la llamada hubiera llegado en fin de semana. Lo había encontrado fuera de casa y vestido para pasar el día con una amiga y su hija. Botas de montaña, jeans y un forro polar. Su cabello negro estaba despeinado. Sus ojos oscuros, entornados e intensos. Con su atención centrada en la escena, su rostro inexpresivo, no permitía intromisiones. El agente uniformado que custodiaba el grupo de arbustos que ocultaba el último horror le saludó con un leve movimiento de cabeza y se hizo a un lado.

Durante un largo momento, Mac observó la mano. Luego se agachó y apartó las ramas rígidas de los arbustos. Se reveló un brazo hasta el hombro. Obsceno en su desnudez. Mac se había puesto guantes de látex mientras subía por el largo sendero desde el

estacionamiento. Ahora sentía humedad a través de ellos. Revisó y no encontró sangre. Por lo tanto solo rocío en el follaje. O lluvia de la noche anterior.

—Ayúdeme con esto —dijo.

El oficial uniformado se acercó y apartó con cuidado una porción considerable del arbusto, sujetándola hacia un lado. Mac observó el cuerpo que acababa de quedar al descubierto. Una mujer joven. Desnuda y cubierta de heridas de arma blanca. Rostro redondo y cabello corto, oscuro. Había una mancha de sangre junto a su nariz. Mac sacó el teléfono del bolsillo trasero y encendió la linterna. Se reveló un agujero irregular en el lateral de la fosa nasal derecha. Como si le hubieran arrancado un piercing. La mente pesimista de un policía interpretaba eso como la sustracción de un trofeo. Podía haberse desgarrado en una pelea, pero él siempre, por defecto, buscaba la explicación más oscura. Había un corte bajo su barbilla y dos a cada lado de la nariz, líneas rectas, como tajos. Contó rápidamente las heridas visibles. La mayoría estaban por encima de la cintura y por debajo del cuello. Unas treinta. Ataque frenético, entonces. Pero ejecutado con rapidez. No había muchos hematomas que Mac pudiera ver. Si la chica hubiese tenido tiempo de defenderse, habría heridas defensivas en brazos y manos.

No vio señales de eso en la carne pálida y delicada. Un ataque que ocurrió tan rápido que no tuvo tiempo de reaccionar y no fue necesario inmovilizarla. Miró por encima del hombro hacia donde dos uniformados estaban con una mujer vestida con ropa impermeable y un gorro de lana. Llevaba un golden retriever con arnés, que iba de un oficial al otro recibiendo caricias y atenciones. Sacaba la lengua y movía la cola. Mac se quedó mirando. Conocía al perro. Había pertenecido a una familia involucrada en un caso criminal grave anterior. Le alegraba que hubiera encontrado un buen hogar.

—¿Ella encontró el cuerpo? —preguntó Mac al oficial uniformado.

—Sí, señor. Lo encontró la perra. Ella dijo que tenía la mano en la boca antes de darse cuenta de lo que era y logró controlarla.

Mac asintió. Eran marcas de mordidas en la mano y la muñeca, tal como había supuesto. Al menos ahora sabía de dónde provenían.

—Jefe. ¿Está hoy más informal? —La voz de Kai le llegó a través del aire frío. Demasiado alegre y animada para ser tan temprano. Especialmente considerando la razón por la que estaban allí.

Mac miró hacia atrás, donde el detective Kai Stuart subía apurado por el sendero, con el abrigo largo cerrado por las manos metidas en los bolsillos. Llevaba traje y tenía el aspecto de un detective, hasta el peinado corto y arreglado.

—Recibí la llamada estando fuera de casa —respondió Mac.

—Usted es el que tiene que pagar la tintorería —dijo la Sargento Nari Yun.

Kai giró a medias y Mac vio a la esbelta y bajita Nari detrás de él. Llevaba una bandeja de cartón con tres vasos de café para llevar. Los técnicos forenses esperaban para montar la carpa sobre el cuerpo, ya vestidos con sus trajes de papel y mascarillas.

—¿Quién es nuestro patólogo hoy?—preguntó Mac.

—Stringer. No le está gustando la colina —respondió Kai.

Mac apenas logró distinguir la figura corpulenta del jefe del equipo SOCO, el patólogo forense Derek Stringer. En el último año, había acumulado más relleno alrededor de la cintura, junto con otra papada añadida por si acaso. Mac se preguntó si estaría enfermo. O simplemente envejeciendo. Él mismo no había estado tratando su cuerpo como un templo últimamente. Demasiada comida para llevar en lo de Clio o visitas al autoservicio por insistencia de Maia, su hija de trece años, una máquina de quemar calorías. Se enderezó y se apartó del cuerpo, indicando al equipo forense que podían continuar. Se alejó por completo y extendió la mano para recibir un café. Nari sonrió al entregarle un vaso.

—Té chai —dijo ella.

—¿Qué? —bufó Kai—. ¿Se nos está volviendo clase media, jefe?

Mac sorbió el líquido especiado y aromático.

—Estoy ampliando mis horizontes —respondió.

—¿Qué tenemos, jefe? —dijo Nari, entregando un vaso caliente a Kai y tomando el suyo.

Miró directamente a Mac, sosteniéndole la mirada de una forma que lo incomodó ligeramente. Demasiado intensa. Demasiado... algo.

—Mujer joven. Diría que de unos veinte años. Desnuda y apuñalada. Podría ser un ataque sexual. No hay muchas señales de sangre, así que diría que la dejaron aquí.

—Anoche llovía a cántaros —dijo Kai—. Y helaba. No es clima para tener sexo en un auto.

—Esa mujer de allá abajo encontró el cuerpo. Kai, ve a hablar con ella. Hazle caricias al perro y serás su mejor amigo de por vida. Convéncela de repasar la declaración que le dio a los primeros en llegar y toma notas. Quiero la mayor cantidad de detalles que pueda darte.

—Voy.

Kai se acercó a la testigo con una sonrisa desdentada de galán. Lo justo para tranquilizarla sin faltar al respeto por las circunstancias.

Mac se quedó junto a Nari mientras Stringer subía la colina a paso lento, con los pies crujendo sobre la grava roja. Edimburgo parecía una ciudad de juguete a sus pies. Una red de farolas se extendía sobre un revoltijo de edificios que parecían haber sido lanzados al aire y dejados caer donde fuera. Dio un sorbo a la bebida que se suponía debía relajarlo y sintió el estómago contraerse. Por el rabillo del ojo notó que Nari lo miraba de reojo. Lo ignoró. No quería hablar de su fin de semana ni de nada que no fuera la chica muerta a unos pocos metros.

—Buenos días, inspector —resopló Stringer al llegar por fin a la escena.

—Buenos días. Parece un apuñalamiento múltiple —dijo Mac, con ganas de empezar.

Stringer suspiró mientras se ajustaba la mascarilla sobre la cara.

—Odio los casos desordenados.

—Está en el trabajo equivocado —le dijo Mac mientras se acercaban juntos a la tienda.

—Oh, hay asesinatos de todo tipo, limpios y ordenados. Estrangulamiento. Sofocación. Envenenamiento. Ahora, tuve un caso hace poco, tal vez oíste hablar de él. Un veneno de acción rápida que se disuelve solo y...

Echó un vistazo a Mac mientras levantaba la solapa de la tienda, observó sus jeans, botas y forro polar, y luego señaló la mesa de camping que habían colocado junto a la tienda y que estaba llena de trajes forenses de repuesto. Mac asintió y empezó a vestirse mientras Stringer se agachaba para entrar en la tienda. Para cuando lo siguió, Stringer ya estaba en cuclillas junto al cuerpo. Un agente de criminalística peinaba las ramas del arbusto con unas pinzas, usando una lupa cuadrada. Otro fotografiaba la escena desde todos los ángulos. Mac se agachó junto a Stringer, manteniendo cuidadosamente las manos lejos del suelo y del cadáver, dejándolas colgar sueltas sobre las rodillas.

—Me retracto. Alguien ha sido muy meticuloso y ordenado con esta —dijo Stringer, con su acento educado de Edimburgo, que apenas sonaba escocés—. Muchas heridas hechas con una hoja muy afilada y estrecha. No parecen profundas, así que diría que de unos cinco o siete centímetros. Tal vez un bisturí o un cúter. Pero el cuerpo ha sido limpiado. Y, a pesar de las múltiples heridas, hubo un solo asesino. Aquí.

Señaló un corte debajo del pecho izquierdo de la chica.

—Eso es muy preciso para un ataque frenético —dijo Mac.

No había notado esa herida en particular entre tantas. Revisó su evaluación inicial. Un golpe dado con precisión quirúrgica para matarla. Luego, una treintena más.

—Precisión primero. Frenesí después —dijo Stringer; sus ojos se encontraron brevemente con los de Mac en un gesto rápido de respeto profesional mutuo. Stringer siempre apreciaba a los agentes que podían leer una escena del crimen casi tan bien como él.

—No estoy seguro de qué pensar sobre esos tres cortes en la cara. Es difícil hacer cortes tan limpios si la víctima está viva. A menos que esté anestesiada, claro. Debajo del mentón, así. Y para lograr cortes tan rectos a ambos lados de la nariz. Otra vez, la ubicación es muy precisa. Me voy a arriesgar y decir que muy bien podrían haberse hecho post mortem. Lo sabré con más certeza cuando la lleve al laboratorio.

—Hay mucha sangre en alguna parte —observó Mac.

—La hay. Pero no aquí. Vamos a necesitar más forenses. El asesino pudo haberla cargado por el sendero hasta aquí o tal vez no. Hay varias rutas para subir la colina hasta este punto —observó Stringer—. Ha notado la herida al costado de la nariz, ¿verdad?

Mac asintió con un gesto seco. Stringer suspiró.

—Va a necesitar mucha gente para encontrarla por aquí. Asumiendo que esté en la ladera y no en el bolsillo de alguien.

La sonrisa de Mac fue apenas una muestra de dientes. Stringer era tan propenso como él a imaginar el peor escenario posible. ¿Cómo no serlo, al trabajar rodeado de cadáveres? Permaneció agachado, con los ojos recorriendo a la chica. Tenía los ojos abiertos y azules. De un azul desconcertante.

—Por la flexibilidad de las extremidades, diría que la muerte ocurrió hace no más de dos o tres horas. No hay señales de *livor mortis*, pero no esperaría ver lividez en el lugar donde el cuerpo ha estado yaciendo, disculpe debería decir colocado, boca abajo. Se siente frío al tacto, pero hace mucho frío y está desnuda. Así que la muerte ocurrió entre las dos y las tres de esta mañana. Saque sus propias conclusiones, inspector.

Mac asintió, su mente ya trabajando para reconstruir qué podría estar haciendo una chica joven como esa. Llevaba delineador oscuro y las uñas pintadas. No era la más maquillada, pero algunas estudiantes no usaban el maquillaje como una paleta de albañil. Aunque también podía haber sido atacada en su cama. O en la de otra persona.

—Bueno, será mejor que me deje continuar. Tendrá mi informe lo antes posible —dijo Stringer, con una leve nota de irritación en la voz.

Mac se puso de pie y salió de la tienda. Avanzó crujientemente por el sendero un trecho. Este serpenteaba entre árboles y arbustos, alejado de la carretera de abajo.

—Vaya subida para hacer con un cadáver —observó Nari, ofreciéndole de nuevo algo de beber.

—¿Para qué molestarse? —dijo Mac.

—No se puede esconder un cuerpo aquí arriba. No con la cantidad de gente que sube todos los días.

—¿Y si querían que encontraran el cuerpo?

Mac se quitó los guantes, haciendo una bola con uno dentro del otro. Los dejó caer dentro de su té tras beberse la mitad de un solo trago. Había un contenedor de basura junto al sendero y arrojó allí tanto el vaso como los guantes.

—Puede ser.

Hubo una pausa.

—Igualmente vino vestido para la ocasión —dijo Nari.

Mac no estaba dispuesto a entrar en los detalles de su sábado. Cómo él y Clio habían llevado a Maia a caminar por los Pentlands. No era el tipo de pasatiempo que alguna vez habría dicho que le gustaba. Pero Clio se había convertido en una buena amiga desde el horror que los había llevado a conocerse. El Asesino Celta, como lo habían apodado los tabloides. Y, aunque no lo admitiría ante nadie, Maia lo tenía completamente dominado. Tío Callum. Sintió que una sonrisa se le escapaba en la comisura de los labios ante la idea y obligó a su mente a volver al presente. Nari lo estaba mirando, con el fantasma de una sonrisa atreviéndose a asomarse en su rostro.

—Hablaré con Reid sobre los agentes extra que necesitaremos para rastrear la ladera —dijo Mac con brusquedad—. Quiero que usted y Kai se encarguen de los testigos, las cámaras de seguridad, y los conductores. Cualquiera que podamos situar en las cercanías y que tal vez haya visto cómo subían el cuerpo hasta aquí. Eso habría sido a partir de las dos de la madrugada.

Los dedos de una de las manos de Nari bailaban sobre la pantalla de su teléfono. Echó un vistazo a su café y lo tiró como había hecho Mac, luego volvió a tomar notas.

—Nos estableceremos en la central de Hillside. Ya llamé a Melissa; ella se encargará de reasignar cualquier caso que tenga. Este será la prioridad.

Comenzó a bajar por la pendiente hacia el estacionamiento para visitantes, a un cuarto de milla más abajo. Mientras lo hacía, su mente recordó una conversación que había tenido el día anterior con la doctora Clio Wray. Inicialmente una consultora a la que había reclutado para ayudar a resolver el caso de un asesino en serie, ahora una de sus muy pocas amistades.

Capítulo Dos

—Está agotada y tan feliz como nunca la había visto —dijo Clio, bajando las escaleras con cansancio.

—No creo que ella quisiera irse —respondió Mac, extendiéndole una copa de vino blanco.

Tenía una botella de Bud en la otra mano. Clio tomó el vino y fueron hacia la sala. Mac se dejó caer en un sillón mientras Clio se sentaba en el extremo del sofá más cercano a él. Recogió los pies bajo su cuerpo y dejó caer la cabeza contra un cojín mullido encajado en una esquina del sofá. Mac se sentía cómodo en la casa de Clio a pesar de lo distinta que era a la suya. Ella vivía entre desorden y cachivaches. Él vivía entre líneas puras, minimalismo y funcionalidad fría.

—No quería —respondió Clio—. Un caso clásico de FOMO.

Mac frunció el ceño con una sonrisa perpleja. Por un momento, entrecerró los ojos, luego negó con la cabeza y dio un trago a la botella. El líquido, frío y punzante, le limpió el cansancio de un día dedicado a una actividad que no había practicado desde... No, nunca había hecho nada de lo que había hecho ese día con Maia y Clio.

—No tengo ni idea de lo que significa eso —dijo.

Clio sonrió.

—Fácil para un padre. Todos los niños lo sufren. Miedo a perderse algo.

Mac soltó una risa, reconociéndolo en la renuencia de Maia a admitir que ya no podía más, sin querer irse a la cama a pesar de lo tarde que era.

—Sobre todo cuando se trata de ti —continuó Clio.

—¿De mí? No lo entiendo. ¿Por qué yo? —respondió Mac.

—¿Qué no entiendes? Eres un policía héroe. Eres misterioso; prácticamente un extraterrestre, al menos para Maia. Ella sabe que haces cosas todos los días que nunca llegará a descubrir porque no son seguras para una niña. Y eso lo convierte en lo más intrigante de todo su mundo. Comparado contigo, mi trabajo en la universidad es un somnífero.

Mac se pasó una mano por el cabello, sintiéndose aún más confundido.

—Pensé que me tendría miedo. Bueno, no de mí exactamente, sino de lo que hago. Quiero decir, Crímenes Especializados no interviene a menos que haya ocurrido eso precisamente, un crimen especializado. Alguien tiene que hacerle algo brutal a otra persona para que me pidan investigar.

—Y ella lo sabe, pero también ha espiado la tele y películas que no debería haber visto. Se ha saltado mis bloqueos parentales o simplemente las ha visto con sus amigas. Así que sabe que la gente puede ser horrible entre sí, y que cuando lo son, un policía como tú lo arregla. Cree que vives en un mundo de persecuciones en autos y tiroteos. Que los polis siempre atrapan al malo al final. Cosas de bien contra el mal.

—Tal vez antes de internet. Pero hoy en día los niños están más despiertos, ¿no? —protestó Mac.

—Niños como Maia creen que lo están, pero ha estado algo protegida. Me he asegurado de ello lo mejor que he podido. No puedo controlar el cien por cien de lo que ve en internet, pero sigue estando resguardada de lo peor de las atrocidades del mundo. Sigue siendo una niña, Mac, y quiero que tenga una infancia feliz el mayor tiempo posible, sin que los horrores del mundo real la manchen. Ya tendrá suficiente de eso cuando sea adulta.

Mac asintió.

—Puedo pensar en niños que no están protegidos en absoluto. Los he visto, y también en los adultos en los que algunos se convierten.

—Exacto —coincidió Clio, dando un sorbo a su vino—. Tú eres una ventana a un mundo emocionante del que ella sabe que ha estado protegida. Y eres un buen hombre. Ella lo sabe y te idolatra por eso. Tómallo como un cumplido.

Mac asintió, sintiéndose avergonzado de ser objeto de adoración heroica. Pensó en las interacciones con Maia durante el último año. Al principio, se había quedado sin palabras en su presencia, con la mente en blanco ante la idea de mantener una conversación con una niña. Sabía que Maia era demasiado mayor para hablarle como a un bebé, pero no tenía claro cuál era el nivel adecuado de conversación.

—Lo haré. Me alegra haber causado una buena impresión. Tengo que admitir que me he sentido mucho más relajado con ella estos últimos meses. No me encariño rápido con la gente. Nunca lo he hecho.

—Lo he notado —dijo Clio—. Cuando la conociste, creo que no le hablaste directamente a Maia en absoluto, solo a mí o a través de mí. Pero ya lo esperaba.

Mac alzó una ceja.

—¿Lo esperabas?

—Sí, un hombre como tú. Sabía que no te sería fácil hacer amigos. Para ser honesta, me sorprendió lo rápido que tú y yo conectamos.

Mac la miró directamente. Fue una experiencia inusual encontrar su mente completamente en blanco, incapaz de comprender el significado. Normalmente, pasaba el tiempo en un estado constante de análisis e hipótesis, revisando datos y elaborando teorías que encajaran con la evidencia. Pero no tenía idea de a qué se refería Clio.

—Estoy perdido.

—¿En serio? —dijo Clio, con un tono de sorpresa genuina.

—En serio. ¿Qué quieres decir con “un hombre como yo”? ¿Un policía? ¿Un adicto al trabajo? ¿De mediana edad?

Clio lo miró de una manera extraña. Era el tipo de mirada que decía que Mac estaba siendo deliberadamente obtuso, negándose a reconocer algo obvio. Mac abrió las manos, riendo.

—Hablo en serio. Nada de juegos. ¿De qué estamos hablando? Tengo curiosidad.

—Solo me refiero a alguien que está en el espectro —dijo Clio.

—¿Espectro? —Mac estaba genuinamente confundido por un momento. Luego comprendió a qué se refería ella—. ¿En serio? No tengo autismo, Clio.

—Nadie lo tiene. No es una enfermedad, Mac. Es un neurotipo. Maia también es neurodivergente. Tiene TDAH. Al menos ese es el nombre que la sociedad le da. Para mí, ella simplemente es Maia Wray, pero necesitas una etiqueta antes de que instituciones como las escuelas ofrezcan apoyo o hagan concesiones. Probablemente lo heredó de mí. Yo tengo TDA sin diagnosticar, Trastorno de Déficit Atencional, no tengo la parte hiperactiva como ella. Estuve segura, después de que nos conocimos, de que tú estabas en el espectro. ¿Nunca hablaste de eso con tus padres o durante tus años escolares?

—Nunca. Creo que debes de estar equivocada. Quiero decir, no sé mucho al respecto más allá del nombre, pero las personas autistas no... —vaciló, de pronto consciente de su ignorancia y sin querer recurrir a generalizaciones.

—Se llama espectro por una razón. Desde lo que podrías describir como leve, hasta lo extremo. Desde el día en que nos conocimos, puedo contar con una mano las veces que me has sostenido la mirada. Apuesto a que te resulta físicamente incómodo. ¿Tengo razón?

Mac dio un trago largo de su botella y se dio cuenta de que no estaba mirando a Clio a los ojos mientras ella hablaba. Ella había dado en el clavo con algo que él siempre había sabido de sí mismo y que había etiquetado como una tontería o una debilidad. Se obligó a mirarla a los ojos. Ella sonreía con dulzura y, tras un momento, él soltó una risa y desvió la mirada.

—No tienes que avergonzarte. He enseñado a cientos de estudiantes autistas. Es solo la forma en que está conectado tu cerebro. No es una enfermedad ni un defecto. Piensas de manera diferente, eso es todo. Maia piensa de manera diferente. Yo también.

—Neurodivergente —dijo Mac lentamente, probando la palabra.

—Sí. Pero apuesto a que puedes mirar los detalles minuciosos de una prueba en un caso y ver cosas que todos los demás pasan por alto. Encontrar patrones en el aparente caos. Un verdadero superpoder para un policía.

Mac asintió, genuinamente interesado. Su mente ya corría por un nuevo camino, examinando rasgos de su forma de pensar y de comportarse, analizándolos bajo esta nueva perspectiva.

—Hiperfocalización —continuó Clio—. Maia lo hace cuando algo realmente le interesa. Excluye por completo el mundo exterior. ¿Te suena familiar?

—Podrías estar a mi lado y gritarme al oído. No lo oiría —dijo Mac—. Algunos de mis colegas solían hacer bromas sobre eso cuando me ascendieron por primera vez a la Brigada de Investigación Criminal. El hecho de que podía estar en mi propio mundo. Luego empecé a ver conexiones en los casos que los detectives más experimentados pasaban por alto. Y empecé a ser elegido para asignaciones importantes por oficiales superiores ambiciosos como Kenny Reid. Y fui ascendiendo en el escalafón.

—Te lo dije. Comparado con una mente neurotípica, tu capacidad para ver los detalles es un superpoder. No me sorprendería enterarme de que muchos policías exitosos son neurodivergentes. Pero, como todo en la vida, tiene partes buenas y malas. Como mencionaste, no conectas rápidamente con la gente. Sé que no eres una persona sociable. Evitas salir con tu equipo fuera del trabajo y no echas de menos tener muchos amigos. No es algo importante para ti.

—O amigos en absoluto —dijo Mac—. Y no, no lo echo de menos. ¿Cómo se puede extrañar algo que nunca se ha tenido, o que, en todo caso, nunca se ha necesitado? Pero no siento nada al respecto, ni para bien ni para mal. Simplemente es así. Y sí tengo algunos. Pocos. Uno—. Sonrió con timidez.

—Dos —corrigió Clio.

—Dos —asintió Mac.

No estaba del todo convencido. Pero era inquietante que Clio hubiera percibido rasgos de su personalidad que no habría tenido oportunidad de observar, y aun así sabía que estaban ahí. El hecho de que pudiera decirle que no tenía muchos amigos podría haberse deducido del mismo modo en que lo haría un detective. Hablando con quienes conocían a Mac, investigándolo, rastreando su huella digital, lo poco que había, y mediante la observación básica. Pero nada de eso revelaría lo que él pensaba al respecto. Que no tenía muchos amigos era fácil de descubrir. ¿Pero que no lo extrañaba ni le importaba en absoluto?

—Algunos de mis superiores me han dicho en evaluaciones que mi trabajo es bueno. Pero que la forma en que lo hago necesita mejorar. La gente no conecta conmigo. Piensan que soy arrogante...

—¿Distante? ¿Frío? —preguntó Clio, con intención.

Mac asintió.

—Exactamente. ¿Así que me estás diciendo que crees que es porque estoy dentro del espectro?

—Apostaría dinero a que sí —dijo Clio—. Me importa mi trabajo, la parte de enseñar, no solo lo académico. Trato de entender todo lo que puedo sobre mis estudiantes y cómo piensan para comprender cómo aprenden. He investigado mucho y he tomado muchos cursos a lo largo de los años sobre neurodivergencia en jóvenes.

—Y en hombres de mediana edad —dijo Mac.

Clio se sonrojó.

—Lo siento. Acabo de darme cuenta de lo completamente inapropiada que es toda esta conversación. No debería estar diciéndote lo que eres. A veces digo las cosas de forma muy directa, como una bomba. Eso es el TDAH, así tal cual. Impulsiva.

—¿Como lanzarte a ayudar a un detective que aparece en tu oficina con pinta de haber recibido una buena paliza de parte de un matón callejero? —dijo Mac con una sonrisa de pícaro.

—Exactamente —Clio levantó su copa de vino para beber, pero estaba vacía.

Mac se levantó y se la quitó de las manos, caminó de vuelta a la cocina y sirvió otra. Sacó una cerveza fresca de la nevera y dejó la vacía en la caja de plástico dentro de un armario donde Clio guardaba el vidrio para reciclar. Aún llevaba los jeans y la camiseta que se había puesto para caminar por los Pentlands durante la mayor parte del día, aunque sus nuevas botas de senderismo estaban sobre el felpudo del porche. La casa de Clio le resultaba un lugar familiar tras apenas unas cuantas visitas, un sitio donde se sentía cómodo. Se debía a las personas que vivían allí. Se dio cuenta de que se había sentido a gusto con Clio casi de inmediato y que ahora estaba descubriendo que Maia era humana, no una criatura incomprensible de otro planeta. Saber que ella lo admiraba hacía que Mac se sintiera más relajado con respecto a ella. Las únicas personas con las que se había sentido así de cómodo antes eran Siobhan y su hija Aine.

Pensar en Siobhan todavía le provocaba una punzada de dolor. Una sensación de pérdida que llegaba de repente, le vaciaba el alma y luego se desvanecía como un susurro. Dejaba una melancolía profunda y persistente que él intentaba sacudirse. No quería que esos sentimientos arruinaran un gran día y una buena noche.

—Perdón si me he pasado. Solo pensé que un hombre tan perceptivo como tú ya sabría esto sobre sí mismo.

Mac negó con la cabeza.

—No lo hagas. De verdad me parece fascinante. *Carry on*, Clio.

—En realidad prefiero *Camping*—dijo Clio, mientras él le entregaba el vino recién servido.

Sus dedos se rozaron alrededor del vaso frío, pero Mac no captó el momento, distraído una vez más por su comentario.

—A veces no me siento como el brillante detective cuando estoy contigo —admitió.

—¿*Carry On*? —dijo Clio—. Vamos, no me digas que nunca has visto las películas de *Carry On*.

—Ah, claro. No. No es lo mío —dijo Mac—. ¿Pero no son completamente sexistas y anticuadas?

—Claro que lo son. Pero quizá notes que las chicas siempre se salen con la suya y los viejos verdes siempre reciben su merecido.

Solía verlas con mi abuelo. Por eso le tengo cariño al humor escatológico y sexista de los setenta. Me recuerda a él —admitió Clio.

—Muchas cosas me recuerdan a mi viejo —dijo Mac—. Ninguna buena. Mi hermano, en cambio...Siempre me acordaba de él cada vez que tenía que separar una pelea en un bar.

—¿Era bebedor?

—Solía golpearme —dijo Mac—. Hasta que crecí lo suficiente para responderle igual.

Se acomodó en el asiento, dio un trago a su cerveza como escudo entre ellos y cambió de tema con la sutileza de un ladrillo. Clio sonrió para sí misma, pero no protestó. Hablaron de Maia y sus problemas en la escuela, de la visita que Mac dijo que intentaría organizar para hablar con los niños sobre ser policía. Se relajó, dándose cuenta de que la tensión había empezado a acumularse en sus hombros por lo personal de la conversación. Se rio con sus chistes y con su reacción a su tipo de música cuando le mostró una de sus listas de reproducción.

A medida que los bostezos reemplazaban las palabras con más frecuencia, Clio le preparó el sofá y, antes de subir a la cama, lo abrazó impulsivamente. Mac sintió el impulso de apartarse, una respuesta instantánea y visceral. ¿Autismo? ¿De verdad era esa la respuesta?

Capítulo Tres

—Mamá, ¿tú y Callum están durmiendo juntos?

A Clio se le fue un trozo de tostada por el camino equivocado. Maia estaba sentada frente a ella en la pequeña mesa redonda en medio de la cocina. Sonreía con un pedazo de tostada en la boca. Como si supiera perfectamente que acababa de lanzar una granada de mano en la habitación.

—Primero que nada, eso no es asunto tuyo. Segundo, no. No. ¿Cómo es que siquiera...?

Clio se detuvo al ver la ceja levantada de su hija de trece años que parecía de veinte. Tenía el mismo cabello oscuro que Clio, pero los ojos y la nariz de su padre. Ojos oscuros que podían parecer pozos sin fondo cuando se enojaba o los ojos de Bambi cuando quería algo. Una joven sentada en el lugar de su niña pequeña.

—¿Cómo es que siquiera sé sobre el sexo? —preguntó Maia.

—Lo sé, lo sé. Pregunta estúpida. Pero igual no deberías estar preguntando —dijo Clio, limpiándose las migas de la boca con un sorbo de café frío, que ya ni recordaba haber preparado para sí misma.

—Para ti, él solo es tu tío genial que no pone límites. Por eso te cae tan bien. Yo soy la mala que te hace hacer la tarea y te dice que no a McDonald's.

—De todos modos, sé que se quedó a dormir anoche.

—Porque se merecía una copa de vino después de pasar el sábado contigo —replicó Clio con una sonrisa propia—. Y durmió en el sofá. Es un amigo, y eso es todo lo que va a ser.

—He visto cómo lo miras. No te culpo. Está buenísimo. Para ser un tipo mayor —dijo Maia.

—¿De verdad estás intentando que te castigue? —respondió Clio—. Basta.

El problema era que Mac estaba realmente buenísimo. Alto, moreno y guapo. Un cliché, pero no había mejor manera de describirlo. Taciturno. Demasiado callado y completamente inescrutable. No era el tipo de hombre del que era sano enamorarse. Y Clio no lo estaba. Bajo ninguna circunstancia. Los ojos de Maia se habían vuelto pozos infinitos de negrura. No hizo un puchero, su boca simplemente se volvió una línea recta. Hoy en día, podía pasar del juego al enfado en un parpadeo. Clio suspiró. Tomó su taza de café con ambas manos. Recordó que estaba frío y fue a la cafetera a servirse otro.

—Mira. Las dos casi morimos el año pasado. Eso crea un vínculo. Estuve trabajando con él y con su equipo. Nos hicimos amigos. Y sí, es guapo. Pero no está disponible para mí ni para nadie. Y yo tampoco lo estoy. ¿Vale?

Mantuvo un tono suave, queriendo que Maia volviera a ser su amiga. Maia se encogió de hombros y sonrió. Una sonrisa brillante que se encendió, iluminando su rostro y el corazón de Clio.

—Claro. Entonces, ¿cuál es el plan para hoy? ¿Empacar? ¿Mudanza?

—Empacar. Trece años de cosas por empacar —dijo Clio con una mueca.

Miró a su alrededor y sintió la culpa de siempre. Culpa de que Maia había estado viviendo los últimos tres meses rodeada de cajas y bolsas de basura mientras intentaban prepararse para mudarse.

—Sigo pensando que el casero es un completo...

Clio decidió dejar pasar la palabra que seguía. En el siglo XXI, no podías esperar que una adolescente no supiera decir palabrotas. Y Clio estaba de acuerdo. Había alquilado la casa al mismo amable y

anciano profesor jubilado desde poco después de que Maia naciera. Él había muerto hacía seis meses y su hija quería recuperar la casa. Les había dado a Clio y a Maia cuatro meses para deshacer más de una década de pertenencias. Mac había intimidado a la mujer para que extendiera el plazo a seis.

—Ya no importa. Tenemos nuestro nuevo lugar. Y Corstorphine es una zona muy bonita. Y mucho más cerca del centro. Puedes subirte a un autobús gratis y llegar a cualquier parte. Así que, nos está haciendo un favor, aunque sea una... pesada —Clio decidió suavizar la palabrota por algo más apropiado para una madre.

—No tienes que vendérmelo —dijo Maia, levantándose y abriendo la nevera.

—No hay nada ahí que no estuviera hace cinco minutos —señaló Clio.

—Sigo teniendo hambre —se quejó Maia.

—Come algo de fruta —dijo Clio.

Maia deambuló hacia la sala de estar, separada de la cocina por un arco que alguna vez había sido una pared, derribada hacía mucho tiempo. Un edredón estaba doblado en un extremo del sofá, con dos almohadas colocadas ordenadamente encima. Maia se sentó junto a la ropa de cama y empezó a teclear en su teléfono. Clio sabía que tenía una ventana de tiempo muy estrecha para lograr que su hija se involucrara y se moviera, o pasaría toda la mañana pegada al teléfono.

—Tengo un pedido por llegar y dos paquetes que hay que enviar. Me voy a duchar. ¿Puedes llevar esas dos cajas que están en la mesa de centro hasta la puerta de entrada y estar atenta al repartidor? El timbre no funciona y ya reprogramé una vez.

Maia gruñó.

—Por favor, cariño. Me van a multar si falto a otra.

El suspiro de Maia dejó claro que esto era la mayor imposición que alguien en el mundo hubiera sufrido jamás, pero se levantó y fue a recoger la primera caja.

—Cuidado, pesa —dijo Clio.

—Okeeeey.

Clio sonrió mientras recogía los restos del desayuno. Agarró su teléfono al salir de la habitación y se dirigió hacia las escaleras. Maia había tomado posición de centinela en el banco que tenían en el porche, con los pies apoyados en la pared opuesta. Con el teléfono en la mano. Las dos cajas estaban detrás de la puerta.

—Vas a tener que moverlas para abrir la puerta —gritó Clio mientras subía las escaleras.

—Ajá —respondió Maia.

Cuando Clio entró en su habitación, con la cama sin hacer y las cortinas aún cerradas, vio el correo en su teléfono. Seguía abierto desde la vigésima vez que lo había leído. Solo verlo la enfureció, y lo deslizó fuera de la pantalla. ¿Quién diablos se creía Michael Gaines que era? Para sermonearla como si fuera una de sus alumnas. Y para insinuar cosas sobre su hija. Como si Maia fuera el único problema en su escuela. Dejó caer el teléfono sobre la cama y se pasó las manos por el pelo corto y oscuro. Cerró los ojos y repitió su mantra para calmarse, sujetando el jaspe que llevaba en un collar. Era tan injusto. Y sabía que le estaba afectando a Maia. Cada vez le costaba más convencerla de levantarse para ir al colegio por la mañana. Su ánimo empezaba a decaer a medida que el domingo avanzaba y se acercaba la nueva semana escolar.

Mac ayudaba. Era una influencia tranquilizadora y alguien a quien Maia parecía casi idolatrar. Lo que comenzó como una persona con quien Clio podía hablar sobre la experiencia que habían compartido el año anterior se convirtió en una amistad genuina. Hasta el punto de que Mac se quedaba a dormir en el sofá. Había papeles esparcidos por la cama, y ella empezó a recogerlos para distraerse de los problemas en la escuela de Maia. El teléfono sonó, y soltó un gemido al ver el nombre. Se dejó caer de nuevo sobre la cama, dudó un momento si dejarlo sonar, y luego contestó.

—Dean, hola.

—Clio, perdona que te moleste en domingo, pero quería ponerte en contacto contigo por un par de cosas antes de que se reúna el comité mañana —dijo el decano Graeme Hutchison—. Y llámame Graeme, por favor.

—Ok, Graeme. ¿Qué comité es ese? —preguntó Clio.

Esperaba que no estuviera entre la documentación que su nuevo jefe le había entregado la semana pasada al informarle que había conseguido el puesto de jefa de facultad. No quería empezar el trabajo olvidando algo importante.

—Perdona, fue culpa mía. Estaba previsto para fin de mes, pero lo adelanté —dijo Hutchison—. Una cosa que descubrirás sobre mí es que nunca dejo de trabajar, y mis jefes de facultad acaban haciendo lo mismo.

—Supongo que viene con el salario —dijo Clio, obediente—. No me quejo.

Esperaba sonar sincera y entusiasta.

—Eso es. Genial.

La conversación se desvió rápidamente hacia las agendas y los presupuestos departamentales para el próximo año fiscal. Clio encontró un bolígrafo en el suelo, junto a la cama, y agarró un trozo de papel, garabateando notas en los márgenes. Sentía que necesitaba que el fin de semana empezara de nuevo. Era demasiado. Empezar un nuevo trabajo, apoyar a Maia en su complicado inicio en la secundaria y mudarse de casa, todo al mismo tiempo. Una locura. Cuando Hutchison colgó, tiró el teléfono a un lado, se cubrió la cara con una almohada y sintió que estaba a punto de llorar. Pensó en Mac. Su calma imperturbable y su exterior helado. Trató de pensar como él. No era ella. Abajo, oyó la puerta abrirse y la voz de Maia. Luego, una voz masculina respondió. Al levantarse, fue hacia el ventanal al frente de la habitación y apartó la cortina.

Un hombre con gorra de béisbol, pantalones cargo y polo estaba de pie en la puerta. Desde ese ángulo, apenas podía ver a Maia.

—¿Vienes a recoger o a dejar? —le estaba preguntando Maia al hombre.

Revisó su teléfono, que llevaba enganchado al cinturón.

—Recogida. Dos paquetes. Clio Wray —dijo.

—Estos dos —dijo Maia, empujando uno con el pie.

Clio dejó caer la cortina cuando el hombre alzó la vista. Le dio la impresión de un rostro juvenil y unos ojos oscuros, un mechón de cabello negro asomando bajo la gorra. Clio se sintió levemente

avergonzada por haber sido sorprendida espiando. Se rio para sí misma mientras empezaba a desvestirse, lista para ducharse. Maia era una buena chica. No era necesario que le dijeran cuánta ayuda necesitaba Clio. Bueno, sí era necesario, pero no se quejaba de tener que hacerse cargo. Bueno, también lo hacía, pero solo un poco, y luego cumplía con lo que se le pedía. No todos los padres podían confiar tanto en sus hijos adolescentes como ella confiaba en su hija. Clio no tenía ninguna duda de que Maia se quedaría en su puesto hasta que llegara la entrega. Para entonces, Clio ya tendría otra tarea para ella. Al meterse bajo la ducha caliente, la pregunta inapropiada que Maia le había hecho volvió a su mente. Cerró los ojos, incapaz de resistirse a un momento de fantasía. Mac era guapo. Delgado pero fuerte. Dominante y muy masculino. Sacudió la cabeza, abrió los ojos y tomó el guante exfoliante que colgaba de la pared. Empezó a frotarse con fuerza, pensando en el trabajo, la escuela, mudanzas. En cualquier cosa menos en Callum McNeill.

Capítulo Cuatro

Mac despertó sintiendo como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. No recordaba el sueño, pero el regusto que le había dejado era visceral. Un peso que le oprimía el pecho, impidiéndole levantarse, ducharse, vestirse. Todas las actividades que lo transformarían en el detective de policía que debía ser. Un rol que exigía acción y en el que cualquier pensamiento ajeno al trabajo debía ser apartado. Con una sensación de repulsión hacia su propia debilidad, apartó el edredón de un tirón y bajó los pies al suelo. Lluvia. Tenía una impresión persistente de una lluvia torrencial y empapante. Esa era la única memoria medianamente coherente que pudo rescatar de una noche de sueño que parecía no haber comenzado realmente antes de que llegara la hora de levantarse. Había sido una noche larga, eso seguro. La rueda de prensa se había celebrado al final del primer día. Justo a tiempo para entrar en las noticias de la hora punta.

Una joven de unos veinte años encontrada muerta. Se dio una descripción de su aspecto, su maquillaje y el piercing en la nariz. Un ruego a cualquiera que tuviera una amiga desaparecida, una hija, o una novia. Contactar a la policía. Reid había querido estar a su lado, pero Meredith Blakely lo detuvo, saltándose la cadena de mando como solo una civil experta en relaciones públicas podía hacerlo.

Kenny Reid llevaba menos de un año fuera de una investigación de Anticorrupción. Reid había señalado con terquedad que era confidencial y estaba cerrada. Blakely respondió con contundencia que nada se filtraba tanto como la fuerza policial. Reid debía mantener un perfil bajo. Que la mirada intensa de Mac fuera la cara visible de la rueda de prensa. Mac se levantó y fue al armario. Su polar colgaba a un lado junto a varias camisetas tipo polo y jeans. Los suéteres estaban apilados con precisión y orden en una estantería debajo.

En el otro lado había camisas negras, grises y blancas. Cuatro trajes junto a ellas, negros y grises. Tomó una camisa y un traje, y los dejó sobre la cama. Luego recogió su teléfono mientras se dirigía a la ducha. Un correo de Talvir Sidhu. Lo deslizó y eliminó. Había visto la notificación cuando llegó el correo el día anterior y lo había ignorado. Más abajo en la lista había una llamada perdida del mismo remitente. Y un SMS. Era el segundo día de una investigación por asesinato. No tenía tiempo para asistir a sesiones de terapia solo porque casi lo habían matado un año antes. Y tampoco las necesitaba. Era una intromisión. Obligó a su mente a concentrarse en el caso. Aún sin identificación, por lo tanto sin motivo. Una chica desnuda indicaba un posible ataque sexual, pero no había señales habituales en el cuerpo. La autopsia confirmaría si había tenido relaciones sexuales recientemente.

Entró en la ducha y cerró los ojos. El agua lo golpeaba, lo bastante fría como para erizarle la piel. Lluvia. Lluvia intensa. Era todo lo que recordaba del sueño. Estar mojado, empapado hasta los huesos y con frío. Lluvia. Se giró y luchó contra el impulso de arquear la espalda ante la repentina avalancha helada. Sintió la necesidad de respirar profundamente. Inhaló, pero era como si hubiera estado corriendo. No podía respirar lo suficientemente hondo como para calmar el ansia en su pecho. Inspiró con rapidez, llenando los pulmones una y otra vez, y sintió el pulso en su garganta. Un dedo en el cuello confirmó que latía acelerado. Ahora respiraba en jadeos cortos y agudos. Tanteó la puerta de la ducha y salió tambaleándose. Sus movimientos eran descoordinados y su pie desnudo resbaló en el suelo, haciéndolo caer de rodillas. Se golpeó

dolorosamente contra los azulejos. Una mano se aferró al borde del lavabo, pero su cabeza daba vueltas.

¿Era un ataque al corazón? No sentía dolor en el brazo izquierdo, ni una punzada aguda en el pecho. Sentía que estaba atrapado en el peor miedo que había experimentado jamás. Su mano resbaló del lavabo y golpeó los azulejos. La náusea lo asaltó de repente y el estómago se le contrajo. Vomitó, incapaz de controlar el impulso. Otra vez. Y otra. Mac se dejó caer hacia atrás, los músculos como agua. Se empujó contra la pared y se estremeció al sentir los azulejos fríos contra la espalda desnuda. La sensación lo ayudó a anclarse. Inhaló profundamente por la nariz, concentrándose en la acción básica de tomar aire. Inhalando por la nariz y exhalando por la boca. El impulso era jadear y luchar por respirar. Lo aplastó con brutalidad. El dolor en el pecho disminuyó. De repente sintió que recibía suficiente oxígeno, mejorando con cada respiración. Su corazón aún latía con fuerza. Con los dedos en el cuello, contó su pulso y siguió respirando.

Mac ya sabía lo que era. Un ataque de pánico. Era absolutamente ridículo. Su cuerpo no había reaccionado así cuando escapaba de un edificio en llamas. Ni cuando colgaba sobre un hueco de escalera a seis pisos de altura, con un rostro oculto tras una mascarilla quirúrgica mirándolo desde arriba. Ni siquiera al descubrir el cuerpo de su padre, con la mitad de la cabeza volada por un disparo de escopeta autoinfligido y espuma brotando de su boca por el veneno para ratas que le había licuado las entrañas.

—Necesitas un descanso —dijo en voz alta para sí mismo.

Con las piernas temblorosas, se incorporó, apagó la ducha y se secó. Toallas mojadas al cesto, toallas secas dobladas con cuidado en su lugar. Se vistió rápido, obligando a su mente a concentrarse en el caso, dejando que los detalles lo llenaran por completo. Se puso una camisa gris, sin corbata y con el cuello abierto. Traje azul marino oscuro, casi negro, y zapatos del mismo gris que la camisa. Se sentía como una armadura. Guardó el teléfono en el bolsillo de la chaqueta, su mano se detuvo un momento sobre el cajón superior de la mesita de noche. Había allí un paquete de cigarrillos con tres restantes. Estaban desde octubre. Mac se dio la vuelta y salió de la

habitación sin abrir el cajón. Eran las seis y media cuando salió del piso y condujo el Audi fuera del garaje subterráneo del edificio. Todavía estaba oscuro y la ciudad en silencio. Leith Walk trazaba una línea recta por el centro de Edimburgo y la comisaría de la División Sudeste de la ciudad se encontraba cerca de Brunswick Street. Un edificio moderno que parecía una colección de cajas apiladas. Blanco, con revestimientos de madera aquí y allá, y ventanas unidireccionales que miraban sin expresión.

A su alrededor había bloques de pisos antiguos, con techos planos y paredes cubiertas de grava color beige alrededor de ventanas diminutas. Una urbanización de viviendas sociales de unos cuarenta años, con pisos similares, se enfrentaba a la arquitectura moderna del edificio policial, flanqueada por oficinas y un bloque de departamentos en forma de pirámide con paredes revestidas en madera y estacionamiento cerrado. Había un graffiti fresco sobre el cartel de Policía de Escocia que se alzaba entre el paisajismo plantado frente al edificio. Lo limpiaban con regularidad y algún vándalo volvía a pintarlo poco después, en un juego constante del gato y el ratón con la policía. Estacionó y entró al edificio por una entrada trasera, pasando su identificación por las puertas exteriores e interiores. Su despacho estaba en el quinto piso, al fondo del pasillo desde la oficina de Reid. Su equipo tenía un grupo de escritorios. Mientras pasaba junto a un hombre con overol que empujaba una aspiradora, vio que Melissa ya había llegado. En los cubículos frente al equipo de Mac, la inspectora jefe Hafsa Akhtar hablaba con un sargento de su propio equipo. Akhtar llevaba un abrigo largo sobre su traje pantalón. Su cabello oscuro estaba recogido y cargaba una mochila sobre un hombro.

Levantó la vista cuando Mac caminó por el pasillo central de la oficina de planta abierta. Su rostro era alargado, lo que le daba una expresión naturalmente melancólica. Pero sus ojos eran agudos, piedras negras que no se perdían nada. Era delgada, con mejillas hundidas. Y era apropiado. Tenía hambre y era ambiciosa.

—Inspector jefe McNeill —saludó.

—Hafsa. Buenos días —respondió Mac—. Buenos días, Mel —le dijo a la inspectora Barland.

—Buenos días, jefe. ¿Buena noche? —respondió Melissa.

Estaba colocando paneles alrededor de dos lados de los cubículos ocupados por el equipo de Mac. Había una pila de fotos impresas de la escena del crimen esperando ser fijadas. Su Jane Doe ya ocupaba el lugar de honor en la parte superior y central del panel principal.

—Fue larga. Estuve procesando todos los datos que llegaron del equipo forense. ¿Algo de los equipos de búsqueda?

Pasó junto a Akhtar y empezó a hojear las fotos. Ella había vuelto a concentrarse en su sargento, pero Mac casi podía sentir cómo la mujer aguzaba el oído en su dirección.

—Todavía no. Kai ha identificado varias fuentes de CCTV fuera de las cámaras de tráfico habituales, incluyendo una tienda al pie de la colina, casi en línea recta hasta el cuerpo, si no te importa trepar entre los arbustos que hay en medio. Ha estado contactando con los propietarios y operadores de los sistemas privados de CCTV, como sabe. Nada hasta ahora. Se han dejado muchas huellas; se han tomado fotos de todas las que están dentro de un radio de doscientos metros del cuerpo y de las posibles rutas que alguien pudo haber tomado cargando con un cadáver. Tendremos un mapeo en 3D en el computador que nos dará algunas ideas sobre el tamaño y el peso del asesino.

—O del cómplice que movió el cuerpo por nuestro asesino. No hagamos suposiciones —dijo Mac.

—Claro —respondió Melissa, con naturalidad.

—Bueno, pongámonos con esto. Le pedí a Nari que fuera directamente a la escena y entrevistara testigos, así que no la veremos mucho hoy. Kai se encargará de la parte informática, como siempre, pero tiene órdenes de coordinarse con Nari si tiene un momento libre. Eso nos deja a nosotros manteniendo el fuerte aquí.

Ayudó a Melissa a colgar las fotos de la escena del crimen mientras la sala a su alrededor se llenaba. El equipo de Akhtar estaba compuesto por el mismo número de personas que el de Mac. Un detective, un sargento y un inspector. Melissa conversaba con ellos a medida que llegaban, y Mac saludaba a cada uno con un breve asentimiento. Sus ojos recorrían el tablero, tratando de absorberlo todo a la vez, de captar las imágenes sin centrarse

conscientemente en ninguna en particular. Asimilarlo como un todo. Su teléfono sonó al mismo tiempo que el portátil de Melissa emitía un pitido. Entonces Stringer lo llamó.

—Derek, ¿qué tienes para mí? —dijo Mac, apartando la silla de Kai del escritorio y sentándose. Puso el teléfono sobre la mesa y activó el altavoz. Melissa arrastró una silla junto a él, con bloc de notas y lápiz en mano.

—Mac, ya deberías tener el informe. Lo preparé anoche.

—Vi que llegó. ¿Te importa resumírmelo?

—No hay evidencia de agresión sexual ni de relaciones recientes —empezó Stringer directamente, sin perder tiempo—. Diría que la desnudaron post mortem. No hay señales de contusiones ni abrasiones por haberle quitado la ropa a la fuerza. Encontré fibras en varias de las heridas. Algodón y tejidos sintéticos. Todo concuerda con la hipótesis de que fue apuñalada a través de la ropa, la cual fue retirada después de la muerte. Incluyendo la herida mortal, lo que significa que fue un golpe muy afortunado o intencionadamente preciso y con conocimiento. No es fácil alcanzar el corazón de un solo golpe atravesando prendas. Incluso si llevaba ropa ajustada, eso seguiría ocultando el punto exacto donde la hoja debía entrar en el cuerpo.

—¿Y era una hoja pequeña?

—Muy pequeña. Lo que hace que la precisión del golpe sea aún más impresionante.

Mac asintió, mirando al vacío pero viendo el crimen. En su mente, ocurría en una calle lateral, en algún lugar más cerca del centro de la ciudad, pero no demasiado lejos de la colina. Una chica joven caminaba a casa después de una noche de fiesta. No tenía mucho dinero para un taxi, así que caminaba. Conocía las calles y se sentía segura. Fue atacada por un hombre que la apuñaló directamente en el corazón con una hoja pequeña y afilada. Luego la apuñaló rápidamente unas treinta veces más. Todo antes de que pudiera reaccionar para defenderse.

—Encontramos varias fuentes de ADN ajenas. Canino, que sería del perro que la encontró y pensó que era un juguete para morder. Fuentes animales por haber estado tendida en el suelo y entre la

maleza, como era de esperarse. Pero también una muy buena fuente humana.

—¿Semen? —preguntó Mac, volviendo en su mente a la teoría de una agresión sexual.

Si el agresor era lo suficientemente intimidante, era perfectamente posible que ocurriera una agresión sexual sin que la víctima opusiera resistencia ni presentara heridas defensivas.

—No. Un cabello completo con folículo. Un golpe de suerte si logramos encontrar al dueño.

Capítulo Cinco

Zoe Phillips era el nombre de la víctima. Una joven asustada de diecinueve años había denunciado la desaparición de una de sus compañeras de piso, y el agente que recibió la llamada informó directamente a Mac. Zoe había salido de fiesta el viernes por la noche y no había regresado a casa. Sus compañeras habían asumido que se había quedado en casa de su novio. Hasta que él las contactó el domingo por la tarde para preguntar si la habían visto. Proporcionaron fotos de las redes sociales y Mac reconoció a Zoe de inmediato. Un rostro querubín en una chica con estética gótica, pero incapaz de ocultar del todo su belleza natural. Era inglesa, de las afueras de Worcester. Se había contactado a sus padres y estaban viajando para hacer una identificación formal del cuerpo. Era una formalidad necesaria. Mac sabía quién era la chica en la morgue. Incluso llevaba un piercing en la nariz en las fotos que había visto. Kai y Nari llegaron a última hora de la tarde, después de que Mac los llamara de nuevo a la oficina para una reunión informativa. Su despacho estaba separado del resto del piso de la Unidad de Crímenes Especializados, junto al de la inspectora jefe Akhtar. Mac tenía ventanas del suelo al techo a su izquierda mientras se sentaba en su escritorio, de cara a la puerta. Un beneficio de una larga trayectoria con la jefa.

Estaba revisando las redes sociales de Zoe, buscando cualquier pista que pudiera darle información sobre su vida, cuando se escuchó un golpe seco en la puerta. Esta se abrió mientras Mac aún tomaba aire para hablar, y el Superintendente jefe Kenny Reid asomó la cabeza. Llevaba un traje una talla más grande para disimular el vientre en expansión. Lo mismo con el cuello de la camisa, porque Reid siempre llevaba corbata pero odiaba sentirse ahogado por el cuello. Su cabello estaba más canoso que antes, pero sus ojos azules seguían igual de penetrantes.

—Estamos listos para la reunión, Mac. Cuando usted diga.

Mac no sabía que Reid tenía pensado asistir a alguna de sus reuniones de equipo, pero simplemente asintió, se levantó y rodeó su escritorio hacia la puerta. Reid se adelantó, tomó una silla de uno de los escritorios de Akhtar y la rodó hasta el área de Mac. Kai y Nari acababan de llegar. Melissa miró a Mac por un segundo, con una pregunta clara en los ojos. Mac respondió con un leve encogimiento de hombros y se colocó frente a los paneles con las fotos de la escena del crimen.

—Zoe Phillips. Veinte años. Estudiante de microbiología en la Universidad de Edimburgo. Apuñalada hasta la muerte entre las dos y las tres de la madrugada del domingo. Lugar desconocido. El cuerpo fue arrojado en las laderas de Arthur's Seat. Estaba desnuda, pero no hay señales de agresión sexual. El análisis toxicológico salió limpio, salvo por alcohol —dijo, hablando del caso en términos de datos, separando a la persona de la evidencia.

Lo hacía tras muchos años de práctica. Apagar la emoción y separar el horror de la exposición de hechos fríos. Melissa miraba las fotos de Zoe, con la compasión escrita con fuerza en el rostro. Kai parecía impasible y Nari tecleaba, dividiendo su atención entre Mac y su portátil.

—Había salido de fiesta y fue reportada como desaparecida por su compañera de piso, Morgan Daniels. Vivían en el número 32 de Priestfield Road, en el área de St Leonard's de la ciudad.

—St Leonard's está justo al lado de Arthur's Seat —señaló Kai.

—Bien. La casa de Zoe da al campo de golf de Prestonfield y al lago Duddingston, todo en el lado sur de la colina.

—¿Alguna relevancia? —interrumpió Reid.

—Solo que pudo haber sido secuestrada cerca de su casa —respondió Mac de inmediato.

Reid gruñó y asintió, cruzando las manos sobre el estómago, y fijó la mirada en el suelo. Cabeza baja, pero escuchando cada palabra. Cada matiz.

—Morgan la vio por última vez subiendo a un autobús en Princes Street, rumbo a Dalkeith Road. Tenemos el número del autobús y sabemos en qué paradas se detuvo, ¿verdad, Melissa?

—Sí, jefe. Las cámaras de seguridad a bordo la muestran bajándose en Kilmaurs Terrace, que está a unos quinientos metros de su casa.

—Kai y yo podemos empezar a preguntar en las casas entre la parada y su piso. A ver si alguien la vio —dijo Nari.

—No, ya tenemos las horas extra pagadas. Quiero que valga la pena —intervino Reid, levantando la vista—. Que los peones hagan el trabajo pesado. Vamos a reasignar algunos de los equipos de búsqueda que tenemos en Arthur's Seat para que vayan casa por casa por nosotros. Nari, coordine con el inspector Brandon, que ha tenido la amabilidad de prestarnos a sus agentes uniformados.

—Entendido, señor —respondió Nari, lanzando una mirada incierta a Mac.

—¿Algo más, señor? —preguntó Mac, forzando una sonrisa rictus en el rostro.

Empezaba a molestarse por las interrupciones de Reid. Nunca se había involucrado operativamente en ningún otro caso y le daba a Mac mucha más libertad que a cualquiera de sus otros subordinados. Mac no tenía ni idea de qué demonios significaba esa intromisión. Reid le devolvió una sonrisa inocente.

—No por el momento. Continúe, inspector.

—¿Tenía novio? ¿O novia? ¿Amigos? ¿Alguien con quien deberíamos hablar? —preguntó Nari.

—Un novio. Viendo sus redes sociales, tenía amigos. Vamos a necesitar ADN de todos ellos, pero especialmente de él. Se encontró ADN en su cuerpo que no era suyo. Ni del equipo forense, obviamente —dijo Mac.

—Él fue quien más o menos dio la voz de alarma —señaló Melissa—. El novio. Preguntando a sus compañeros de piso si la habían visto. Pero no llamó a la línea directa ni al 999 después del llamamiento público. Fue su compañera de piso quien lo hizo.

—Entonces, ¿por qué su novio no fue el primero en llamarnos? —dijo Mac.

—Quizá tiene algo que ocultar —intervino Kai—. ¿Quién es?

—Se llama Kyle Culshaw y tenemos su dirección, vive en Tollcross. También es estudiante del mismo curso que Zoe —dijo Melissa, leyendo de las notas que había estado recopilando mientras esperaba a que Nari y Kai regresaran—. Y tiene antecedentes. Principalmente por alteración del orden público. Todos relacionados con el alcohol.

—Entonces, cuando bebe un poco, nuestro Kyle tiene mal genio —dijo Kai, mirando alrededor de la sala.

—No saquemos conclusiones apresuradas —dijo Mac—. Aunque obviamente es una persona de interés. Si su ADN coincide con la muestra que tenemos del cuerpo de Zoe, entonces podría ser tan evidente como parece. Pero, por experiencia, nunca es tan sencillo.

—No todos los asesinos son genios criminales —gruñó Reid—. Ni psicópatas en serie.

—Eso no significa que no sea el caso esta vez —replicó Mac—. Ahora mismo, necesitamos mantener la mente abierta.

Sus ojos se fijaron en las líneas rectas que habían sido talladas en el rostro de Zoe. Color vívido y papel satinado, impreso en alta definición nauseabunda, de modo que ningún detalle pasara desapercibido. Se veía tan pálida y joven. Las heridas casi podrían haber sido superpuestas en su imagen mediante un truco fotográfico. El impacto golpeó a Mac como un martillo. Le recordaba a Iona. El mismo cabello corto y oscuro. El mismo rostro redondo e inocente. La misma muerte torturada y sádica. Se quedó mirando el rostro clavado en la pared. Ojos abiertos y fijos, vidriosos tras el enturbiamiento corneal. Labios azules pero aún llenos. A punto de curvarse en una sonrisa.

El dormitorio de Iona estaba en la ampliación de techo plano que construyeron William y Theresa McNeill cuando se enteraron de que esperaban a su tercer hijo. En aquella época, William Struan McNeill era un hombre capaz, que no dudaba en construir una ampliación para su casa con sus propias manos. Cuando aún podía contar con la ayuda de los Campbell, los vecinos, para echar el tejado. Antes de que Theresa muriera y Connor se fugara al mar. Antes de que William se refugiara en el fondo de una botella.

Callum se sienta en el alféizar de la ventana del cuarto que una vez compartió con Connor y observa cómo su hermana abre la ventana de su habitación y se escabulle. Cae en silencio los cuatro o cinco pies que la separan del césped, vestida con jeans, una chaqueta de cuero que había sido de Connor y una mochila de mezclilla. Llueve. El cuello de la chaqueta está levantado.

Iona está saliendo por la ventana porque William está en la sala delantera emborrachándose. Pero no se dormirá por unas horas y ella quiere ir al pub del pueblo con sus amigas. Pero está castigada. Callum la observa y la ve mirar hacia su hermano mayor. La lluvia le aplasta el cabello oscuro contra las mejillas redondas y la boca de capullo de rosa. Se parece a su madre. Iona se queda allí un momento, esperando. Se pregunta si él va a decírselo a su padre. Pero Callum solo sonríe y le hace un gesto con la barbilla hacia la carretera y Portree. Iona sonríe y le lanza un beso. Corre bajo la lluvia, rodea la ampliación cuadrada y atraviesa el terreno irregular hacia la carretera Portree. Es la última vez que Callum ve a su hermana.

—Nari, vaya a hablar con los amigos y compañeros de piso. Intente reconstruir los últimos movimientos de Zoe a partir de quienes la vieron. Kai, el mismo trabajo, pero desde el lado digital. Melissa, vaya a localizar a nuestro amigo Kyle Culshaw... —Reid estaba de pie y hablaba con rapidez, dando órdenes al equipo.

Mac se sacudió, dándose cuenta de que había estado quieto, desconectado, durante varios segundos, mirando la foto de Zoe Phillips. Mirándola y recordando a Iona.

—¡No! —dijo ahora—. Voy a localizar a Kyle Culshaw y entrevistarle. Melissa, quiero que coordine una lista de todas las personas que podrían haber estado en contacto con Zoe Phillips para que podamos empezar a eliminar fuentes de ADN. Y necesito que la muestra de ADN humano encontrada en Zoe se analice en las bases de datos para buscar una coincidencia.

—Bueno, ya tienen sus órdenes. ¡Pónganse en marcha! —dijo Reid, dando una palmada—. Mac, una palabra.

Él entró primero a la oficina. Mac lo siguió, pasándose los dedos por el cabello oscuro, y cerrando la puerta tras de sí.

—¿Pero qué demonios... señor? No me molesta que se siente en una reunión informativa, pero...

—Pues me alegra muchísimo que no le moleste que me siente en una reunión informativa en mi propio maldito departamento, hijo —replicó Reid con dureza.

Señaló la silla detrás del escritorio de Mac.

—Siéntese antes de que se caiga.

Mac se negó, acercándose a Reid como si se preparara para enfrentarlo. Ambos sabían que nunca llegaría tan lejos, pero ninguno estaba dispuesto a dar el primer paso atrás, sin importar el rango. Mac no podía retroceder cuando su autoridad estaba siendo socavada. Reid jamás retrocedería ante un subordinado.

—¿Por qué está dando órdenes a mi equipo por encima de mí? Me está socavando —dijo Mac, en voz baja.

—Porque está perdiendo el control, hijo. Se está yendo a la tierra de la fantasía delante de todos —siseó Reid, acercándose—. Parece estar al borde del colapso. Está soñando despierto en medio de una reunión. ¿Qué demonios le pasa, hijo?

Había preocupación en el rostro de Reid, además de enojo por haber sido desafiado. Eso hizo que Mac apartara la mirada, recostándose contra el escritorio. Reid se pasó una mano por la barbilla y miró alrededor, luego arrastró una silla y se dejó caer en ella. Confrontación terminada. Paso atrás.

—¿Por qué tengo a un loquero civil molestándome porque usted no se ha presentado a las sesiones de terapia? Terapia obligatoria.

Reid lo miró con unos ojos capaces de partir el hielo, la boca abierta en un gesto desafiante.

—¿Sidhu? —dijo Mac, incrédulo.

—Ah, ¿ese es su nombre? ¿Hay más de uno? ¡Sí, claro que él! —ladró Reid—. Mira, hasta yo entiendo que hoy en día no basta con ir al pub de los polis más cercano y emborracharte cada vez que casi te matan. Ahora, no sé, hablas de tus... pensamientos y... sentimientos y esas cosas. Yo qué sé, nunca lo he hecho. Yo juego al golf, ¿vale? Pero tampoco estoy en la línea de fuego. Usted sí, y las reglas dicen que tiene que ir a terapia para lidiar con el trauma. Así que hágalo de una vez, ¿ok?

Su tono se volvió más agresivo y autoritario a medida que hablaba. Mac pudo ver que no era una conversación con la que se sintiera cómodo. Su forma de afrontarla era intimidar. Mac suspiró.

—¿No podemos simplemente hacer que este loquero desaparezca? —dijo—. No me mandó a terapia cuando casi me como una bala por un encargo de Hance Allen, ni cuando Strack...

Mac se detuvo justo a tiempo. Miró hacia la puerta y luego observó a Reid durante un largo rato. Ambos sabían lo que acababa de evitar decir. Una noche, años atrás, cuando el Inspector jefe Strachan sintió que el lazo de Anticorrupción se cerraba en torno a su cuello. Mac había perseguido a Strack hasta el Muelle Imperial. Lo acorraló. Solo Mac salió de allí.

—El hecho de que casi dijera lo que iba a decir me dice lo alterado que está, Mac. Vaya a hablar con el doctor. Es un buen tipo. Muy accesible. Inglés, pero no se lo tengamos en cuenta, ¿eh?

Mac se metió las manos en los bolsillos del pantalón. Inspiró profundamente por la nariz y exhaló por la boca. Se había desconectado de la realidad hacía un minuto. Se había perdido en un recuerdo provocado por una imagen. Y antes había sufrido un ataque de pánico en toda regla. ¿Por qué? ¿Qué demonios estaba pasando?

—¿Es una orden, señor?

—No. Solo quid pro quo. Vayan a terapia y yo no iré a hablar con laInspectora jefe Akhtar sobre sus respectivas cargas de trabajo —dijo Reid con una amplia sonrisa.

Capítulo Seis

Kyle Culshaw vivía con otros tres chicos en el segundo piso de una casa de vecindad, encima de una tienda de productos naturales justo al lado de Tollcross. Mac atravesó un pasillo con azulejos y subió por unos amplios escalones de piedra tan antiguos que estaban desgastados en el centro. Una barandilla estrecha de hierro forjado lo acompañaba, junto con el eco de sus pasos. En el segundo rellano, estaba más sin aliento de lo que quería admitir, y se detuvo un momento. Una bicicleta de piñón fijo colgaba del manillar con una bolsa térmica que llevaba el logo de un servicio de comida rápida a domicilio. Se percibía olor a marihuana en el ambiente. Había dos puertas, pero sin números. Fue hacia la más cercana y llamó. No hubo respuesta. Fue a la segunda y golpeó con el lateral del puño. Una cadena sonó y no menos de dos cerraduras se abrieron con clics. Entonces una voz masculina dijo:

—¿Sí?

Mac levantó su placa frente a la mirilla.

—Se supone que debe pedir una identificación antes de abrir la puerta, hijo —dijo.

—Ah, sí, claro —respondieron mientras giraban el picaporte y abrían la puerta.

Mac olió marihuana con más intensidad desde el interior. Se encendió un ventilador eléctrico. Una puerta se cerró de golpe y Mac oyó el sonido de una ventana corredera rígida siendo forzada hacia arriba. En la puerta había un joven con perilla y una coleta recogida en lo alto de la cabeza como un samurái. Llevaba gafas y parecía tan delgado que Mac pensó que podría partirse en dos si alzaba la voz.

—Inspector jefe McNeill, Unidad de Crímenes Especializados de la Policía de Escocia. Busco a Kyle Culshaw —dijo Mac.

—Él no está aquí —dijo el joven.

—¿Puedo pasar?

—Eh, no sé. ¿Puede? O sea. Preferiría que usted...

Mac suspiró y dio un paso hacia el umbral, obligando al joven a retroceder sin llegar a tocarlo. Un pasillo estrecho se extendía hacia la izquierda y la derecha. Terminaba en un extremo en una cocina y en el otro en una puerta. Justo enfrente había una puerta entreabierta con luz fría del día detrás. Por la orientación de la puerta, Mac dedujo que era la sala principal, que daba a Melville Drive, la calle donde se encontraba el edificio. Podía oír el tráfico a través de la ventana abierta de esa habitación.

—¡Por el amor de Dios, Mark! Se supone que no debes dejar entrar a la poli sin una orden de registro —dijo un hombre alto, de cabello oscuro, saliendo de la cocina y cerrando la puerta tras de sí.

—No vengo por ninguno de ustedes —dijo Mac—. Solo necesito hablar con Kyle Culshaw. Él vive aquí, ¿verdad?

—Claro —dijo el hombre de cabello oscuro—. Sí, pero no está.

Tenía un aire chulesco al hablar y al caminar. Pero Mac había hecho los deberes.

—Usted es Neil Meadows, estudiante de segundo año de historia del arte, y él es Finlay Marsh, medicina. Y el tercer mosquetero es Kyle. Él no está en problemas, pero si ustedes dos siguen dándome vueltas, pronto lo estará. Y ustedes también. Me da igual cuánto porro fumen o cuánto tengan aquí. Pero creo que ya lo saben. Porque ya escucharon lo que le pasó a la novia de Kyle, Zoe.

Estaban visiblemente desmoronándose. Meadows se desplomó contra la pared, abrazándose a sí mismo. Marsh retrocedió hacia la sala y casi se cayó por encima del brazo de un sofá destartado, se

lamió los labios y parecía a punto de desmayarse. Dios ayude al país si estos dos eran el futuro. Mac tomó la iniciativa y entró en la sala, abriendo la puerta de par en par. Una cenicera limpiada a toda prisa descansaba sobre una mesa de centro vintage. Un equipo de sonido estaba conectado a través de una maraña de cables a varios altavoces, incluyendo un sistema de subwoofer bastante decente. Mac vio una pila de vinilos en una estantería y hojeó los títulos. Frunció el labio: tecno y música house de los ochenta. No era lo suyo. El aire seguía gris por el humo que ni el ventilador ni la ventana abierta habían logrado disipar.

—Si mi traje termina apestando a porro, les voy a dar una buena zurra —murmuró Mac, acercándose a la ventana—. ¿Dónde está?

—No lo sabemos.

A Mac le sorprendió que fuera Marsh quien reuniera el valor para hablar. Se había sentado en el sofá y sacó una lata de tabaco. Empezó a liar un cigarro con las manos temblorosas.

—Él y Zoe tuvieron la madre de todas las peleas a principios de semana. Ella salió dando un portazo. Él le tiró la ropa por la ventana detrás de ella. Estaba borracho —dijo Marsh.

—Y ella también —dijo Meadows, entrando en la sala y apoyándose contra la pared—. No es ninguna santa.

—Cállate —murmuró Marsh.

—Kyle quería reconciliarse —dijo Meadows, ignorando a su compañero de piso—. Estaba arrepentido, pero no podía encontrarla. Ella no le contestaba. Habló con una de sus amigas y dijo que Zoe no había estado en casa en todo el fin de semana. Kyle se asustó, pensó que algo le había pasado.

—¿No podía encontrarla? Así que salió a buscarla —dijo Mac, leyendo entre líneas.

Marsh se rio.

—Sí. Todavía estaban discutiendo por el chat. No podía con eso.

—Quería volver con ella. Estaba intentando arreglarlo —dijo Meadows.

—O simplemente decirle lo que pensaba de ella, cara a cara... —replicó Marsh.

Entonces se detuvo, los ojos se le desviaron hacia el policía que, en silencio, había sacado una libreta del bolsillo y estaba escribiendo. Cerró la boca de golpe y Mac casi pudo ver cómo repasaba la conversación en su cabeza, intentando calcular en qué lío había metido a su compañero de piso.

—¿Qué está escribiendo? —dijo Marsh con voz baja.

—Todo —respondió Mac—. Enséñame la habitación de Kyle.

Meadows negó con la cabeza, le dio una patada al sofá y claramente se la dirigió a Marsh. Luego abrió la puerta del salón y movió la cabeza con un gesto.

—Vamos, acabemos con esto.

—Necesitaré muestras de ambos si conocían a Zoe —dijo Mac, metiendo la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacando dos bolsas de plástico con cierre hermético—. Para descartarlos de nuestra investigación. No se preocupen, no vamos a hacerles una prueba de drogas.

Meadows maldijo por lo bajo mientras caminaba por el pasillo hacia la cocina. Antes de llegar, había un tramo de escaleras de madera empinadas. Subió pesadamente y abrió la puerta al final. Mac estaba al pie de las escaleras y vio cómo Meadows se quedaba paralizado. Volvió a maldecir, abrió más la puerta y miró a su alrededor.

—Jesús. ¿Cuándo hizo esto? —susurró.

—Atrás —ordenó Mac, subiendo las escaleras de un salto y tomándolo del brazo por el codo, alejándolo de la puerta.

Meadows tropezó bajando los escalones y se apartó. Mac sacó unos guantes de látex y su teléfono, encendiendo la linterna. La habitación al otro lado estaba oscurecida por gruesas cortinas. Había fotos por todas partes. Impresiones en tamaño A4 de la misma persona. Zoe Phillips. Cubrían las paredes, el techo, el suelo. Todas habían sido mutiladas de alguna forma. Rasgadas y desgarradas. La luz del teléfono se deslizaba sobre una alfombra de papeles arrugados. Había salpicaduras de un líquido oscuro sobre algunos de ellos. Bajo la luz blanca de la linterna, se veía rojo. Estaba embadurnado y manchado sobre las imágenes de Zoe. Mac sacó otra bolsa con cierre hermético y se inclinó hacia adelante,

agachándose y estirándose para alcanzar la sangre. Usando la bolsa como guante, recogió el papel ensangrentado más cercano que pudo alcanzar y luego invirtió la bolsa para guardarlo dentro.

Selló la bolsa y la deslizó cuidadosamente en su bolsillo antes de impulsarse de nuevo para cruzar el umbral. Le dio la vuelta al teléfono y llamó a Melissa.

—Mel, tengo algo en la casa de Culshaw. 11 Melville Drive. Necesito un equipo forense...

Mientras hablaba, cerraba la puerta tras de sí y bajaba de nuevo por las escaleras y el pasillo, con la intención de decirles a los dos estudiantes que se mantuvieran alejados de la habitación. En realidad, tendrían que marcharse mientras el lugar era registrado por un equipo de criminalística. Pasó junto a la puerta principal justo cuando se abría, chocando con su hombro. Mac levantó la vista. Un joven acababa de entrar. Llevaba rastas que le caían hasta los hombros y tenía el cuerpo de un jugador de rugby. Tenía los ojos muy abiertos y ojeras marcadas, como si no hubiera dormido en días. Llevaba una mochila voluminosa a la espalda.

—¡Kyle! —gritó Meadows desde la cocina.

Kyle Culshaw lanzó su mochila contra Mac, desequilibrándolo y haciéndolo chocar contra la pared. Luego salió corriendo, subiendo las escaleras de tres en tres. Mac se despegó de la pared y lo persiguió. Culshaw ya estaba en el rellano del primer piso y Mac actuó por instinto. Agarró la barandilla de hierro forjado con ambas manos y se impulsó por encima hacia el siguiente tramo de escaleras. Cayó sobre los talones en el borde de un escalón y se lanzó hacia adelante, atrapándose entre una caída y una carrera. Se estrelló contra la pared del primer rellano, se impulsó y atacó el último tramo de escaleras. Kyle forcejeaba con la pesada puerta principal, en pánico, sin darse cuenta de que estaba cerrada con pestillo. Mac estaba a mitad del último tramo cuando se dio cuenta y consiguió abrir la puerta.

Mac tenía el teléfono en la mano y podía oír a Melissa gritando, sin duda exigiendo saber si estaba bien. Cruzó la puerta corriendo y vio a Culshaw salir disparado hacia el tráfico, con la mochila colgando de un hombro. Lo persiguió, esquivó un taxi, luego un

autobús que venía en sentido contrario. Culshaw se descolgó la mochila y se la empujó contra el pecho a Mac, que ya lo alcanzaba. Mac se estrelló contra una farola, golpeándose la cabeza contra el metal sólido. Lanzó la mochila a un lado y gruñó, continuando la persecución con los dientes apretados. La gente se quedó paralizada en la calle, mirando. Los conductores giraban el cuello y Mac alcanzó a ver rostros en las ventanas de locales de comida rápida y tiendas. Su atención estaba fija en el hombre que huía hacia la extensión verde y abierta de los Meadows. Era mucho más joven y estaba en mejor forma, pero estaba aterrorizado. Mac tenía una única oportunidad para alcanzarlo antes de que Culshaw se diera cuenta de que podía superarlo si lograba calmarse. Con los pulmones ardiendo, Mac se obligó a correr a toda velocidad. Culshaw cometió el error de mirar hacia atrás justo cuando llegaba a los Meadows y tropezó con una raíz de árbol que sobresalía.

Cayó de bruces sobre la hierba, con las piernas enredadas con las de Mac, y acabaron rodando uno sobre el otro. Culshaw quedó encima, pero con las manos de Mac aferradas a un puñado de rastas.

—¡Soy policía, imbécil! ¡Está arrestado!

Capítulo Siete

Mac observó a Kyle Culshaw a través del espejo unidireccional. Culshaw estaba sentado, mirando fijamente al frente, con los dedos tamborileando sobre la superficie de la mesa. Sus pies no dejaban de moverse bajo la silla de plástico en la que estaba sentado. Golpeteaban. Un abogada de oficio se encontraba a su lado y llevaba ya diez minutos hablándole. Ahora la mujer guardaba silencio, revisando sus notas. Lanzaba miradas de su cliente al espejo. Tenía suficiente experiencia para saber que habría polis observando.

—A mí me parece que está pillado con las manos en la masa, ¿eh? —dijo Kai desde algún lugar en la oscuridad, detrás de Mac.

—Parece traumatizado —dijo Melissa.

—Está asimilando lo que ha hecho —sugirió Kai.

—O preguntándose qué tan culpable ha hecho que parezca —añadió Mac en voz baja.

Las pruebas eran suficientes para superar el umbral probatorio. Testimonios de sus compañeros de piso indicaban que tenía una relación volátil con Zoe Phillips. Pruebas encontradas en la habitación de Kyle mostraban una naturaleza obsesiva y una ira extrema. Ausencia de coartada. Con suerte. Pero Mac no pensaba lanzarse de cabeza y con los ojos cerrados. Las pruebas circunstanciales no significaban que él lo hubiera hecho. Mac quería

una confesión, clara y ordenada. Caso cerrado y justicia para Zoe. Al menos, tanta como él pudiera ofrecer. Lo que hicieran los fiscales y los tribunales con ello escapaba a su control.

—A veces pareces culpable porque lo eres —dijo Kai.

—Y a veces solo estás en el lugar equivocado en el momento equivocado —respondió Melissa, con sensatez.

Nari estaba sentada al lado de Kai, en silencio. Mac sabía que estaba observando a Kyle y tomando notas. La había visto fijarse en el chico cuando había entrado.

—¿Alguna impresión, Nari? —preguntó, echando un vistazo por encima del hombro.

—Nervioso, pero eso podría ser simplemente TDAH. Parece retraído. Su abogada dejó de intentar comunicarse con él hace unos minutos; ahora solo está esperando a que pase el tiempo. Está en otro sitio y no le gusta.

Mac asintió, tocándose los labios con un dedo. Su propia evaluación era la misma. A simple vista, era culpable hasta la médula y actuaba como tal. ¿Pero por dentro? Quién sabía. La cuestión era cómo abordarlo. ¿Llevar a Melissa con él, figura maternal, para que Kyle se relajara? A menos que tuviera alguna razón para detestar a las figuras maternas. ¿Kai? Eso sería un ataque frontal, poli malo y más poli malo. ¿Nari? Aguda, pero sin la experiencia de Melissa. Propensa a hablar en el momento equivocado por puro entusiasmo. Por otro lado, era joven y guapa. Y Kyle era hetero. O al menos bi. Le gustaban las chicas, en todo caso. Un enfoque anticuado el de llevar a una agente atractiva, pero funcionaba nueve de cada diez veces.

—Nari, ¿quiere entrar conmigo? —preguntó Mac.

—Sí, jefe —respondió Nari, casi pisándole las palabras a Mac.

Volvió a mirar a Kyle, escuchando cómo ella se levantaba y recogía sus cosas. Mac asintió con decisión. Ya habían esperado bastante. Se dirigió a la puerta, sin necesidad de decirle ni a Melissa ni a Kai que supervisaran la entrevista y tomaran notas. Ambos estarían observando, aprovechando la oportunidad de estudiar al sujeto sin ser vistos. Las salas de entrevistas en Brunswick Street estaban ubicadas en un nivel del sótano recién renovado. Las

paredes del pasillo estaban insonorizadas, al igual que todas las salas de entrevista. Había cinco, cada una con una sala de observación contigua y equipadas con micrófonos y cámaras. El pasillo tenía una estética industrial, con el techo bajo y vigas de acero a la vista bajo las baldosas grises de espuma acústica. El suelo estaba alfombrado y todo el lugar olía a desinfectante barato y ambientadores. La única luz era artificial. No dudó al llegar a la puerta de la sala de entrevistas tres, la siguiente a la sala de observación tres.

Con un pase de la tarjeta de identificación colgada del cordón en su cuello, desbloqueó la puerta y entró en la sala. Un agente uniformado estaba de pie estoicamente en la esquina.

—Ve a por un café, Nick —dijo Mac, recordando el nombre del agente en el último momento.

Se sentó sin presentarse. Nari se sentó a su lado con un archivador grueso en las manos. Mac estaba mirando a Kyle, quien le devolvía la mirada. No había desafío en su mirada. No era un joven negro combativo harto de ser víctima de cacheos aleatorios. Su mirada era bovina. Desinteresada y sin esperanza. ¿Un hombre culpable resignado a ser atrapado o uno inocente muerto de miedo?

—Inspector Jefe Callum McNeill y Sargento Nari Yun, Unidad de Crímenes Especializados —Nari había activado la grabación en una grabadora manual integrada en la mesa, que era el único mueble de la sala aparte de las cuatro sillas de plástico—. También están presentes...

—Natalie McMichael, abogada.

—Kyle Culshaw.

—La entrevista comienza a las once cincuenta y tres... —Nari comprobó y recitó la fecha.

—Háblenos de Zoe Phillips, Kyle —dijo Mac en cuanto Nari terminó de hablar.

Como si lo hubieran ensayado, Nari abrió la carpeta, pasó varias páginas hasta llegar a una fotografía de Zoe proporcionada por una de sus compañeras de casa. La página siguiente, aún oculta, mostraba cómo había terminado Zoe.

—¿Por qué? —respondió Kyle.

—Porque está muerta —dijo Mac con brutalidad.

No había apartado la mirada de Kyle ni una sola vez, y Kyle tampoco la había desviado de Mac. Ahora lo hizo. Miró sus manos sobre la mesa. Mac ya había notado las uñas mordidas y la sangre seca. Ya se había comprobado. Era suya. Mordeduras y arañazos por ansiedad. Mac dejó que el silencio pesara sobre su sujeto. La sala tenía un techo alto y varias luces blancas y brillantes incrustadas en él. Las paredes eran oscuras, al igual que el suelo. Todo diseñado para ser opresivo, pero sin exagerar. No tanto como para que se pudiera llamar tortura psicológica. Lo justo para que cualquiera que se sentara en esa sala bajo presión no pudiera relajarse con facilidad. Los pies de Kyle golpeaban el suelo con furia. Presionaba la mesa como si intentara obligarse a mantener las manos quietas.

—Sí, lo sé.

—¿Cómo? —preguntó Nari.

—Una amiga suya me lo dijo. Dijo que la policía había ido a revisar sus cosas.

—Pero eso no significa que esté muerta. Solo desaparecida —insistió Nari.

—Es una conclusión bastante precipitada —intervino Mac, dejando que Kyle oyera las preguntas desde dos voces distintas, dejando que la presión aumentara.

—Vinieron a mi casa y me persiguieron. ¿Qué se suponía que debía pensar? —respondió Kyle, con algo de energía en la voz.

Se cruzó con la mirada de Mac y luego apartó los ojos.

—¿Dónde estuvo entre las dos y las tres de esta madrugada? —preguntó Mac.

Kyle se encogió de hombros.

—¿Usted entiende lo que está pasando aquí, Kyle? —dijo Mac, alzando la voz—. Esta es una investigación por asesinato y la víctima era su novia. Cuya sangre empapaba unas fotos que encontramos hoy en su habitación. Así que, ¿por qué no deja la actitud y responde la pregunta?

—Mi cliente no recuerda dónde estuvo después de aproximadamente las doce de anoche. El último lugar que recuerda fue un club llamado Rock, cerca de Grassmarket —dijo McMichael.

—¿Y después de eso? —preguntó Nari.

—No lo sé. Estaba hecho polvo —respondió Kyle con hostilidad.

—¿Ve? No entiendo su actitud, Kyle —replicó Mac con agresividad, decidido a presionar a su interrogado—. Es casi como si ya se hubiera rendido de antemano, y eso me hace pensar que tenemos al hombre correcto. No parece asustado de estar enfrentando un cargo de asesinato.

—Inspector, como bien sabe, cada persona reacciona de forma distinta bajo estrés. Eso no es un indicador de culpabilidad —dijo McMichael con tono cortante.

—En mi experiencia, hay una variedad de respuestas al estrés y lo que estoy viendo sí indica culpabilidad. Así que seguiré en esa línea. La fiscal está echando espuma por la boca por llevar este caso a juicio. Quiere ver a su cliente colgado —Mac golpeó la mesa con el dedo. Este era el momento para que Nari interviniera con el enfoque del policía bueno, suave y comprensivo. Pero dudó. Mac la miró de reojo y ella se inclinó hacia adelante.

—Kyle. ¿Por qué no nos cuenta cómo se sentía con respecto a Zoe? Parecía que había algo de conflicto entre ustedes. Ayúdeme a entenderlo.

Su tono era conciliador y sonrió, extendiendo la mano a medio camino sobre la mesa hacia él. En parte como si quisiera tomarle la mano, en parte solo para enfatizar su punto. Mac vio que Kyle se movía en su asiento, dejó de golpear el pie contra el suelo. Sus ojos recorrieron a Nari de arriba abajo. Su sonrisa no se desdibujó. Mac se recostó en su silla, cruzó los brazos y esperó.

—Teníamos una relación intermitente. Casi siempre por ella. Me engañaba y yo la perdonaba. Luego armaba una pelea de la nada. Solo una excusa para dejarme. Y después se enfurecía cuando yo salía con otra. Me jodía la cabeza.

—¿Estaban juntos recientemente o ya habían terminado? —preguntó Nari.

Deslizó la foto de Zoe hacia Kyle como si quisiera que la tomara. Él respondió tocándola, acercándola más. Mac vio un destello de humedad en sus ojos, que parpadeó rápidamente. ¿Remordimiento? ¿Duelo?

—Habíamos terminado, pero ella seguía metiéndose conmigo por internet.

—Así que estaba enojado con ella —dijo Mac.

—Yo no dije eso.

—Tenemos sus mensajes. Sabemos leer —dijo Mac—. Sonaba enojado.

Kyle miró a la abogada, quien asintió. No tenía sentido intentar ocultar una emoción que ya había dejado clara por escrito.

—Sí, estaba enojado. ¡Pero no la maté, ¿de acuerdo?!

De pronto, Kyle pasó de estar apacible a abrir los ojos de par en par, con la mirada fija y furioso.

—No le hemos preguntado si lo hizo. Solo dónde estaba y qué sentía por ella —respondió Mac.

Kyle alzó la vista, se cubrió los ojos con una mano, frotando con el pulgar y el índice, luego volvió a poner ambas manos sobre la mesa, tamborileando con los dedos otra vez.

—No sé adónde fui y ya le dije lo que sentía por ella.

—¿Por qué se cortó? ¿Por qué hacer eso? —preguntó Mac, dejando de lado por un momento el papel de policía duro.

La sangre en las fotos encontradas en la habitación de Kyle había sido enviada al laboratorio para compararla con el tipo sanguíneo de Zoe. No sabían si era de Kyle, pero valía la pena intentarlo.

—Estaba molesto, supongo —dijo Kyle, y el destello repentino de ira se desvaneció—. Ella me dejó otra vez justo cuando pensé que por fin íbamos a ser felices. Sin previo aviso. Solo me mandó un mensaje de texto y me dijo que se había acabado.

—¿Qué te hizo querer enfrentarte a ella? —preguntó Nari.

—¿Quién dijo que él quería enfrentarse a ella? —intervino McMichael.

—Sus compañeros de casa —respondió Mac.

—Testimonios de oídas y opiniones, que podrían ser incorrectas —replicó ella.

—¿Saliste a buscarla anoche? Para enfrentarte a ella o por otro motivo —corrigió Nari su pregunta.

—No. Solo salí para emborracharme —respondió Kyle.

Llamaron a la puerta. Mac miró por encima del hombro justo cuando Melissa entraba. Ella se acercó a él y se inclinó para susurrarle al oído.

—Ya llegaron los resultados de ADN. Tiene que verlos.

—Entrevista suspendida —dijo Mac, echando un vistazo al reloj de la pared y dando la hora exacta.

Se levantó y siguió a Melissa fuera de la sala. Cuando Nari también empezó a incorporarse, él la detuvo con un gesto breve, ocultándoselo al abogado y a su clienta al girar el cuerpo. La miró y luego dirigió la vista a la mesa; ella volvió a acomodarse, como si solo hubiera estado buscando una posición más cómoda. Afuera, Melissa se volvió hacia él y sacó una hoja impresa de una carpeta que llevaba bajo el brazo.

—El ADN encontrado en el cuerpo de Zoe no es de Kyle Culshaw. Pero lo hemos emparejado con otra persona. Un exconvicto que acaba de cumplir una condena de cinco años por agresión con agravantes y robo. Ashleigh Fenton.

Capítulo Ocho

Clio empujó las puertas principales de la Escuela Secundaria Cramond. No se movieron. Eran de vidrio con manillas cromadas. El edificio tenía forma de bloques, una pila de cuadrados con fachadas plásticas pintadas en una gama de tonos agradables. Verde, amarillo, naranja. Huellas pintadas marcaban un camino hacia la recepción, presumiblemente para los niños más pequeños. Clio notó Audis y Mercedes en el estacionamiento. Se alejó de la puerta preguntándose cuánto ganaban los profesores allí. Entonces vio un interfono junto a la entrada y presionó un botón. Tras intercambiar unas palabras con una recepcionista, le permitieron entrar y tomar asiento frente a la oficina del colegio. Era martes; Maia había faltado el día anterior, diciendo que estaba cansada y sin dar muchas explicaciones. Ese día, Clio recibió una llamada del colegio. De Michael Gaines. Le pidió que fuera y dijo que había ocurrido un... incidente, fue la palabra que usó. Se llevaría a Maia a casa con ella.

Había esperado diez minutos cuando un hombre se acercó a las puertas de vidrio que separaban la zona de recepción del resto del edificio escolar. Más allá había una sala de techo alto a la que llamaban La Calle. Era luminosa, aireada y blanca, con muebles de colores pastel repartidos por el espacio y las paredes decoradas con diversas obras de arte y manualidades hechas por los alumnos.

Michael Gaines era un hombre de mediana edad con el cabello corto y encanecido. Un pendiente brillaba en una oreja y vestía una camisa sin corbata, pantalones de traje y zapatos relucientes. Llevaba una carpeta gruesa en una mano y un teléfono en la otra, con una expresión distraída en el rostro.

—¿Señora Wray? —preguntó.

Clio decidió no corregirlo.

—Sí, llamó por Maia. ¿Qué ha pasado?

—Por aquí, señora Wray —dijo Gaines, haciéndose a un lado y sosteniéndole la puerta.

Ella entró, y él la condujo por La Calle y luego por una ruta enrevesada de escaleras y pasillos. Clio ya se sentía inquieta, y esa sensación solo aumentó a medida que avanzaban.

—¿Podría decirme qué ha pasado? —preguntó tras un minuto de caminata, en el que la única conversación había sido una charla trivial.

—Prefiero hablarlo delante de Maia y en privado. Las paredes oyen, ¿eh? —dijo Gaines.

Clio esbozó una sonrisa tensa, apretando los dientes tras los labios. Finalmente, Gaines abrió una puerta con su nombre y condujo a Clio a una pequeña oficina con una gran planta en una esquina, un escritorio y Maia. Ella estaba sentada con los brazos cruzados y las manos escondidas bajo los brazos. Al entrar Clio, Maia alzó la vista brevemente, pero enseguida desvió la mirada. Tenía una mueca en el rostro. Bajó la cabeza, dejando que el cabello cayera como una cortina que ocultaba sus facciones. Pero Clio alcanzó a ver algo que la hizo dar un paso rápido hacia adelante. Sentándose en la silla vacía junto a Maia, se inclinó y apartó el cabello. Maia se echó hacia atrás, pero Clio no se lo permitió. Sujetó con suavidad el hombro de su hija y apartó el cabello que la cubría, revelando un moretón en la mejilla.

—¿Pero qué demonios? —exclamó Clio, mirando a Gaines—. ¡Podría haberme dicho que había salido herida!

—Solo es un moretón, la otra chica salió mucho peor parada, se lo aseguro —dijo Gaines con una sonrisa igual de tensa.

—¿Perdón? —replicó Clio—. ¡Esa no es la clase de respuesta que espero del director del colegio cuando está claro que han atacado a mi hija!

—Mamá... —protestó Maia, alargando la palabra.

Clio la miró y vio más allá del aire hosco de adolescente. Maia estaba luchando por contener las lágrimas. Clio sabía que cualquier muestra evidente de simpatía maternal en ese momento podría derrumbar por completo las defensas de su hija. No iba a hacerle eso. Maia no necesitaba sentirse humillada delante de ese profesor.

—Por favor, dígame exactamente qué ocurrió, señor Gaines —dijo Clio.

—Maia golpeó a otra chica. Una chica de un curso superior. Por lo que sé, fue un ataque sin provocación y, me temo, tenemos que aplicar una política de tolerancia cero ante el acoso escolar.

—¡Yo no soy la acosadora! ¡Ella lo es! —gritó Maia.

—¿Te golpeó o te amenazó físicamente de alguna forma? —preguntó Gaines, recostándose en la silla y cruzando las manos sobre el estómago.

—No —respondió Maia, bajando la voz hasta un susurro.

—Entonces fue sin provocación.

—¡Solo porque no vio la provocación no significa que no existiera! —replicó Clio.

Estaba intentando mantener la calma, pero le resultaba difícil. Ese hombre la enfurecía. No era la primera vez que Clio se veía obligada a acudir al colegio, y cada vez parecía que echaban la culpa a Maia por cosas que no eran su responsabilidad.

—¿No se supone que son profesionales de la educación, todos ustedes? ¿No están capacitados para entender la psicología y el comportamiento de los niños de los que se hacen cargo? —exigió Clio—. ¿Por qué cada vez que me llaman es para hablar de un supuesto mal comportamiento que, claramente, tiene otra explicación? Simplemente no parecen dispuestos a buscarla.

Gaines suspiró, en efecto. Abrió la carpeta que había estado cargando.

—Su hija ha sido irrespetuosa y conflictiva en clase. Ha faltado a lecciones, y ahora ha agredido a otro alumno...

—A un alumno mayor. ¿Qué le dice eso?

Gaines extendió las manos.

—¿Qué debería decirme, señora Wray?

—Ese no es mi nombre —dijo Clio entre dientes—. Estoy divorciada.

—¿Qué debería decirme, señorita Wray? —dijo Gaines con un tono apático que hizo que Clio quisiera gritar.

—Que no está buscando explicaciones, solo por mal comportamiento —dijo Clio—. ¿Se ha molestado en hablar con Maia sobre el origen de su comportamiento en clase? Yo sí.

—¿Le importaría compartir con nosotros lo que ella le ha dicho? —dijo Gaines.

Clio miró a Maia, que volvía a agachar la cabeza. Abrió la boca para hablar, pero no encontró las palabras. Esto era más trauma para Maia. ¿Y para qué? ¿Para satisfacer a un profesor que solo hablaba en términos de blanco y negro, de buen y mal comportamiento? ¿Un profesor que recurría de inmediato a sacar de clase a los niños que, según sus palabras, eran disruptivos? Sin intentar comprender por qué ni cambiar su enfoque para darles a todos el mejor resultado posible. Clio había leído mucho desde que Maia empezó a tener dificultades. Era su instinto como académica: aprender y comprender.

—No tenemos más remedio que suspender a Maia por el resto de la semana —dijo Gaines—. Y necesitaremos un contrato de comportamiento entre alumna y padres antes de que pueda ser readmitida. De más está decir que será una promesa por parte de Maia de adherirse a los comportamientos que exige esta escuela o...

Extendió las manos.

—¿También comprometerá a la escuela a intentar entender por qué mi hija ha estado teniendo tantas dificultades? —preguntó Clio, con dureza.

—Tenemos que atender a la mayoría, señora... señorita Wray —dijo Gaines con suficiencia.

A Clio le pareció una respuesta arrogante; sin embargo, el profesor lo decía en serio. El hombre tenía una cara de

autosuficiencia. Su actitud era la de alguien en una posición de poder inquebrantable. Clio se preguntó cómo lidiaría Mac con él.

—Muy bien. Vamos, Maia —Clio se levantó y fue hacia la puerta. Maia la siguió. Gaines se puso de pie.

—Señora Wray...

—¡Por favor! —dijo Clio, levantando una mano—. No me haga decir algo de lo que mi hija se arrepienta.

Quería decirle lo insatisfecha que estaba con la escuela y con él personalmente. Pero no quería darle a la institución munición para excluir a Maia de forma permanente. Excluirlo con el argumento de una ruptura en la relación con el padre o madre. El resultado sería que se desharían de una alumna problemática, se lavarían las manos. No les daría esa oportunidad.

—No estoy enfadada contigo, Maia. Estoy enfadada con ellos —dijo cuando regresaron al auto.

Al dar marcha atrás para salir del espacio, miró a lo largo de la fila de estacionamientos del personal.

—¿Sabes cuál es su auto? —preguntó.

Maia había guardado silencio desde que salieron del despacho del señor Gaines. Ahora rompió a reír.

—No, mamá, no lo sé. Y no te lo diría con esa cara que tienes.

Clio sintió una oleada de alivio al oír la risa y le apretó con fuerza la mano a su hija por un momento.

—Solo dime qué pasó de verdad. No lo que dice Gaines que pasó.

—Es la acosadora, Kelly McIntosh. Va un curso por delante de mí y lleva semanas acosándome en TikTok. No sé qué he hecho para molestarla, pero no para.

—¿Tienes publicaciones tuyas, mensajes? —preguntó Clio, mientras se alejaban del colegio y se incorporaban al tráfico, de camino a casa.

—Sí. Intenté contárselo al señor Gaines, pero no quiso escuchar. Cree que debería poder ignorarlo si solo son palabras.

—Ese hombre es un peligro —gruñó Clio—. Cuando lleguemos a casa, haremos capturas de todo y hablaré con Mac. Le pediré consejo. ¿Qué tipo de cosas está diciendo?

—Te lo enseñaré. La mayoría son cosas sobre que no tengo papá. O sobre... lo que pasó el año pasado. Tonterías. No debería dejar que me afecte. Solo que sabe exactamente qué botones tocar.

Clio asintió. Una vez que Maia se abrió, no paró de hablar. Clio sintió alivio y orgullo de que Maia se sintiera tan cómoda abriéndose con su madre. Pero claro, siempre habían tenido una relación muy cercana. El padre de Maia había estado ausente desde antes de que ella naciera. Siempre habían sido solo las dos. Ahora también estaba Mac. El héroe de Maia. Y, si Clio era sincera, también el suyo. Inescrutable. Apuesto. Apartó los pensamientos sobre Mac de su mente. No era su tipo. Tendría que ser una masoquista para querer compartir su vida con alguien de la policía. Clio tomó un camino más largo del necesario para llegar a casa. Un trayecto de diez minutos se convirtió en treinta mientras dejaba que Maia hablara, luego pararon en un McDonald's y Clio hizo lo posible por hacer reír a su hija; hablando de las cosas que sabía que a Maia le entusiasmaban. Como sus ambiciones de ser escritora. O policía.

Eso era nuevo. Tan rápido como había estado pensando con cariño en Mac, Clio se sorprendió maldiciéndolo en su cabeza. ¿Por qué tenía que ser tan condenadamente carismático? Sonrió mientras Maia daba rodeos al tema de cómo se entraba en la policía, qué edad se necesitaba y cómo debía de ser ser detective. Sonrió y esperó que Maia no notara cuánto se estaba esforzando en cambiar de tema.

Capítulo Nueve

Mac condujo su Audi por Liberton, un suburbio al sur de Edimburgo. Según Clio, había dos teorías sobre el origen del nombre. La primera, anteriormente escrita como Libertun, se creía que significaba “Pueblo de Leprosos”, ya que se suponía que en algún momento el área había albergado una pequeña colonia de leprosos exiliados de la ciudad. La segunda, una interpretación más moderna, sugería que significaba “granja de cebada en una ladera”. Mac sabía cuál prefería. Aparentemente, otra vez según el conocimiento ecléctico de Clio, el área había sido hogar de Arthur Conan Doyle, quien vivió en una pequeña cabaña cerca del Braid Burn. Mucho más apropiado, aunque él no fuera Sherlock Holmes.

Mac llevaba un chaleco antibalas sobre la camisa. Melissa iba en el asiento del pasajero, vestida de forma similar. Detrás de ellos venía una furgoneta policial con rejillas metálicas en las ventanas frontales y un equipo de respuesta armada en la parte trasera. Dos patrullas cerraban la caravana. No llevaban sirenas, pero las luces azules parpadeaban para despejar el tráfico. Tan cerca del Centro Comunitario Claverhouse 43 no querían arriesgarse a asustar a su objetivo. Ashleigh Fenton trabajaba para una organización benéfica que utilizaba el centro comunitario como base para un programa de alcance comunitario en la zona. La organización se llamaba el Nuevo

Pacto y Ashleigh Fenton había obtenido la libertad anticipada en parte gracias a su patrocinio. Le habían conseguido un piso municipal y le habían dado un trabajo. Mac quería saber por qué su ADN había aparecido en el cuerpo de una chica muerta y, si no obtenía la respuesta correcta, Fenton perdería ambas cosas. Una llamada al centro comunitario había confirmado que Ashleigh estaba allí, ayudando en el jardín comunitario.

—Próxima a la derecha —dijo Melissa, mirando el GPS en su teléfono—. Luego la primera a la izquierda, y está a unos cien metros a la derecha. Liberton Brae.

La zona era una vasta urbanización. Casas municipales de los años sesenta pintadas de un color crema uniforme, manchadas de marrón donde las tuberías de desagüe habían soltado óxido. Departamentos con forma de bloques de ladrillo, con puertas delanteras que daban a balcones metálicos pintados y a los departamentos de enfrente. Vallas municipales de malla separaban los jardines y los autos estaban prácticamente apilados unos sobre otros, aparcados en calles que nunca se diseñaron para tantos. Kyle Culshaw seguía bajo custodia. Mac lo retenía hasta el último segundo que la ley permitía. A pesar de que se había encontrado el ADN de otro hombre en el cuerpo de la novia de Culshaw, Mac aún no estaba convencido de que él no tuviera nada que ver. Sin coartada. Motivo. Pruebas de un temperamento inestable. Relación volátil con la víctima. Pero la prueba de ADN pesaba más que todo eso.

—Todavía tenemos una hora antes de tener que acusar a Culshaw o soltarlo —dijo Melissa.

—Tiempo de sobra —respondió Mac—. Ahora que por fin encontramos a Fenton. Si esto resulta, podemos dejar ir a Kyle. Sabemos dónde encontrarlo si hace falta.

No había sido fácil encontrar a Ashleigh Fenton. El ADN había sido cotejado con la muestra archivada de todos los presos condenados. Pero lo que debería haber sido un proceso sencillo para averiguar adónde había ido tras su liberación no resultó así. Había tomado casi las veinticuatro horas de Culshaw obtener una respuesta del Servicio de Libertad Condicional. Mal financiado y con

pocos recursos. De gestión privada. Mac obligó a sus manos tensas a relajarse sobre el volante mientras guiaba el Audi por la última curva. El centro comunitario era evidente. Un edificio blanco grande, con ventanas altas y muros de hormigón pintado. Tenía el aspecto del brutalismo arquitectónico de los sesenta, el cartel adherido a una de las paredes casi ilegible bajo el garabato de grafitis con aerosol. Un hombre con un mono de trabajo en lo alto de una escalera estaba tapiando una de las ventanas.

Otro hombre, un jubilado por su aspecto, sostenía la escalera, con el pie en el peldaño inferior. Mientras la caravana policial entraba silenciosamente al estacionamiento, una mujer de rostro apretado y un cárdigan envuelto a su alrededor como una armadura salió apresurada por las puertas principales. Mac no se molestó en estacionar, sino que se detuvo bruscamente frente a la entrada y bajó del auto, cerrando la puerta de una patada. Melissa lo siguió de cerca.

—¿Janice? —le preguntó a la mujer.

Mac alcanzó a ver el cordón que la mujer llevaba colgado del cuello, casi oculto entre su largo cabello y un busto prominente. Parecía tener unos cincuenta años, con arrugas alrededor de la boca, que mantenía apretada en una línea delgada.

—Sí. ¿De verdad hace falta todo esto?

—¿Dónde está Ashleigh Fenton? —exigió Mac.

—Vaya por el costado y entre por la verja. Es un jardín cerrado y la cerca es demasiado alta para que él la salte, así que no podrá escapar.

Mac ya le había dado la espalda, avanzando a grandes pasos en la dirección indicada. Antes de alcanzar la verja, el comandante de la unidad táctica lo detuvo levantando una mano.

—Nos encargamos nosotros a partir de aquí, señor.

Mac asintió y esperó mientras el equipo se posicionaba a ambos lados de la verja. Parecía una exageración para un solo hombre, pero no hacía falta mucho para recordar las heridas que Zoe Phillips había sufrido. Si Ashleigh Fenton era el asesino, había que considerarlo peligroso y posiblemente armado. La verja cedió con un leve empujón, demostrando que no estaba cerrada con llave. Medía

casi dos metros y estaba hecha de tablones de madera, sin ofrecer vista alguna de lo que había al otro lado. A una señal silenciosa del comandante, un agente con un arma automática pateó la verja, que se estrelló contra la cerca. Luego entraron gritando a todo pulmón. Mac observó mientras el equipo táctico se movía entre huertos elevados hechos con palets y durmientes. Sus ojos se movieron de izquierda a derecha, descartando a los dos jubilados que estaban con las manos en alto. Se detuvieron un momento en un hombre con acné severo y un cordón con una identificación. Fruncía el ceño, pero mantenía las manos a los costados. Entonces vio al hombre que corría.

Ashleigh Fenton llevaba un pantalón deportivo gris, zapatillas negras y brillantes guantes de jardinería verdes. Mac entró corriendo al jardín justo cuando Fenton se abalanzaba contra la cerca del fondo. La embistió a toda velocidad y casi logró agarrarse de la parte superior. Resbaló y volvió a saltar justo cuando los agentes armados, vestidos de negro y con el rostro cubierto, formaban rápidamente un semicírculo a su alrededor.

—¡Ashleigh Fenton! ¡Quédese quieto! —gritó Mac por encima de las órdenes vociferadas del equipo de respuesta armada—. Por el amor de Dios, hágase un favor y no cause problemas.

Fenton se giró, pegándose a la cerca, con las manos extendidas a ambos lados. Mac rezó para que no estuviera a punto de sacar un arma. Seis armas automáticas lo apuntaban a corta distancia. Un solo movimiento en falso y la cerca necesitaría una nueva capa de pintura, y Mac jamás cerraría el caso de Zoe Phillips. Fenton tenía el rostro largo y delgado, y los ojos oscuros. Una cicatriz blanca le cruzaba desde la sien izquierda hasta la mejilla, resaltando sobre su piel color café. Mestizo. Parecía pakistaní. Desde algún punto detrás, en el fondo, se escuchó una voz furiosa que le gritaba a Fenton y le prometía un abogado. Mac echó un vistazo hacia el hombre con acné, que ahora tenía un teléfono en la oreja.

—No estoy haciendo nada malo. No pueden tocarme. Tiene derecho a un abogado —gritó el hombre, con la cara enrojecida.

—Mel, vaya a ver quién es ese payaso —dijo Mac—. No estoy de humor para un héroe de clase obrera con complejo contra la poli.

Melissa se acercó a él, sonriendo con calma, completamente en modo madre amable. Cuando Mac volvió a mirar a su sospechoso, los agentes armados ya se habían acercado. Fenton estaba boca abajo en el suelo, con las manos siendo esposadas a su espalda. Mac se aproximó.

—Ashleigh Fenton. Queda usted detenido bajo sospecha del asesinato de Zoe Phillips. No tiene que decir nada, pero puede perjudicar su defensa si, al ser interrogado, no menciona algo que luego utilice en el tribunal. ¿Lo entiende? Fenton respondió con un sí apagado.

—Bien, llévenlo a la furgoneta y directo a Brunswick Street.

Le hicieron ponerse de pie a la fuerza. Sonreía. Mac frunció el ceño al verlo alejarse. No era la reacción que esperaba. No hubo protestas de inocencia. Tampoco el silencio hosco del que sabe que lo han atrapado. Una sonrisa autosatisfecha. Una alarma empezó a sonar en el fondo de su mente.

—¿Ha dicho Zoe Phillips? —dijo el hombre con acné.

Melissa intentaba interponerse entre el hombre y Mac, pero él se movía de un lado a otro, esquivándola, mirando por encima de su hombro. Claramente ya había deducido que Mac estaba al mando.

—Sí. ¿Quién es usted? —respondió Mac.

—Gary Kirk. Trabajo para el Nuevo Pacto. Soy el supervisor de Ash y puedo asegurarle que él no tuvo nada que ver con la muerte de esa chica.

—Entonces no tiene nada de qué preocuparse —dijo Mac sin sonreír.

—Claro, conozco a los polis. Un tipo que acaba de salir de la cárcel y ya quieren encasquetarle cualquier caso sin resolver que tengan. ¿Tienen que cumplir con una cuota, o qué?

El hombre mostraba una actitud beligerante y pendenciera. Del tipo que automáticamente veía a la policía como el enemigo. Lo que significaba que probablemente venía de un entorno desfavorecido, criado entre el crimen. La gente honesta les tenía miedo a los polis. Los ricos asumían que eran su seguridad privada. Los pobres eran los que los resentían, porque muchas de sus comunidades habían sido desmanteladas.

—Escuche, señor. No cumplo con cuotas de arrestos desde hace diez años. No le planto pruebas a nadie. Sigo la evidencia.

—Aja, claro. Pues acabo de hablar con mi jefe por teléfono. Tendrán un abogado esperándolo. Ash era un chico malo, pero encontró a Dios. Ahora es uno de los nuestros. Ha cambiado.

—Como le dije, sigo la evidencia —respondió Mac con firmeza—. Si tiene pruebas que exculpen a Ashleigh Fenton, me encantaría escucharlas.

El hombre sonrió, mostrando dientes amarillentos y uno negro de reemplazo.

—Claro, sí que las tengo. Esa chica desapareció el fin de semana, ¿no? Lo vi en las noticias. Pues Ash estuvo conmigo todo el fin de semana. En el retiro del Nuevo Pacto, por la zona de Loanhead. Salimos de allí el lunes para venir aquí. Soy su coartada, ¿no?

Mac lo miró con incredulidad abierta. Luego miró a Melissa, que se encogió de hombros. Mac sintió ganas de reír, pero en su lugar soltó un largo y lento suspiro y se pasó los dedos por el cabello.

—¿Está dispuesto a dar una declaración en ese sentido? —preguntó.

—Es la verdad —insistió Kirk, a punto de darle un toque en el pecho a Mac para enfatizar sus palabras.

Sus ojos se encontraron con los de Mac, y se lo pensó mejor, bajando la mano. Mac sonrió, pero en su expresión no había alegría.

—Entonces creo que estaría cometiendo perjurio. Y lo acusaría de obstrucción a la justicia. Tenemos el ADN de su amigo en un cadáver, lo que nos indica que no estaba donde usted dice que estaba. A menos que los dos la hayan secuestrado, la hayan llevado a Loanhead, la hayan matado y luego la hayan traído de vuelta a la ciudad. ¿Eso fue lo que pasó?

El rostro de Kirk palideció y dio un paso atrás. Pero había un agente uniformado detrás de él, que se había acercado silenciosamente desde una de las patrullas. Kirk giró en pánico al percatarse de su presencia y se encontró sujetado por el antebrazo.

—Gary Kirk. Queda arrestado bajo sospecha de... ¿sabes qué, Mel? Haz los honores tú —dijo Mac, dándose la vuelta.

Se alejó del hombre cuyo rostro cubierto de acné se había puesto blanco. Entonces Kirk volvió a gritar.

—¡Esto es un montaje! ¡Están mintiendo! ¡Él estaba conmigo!
¡Que Dios me sea testigo!

Capítulo Diez

—Jefe, no creo que podamos retener a Kirk —dijo Melissa durante el trayecto de regreso a Brunswick Street.

—No podemos —coincidió Mac—. Pero sabemos que Fenton estuvo cerca de Zoe Phillips. Así que existe la posibilidad de que Kirk esté mintiendo para protegerlo.

—Sí, pero no tenemos ninguna prueba de eso. Podría terminar presentando una queja por arresto indebido.

—Podría. Yo me encargaré de calmar las cosas, no se preocupe.

—Sí me preocupo —dijo Melissa.

Mac le dedicó su sonrisa de pícaro, esa que casi siempre funcionaba con las mujeres. Melissa lo miró con firmeza. Casi siempre.

—Mire, solo quería asegurarlo, no dejarlo suelto por ahí hablando de más y, potencialmente, alertando a cualquiera más que pudiera estar implicado. Es de ese tipo —dijo Mac, de pronto completamente serio—. Lo soltaremos cuando hayamos sacado todo lo que podamos de él. Conéctate y encuéntrame todo lo que puedas sobre el Nuevo Pacto. Direcciones, personas, ese retiro en Loanhead. Tenemos que poner a prueba esta coartada.

Melissa asintió y sacó su teléfono. Mac oyó la vibración del suyo al recibir una notificación. Le recordó el mensaje que había visto de

Clio la noche anterior. Había estado trabajando, tenía intención de responderle al llegar a casa, pero el trabajo lo había seguido y se había quedado dormido en el sofá. Aún no le había contestado. Se prometió que lo haría esa noche. Sin falta. Miró el teléfono y reconoció el número. Sidhu. Maldijo. Eso era otra cosa que había olvidado, pero esta vez de forma más deliberada.

—¿Algo va mal, jefe? —preguntó Melissa, levantando la vista de su propio teléfono.

—Algo que olvidé hacer. Puede esperar —respondió Mac.

Tendría que esperar. Esta era una investigación por asesinato, y tenían a un sospechoso principal. El caso podría cerrarse antes de que terminara el día. Tan cerca de la conclusión de un caso, Mac era como un sabueso tras el rastro. Nada lo desviaría ni lo detendría hasta llevarlo hasta el final. Quería dejar atrás esos pocos kilómetros al sur de Edimburgo y estar en la sala de interrogatorios con Ashleigh Fenton. Totalmente preparado y listo para desmontar su coartada. Romperlo hasta que confesara ante pruebas irrefutables. Clio volvió a su mente. Ella no era de mandar mensajes. Por lo general, solo le escribía para confirmar alguna cita que hubieran hecho. O si lo necesitaba.

—¿Todavía ve a Clio, entonces? —preguntó Melissa.

La pregunta lo sorprendió. Fue como si le hubiera leído la mente. Parpadeó y luego asintió.

—Las vi el fin de semana pasado. ¿Por qué?

—Soy amiga de ella en Facebook. Subió unas fotos de ustedes tres en los Pentlands. Lindas.

—No se emocione —la advirtió Mac.

Melissa se rio.

—Perdón, jefe. ¿Me pasé de la raya? —Su voz burlona. De esas que solo Melissa podía usar sin consecuencias.

—Muchísimo —respondió Mac.

—Igual creo que está bien. Usted necesita a alguien y probablemente ella también.

—Clio es bastante resistente. No necesita a nadie —dijo Mac, con sinceridad.

—Todo el mundo necesita a alguien —dijo Melissa con intención.

Algunas gotas de lluvia golpearon el parabrisas con suaves chasquidos. Mac suspiró.

—¿Cómo va la búsqueda? —dijo, sin siquiera intentar disimular el cambio de tema.

—El Nuevo Pacto es una organización benéfica registrada. El director ejecutivo se llama Michael Fielding. Se parece a Richard E. Grant. La página web es muy eclesiástica. Algún tipo de organización cristiana evangélica que trabaja con presos desde dentro. Rehabilitación a través de Cristo. Encantador.

—¿No lo apruebas?

—Cazzy y yo ya hemos recibido lo nuestro en internet de parte de supuestos cristianos que no creen que dos mujeres deban casarse, y mucho menos tener un bebé juntas.

—¿Y cómo va eso? ¿Cuándo es el parto?

No era algo que él necesitara saber, pero Melissa era una persona sociable. Sabía que a ella le hacía sentir bien que él mostrara interés, y guardaba mentalmente lo que le contaba. Mientras hablaba, sin embargo, su mente volvía a la entrevista que se avecinaba.

—Ya lleva tres meses y empieza a notarse. Está completamente en modo anidación.

Melissa sonaba feliz, y Mac sonrió justo cuando la lluvia empezó a arreciar. Fenton podía pudrirse un rato en los calabozos. Estaba implicado, no había duda. A Kirk no podían retenerlo. El arresto había sido tanto para ponerlo en su lugar como por alguna falta real. Era un listillo y necesitaba que lo bajaran un poco. Tal vez Mac lo llevaría al pub que quedaba bajando por Brunswick Street. Era un pub de polis, pero eso ayudaría a mantener a Kirk algo nervioso. Mientras el equipo reunía toda la información posible sobre Fenton, el Nuevo Pacto y la coartada que Kirk había dado, Mac vería qué podía sacarle él mismo. Jugaría la carta de clase obrera. Mac se había criado en la más absoluta pobreza. Estaba seguro de que podía establecer una conexión. Aunque había algo que lo ponía nervioso. Respiró hondo, dándose cuenta de que sentía el pecho apretado. Frunció el ceño, concentrándose en la carretera mientras una sensación de temor lo invadía. Los limpiaparabrisas iban y

venían frenéticamente frente a él mientras la lluvia caía en millones de estallidos. Estaba seguro de que podía oír el sonido de las olas rompiendo a lo lejos.

—¿Jefe?

—La voz de Melissa le llegó desde la distancia.

Mac sudaba, mirando fijamente la lluvia, sintiendo que el corazón estaba a punto de parársele. Tenía la cara entumecida. Un frío lo envolvió. Melissa decía algo con urgencia. Se había girado en su asiento. Estaba gritando. ¿Por qué estaba gritando? La lluvia era atronadora y él podía oír el mar. Las explosiones de las olas estrellándose contra los acantilados. Era Skye. Podía oler la turba y la sal en el aire. Sentía la tensión de la espera, la espera por hacer justicia a...

—¡Jefe, es un semáforo en rojo! —gritó Melissa.

La realidad se impuso de golpe ante los ojos de Mac. Iba entrando en un cruce de cuatro vías a sesenta y cinco kilómetros por hora y el semáforo estaba en rojo. El instinto se apoderó de él y pisó el acelerador a fondo, intentando pasar y salir del peligro antes de que... Frenazos chirriantes. Bocinas ensordecedoras. Un crujido espantoso y el auto se desvió de lado. Una furgoneta había embestido la parte trasera del lado del pasajero, haciendo girar el Audi y lanzando a Mac contra la puerta. Algo blanco y sofocante se le aplastaba contra la cara. Una bolsa de aire. Perdió el conocimiento.

—¿Callum? ¿Puedes despertarte por mí?

Irlandés. El cliché era cierto sobre ese acento. Tenía un tono melódico. Siobhan siempre había sido madrugadora y nunca le gustaba dejarlo dormir mientras el día se desperdiciaba. Sus palabras. A él no le parecía una pérdida de tiempo pasar un par de horas en la cama junto a ella.

—Es fin de semana —murmuró somnoliento.

—En realidad es martes —respondió Siobhan—. Vamos, oficial, necesito hacerte unas observaciones.

Mac abrió los ojos y luego los entrecerró ante la dureza de las luces del techo. Cortinas con estampados formaban tres paredes a su alrededor. Estaba acostado en una cama de hospital. No había soñado a Siobhan. Estaba allí. Con ropa médica.

—No me decepciones con un “¿dónde estoy?” —dijo Siobhan con una media sonrisa.

¿Cómo lo hacía? Sonreír solo con un lado de la boca, logrando que se viera irónica y encantadora al mismo tiempo. Tanto se comunicaba con una expresión tan pequeña. Él la miró al rostro. Hermosa no era la palabra. De rostro en forma de corazón. Mejillas llenas. El labio inferior con un hoyuelo que la hacía parecer que estaba haciendo un puchero. Se concentró en eso, recordando todas las veces que lo había mordisqueado juguetonamente. Recordando su sabor. Con un esfuerzo supremo, obligó a su mente a volver al presente. Estaba divagando, como si aún siguiera dormido y soñando mientras sus ojos estaban abiertos.

—¿Ya recuerdas lo que pasó? —preguntó Siobhan—. Voy a revisar tu respuesta dilatoria.

Se inclinó hacia él, colocó una mano enguantada en su frente y le levantó un párpado con el pulgar, iluminando su ojo con una linterna. Luego hizo lo mismo con el otro.

—¿Ya? ¿Ya me lo preguntaste? —dijo Mac.

—Sí, cuando entraste. Estabas bastante ido. Un caso clásico de conmoción. ¿Qué fue? ¿Persiguiendo a un sospechoso?

Mac abrió la boca para negarlo, pero se dio cuenta de que no podía recordarlo. Entonces algo regresó a su mente.

—¡Mel!

Intentó incorporarse, pero Siobhan lo empujó de nuevo hacia abajo.

—Está bien y le dieron el alta hace horas. Tiene un collarín y latigazo cervical, pero nada más. ¿No recuerdas lo que pasó?

—No.

—Te pasaste un semáforo en rojo y te chocó una furgoneta. No te diste un golpe en la cabeza, salvo contra el airbag, pero tu

cerebro se sacudió, lo que viene a ser lo mismo. Conmoción cerebral. Te quedarás con nosotros esta noche en observación.

Mac negó con la cabeza y se incorporó, resistiendo esta vez el empujón. Fue inquietantemente difícil, pero logró llegar al punto de colgar los pies fuera de la cama. En realidad, era una camilla. Siobhan cruzó los brazos y frunció los labios. Y eso la hacía ver increíblemente atractiva. Mac se pasó una mano por el pelo, intentando encontrar un punto de enfoque mientras su mente volvía a divagar.

—No puedo. Tengo que interrogar a un sospechoso de asesinato. Lo llevábamos a Brunswick Street cuando...

—Tuviste el accidente alrededor del mediodía. Son casi las siete de la tarde —dijo Siobhan con firmeza pero con compasión.

Ella se subió a la camilla junto a él, con los pies colgando en el aire. Era un duende. Él observó cómo balanceaba los pies y se sorprendió sonriendo.

—No has cambiado —dijo ella.

—¿No?

—No. Sigues poniendo el trabajo por delante de todo. Incluso de tu salud. Sobre todo de tu salud.

—Es importante.

—Y tú también lo eres, Callum. Hablé con Mel antes de que le dieran el alta. Dijo que estabas actuando raro antes del accidente.

—¿Lo estaba?

—Sí, lo estabas, y no me vengas con esas respuestas de una sola palabra para ganar tiempo. Incluso con una conmoción, tu cerebro funciona tan bien como ese Audi que acabas de destrozar. Dijo que estabas sudando, respirando rápido. Parecía que tenías dolor. Te hemos revisado y he mirado tu historial. Te conozco bastante bien. No tienes nada físicamente mal. Pero justo antes de que te saltaras esos semáforos, sí que había algo.

Mac soltó un largo y lento suspiro. Ganando tiempo. Siobhan lo miraba con unos ojos oscuros que no se perdían nada y no dejaban escapatoria.

—He estado... mira, no puedes decirle nada a nadie. Lo tengo controlado. O sea, lo tendré... quiero decir... mierda.

—Mac se frotó la cara y volvió a empezar—. He estado teniendo estos... episodios. Me falta el aire y el corazón se me acelera como si estuviera en pleno infarto. Todo mi cuerpo se tensa. Es como si estuviera a punto de morir o... algo así.

—Suenas como un ataque de pánico —dijo Siobhan con suavidad.

Ella le había puesto una mano en el hombro, y ese contacto fue electricidad. Se dio cuenta de que su voz había estado temblando mientras hablaba. Tenía lágrimas en los ojos. Apartó la mirada, parpadeando y enfadado consigo mismo por su debilidad. Ella rodeó con la mano, encontró su barbilla y lo giró para que volviera a mirarla.

—¿Estás hablando con alguien sobre esto?

Mac estaba a punto de negar que hiciera falta, pero sus ojos lo detuvieron.

—No.

—Tienes que hacerlo, Mac, o solo irá a peor.

Sus rostros estaban a centímetros de distancia. Solo tenía que inclinarse y besarla. ¿Quería ella eso? ¿Estaba ella dando el primer paso? Algo cambió en su expresión, y supo que no era así. Sonrió, el pícaro. Siobhan arqueó una ceja.

—¿Hay alguien en tu vida? ¿Novia? ¿Novio? —preguntó ella.

Mac la miró.

—Para hablar... obviamente —dijo Siobhan.

—No. ¿Y tú?

—Yo no soy la que tiene ataques de pánico.

—Eso es una evasiva.

—Soy tu enfermera.

—Y eso también.

Siobhan se levantó y recogió una carpeta del pie de la cama. Tenía un leve rubor en las mejillas. Hizo algunas anotaciones.

—Te avisaré cuando puedas irte. Volveré más tarde para revisarte. No lo hagas raro, Mac, por favor. Lo que tuvimos se terminó, pero no hay razón para que no podamos seguir siendo amigos.

Mac asintió con la cabeza.

Siobhan fue a correr la cortina, pero se detuvo. Miró por encima del hombro.

—Necesitas ayuda profesional, Mac. Busca a alguien con quien puedas hablar, ¿sí?

Luego se fue. Mac se recostó, pensativo. Sonrió para sí mismo. Media hora después, se alejaba del hospital en un taxi.

Capítulo Once

Se sorprendió al ver que su equipo seguía en la oficina. La inspectora jefe Akhtar también estaba allí, escuchando mientras Nari hablaba. Kai estaba en su escritorio, aparentando estar atento, pero fue el primero en ver entrar a Mac.

—¿Todo bien, jefe? —llamó.

Nari se detuvo y Akhtar miró por encima del hombro. Estaba de pie con los brazos cruzados. Ahora se giró lentamente para observar cómo Mac se acercaba.

—Inspecto jefe McNeill. No pensé que lo veríamos esta noche. Tampoco lo pensó el detective Superintendente en jefe Reid. Me pidió que supervisara el caso de Zoe Phillips mientras usted se recuperaba.

—Gracias, Hafsa —respondió Mac, sobreponiéndose al saludo deliberadamente formal—. Me encargaré a partir de ahora. ¿Dónde estamos con Ashleigh Fenton?

Ignoró a Akhtar, que carraspeó, pero Mac estaba mirando de Nari a Kai, sin prestarle atención. Nari echó un vistazo a Akhtar como si buscara permiso para hablar. Kai no fue tan diplomático.

—Su coartada es buena, pero no sólida. Kirk, el bocazas que detuvimos junto a él, insiste en que Fenton estuvo con él y otros todo el fin de semana. Pero, cuando hablé con él de forma informal,

no pudo confirmar que tuviera a Fenton a la vista todo el tiempo. Cada uno tenía su propia habitación en ese retiro y no había ningún tipo de vigilancia. Kirk fue liberado porque no podíamos retenerlo. Pero hay un taller frente al complejo que usa el Nuevo Pacto para sus retiros, y ese sí tiene CCTV. Encontré una furgoneta blanca, con la matrícula ilegible, que entró en el camino que lleva al complejo del Nuevo Pacto. Luego salió de nuevo unos minutos después. Eso fue a las once y media. No se veía a nadie...

—Pero eso nos da una oportunidad. No tenemos un motivo y Fenton no nos ha dado nada —intervino Akhtar—. Pero con la oportunidad y el ADN que lo vincula al cuerpo, consideré que era suficiente para ir al Procurador Fiscal. El DSJ Reid pensó lo mismo.

Mac asintió, sintiendo un nudo de irritación por la intromisión de Akhtar en su caso. Fenton podría haber sido retenido durante veinticuatro horas, y más tiempo aún con la prueba de ADN. No hacía falta que un nuevo inspector jefe tomara el control. Pero Akhtar tenía hambre. Desde que había llegado, hacía seis meses, no había dejado de pisarle los talones. Mac nunca había sentido la necesidad de competir con sus colegas, pero polis como Hafsa Akhtar veían el trabajo como una escalera. No se trataba de atrapar criminales. Solo de ascender en el escalafón. Se dio cuenta de que estaba apretando la mandíbula, con las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos. Sus labios se curvaron en una sonrisa irónica, los dientes apenas al descubierto. No era propio de él; normalmente mantenía el rostro impasible y no dejaba que nadie viera qué o quién lo afectaba. Pensó en la conmoción cerebral. Entonces, el rostro de Siobhan apareció en su mente justo cuando su teléfono vibró. Era un mensaje de la propia Siobhan.

«Eres un jodido idiota, Callum McNeill. Deberías seguir en observación. ¿Puedes buscar ayuda de una vez? ¡Recuerda que no eres el único en peligro!»

Frunció el ceño. Su primera reacción fue enfadarse con Siobhan, pero sabía que eso era la culpa. Ella tenía razón; no era solo a sí mismo a quien estaba poniendo en riesgo. Mel era prueba de ello. Alzó la vista y encontró a Akhtar mirándolo fijamente.

—Gracias, Hafsa. Gran trabajo. No esperaba encontrar el caso resuelto cuando volviera. Es un peso menos sobre los hombros.

Ella esbozó una sonrisa tenue.

—¿Qué ha pasado? Si no te importa que pregunte. El jefe Reid ha estado un poco reservado.

—¿Ah, sí?

—Mac sonrió con neutralidad y luego se volvió hacia Nari—. Entonces, ¿estamos recopilando todas las pruebas que tenemos para el informe al fiscal?

—Sí, pero lo tenemos controlado, jefe —le aseguró Nari, con expresión preocupada.

—¿Mel se ha ido a casa por la noche? —preguntó Mac.

—Insistió en venir unas horas y la mandé a casa —dijo Akhtar.

—Bien hecho. Necesita recuperarse —respondió Mac—. Kai, mándame todo lo que tengamos y cualquier borrador. Hafsa, gracias por toda tu ayuda. Puedes irte a casa.

Se dirigió a su despacho, oyendo la afirmación de Kai, seguida un momento después por Nari. Akhtar no respondió y Mac no miró atrás. Llegó a su escritorio y se sentó con control, intentando ignorar la tentación de dejarse caer en la silla. Le dolía la cabeza y se sentía agotado. Pero no iba a mostrar debilidad delante de Akhtar. Ella iría directa a la yugular en cuanto oliera sangre. Había un correo de Sidhu esperándolo, que estuvo a punto de borrar antes de detenerse. No podía esconderse para siempre. En su lugar, hizo clic en responder y escribió unas líneas rápidas, sugiriendo una fecha para asistir a terapia. Había un correo de Reid. Le advertía que si no reservaba una sesión con Talvir Sidhu, él... eliminado. Apareció un correo de Kai con varios archivos adjuntos. Luego uno de Nari. Otro de Kai. Le costó esfuerzo obligarse a concentrarse, pero lo consiguió. Revisó las pruebas recopiladas y el borrador del informe que habían estado preparando. Al fiscal no le gustaría la falta de un motivo, pero el ADN era difícil de refutar. Con los antecedentes de Fenton, podía haber sido un ataque aleatorio.

El análisis toxicológico indicó que Fenton tenía cocaína en el organismo. O bien el retiro del Nuevo Pacto no era tan puro como su imagen cristiana sugería, o Fenton no era el personaje reformado

que les gustaba creer. Motivo suficiente ahí mismo. Fenton, alimentado con coca y alcohol, escapando del aburrimiento de los estudios bíblicos y la hora temprana de dormir, fuera de sí. Mata. Vuelve a esconderse tras el crucifijo, pero sabe que es solo cuestión de tiempo. Eso explicaba esa sonrisa. Mac podía leer mucho en algo así. Nada que se sostuviera en un tribunal, pero suficiente para decirle que iba por buen camino. Llamaron a su puerta. Nari.

—¿Jefe? ¿Está bien si nos vamos? —preguntó ella.

Mac echó un vistazo a la hora en su computador. Había pasado una hora desde que se había sentado. No se había dado cuenta. El informe estaba listo para enviarse. Fenton sería acusado y, dada la naturaleza del delito, no se consideraría la libertad bajo fianza. A estas alturas, mañana estaría en prisión preventiva en Saughton, esperando la fecha del juicio.

—Claro, Nari. Perdone por retenerla tanto tiempo. Gracias por todo su trabajo.

—¿Necesita que lo lleve, jefe? —llamó Kai, mientras se enfundaba un abrigo largo y oscuro.

—No, pediré un taxi —respondió Mac—. Nos vemos mañana.

—Espero que la aseguradora no le dé muchos problemas por el auto. Era un buen motor —dijo Kai.

Nari le dio un golpe en el hombro. Mac esbozó una sonrisa sombría.

—Sí, lo era.

Se fueron. Unos minutos después, la iluminación automática se apagó mientras Mac permanecía inmóvil. Luego se levantó de la silla con un gruñido, luchando contra el cansancio abrumador. Las luces se encendieron al caminar por la oficina. Se apagaron de nuevo al salir de la sala. Mientras se dirigía al ascensor, sintió que su teléfono vibraba y lo miró con expresión ausente. El número le resultaba familiar. Provenía de ese mismo edificio. El escritorio de custodia en las celdas de detención.

—McNeill.

—Perdone que lo moleste, señor. Soy el Sargento Maxwell, en las celdas de detención. Uno de los detenidos ha estado pidiendo hablar con usted y alguien dijo que aún seguía en el edificio.

—Sólo que recién... —respondió Mac, presionando el botón del ascensor—. ¿Puede esperar? ¿Qué quiere?

Estaba suponiendo que se trataba de Fenton. Gary Kirk se había marchado y, en ese momento, probablemente estaba preparando su queja por detención indebida para la Comisión de Quejas contra la Policía.

—Normalmente no lo molestaría, señor. Pero dice que sabe dónde hay un cadáver.

Las puertas del ascensor se abrieron frente a Mac y se cerraron un momento después.

—Voy para allá —dijo, dirigiéndose hacia las escaleras.

Dos minutos después, estaba accediendo al área de detención con su tarjeta de identificación. Jim Maxwell estaba en el escritorio: nariz grande, pelo canoso, bajo y fibroso. Se apartó del escritorio, sacando un gran llavero del cinturón, colgando de una cadena plástica flexible. Seleccionó la llave adecuada y condujo a Mac por el pasillo. Las celdas se alineaban a un lado, cada puerta con los datos del detenido, incluyendo la hora y fecha de ingreso, y cualquier nota médica o dietética especial. Abrió la tercera celda tras desenganchar la mirilla abatible y echar un vistazo rápido al interior. Luego giró la pesada manija metálica. Hubo un satisfactorio chasquido sólido de metal. Maxwell entró en la habitación.

—De pie, Fenton. El inspector jefe McNeill está aquí, como pediste. Pórtate bien ahora. Ya conseguiste lo que querías.

Mac siguió al sargento dentro de la celda. Fenton llevaba un mono de papel, como los que usan los técnicos forenses. Los restos de salchichas, puré y alubias estaban esparcidos por una pared, la bandeja en que habían sido servidos yacía boca abajo en el suelo. Había un inodoro de acero sin asiento en una esquina y un lavabo atornillado al suelo y la pared con tuercas del grosor de dos nudillos. Una franja de ventanas estrechas, con cristal reforzado con alambre, recorría la parte superior de una pared. Demasiado altas para alcanzarlas. Fenton estaba sentado en el banco de concreto, que servía de cama con la adición de una colchoneta de una pulgada de grosor. Alzó la vista desde debajo de unas cejas fruncidas. Mac se quedó mirándolo, con las manos en los bolsillos.

—Solo tú —dijo Fenton.

—No —respondió Mac.

Si ese hombre era culpable y solo quería jugar con la policía, Mac no iba a ceder ni un centímetro. Si tenía información, debía entender que tenía que entregarla. No había ningún acuerdo de reducción de pena. Muchos presos confundían las series policiales estadounidenses con la realidad de la policía británica.

—Puedo contarte sobre otro asesinato. Pero solo a ti.

Mac intercambió una mirada con Maxwell, cuyo escepticismo se reflejaba claramente en su rostro. Mac sonrió y negó con la cabeza.

—Estoy hecho polvo. Mañana vas a Saughton. Ve a dormir un poco.

Se dio la vuelta para irse.

—Espera, espera. ¿No quieres saber sobre mi ex?

Mac se detuvo y luego se encogió de hombros.

—La verdad, no mucho, colega. No si tengo que jugar contigo para averiguarlo. Suéltalo de una vez.

Fenton claramente había estado esperando la oportunidad de marear a Mac un rato. Mac contuvo un bostezo. Fenton frunció el ceño, miró al suelo y luego volvió a mirar a Mac.

—Vicky McCourt, ¿vale? Mi ex. Estuve en la cárcel por su culpa. 13 Dumbeg Park, Wester Hailes. Seguro que los vecinos ya se están quejando del olor.

Capítulo Doce

Mac sabía que no debería estar allí. Sentía que podría quedarse dormido de pie. Pero, si había un cadáver allá afuera, una segunda víctima, tenía que ver la escena del crimen. Fenton se había cerrado en banda después de hacer su críptica referencia al estado de su exnovia. Mac había ordenado a una patrulla que se dirigiera a la dirección y evaluara la situación. Treinta minutos después, recibió la llamada. Los agentes habían irrumpido en la propiedad al acercarse y detectaron el inconfundible olor de la descomposición. Habían encontrado un cuerpo. Mac les ordenó desalojar y sellar la casa. Luego llamó a un equipo de criminalística y pidió otra patrulla para que lo llevara a Wester Hailes. Sentado en el asiento del copiloto, con las sirenas y luces encendidas a toda velocidad, le costaba mantener los ojos abiertos. Se dijo a sí mismo que podría descansar una vez que hubiera evaluado la escena, una vez que hubiera examinado el cuerpo de Vicky McCourt, si es que realmente era ella a quien habían encontrado.

Obligando a su mente a concentrarse en los datos disponibles, repasó una lista mental. Zoe Phillips había sido asesinada de forma rápida y limpia, y luego apuñalada múltiples veces en un frenesí. Asesinada en un lugar distinto al donde fue encontrada. Su rostro marcado de esa forma extraña. Sacó las fotos de la escena del

crimen en su teléfono mientras el auto atravesaba las calles nocturnas de Edimburgo. Las farolas proyectaban un resplandor anaranjado y sucio sobre todo. Esas líneas rectas le recordaban algo, pero no lograba identificar qué. Era exasperante. En algún rincón de su mente magullada y agotada había una información que no conseguía alcanzar. Podía ser irrelevante, pero también podía no serlo. Ash Fenton estaba bajo custodia y acababa de confesar un asesinato. Su ADN había sido encontrado en el cuerpo de Zoe. Estaba claramente implicado y acabaría pagando por ello. Pero algo le molestaba.

—Maldita conmoción —murmuró, dando voz al pensamiento sin querer.

—¿Cómo dice, señor? —preguntó el agente uniformado que lo conducía.

Mac negó con la cabeza, y luego recordó de nuevo la conversación con Clio. Miró al joven, rescatando un nombre de su memoria.

—Greg, ¿verdad? Greg Menzies —dijo Mac.

—Así es, señor —respondió Menzies, esbozando una breve sonrisa.

—Solo pensaba en voz alta, Greg —dijo Mac.

Se alegró de haber podido ubicar al hombre. Había un truco mental para asociar nombres con las caras de personas que tal vez uno solo había visto una vez, y apenas por unos minutos. Mac lo había leído alguna vez. Pero no lo usaba. Era simplemente parte de la mentalidad de un detective. Tal vez todos estaban dentro del espectro. Quizá no era tanto una mentalidad de detective como una autista.

—Ya hemos llegado, señor —dijo Menzies, girando hacia una calle flanqueada por casas grises con revestimiento de guijarros.

Eran cajas con puertas frontales y puertas laterales en el segundo piso a las que se accedía por escaleras, un departamento en la planta baja y otro arriba. Bloques más grandes se alzaban en la oscuridad del fondo, de cuatro pisos pero con aspecto achaparrado. Áreas cercadas al lado de los edificios albergaban contenedores de basura y electrodomésticos blancos viejos. La calle

se estrechaba por los autos aparcados a ambos lados, ya que las propiedades no tenían lugar para estacionar. Al doblar una curva, Mac vio la primera patrulla, montado sobre la acera. Un agente uniformado estaba de pie en lo alto de las escaleras que llevaban al departamento del segundo nivel de un edificio cuya planta baja tenía las ventanas tapiadas. Las tablas y las paredes estaban manchadas de grafitis. Hierba y maleza dominaban el concreto agrietado. Mac frunció el ceño, intentando agudizar su mente mediante el movimiento físico del rostro. Una típica urbanización marginal. El empleo en un sitio así no superaría el veinticinco por ciento. Alta tasa de criminalidad junto con niveles elevados de adictos registrados. Y eso solo contando a los que tenían receta para la metadona. Mac bajó del auto, observando a los vecinos que espían por las ventanas o miraban sin disimulo.

Menzies se estaba poniendo el gorro mientras rodeaba el auto, mirando a Mac en busca de instrucciones.

—Es una maldita vergüenza —dijo Mac, sin saber de dónde salían esas palabras.

Menzies echó un vistazo a su alrededor.

—Claro, sin trabajo, sin esperanza. Crecí no muy lejos de aquí —dijo él.

Cruzaron un tramo de césped hacia las losas agrietadas que conducían a los escalones.

—¿Qué te hizo alistarte? —preguntó Mac.

—Quería ayudar —se encogió de hombros Menzies—. Un poli me echó una mano una vez cuando estaba en problemas. Pensé que yo podría hacer lo mismo, pero ya sabes lo que te dicen cuando llegas al Castillo.

Mac asintió con seriedad. El castillo de Tulliallan era el centro de formación de la Policía de Escocia. Allí, los instructores enseñaban una lección importante sobre cómo patrullar lugares como Wester Hailes: no salgas del auto.

—Aja, lo recuerdo —respondió Mac.

—No me parece bien. No puedes ayudar a la comunidad si no formas parte de ella, ¿eh?

—¿Qué se puede hacer? —dijo Mac retóricamente.

Menzies se encogió de hombros.

—No sé. ¿Hacerse trabajador social?

Mac empezó a subir los escalones. Se detuvo a mitad de camino y se volvió hacia Menzies.

—El equipo forense debería llegar en cualquier momento. Establezca un perímetro alrededor del edificio y dígales que estoy dentro.

Menzies asintió.

—Entendido, señor.

Mac se dio la vuelta y subió rápidamente los escalones, donde lo esperaba un oficial de más edad.

—El cuerpo está en el dormitorio. En la cama. Desnudo y bastante podrido, señor.

Mac no reconoció al hombre, pero simplemente asintió, asimilando la información. La puerta que daba acceso al edificio estaba desprendida de la bisagra inferior, aunque la habían cerrado. Notó que el oficial llevaba guantes. Mac sacó un par del bolsillo y se los puso, junto con cubrezapatos, antes de empujar suavemente la puerta rota hacia adentro. La casa estaba a oscuras.

—¿Tiene una linterna? —preguntó.

El oficial desenganchó una de su cinturón y se la entregó. Mac no quiso probar el interruptor de la luz por si alteraba huellas dactilares u otro ADN. El haz pequeño pero potente iluminó el pasillo angosto tras la puerta. Parecía limpio. Deteriorado, pero fregado. Barato, pero cuidado. El olor era espantoso. Un movimiento llamó su atención y, al dirigir la linterna hacia arriba, vio los ambientadores colgados del techo. Algunos giraban y se mecían con la brisa. No estaban enmascarando el olor, o al menos no mucho. Mac alzó la mano y atrapó el más cercano. Lo estiró con la goma que lo sujetaba y lo olió. Quedaba poco aroma. ¿Cuánto tardaban esas cosas en secarse? ¿Un par de semanas? ¿Un mes? Probablemente el asesino los colgó para disimular el olor y retrasar el hallazgo del cuerpo. ¿Por qué querría Fenton retrasar el descubrimiento? Prácticamente había admitido haberla matado. Otra pregunta que quedó archivada. Mac avanzó con cuidado por el pasillo hasta la

puerta más cercana. Daba a un dormitorio. Allí había muchos más ambientadores y un fuerte olor a lejía.

La habitación estaba oscura, con las cortinas corridas contra la luz de la calle. Eran cortinas opacas. Mac sintió que estaba entrando al infierno. El aire era tan denso que se podía morder. La linterna iluminó sangre seca, salpicada en gruesos arcos negros sobre las superficies. Señales de lucha. Una cómoda volcada. Algo crujía bajo sus pies. Al dirigir la linterna hacia abajo, vio vidrio y luego el extremo metálico de una bombilla, el cuello de la bombilla era un anillo dentado. Al alzar la linterna, Mac vio el portalámparas roto. Vaya pelea. Dejó que la luz recorriera el cuerpo tendido en la cama, con los brazos a los costados. Muy descompuesto. Pestilente. Desnudo. No tenía la experiencia suficiente para adivinar la edad de la víctima, aunque podía ver que era una mujer. Las heridas de arma blanca en el torso eran evidentes, incluso entre la putrefacción. Se parecía a Zoe Phillips. Pero ¿por qué tratar de retrasar el hallazgo? ¿Qué estaba esperando Fenton?

Una idea cruzó fugazmente por su mente: que Fenton había estado esperando la oportunidad de matar a Zoe. Que ser atrapado por ese asesinato sirvió como detonante para revelar el otro. Lo cual implicaba que Fenton conocía a Zoe Phillips y había planeado su asesinato. Lo que lo llevaba de nuevo al motivo. Que Mac aún no había descubierto. Al darse la vuelta, llegando al límite de su tolerancia, Mac recordó la mutilación en el rostro de Zoe Phillips. Reuniendo valor, se acercó al cuerpo que podría ser Vicky McCourt. Tenía un corte recto bajo la barbilla, de oreja a oreja, pero no en una zona que cortara una arteria. No le habían degollado, sino cortado la piel bajo la barbilla. ¿Por qué? Por el placer de mutilar. La línea era perfectamente recta y con bordes limpios. Hecha con cuidado y deliberación. Mac negó con la cabeza, moviendo la linterna por la habitación otra vez, viendo dónde se habían hecho cortes que habían seccionado arterias principales, lo que provocó salpicaduras de sangre a presión. Casi podía seguir el recorrido de la lucha por las alteraciones y las manchas de sangre. Una huella de mano en el marco de la puerta le hizo pensar que todo había

comenzado fuera del dormitorio, hasta que colocó su mano sobre la marca.

Era la huella de alguien que se aferraba al marco desde dentro, tratando de salir de la habitación. Vicky McCourt había intentado escapar. El sonido de más pasos en la escalera le indicó que el equipo forense había llegado. Salió de la habitación y se encontró con el primero de ellos en la puerta principal. Señalando dónde estaba el cuerpo, los dejó trabajar. Derek Stringer no era el patólogo de turno. Era una mujer que se presentó como Sandra Deaves. Era de mediana edad, con un rostro delgado y labios invisibles. Hablaba con un leve acento europeo. Normalmente Mac habría esperado su dictamen, pero el cansancio lo hacía sentirse ebrio. Necesitaba descansar. Ese hecho era innegable, incluso para su terquedad. Después de darle sus datos y dónde podían localizarlo, la dejó con su labor. Había pruebas suficientes para retener a Ash Fenton y mucho tiempo para procesar la evidencia de esta escena del crimen. Sabía que necesitaba dormir. Que debía mostrar disposición ante Sidhu respecto al asesoramiento. Que debía contactar a Clio tras el mensaje que aún no había respondido. Deberes y obligaciones lo asediaban. Tropezó con una baldosa desnivelada, tambaleándose y apenas recuperando el equilibrio. Menzies apareció a su lado.

—¿Todo bien, señor? —preguntó.

—Demasiado tiempo de turno —se encogió de hombros Mac—. Y sin horas extra. Soy un adicto a las escenas del crimen.

—¿Quiere que lo lleve de regreso a la comisaría, señor?

—No, Leith. Necesito subir a casa, si no le importa. Mi auto quedó para el desguace —dijo Mac.

—Sin problema, señor. Súbase.

Mac obedeció con rigidez. Una vez dentro del auto, apoyó la cabeza contra el respaldo del asiento y se quedó dormido un minuto después de que arrancara el motor.

Capítulo Trece

Mac se despertó de otro sueño que le dejó un sabor amargo en la boca, pero, por suerte, sin ningún recuerdo. Le dolía la cabeza. La luz entraba a raudales por la ventana del dormitorio y, al girar la cabeza, pudo ver a un par de golfistas haciendo su primer golpe a lo lejos. El cielo era de un azul frágil. El sol era débil. Por el movimiento de los árboles que bordeaban la carretera, había una brisa fuerte que debía hacer del golf un reto. Con los ojos entrecerrados, estiró la mano para alcanzar el teléfono y solo consiguió tirarlo al suelo. Se le añadió una grieta en una esquina de la pantalla. Nunca duraban mucho sin una. Era poco después del mediodía. Gimió y se obligó a incorporarse hasta quedar sentado, luego buscó el número de Melissa y pulsó el botón de altavoz.

—Jefe.

—Mel, ¿está en la comisaría? —dijo Mac, pasándose una mano por la cara.

—Sí.

—¿Cómo se siente?

—Estoy bien, solo un poco dolorida, pero nada de qué preocuparse.

—Escuche, lo siento por lo que pasó.

—No se preocupe, jefe. Estoy hecha de acero. ¿Y usted?

—Estoy bien. Así que, infórmeme.

—¿Seguro? No sé qué pasó en el auto pero...

—Estoy bien, Mel. Está bajo control. Mel soltó un suspiro.

—Vale. Bueno, Vicky McCourt fue asesinada con una sola puñalada al corazón y luego apuñalada varias veces. El mismo tipo de cuchillo que se usó con Zoe Phillips. Akhtar y yo hemos interrogado a Fenton. Orden directa del DSJ Reid. Niega haber matado a Zoe Phillips pero no puede explicar cómo apareció su ADN en ella. Su coartada no es irrompible, pero tampoco es la más débil del mundo. Estaba sin duda en el retiro, pero tuvo oportunidad de irse y volver sin que nadie lo notara. La pregunta es, ¿por qué?

Mac estaba en calzoncillos y nada más. Salió del dormitorio sin cerrar la puerta. Luego se detuvo a medio camino hacia el salón, se dio la vuelta y la cerró detrás de él. Al entrar en el salón, fue hacia la zona de la cocina y abrió la nevera, sacando un cartón de zumo de naranja. Lo colocó sobre un salvamanteles en la encimera junto a la nevera, puesto allí precisamente para eso. Bajó un vaso de un armario sobre el fregadero y se sirvió un vaso, que colocó sobre un segundo salvamanteles al lado del que ocupaba el zumo.

—Me he estado haciendo la misma pregunta. ¿Qué dice sobre Vicky McCourt?

—Era su ex. Lo encerraron por lesiones contra ella. ¿Venganza, cree usted?

—Entiendo que mate a la ex. Pero ¿por qué matar a Zoe Phillips? Podría haber sido al azar. La vio y simplemente decidió hacerlo. Tal vez sabía que iba a cadena perpetua por lo que le hizo a Vicky McCourt y pensó que ya no podía empeorar su situación.

Mel soltó un largo suspiro.

—Ese hombre es bastante malvado.

—Tan malvado como los hay. A menos que encontremos una conexión entre Fenton y Zoe, no tengo nada mejor. Tal vez se conocieron en un club y él intentó algo, la rechazaron.

—Luego la vuelve a ver y decide castigarla. Igual de malvado.

—Entonces, la cadena perpetua es la condena adecuada para él, Mel. Supongo que Akhtar va a llevar esto al fiscal, sin importar el motivo o la conexión con Zoe.

—Sí. El ADN los vincula, y este asesinato previo demuestra que él es capaz. Además, están los métodos similares.

Mac vació su vaso, sorprendiéndose de la intensidad de su sed. Lo enjuagó con un chorro de agua y lo metió en el lavavajillas. Volvió a guardar el cartón en la nevera. Colocó las alfombrillas en el segundo cajón a la izquierda del fregadero. Pasó la mano por la encimera, sin sentir fricción alguna de migas o manchas.

—¿Cuánto tiempo va a estar de baja, jefe? —preguntó Mel.

—¿De baja? Hoy mismo voy a entrar —respondió Mac.

—¿Seguro? No se puede jugar con lesiones en la cabeza. Me acuerdo cuando Cazzy se dio una conmoción jugando al fútbol. Le costó más de...

—Estoy bien —replicó Mac con irritación, luego se contuvo y respiró hondo—. Perdón, no quería ser brusco. Pero me siento bien. He dormido largo y tendido y estoy listo. Que Akhtar se encargue de Ash Fenton. Parece que ya está prácticamente resuelto, de todos modos. Tendré que vivir con el misterio de por qué mató a Zoe Phillips. Aceptar que lo hizo y seguir adelante. Tenemos mucho más trabajo que nos reclama.

—Vale, jefe —dijo Mel con energía decidida.

—Estaré allí a las dos. Reunamos al equipo y revisemos los casos que dejamos en pausa por Zoe Phillips. ¿Puedes prepararme un dossier? Lo de siempre: estado, acciones, ya conoces el guion.

—Vale, jefe. Me pongo con ello —dijo Mel.

Mac la soltó y se sentó en uno de los taburetes junto a la isla que separaba la cocina del salón. El mando del equipo de música estaba sobre la isla; lo encendió y seleccionó CD. No recordaba si ya había un disco en el reproductor. Un segundo después, unas guitarras disonantes, rugientes y distorsionadas cobraron vida con una tos metálica. Luego se deslizaron suavemente hacia un riff melódico y fantasmal que sonaba como si se estuviera grabando desde el fondo de un pozo. Cerró los ojos un momento, dejando que la música lo empapara, hurgando con sus dedos ásperos en su mente para aflojar la tensión. Luego los abrió, bajó la mirada al teléfono y empezó a revisar primero los correos electrónicos. Un mensaje de Reid regañándolo porque Sidhu lo estaba presionando. Una solicitud

educada pero firme de Sidhu, con copia a Reid y al Comandante de División. Mac soltó una maldición y redactó rápidamente una respuesta. Antes de enviarla, se detuvo. Releyó el mensaje. Sidhu podía causarle problemas, armado con el poder de las normativas de Recursos Humanos de la Policía de Escocia.

Esas sesiones ya serían bastante difíciles para Mac sin que el hombre que las dirigía estuviera molesto. No veía nada malo en su respuesta. Era objetiva y profesional. Mac gruñó por lo bajo y la reescribió apresuradamente para eliminar parte de la formalidad, para parecer más accesible. Más humilde. Luego pasó al SMS de Clio.

«Mac, necesito hablar contigo. Han suspendido a Maia del colegio, pero no es culpa suya. La están acosando, y está pasando en internet. Quería preguntarte sobre la ley respecto a eso. Eres más barato que un abogado, jajaja. Además, he hecho una tontería, así que saber qué se puede y no se puede decir en línea me vendría bien. Puede que me haya metido en un lío peor que Maia. ¿Me llamas cuando tengas un minuto?»

La llamó de camino al baño para ducharse. Buzón de voz.

—Clio, soy Mac. Acabo de leer tu mensaje. Perdona, tengo dos asesinatos entre manos y una conmoción cerebral... larga historia. Te la contaré. Voy camino a la oficina, pero te llamo más tarde.

No hacía falta ser detective para intuir qué tipo de problema podía estar mencionando Clio, especialmente si pensaba que había cometido un delito. Posiblemente difamación o una infracción de la Ley de Comunicaciones. Si tenía que ver con Maia, tal vez había dicho más de la cuenta en internet a alguien. Había un profesor del que había hablado como especialmente problemático. Eso había iniciado la conversación sobre la posibilidad de que Mac visitara el colegio. Antes de meterse en la ducha, anotó en su teléfono que debía averiguar quién era el agente asignado al colegio de Maia. No tenía tiempo para encargarse él mismo, pero podía ver si alguien estaba disponible para acercarse con el pretexto de relaciones comunitarias y pedirle que estuviera atento y le informara si se enteraba de algo. Otro hilo más que debía seguir. Sentía que estaba en peligro de perder esos hilos. Eso nunca le pasaba con un caso.

Los casos tomaban el control de su vida, desplazando todo lo demás. Pero ahora sentía que debía esforzarse más en mantener los otros hilos que tejían la compleja red de su vida. Si los dejabas escapar entre los dedos, se pierden para siempre.

Clio y Maia. Siobhan y Aine. Había soltado dos de esos hilos, los había dejado desenredarse de su vida. Ni muerto iba a perder también a Clio y Maia. Siobhan había vuelto a su vida en el momento más inesperado. Una oportunidad para recuperar ese hilo y aferrarse a él con fuerza. ¿Lo era? ¿O solo estaba haciendo su trabajo, mostrando compasión y empatía a un paciente? Eso era lo que ella decía, pero ¿era eso lo que quería decir? Jesús, era un inútil para captar los matices. Demasiado complicado. Demasiado difícil de pensar y entender. Necesitaba hechos concretos, lógica, causa y efecto. Ojalá pudiera aplicar el mismo enfoque frío a entender a las personas en su vida que aplicaba a los cadáveres que se cruzaban en su camino. Mac se metió en la ducha mientras el vapor llenaba el baño. Otro hilo, abandonado hacía mucho, volvió a su mente. Su hermana. Su rostro emergió ante sus ojos cerrados. De niño, nunca había tenido tiempo para ella. Estaba obsesionado con su hermano mayor, Connor. Pero poco después de la muerte de su madre, Connor se había marchado de casa para unirse a la Marina Mercante. El día que Connor se fue quedó grabado a fuego en la mente de Callum. Puertas que se cerraban de golpe. Gritos de su padre. Connor alejándose con la mochila alta sobre la espalda.

Mac e Iona lo habían visto marcharse. Mac había visto las lágrimas de su hermana. Vio el miedo en su rostro ahora que mamá y Connor ya no estaban. Miedo de lo que les esperaba. Tenían doce y trece años, con un padre que se escondía en una botella para huir del dolor. Callum golpeó las baldosas de la ducha con la palma de la mano. Otra vez. Más fuerte. Cerró los ojos con fuerza mientras la rabia le hinchaba el pecho. El egoísmo del viejo que les dio la espalda a sus hijos. El hermano mayor que se marchó, dejándolos atrás. Fue entonces cuando Mac supo que tenía que cuidar de Iona. Tenía que ser el padre. Ella lo necesitaba. Y él le falló. Cuatro años después, ella estaba muerta. Esta vez fue el puño el que golpeó las baldosas mientras el agua caliente le corría por la cara. Le ardían los

nudillos y una de las baldosas se agrietó. El pasado siempre había sido un libro cerrado para él. Otra vida que le había pasado a otra persona. Se había desligado de ella. Pero quizá no tan eficazmente como había pensado. Se preguntó si eso era lo que debía estar hablando con el doctor Sidhu. La idea le hizo un nudo en el estómago.

Cada vez que sus pensamientos se acercaban demasiado a la noche lluviosa en la que había planeado cometer un asesinato, los apartaba. Tenía que encerrar esos pensamientos. La sensación de la lluvia helada sobre su piel. El entumecimiento de estar tanto tiempo de pie en el frío, esperando a su víctima. Nunca atraparon al asesino de Iona. En una isla del tamaño de Skye, nunca identificaron al culpable. No lo podía creer entonces y tampoco lo creía ahora. Incompetencia absoluta, cuando la identidad del asesino era evidente. Mac cerró el grifo y salió de la ducha, tomando una toalla cuidadosamente doblada de un estante. Mientras se secaba, alcanzó su teléfono, escribió un nombre, curioso por ver qué aparecía. Lo dejó de nuevo sin fijarse en los resultados del nombre Mark Souter. ¿Y si estaba llevando una buena vida? ¿Y si estaba casado, con hijos, o tenía éxito profesional? ¿Y si Mark había logrado algo con su vida? Si era así, Mac no sabía si sería capaz de detenerse esta vez y no completar el trabajo que había fallado tantos años atrás. Matarlo.

Capítulo Catorce

Mac se sintió aliviado de que los efectos de la conmoción cerebral no parecieran regresar. Sabía que no era tan simple. Lo sensato sería tomarse un tiempo libre. Pero Mac nunca había sido sensato cuando se trataba de su trabajo. La ausencia de síntomas tangibles le permitía olvidar la lesión. Al entrar en la oficina, vio un gesto de preocupación en el rostro de Mel, antes de que ella lo borrara con una sonrisa maternal. Kai levantó una mano a modo de saludo, con el teléfono entre la mejilla y el hombro mientras tomaba notas. Nari estaba sentada junto a Hafsa Akhtar, hablando con seriedad. Se giró cuando Mac avanzó por el pasillo central entre los dos grupos de escritorios y se puso de pie. Su rostro bonito y delicado mostraba ansiedad. Él la miró a los ojos y luego dirigió una mirada a Akhtar, quien le dijo algo a Nari, desviando la atención de la sargento de su jefe. Mac forzó una sonrisa, devolviendo los saludos de su equipo sin mirar hacia Nari. Era infantil, se dijo. Todos estaban del mismo lado. Pero algo dentro de él gruñó ante la idea de que otro inspector jefe intentara reclutar a alguien de su equipo. El gruñido se intensificó ante la posibilidad de que uno de los suyos quisiera transferirse. No tenía nada de malo. Pasaba todo el tiempo. Pero olía a deslealtad.

—Buenas tardes a todos. Me alegra verles —dijo Mac.

—Las palabras lo dicen. La cara no —dijo Kai, con una mano cubriendo el micrófono del teléfono—. Tengo al laboratorio forense al teléfono con los resultados de la autopsia de Vicky McCourt, por si estás...

—Recibiré el informe en un minuto —dijo Mac.

—Me gustaría estar presente —intervino Akhtar, poniéndose de pie y alisándose la chaqueta de su traje pantalón.

Llevaba el cabello oscuro y brillante recogido con severidad. Ojos oscuros como carbones.

—Ajá —dijo Mac con una sonrisa tensa—. Por lo que dicen, el caso está prácticamente cerrado, ¿no?

—Salvo por los gritos. Pero me gustaría escuchar las conclusiones del patólogo para asegurarme de que se incluyan en el informe —dijo Akhtar—. Creo que el jefe Reid dijo que quería hablar con usted en cuanto llegara.

—¿Ah, sí? —dijo Mac—. Primero lo primero. Kai, cuando estés listo.

Tiró de la silla de Nari y se quitó la chaqueta, colgándola en el respaldo. Se inclinó hacia adelante, con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas entre ellas, y atrapó la mirada de Mel. Ella acercó su silla rodante hasta él, con la libreta en la mano.

—¿Así que Nari va a saltar del barco? —preguntó Mac en un susurro destinado solo a los oídos de Mel.

Mel fue lo bastante consciente como para no mirar a Nari, pero negó con la cabeza, con expresión desdeñosa.

—Compórtese, jefe. Le idolatra. Se sabe al dedillo todos los grandes casos que ha cerrado. La inspectora jefe Akhtar pidió que viniera como parte de la transferencia del caso.

—A mí me parecen buenas amigas —dijo Mac, sabiendo que estaba siendo petulante e irrazonable, pero sin importarle.

Ver a Nari sentada con Akhtar lo había puesto de mal humor. Mel lo conocía lo suficiente como para notarlo. Le dio un manotazo juguetón en el brazo con su bloc de notas.

—Despabílese, jefe.

Mac sonrió con esa sonrisa irresistible de pícaro. Mel se echó a reír.

—Conmigo no funciona, jefe.

Mac soltó una risita. Se irguió cuando Akhtar y Nari se unieron a ellos desde el otro lado del pasillo central. Kai había terminado su llamada y estaba recogiendo hojas de la impresora. Empezó a fijarlas en los paneles, que ya tenían notas y fotos relacionadas con el caso de Zoe Phillips.

—Victoria McCourt, cuarenta y cuatro años. Muerta desde hace unas tres semanas. Falleció a causa de una puñalada en el corazón y fue posteriormente mutilada con incisiones...

La mente de Mac había pasado de su fastidio por la política interna de Akhtar a estar aguda y analítica.

—¿Incisiones? ¿Quién usó esa palabra? —preguntó Mac.

—Yo. El patólogo usó el término heridas —respondió Kai—. Me pareció que incisiones era más preciso. Parece un ataque frenético, pero ninguno de estos cortes se cruza con otro.

—La colocación fue deliberada. Quirúrgica —dijo Mac—. Buen ojo, Kai.

Ahora que Kai lo había señalado, era evidente. Las imágenes de Vicky McCourt eran difíciles de descifrar debido a la descomposición de su carne. Pero en Zoe Phillips, era más claro. Se puso de pie, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, y caminó hacia el panel, observando de cerca las imágenes. Kai se colocó a su lado, imperturbable, girando ligeramente para seguir incluyendo a Mac en la presentación.

—El análisis toxicológico dio negativo. Vicky era una usuaria registrada de metadona y había estado asistiendo a Narcóticos Anónimos. No había nada más en su sistema. Es difícil saber si fue agredida antes de ser apuñalada. La descomposición estaba demasiado avanzada como para conservar hematomas. Pero no tenía huesos rotos.

—Tal vez la drogaron. Tampoco hay señales de lucha con Zoe Phillips. Algo que la dejara inconsciente pero que se eliminara del sistema —dijo Mac, alejándose de los paneles, intentando asimilarlos como un conjunto.

—Rohypnol, por ejemplo —sugirió Kai.

Mac se volvió hacia Akhtar de repente.

—¿Usted ha entrevistado a Fenton?

—Sí. Reveló que la odiaba y que estaba motivado por la venganza —dijo Akhtar.

—¿Reveló? Ni siquiera intentó ocultarlo. No podía esperar para contárnoslo todo —dijo Kai.

Akhtar le dirigió una mirada larga y calculada, con una ceja oscura levantada. Kai carraspeó y miró sus notas. Mac se colocó en su línea de visión mientras volvía al panel de pruebas.

—¿Algo más, Kai? —dijo.

—La única otra herida en el cuerpo era un lóbulo desgarrado. El izquierdo. Había un pendiente en la oreja derecha. Ninguna señal del del lado izquierdo. Yo diría que lo arrancaron de un tirón.

—Lo cual indicaría una pelea.

—O un trofeo —añadió Mel.

—Lo cual encaja con el motivo declarado de venganza —dijo Akhtar con una voz que transmitía infinita tolerancia y paciencia. Sus ojos, sin embargo, se clavaron en Mac con todo menos eso.

—Gracias, agente Stuart —continuó—. No veo nada en la autopsia que nos haga cambiar de estrategia. Parece probable que Ashleigh Fenton asesinó a su exnovia y luego a Zoe Phillips. Venganza por uno de los crímenes y... quién sabe por el otro.

—¿Eso no le preocupa, señora? —preguntó Mel, con expresión sincera.

Mac asintió lentamente, volviendo a su asiento, y le guiñó un ojo a Kai. El agente contuvo una sonrisa y reunió sus notas, regresando a su propio escritorio. Mac sintió un destello de orgullo por las conclusiones que Kai había sacado de las pruebas. La pregunta de Mel era algo que él mismo había tenido muy presente, y le agradó que ella la hubiera planteado.

—Lo que me preocupa, inspectora Barland... —empezó Akhtar. Luego, con una mirada a Mac, sonrió—. ¿Puedo llamarte Mel?

—Por supuesto, señora —respondió Mel con indiferencia.

—Mel, nuestra prioridad es que tenemos al culpable y podemos tranquilizar al público diciendo que el caso está cerrado. Una resolución rápida mejorará la posición de la Unidad de Crímenes

Especializado dentro del cuerpo y la reputación de la Policía de Escocia en general. Todos ganamos.

—Excepto los amigos y la familia de Zoe Phillip, que no tienen idea de por qué la mataron —dijo Mac.

Akhtar le lanzó una mirada afilada antes de que una sonrisa muy forzada suavizara el gesto.

—Es que resulta terriblemente conveniente —continuó Mac.

—Una confesión suele serlo —respondió Akhtar—. ¿No quiere cerrar este caso?

—No, no. Creo que lo tenemos —respondió Mac—. Solo me preocupan los cabos sueltos. Pero no impedirá una condena. Adelante.

Akhtar asintió.

—Actuaré como enlace con la oficina del Procurador Fiscal, ya que he llevado el caso hasta el final. También me he tomado la libertad de pedirle a la oficina de Meredith Blakeley que organice una rueda de prensa. Supongo que no tiene objeciones.

Mac negó con la cabeza. Meredith era la jefa de relaciones públicas de la Policía de Escocia y tenía una afición excesiva por ponerlo frente a las cámaras. Estaba más que feliz de que otro inspector jefe se encargara.

—Entonces, si me disculpa —Akhtar volvió a su escritorio—.

—Nari, ¿puedo hablar contigo un momento...?

—¿Señor? —preguntó Nari.

Mac se puso de pie y le dedicó una sonrisa que esperaba fuera tranquilizadora.

—Buen trabajo con esto, Nari —vio cómo la ansiedad se desvanecía de su rostro y se dio cuenta de que hacía falta algo más—. Estoy seguro de que la inspectora jefe Akhtar te valora tanto como yo. Tómate el tiempo que necesites.

Eso le arrancó una sonrisa agradecida, incluso un leve rubor. Mac pensó en lo que Mel había dicho. No había podido creerlo, pero podía ver la evidencia en la reacción de Nari. Ella se apresuró hacia Akhtar y Kai se inclinó hacia adelante, susurrando.

—Se ha hecho algo —dijo.

Mac frunció el ceño—. ¿Nari? Seguro que no —respondió.

—Akhtar. Lifting facial. Es mayor de lo que parece, ¿eh?

—Creo que por eso es tan ambiciosa. Le saca diez años, jefe, pero usted ha ascendido mucho más rápido que ella —dijo Mel, de espaldas a Akhtar y Nari, también en voz baja.

—Les dejo con su chisme. Solo denme el resultado final, ¿sí? —dijo él.

Eso provocó una risa. Pero cuando Mac recogió su chaqueta, se detuvo. Al mirar las fotos de Zoe y Vicky, vio qué era lo que lo había estado inquietando.

—Cirugía plástica —dijo.

Kai frunció el ceño, siguiendo su mirada. Mel también. Mac dejó caer la chaqueta sobre la silla y se apresuró hacia los paneles, sin importarle si Akhtar lo estaba observando. Señaló los cortes rectos hechos en el rostro de Zoe Phillips.

—Sabía que me recordaba a algo. Es como las líneas que dibujan los cirujanos plásticos en la cara para mostrar por dónde van a cortar.

—¿Usted se ha hecho muchos arreglitos, jefe? —dijo Kai.

—Lo vi en la tele en algún lado —admitió Mac, aunque no lograba recordar dónde exactamente. Aun así, estaba seguro de tener razón.

—Sí que se parece un poco a eso —dijo Mel, con escepticismo.

Mac pensó en el corte bajo la barbilla de Vicky McCourt. Era una mujer mayor, tal vez tenía algo de piel suelta ahí. Luego se encogió de hombros y se dio la vuelta. Era algo académico. No se necesitaban más pruebas. Esto era vanidad intelectual y, probablemente, errónea. Lo más probable era que se tratara de un parecido casual, porque no había razón para que Ashleigh Fenton hiciera referencia a la cirugía plástica. Era un animal. Aun así, sintió una pequeña satisfacción por haber perseguido esa idea molesta que lo había inquietado desde que vio por primera vez las heridas de Zoe Phillips. El resto de la tarde transcurrió en la rutina del trabajo policial. Los casos que habían quedado en pausa por una investigación de mayor prioridad tuvieron que retomarse, se celebraron reuniones informativas con su equipo, de manera individual o conjunta. Revisó informes. Mac intentó convencerse de

que Ashleigh Fenton iba a pagar por un doble asesinato, que se haría justicia. Pero no podía escapar a la necesidad urgente de tener una visión completa. No bastaba con satisfacer al público, la prensa y al fiscal. Quería saber por qué Fenton lo había hecho.

Un golpe seco en la puerta anunció a Reid poco antes de que empujara para abrirla, dejándola oscilar con entusiasmo desde su mano hasta golpear la pared. Mac levantó la vista y se recostó en su silla. Reid se apoyó en el marco de la puerta, miró la puerta que había dejado azotar y se encogió de hombros.

—Perdona, hijo. A veces no soy consciente ni de mi propia fuerza.

—¿Ah, sí? —dijo Mac, alzando una ceja.

—¿Tiene un minuto para un almuerzo tardío? Me ha entrado antojo del carrito de hamburguesas al final de la calle.

—Estoy hasta arriba de trabajo aquí, jefe —dijo Mac.

—¿Me expresé mal, hijo? —dijo Reid con amabilidad—. Quise decir que venga conmigo ahora a la furgoneta de hamburguesas al final de la calle, inspector jefe.

—Sí, señor —respondió Mac con una sonrisa irónica.

Reid se dio la vuelta y avanzó con paso firme por el pasillo hacia la puerta. Mac intercambió una sonrisa con Mel; ambos conocían el temperamento de su jefe y no lo tomaron en serio. Mac lo encontró esperando junto al ascensor.

—Buen trabajo en el caso de Zoe Phillips, por cierto —dijo Reid.

—No fue mucho lo que hice, señor. Akhtar fue quien lo llevó hasta el final —respondió Mac, mirando el indicador de piso sobre el ascensor.

—Tuve que dárselo a ella, hijo. Tú estabas fuera de juego. No podía dejar en pausa un caso de asesinato de alto perfil teniendo a un inspector jefe detective competente disponible.

—Tiene la discusión para usted solo, señor —dijo Mac.

—Claro, por eso siempre gano —respondió Reid justo cuando se abrieron las puertas.

Salieron del edificio de la jefatura y caminaron por Brunswick Street. Calton Hill, con sus incongruentes ruinas de estilo griego, se alzaba detrás de ellos. Al frente, el bullicio del tráfico en Leith Walk

se hacía más fuerte a cada paso. Mac sintió un momento de consuelo al caminar sobre el asfalto mojado junto a altos edificios de viviendas. La arenisca color canela estaba ennegrecida por el tráfico. Un repartidor en bicicleta eléctrica pasó zumbando, zigzagueando entre los autos. Hojas amarillas y marrones formaban una alfombra resbaladiza y viscosa. Los contenedores de basura tipo industrial estaban fuera para la recogida, despidiendo un olor fétido a podredumbre y descomposición. Era todo el abrazo de la ciudad. Un abrazo duro, de concreto y piedra, pero un abrazo al fin y al cabo. Disfrutaba del anonimato que le ofrecía. Ser uno entre millones. Saber que cada rostro que veía era probablemente nuevo y que nunca volvería a verlo, reemplazado mañana por otro conjunto de caras nuevas.

Capítulo Quince

—Entonces, ¿cómo está? ¿Cómo va la cabeza? —preguntó Reid tras un momento de pisadas silenciosas.

—¿Recursos Humanos le obligó a preguntar? —respondió Mac con sarcasmo.

—Cuidado, hijo —replicó Reid con brusquedad.

Caminaba con las manos en los bolsillos del abrigo, el cuello subido y los hombros encogidos. Mac andaba erguido, con las manos en los bolsillos del pantalón y el abrigo abierto. No había mala intención en su pulla ni verdadera dureza en la respuesta de Reid. Habían pasado por demasiado juntos como para que el rango fuera una barrera entre ellos.

—La cabeza está bien. Probablemente me precipité ayer. Culpa mía —dijo Mac.

—Me alegra que lo admita —respondió Reid.

—Solo a usted. Lo negaré si lo repite —dijo Mac.

—Sí, claro que lo harás —rio Reid con una carcajada grave que le vibró en la garganta.

—¿Usted invita a comer? —preguntó Mac.

—Claro. Necesitamos hablar.

—En algún sitio lejos de la central —afirmó Mac.

—Sí, detective. Lejos de oídos indiscretos —gruñó Reid.

—¿Anticorrupción? —preguntó Mac.

Reid había sido objeto de una fallida investigación de la unidad Anticorrupción, de la que se libró gracias al hábil uso de sus propias conexiones políticas. Ambos habían trabajado en una unidad de Anticorrupción, y fue Reid quien reclutó a Mac para el puesto. Su desempeño allí lo llevó a ascender rápidamente en las filas del Departamento de Investigación Criminal.

—No, ojalá. Eso sí puedo manejarlo —dijo Reid.

Habían llegado al final de Brunswick Street, donde se unía con la vía más amplia de Leith Walk. La furgoneta de hamburguesas era en realidad un quiosco de bocadillos improvisado, ubicado en un tramo ancho de acera. Había obras en Leith Walk y un grupo de hombres con chaquetas reflectantes se agrupaba alrededor, con vasos de papel humeantes en las manos, masticando panecillos con salchicha cuadrada. Reid pidió dos panecillos con salchicha, bacon y puso una generosa cantidad de ketchup en el suyo. Mac tomó el suyo tal como venía. Reid hizo un gesto con la cabeza y se alejaron de los demás comensales.

—¿Sabes quién es John Lowe? —preguntó Reid.

—Lo sé —respondió Mac.

—Un tipo malo —comentó Reid.

—Camello, usurero, proxeneta. Marca todas las casillas —replicó Mac.

—Pues le debo dinero —dijo Reid como si comentara el clima.

Mac se detuvo a mitad de un bocado, se giró y miró a su jefe. No perdió el tiempo pidiéndole que repitiera lo que acababa de decir, ni preguntándole si hablaba en serio. Reid no lo habría dicho si no lo fuera.

—¿Cómo? —fue todo lo que dijo Mac.

—¿Cómo? Pues no a propósito, obviamente —ladró Reid, y luego soltó una maldición como si Mac estuviera siendo obtuso.

—Es una pregunta razonable. Supuse que no lo habrías hecho a propósito —Mac mantuvo la calma.

Ahora caminaban tranquilamente por Leith Walk. La Ciudad Vieja, Waverley y el Castillo quedaban atrás, ocultos tras los altos edificios, piedra arenisca corroída junto a estructuras modernas que imitaban

el color y la forma de la arquitectura original. El contraste resultaba chocante. Reid masticaba con determinación su bocadillo y observaba la calle desde debajo de unas cejas fruncidas. Mac daba un mordisco de vez en cuando.

—Hace un tiempo, un conocido me ofreció una oportunidad de inversión. Un ex-policía. Propiedades. Parecía una buena opción, y yo tenía algo de dinero encima después de que Marie y yo nos separamos y vendimos la casa. Me lancé. Era una apuesta, pero parecía una buena.

—Y perdiste —afirmó Mac.

—Sí, perdí. Luego me ofrecieron una salida, una forma de recuperar lo perdido. Recuperar el dinero que había metido. No tenía elección. Resultó ser una tapadera para una operación de lavado de dinero. Y ahora mi nombre está justo en medio de todo, y es John Lowe quien está detrás de ello.

—Dios —dijo Mac, arrojando los restos de su bocadillo a una papelería—. ¿Cómo pudo ser tan jodidamente estúpido?

—Basta de sermones, hijo. Siempre he sido un jugador. La propiedad era legal, estoy seguro. Solo fue mala suerte.

—O era una trampa. Atraer a los inversores y luego ofrecerles una salida cuando lo pierden todo. Una salida que los deja bajo el control de un tipo como Lowe —dijo Mac, con frialdad y brutalidad.

—Dije que no necesito sermones —espetó Reid.

Arrojó su bocadillo a un lado. Un hombre que trotaba en dirección contraria se detuvo en seco y se quitó los auriculares.

—Disculpe, sabe que eso es tirar basura, ¿verdad? —dijo—. Es una infracción.

Reid metió la mano en su abrigo y sacó su placa, sosteniéndola frente a la cara del hombre.

—Policía, amigo. Ahora, lárgate.

Movió el pulgar por encima del hombro. El hombre pareció sobresaltado, miró a Mac, quien movió la cabeza en la misma dirección, deseando en silencio que el tipo no provocara más el temperamento de Reid. El hombre echó a trotar. Mac miró hacia atrás y lo vio girarse mientras corría para sacar una foto con el teléfono. Reid no lo vio.

—¿Qué necesita? —preguntó Mac.

—Gracias por no hacerme pedirlo —respondió Reid, con la gratitud filtrándose en su voz a través de la aspereza habitual—. El dinero no sirve ahora. A Lowe no le interesa que le devuelvan ninguna deuda que tenga con él. Quiere un poli en el bolsillo.

Mac guardó silencio durante un largo momento. Finalmente, Reid lo miró de reojo.

—Necesito ayuda, hijo —dijo.

La rudeza se desvaneció. Como si el mundo le hubiera volcado su cerveza, se desmoronó. Mac vio la mirada suplicante en los ojos de Reid. Recordó su primer encuentro con el entonces Inspector Jefe Kenny Reid, de la Unidad de Anticorrupción. Mac era un agente, conductor del Inspector Jefe Laird Strachan, un poli corrupto aunque Mac no lo veía. Había cooperado con frialdad en la investigación sobre Strack, mostrando el respeto debido al rango superior de Reid, sin darle nada. Después de la entrevista, Reid lo había apartado, de manera extraoficial.

—¿Recuerda lo que me dijo la primera vez que nos conocimos? Después de la entrevista, quiero decir —dijo ahora Mac.

—No —murmuró Reid—. Digo muchas cosas.

—Dijo que no hay nada peor que un poli corrupto, sin importar hacia dónde se incline. Strack era un justiciero, no aceptaba sobornos ni trabajaba para ningún mafioso. Pero seguía siendo corrupto, y ya era demasiado tarde para él. Pero no para mí.

—¿Ah, sí? Palabras sabias —comentó Reid—. Recuerdo que fui yo quien evitó que se desangrara cuando le dispararon al inspector Strachan y usted quedó atrapado en medio del tiroteo.

El recuerdo volvió a la mente de Mac, agudo y real de una forma visceral. El olor a cordita quemándole la nariz por el disparo dentro del espacio reducido del auto que conducía. Solo el hecho de que había frenado en seco cuando la moto se puso a la par salvó la vida de Strachan. Pero eso puso a Mac en la línea de fuego. No sintió dolor. Fue como un puñetazo en el costado, como si Mike Tyson le hubiera golpeado. Sin aliento. Luego, frío por todo el cuerpo, salvo por dos puntos, uno a cada lado, donde la bala había entrado y salido antes de destrozar el freno de mano del vehículo e incrustarse

en el asiento donde estaba sentado el inspector Strachan. Entonces sí sintió el dolor. Y también la certeza de que estaba solo, desangrándose, mientras Strachan ya había salido del auto y corría.

—Tuve suerte de que tuviera a Strack bajo vigilancia —dijo Mac.

—Sí, la tuvo. Si no hubiera estado dos autos detrás, no estaría aquí.

—¿Y qué? ¿Está cobrando la deuda? —dijo Mac, con dureza.

—Le estoy pidiendo ayuda. Como yo le ayudé aquel día. Como le ayudé a entrar en Anticorrupción. Yo... estoy desesperado —dijo Reid.

Mac sabía que debía alejarse. Como agente de policía, debía informar sobre la revelación que se le había hecho. Ya tenía que encontrar a un poli corrupto: alguien había vendido fotos de la escena del crimen del caso del asesino Celta a un periodista. Dicho periodista estaba ahora internado bajo la ley de salud mental y no podía ser interrogado, así que Mac aún no tenía idea de a quién buscaba. Evidentemente, Reid estaba comprometido, y aunque no se hubiera cometido ningún delito, no podía seguir en su puesto. Pero Kenny Reid había atrapado a muchos policías corruptos. Se había apiadado de un joven agente confundido y lo había ayudado a darse cuenta de su potencial. Sin Reid, Mac estaría muerto. ¿Y el camino que llevaba antes de ese momento? Solo conducía a la desgracia y la cárcel, si es que llegaba a vivir tanto. Mac tenía una obligación. Un deber que iba más allá de su deber como policía. Aunque también sabía que estaba metiendo la cabeza en una soga que podía romperle el cuello en cualquier momento. Maldijo.

—¿Quién más lo sabe? —preguntó.

—Nadie, salvo quien más esté en el bolsillo de Lowe.

—Lowe es un matón, pero no tiene suficiente perfil corporativo como para infiltrarse en la policía. Todavía no. No es Hance Allen —dijo Mac.

—De acuerdo. Todavía no tiene la estructura. Solo la calle —dijo Reid—. Lo que hará más fácil encasquetarle algo.

Mac no reaccionó al comentario. No porque estuviera de acuerdo. Simplemente no se le ocurría otra forma de sacar a Reid de la trampa en la que había caído. Un gánster como Lowe se aseguraba

de estar bien aislado de sus negocios criminales. Era difícil conseguir pruebas para condenarlo legítimamente. En cambio, incriminarlo... No le gustaba. Era el tipo de cosas que había hecho para Strack antes de que lo dejaran por muerto en el auto. Inculpar a personas que lo merecían, pero que estaban protegidas por abogados y dinero.

—¿Algo en particular? —preguntó Mac.

—Todavía no lo sé. Ahí es donde necesito ayuda, hijo —dijo Reid —. Puedo hacer que valga la pena.

Mac soltó una risa entre dientes.

—¿Cómo? No tiene dinero, según usted mismo ha dicho. No es que lo quiera o lo necesite. ¿Qué cree que puedes ofrecerme?

—Puedo recomendarlo para jefe de detectives cuando me jubile. Lo cual, si salgo de este lío, haré con pensión completa, ¿verdad? Akhtar también va a postularse, y se lo darán a ella a menos que le arruine el camino. No es tan buena detective como usted, pero es una gorila política que puede patearle el trasero desde aquí hasta Glasgow en ese terreno. Puede que no quiera el ascenso, pero no creo que quiera trabajar para ella.

Mac negó con la cabeza, pasándose una mano por el pelo. Una joven de cabello oscuro enmarcando un rostro bonito y en forma de corazón se apresuraba por la calle hacia él. Iba envuelta en un abrigo y una bufanda, con la mirada baja y el cuello subido. Al pasar junto a él, levantó la vista por casualidad y se encontró con los ojos de Mac. Él captó el fantasma de una sonrisa cuando la chispa del contacto se encendió entre ellos, el inicio de un giro de cabeza antes de que ella se contuviera. Mac se dio cuenta de que estaba frunciendo el ceño, pero no parecía haberla ahuyentado. Sus labios se curvaron levemente y dejó que sus ojos la siguieran.

—¿Tengo su atención, hijo? —exigió Reid, mirando hacia la mujer —. ¿O preferiría estar persiguiendo a...

—No es precisamente el jefe más fácil para trabajar. Akhtar sería desagradable, pero podría manejarlo —dijo Mac.

—Sí, podría. Es un tipo grande, no va a dejar que ella le intimide. Pero uno de los encargos que llegará a mi oficina en los próximos doce meses es una nueva unidad de casos sin resolver. He echado

un vistazo rápido a algunos de los casos que están preparando. Cubren toda Escocia. Es una gran iniciativa nacional. Iona está entre ellos, Mac.

Mac giró la cabeza bruscamente y vio que Reid se había detenido; lo observaba con la mirada fría de un cuervo.

—Quiere resolver ese caso. Esta es su oportunidad. Resuélvalo o quizá entiérrelo.

Mac quiso agarrar al astuto hurón viejo por el cuello y sacudirlo. De hecho, dio un paso adelante, pero Reid no necesitaba altura ni músculos para plantarle cara a Mac. Solo necesitaba la mirada que había perfeccionado durante treinta años enfrentándose a los hombres más duros de Escocia. ¿Enterrarlo? Mac nunca había mencionado a Mark Souter a nadie. Ni lo que creía que Souter había hecho. Ni lo que Mac había intentado hacerle.

—Caja de Pandora y todo eso, ¿eh? —dijo Reid con una sonrisa desagradable.

Mac podría haberlo matado en ese momento. Estaba dispuesto a ayudar por un sentido del deber y del honor. Pero Reid no podía arriesgarse. Había preparado el terreno para algo no muy distinto al chantaje. El viejo cabrón no confiaba en nadie. Solo se cuidaba a sí mismo. Pero ¿qué opción tenía Mac? Tragó su creciente ira y asintió bruscamente.

—Está bien, estoy dentro —dijo.

Vio un taxi que subía desde el puerto y lo llamó, subió y dejó a Reid caminando de vuelta solo.

Capítulo Dieciséis

Mac dejó que las guitarras feroces y dentadas del death metal sueco inundaran el auto y le asaltaran los oídos. Su aseguradora había entregado un auto de cortesía en Brunswick Road, supuestamente equivalente al suyo. Era un hatchback coreano que sufría incluso con pendientes leves y que, de ninguna manera, podía considerarse un reemplazo para un Audi diésel de dos litros. El sistema de sonido era lamentable; ningún ajuste lograba eliminar del todo un sonido demasiado brillante, con bajos y batería mezclados en una masa turbia. Intentó no pensar en ello mientras su interior vibraba con los riffs y sus dedos marcaban el ritmo sobre el volante. El invierno había cerrado el día antes de tiempo, y él conducía en la oscuridad, con la calefacción apagada para que el sonido del ventilador no restara pureza a la música. Mejor pasar frío que diluir los sonidos casi puros que salían de los altavoces con el zumbido zombi del ruido blanco. Se dirigía hacia el oeste desde su departamento, rumbo a los idílicos y frondosos barrios de Corstorphine. Había estado viendo a Maia y Clio los fines de semana hasta ahora, no todos, pero con más frecuencia a medida que se acercaba la fecha límite de su mudanza.

Era un par de manos para empacar y apilar cajas. Un rostro amable para distraer a Maia del colegio y un hombro en el que Clio

podía apoyarse. Para Mac, era una vía de escape. De los sueños y de la despiadada política laboral. Si al menos pudiera ocuparse solo de asesinatos brutales cada día, en soledad, sin tener que lidiar con superiores ni subordinados. Sin preguntarse quién intentaba apuñalarlo por la espalda o en qué lo intentaría arrastrar su jefe corrupto. Nunca había admitido que necesitaba a alguien. Todavía no podía hacerlo con facilidad. Pero incluso Mac tenía que reconocer el alivio que sentía al cruzar la puerta de Clio, sabiendo que hablar de trabajo estaba prohibido. Empezaba a pensar que la sesión de terapia que había programado para el día siguiente —Talvir Sidhu había hecho hueco en su agenda para atenderlo, y eso decía mucho sobre lo que opinaba de la salud mental de Mac— podía resultar útil. No solo un trámite para cumplir con un requisito de Recursos Humanos, y tenían muchos. Mac rara vez les había prestado demasiada atención. Pasó la entrada del zoológico y tomó nota mental, volviéndose más atento a los puntos de referencia.

Salió de Glasgow Road en una rotonda antes de un local de comida china que reconoció y se incorporó a Drum Brae South. Pasaban bungalós con jardines cuidados y fachadas limpias, arenadas, en filas uniformes. Las ventanas estaban iluminadas con calidez y, de vez en cuando, las cortinas abiertas permitían vislumbrar familias sentadas en sus salones. Televisores colgados en las paredes lanzaban una luz azul cegadora. Gente paseando perros por las aceras, abrigados contra el frío. Setos separaban jardines donde, en zonas menos acomodadas, se usaban cercas de alambre. Como en West Pilton, no muy lejos, pero lo suficiente para que los residentes de Corstorphine no tuvieran que pensar demasiado en ellos. Además, los conservadores a los que votaban caerían como una tonelada de ladrillos sobre cualquier desposeído que se atreviera a aparecer en comunidades agradables de clase media como esta. Estos pensamientos cínicos fueron expulsados de su mente por el bombardeo sonoro cuando llegó a Queensferry Road y los carteles le indicaron que ahora estaba en Cramond y que, por favor, condujera con cuidado.

Mac se sorprendió murmurando al ritmo de los riffs, asintiendo con la cabeza. El trabajo se le escapaba de los hombros como un

abrigo abandonado. Akhtar se llevaría la gloria por los asesinatos de Zoe Phillips y Vicky McCourt. ¿Y qué? Él se aseguraría de que su equipo recibiera el mérito que merecía. Reid lo respaldaría. Y ahora él y Reid se estaban metiendo en un lodazal ilegal para arrancarle los colmillos a un gánster. Era un problema para otro día. El Mac que entraría mañana en la oficina sería duro, mordaz y con el ceño fruncido. Ese hombre estaría listo para hurgar en casos sin resolver en busca de un chivo expiatorio. Este Mac esperaba una noche de videojuegos con Maia y una copa de vino con Clio. Se le ocurrió que algún día podría descubrir que Clio estaba saliendo con alguien. Nunca había mencionado a otro hombre que no fuera el exmarido que la había abandonado poco después de que descubriera que estaba embarazada. Ese sí que era un hombre al que valía la pena encasquetarle algo desagradable. Pero Clio era muy atractiva. Inteligente y divertida, buena compañía y de trato fácil. Sus intereses en el paganismo no eran del gusto de Mac. Su costumbre de purificar la casa con hierbas y un hechizo le parecía, francamente, ridículo. No decía nada. Era asunto de ella y parecía darle consuelo.

Era mejor que el alcohol o los antidepresivos. Mejor que reprimirlo todo hasta empezar a tener ataques de pánico en la ducha o mientras conducía por una ciudad llena de tráfico con uno de tu equipo en el asiento del copiloto. La casa de Clio apareció a la derecha y cerró mentalmente una compuerta en la que el tema de la salud mental quedó firmemente encerrado. Eso no era para el Mac de esta noche. Quizá para el Mac de mañana. O el del día siguiente. O el de la semana. El rostro de Maia apareció entre las cortinas de la ventana del salón. Sonrió y saludó con la mano. Mac le devolvió el saludo con dos dedos tocándose la frente. *Cringe*, como diría Maia. Ella lo imitó con una sonrisa ladeada que Mac no pudo evitar replicar. Subió por la grava roja del camino de entrada y estaba a punto de tocar el timbre cuando Maia abrió la puerta de par en par. Él sonrió, su mejor sonrisa de pícaro.

—Hola, Maia. He venido a llevarte a la biblioteca para que estudies tranquila un par de horas —dijo Mac.

Chiste de padre. Ni siquiera era gracioso. Pero Maia se rio, que era justo lo que él buscaba. Ella se hizo a un lado de la puerta y Mac aprovechó para rodearle el cuello con un brazo en forme de abrazo.

—¡Mamá, Callum está aquí! —gritó Maia hacia la cocina.

—Ya lo sabe toda la calle —se quejó Mac con una mueca.

Otro chiste de padre. Se quitó la chaqueta y Maia, diligente, la tomó de sus manos. La colgó en un gancho mientras Mac se deshacía de las zapatillas baratas que usaba cuando el uniforme de detective no era apropiado.

—Necesitas un calzado mejor —observó Maia, arrugando la nariz—. ¿Cuánto te costaron?

—Diez libras —dijo Mac, impasible—. No entra el agua. Es lo único que me importa. Tengo otras cosas en las que gastar el dinero.

—¿Como qué? —preguntó Maia, guiándolo por la casa hasta la cocina-salón de planta abierta.

—Principalmente música.

—Ah, sí. Escuché una de esas bandas que me recomendaste la otra semana —dijo Maia.

—Genial, ¿cuál?

—Venom —respondió Maia.

—Estupendo. ¿Qué te parecen? —dijo Mac.

—No me entusiasmaron mucho —dijo Clio al entrar en la cocina—. No estoy muy segura del satanismo para una adolescente.

Se movía entre las ollas humeantes, probando y removiendo.

—Es puro espectáculo. Nunca lo dijeron en serio. Y le dará a Maia algo de credibilidad en la calle —dijo Mac, sentándose en un sillón.

—¿Cuando todas sus amigas están obsesionadas con el K-pop o Taylor Swift? —sugirió Clio, alzando una ceja.

—No tengo la menor idea de quiénes son —respondió Mac con indiferencia.

—Bueno, a mí me gusta Venom y no me importa lo que digan los... —Maia se tragó lo que claramente iba a ser una palabrota— ... demás. También empecé a escuchar a Bathory y Celtic Frost.

Mac asintió con aprobación.

—Muy buen gusto. Me gusta.

—Ni siquiera voy a preguntar. Soy historiadora, así que puedo adivinar de dónde vino la inspiración para el nombre Bathory.

—Fue la primera asesina en serie registrada en la historia... —empezó Maia.

Clio levantó una mano.

—Mac no tiene permitido hablar de asesinos en serie en esta casa, así que tú tampoco. Vamos a comer espaguetis a la boloñesa, Mac. ¿Te parece bien?

—Suenan genial.

—Maia, ¿puedes preguntarle a Mac qué quiere beber? Y luego sírvenme un vino.

Maia se impulsó sobre el sofá en el que estaba encaramada, un torbellino de extremidades largas y desgarradas. Mac pidió una cerveza, sabiendo que Clio solía guardar algunas para él. Maia se ocupó de su tarea de anfitriona, claramente encantada de que la trataran como a una adulta. Clio tenía algo banal y fácil de oír sonando en un altavoz inteligente. Sus gustos estaban anclados en los años sesenta e incluían guitarras acústicas y letras narrativas cantadas con dulzura. Él dejó que la música lo envolviera, parte de la experiencia de estar en la casa de los Wray.

—¿Cuántos días faltan para el gran día? —preguntó él.

—Nueve. El nuevo casero está dispuesto a darnos las llaves dos días antes de la mudanza, así que podremos aprovechar el fin de semana para mudarnos. ¿Sigues bien para ayudarnos?

—Mientras nadie en Edimburgo mate a alguien ese fin de semana. Estoy de guardia —dijo Mac mientras Maia le entregaba una botella de cerveza.

La chocó contra su vaso de Coca-Cola con un guiño.

—Si lo hacen, los mato —dijo Clio, distraída, probando una cucharada de carne picada.

—Entonces, ¿quieres contarme más sobre la suspensión de Maia? —preguntó Mac.

La cena había terminado; los platos estaban apilados a ambos lados de la cocina y en el fregadero. Clio había mandado a Maia a su habitación cuando se dio cuenta de que ya era casi medianoche. Habían jugado al Uno y luego a algunos juegos de mesa que Maia todavía conservaba y, en secreto, adoraba, aunque ser adolescente le impedía admitirlo abiertamente. El Cluedo seguía encima de su armario desde que Mac había ganado de forma aplastante la primera vez que lo invitaron a casa de Clio. A la primera. Clio puso los ojos en blanco mientras se servía una copa del segundo vino que había abierto. Mac le tendió su propia copa, habiéndose pasado al vino al ver lo rápido que Clio había vaciado la primera botella.

—No fue completamente inocente. No debería haber hecho lo que hizo. Pero fue una reacción, y la pillaron. El acto que provocó su reacción no lo vio nadie, así que la alborotadora se salió con la suya. El colegio se niega rotundamente a aceptar que el TDAH de Maia significa que es impulsiva. Los otros chicos saben más sobre eso que los propios profesores. La provocan a propósito. Y la que acaba metida en líos es Maia.

—Mencionaste que querías que te diera mi opinión —dijo Mac.

Clio negó con la cabeza en silencio, bebió un sorbo de su copa y se quedó mirando al vacío. Mac la observó sin decir nada. Había lágrimas justo detrás de la superficie. Detrás de la máscara. ¿Cuánto tiempo llevaba reprimiéndolo? No tenía a nadie con quien hablar, salvo con él. Nunca había mencionado a otras amigas. Solo a compañeras de trabajo con las que se llevaba bien. Clio y Maia habían estado solas contra el mundo durante tanto tiempo que Mac pensaba que a Clio no le importaba especialmente. Pero esa era su visión del mundo, no la de ella. Él habría vivido encantado como un ermitaño. Clio no.

—La están acosando por internet. Quería saber si se había infringido alguna ley y si...

Parpadeó para contener las lágrimas y se llevó una mano a la boca.

—Si... no sé qué. No es como si pudieran procesar a unas niñas de trece años, ¿verdad? Solo quiero que le den un respiro.

—Si me enseñas los mensajes, puedo consultarlo con algunos colegas de protección infantil. Ver qué se puede hacer. Quizá asustar a los culpables.

Clio asintió y miró hacia la puerta que daba a las escaleras.

—Solo no le dejes ver a Maia que sabes. Se moriría de la vergüenza si supiera que los has visto.

Mac asintió, bebiendo un sorbo de su propio vino. Le secó la boca y no le gustó el sabor, pero así Clio bebía menos.

—Hay algo más, ¿verdad? —dijo él, después de que ella guardara silencio un momento.

Ella lo miró, con sorpresa en el rostro. Tal vez había olvidado lo que había insinuado en su mensaje.

—Soy detective —dijo Mac, abriendo las manos con gesto de inocencia.

—Se supone que también eres autista. Que no sabes leer bien a la gente —señaló Clio.

Mac se encogió de hombros.

—Todavía estoy aprendiendo a ser autista. Aún no me sale del todo bien.

Su expresión impasible al hablar pareció surtir efecto. Clio soltó una carcajada. Le puso brevemente una mano en el brazo a Mac y lo apretó con cariño.

—He sido una idiota —dijo ella.

Lo dijo con facilidad y una sonrisa, pero Mac pudo ver la preocupación detrás de sus ojos. Fuera lo que fuera, no podía descartarse tan a la ligera. Al menos Clio no lo creía así. Él esperó.

—Hay un profesor en particular. Michael Gaines. El jefe de curso de Maia. Ha sido especialmente difícil y yo... me he desquitado con él en algunas de sus publicaciones en redes sociales. Le dije exactamente lo que pensaba, sin filtros.

—Ah —respondió Mac.

—Sí —dijo Clio.

—¿Qué tan fuerte se lo dijiste?

—Había tomado un par de copas de vino y mis inhibiciones no estaban tan controladas como deberían. Estaba furiosa.

—¿Estamos hablando de amenazas? —preguntó Mac.

Clio apartó la mirada y Mac suspiró. Eso hizo que ella levantara la cabeza, con los ojos brillantes.

—Lo siento —dijo Mac, alzando las manos en señal de apaciguamiento—. Pero nunca pongas por escrito algo que no dirías cara a cara. Quiero decir, podría costarte el trabajo si él presenta una queja —señaló Mac, sin querer herirla, pero creyendo que necesitaba la verdad sin adornos.

—En mi defensa, no soy la única madre con la que ha chocado. Hoy me enteré de que renunció, aunque en sus redes sociales está diciendo que lo hizo por lo poco que ganan los profesores y todo el trabajo que tienen que hacer... —Clio soltó una maldición.

—Entonces, eso es algo bueno. Ya no está en la vida de Maia. Así que puedes simplemente borrar lo que dijiste —dijo Mac con calma.

—Fue repugnante con Maia. La llamó conflictiva y dijo que no debería estar en la educación convencional por las interrupciones que causa. ¿Puedes creerlo?

—Pero ya se fue, Clio —insistió Mac, inclinándose hacia ella, poniéndole una mano en el hombro.

Los ojos de Clio ardían. Era una mirada atractiva. Mac tuvo que detenerse a pensar cuánto había bebido. Al mismo tiempo, le surgió la idea de si esa amistad era solo eso. ¿O era el comienzo de algo más? No. Valoraba su amistad con Clio. Probablemente era la primera relación platónica que podía decir honestamente que valoraba.

—Muéstrame esa amenaza que hiciste —ordenó Mac.

A regañadientes, ella sacó su teléfono, activó la pantalla y navegó hasta una aplicación de redes sociales antes de entregárselo. Él leyó una conversación llena de invectivas y rabia.

—Ambos lados se calentaron un poco.

—Él no me amenazó —señaló Clio.

—No —dijo Mac.

Sacó su propio teléfono y tomó fotos de la conversación.

—No está de más tener una copia de seguridad. ¿Es un chat privado?

—Sí —dijo Clio.

—Bueno, el hecho de que no estuviera a la vista es algo positivo, pero ¿quién sabe a cuántos de sus amigos se lo ha compartido? Es bastante inocente, relativamente hablando. No me preocuparía demasiado por esto. Con la acumulación de casos en la oficina del Procurador Fiscal, no van a perder el tiempo procesando esto.

Clio pareció aliviada, con lágrimas que hicieron brillar sus ojos por un momento. Luego, impulsivamente, se lanzó a abrazar a Mac. Por un instante, él se quedó inmóvil. Después, la rodeó con los brazos y le devolvió el abrazo.

Capítulo Diecisiete

Yacía sobre la cama individual, el único mueble en la habitación. Un bajo monótono y sordo retumbaba a través de la pared tras su cabeza, pero llevaba tapones para no escucharlo. Si no lo hubiera hecho, no creía que pudiera evitar golpear la puerta. No había garantía de lo que pasaría entonces. Tal vez le daría satisfacción en el momento, pero arruinaría el proyecto a largo plazo. No podía permitirse ser impulsivo, no cuando todo iba según el plan. Las cajas ocupaban la mayor parte del espacio en el suelo. Pilas de placas de Petri vacías ocupaban aún más. Placas selladas protegidas por bolsas con cierre hermético, el resto. La habitación estaba oscura, salvo por la luz azulada de la pantalla de su teléfono. Lo sostenía con ambas manos, y la luz iluminaba su piel lisa y sin vello. Ojos tan oscuros que parecían negros estaban fijos en la conversación en la que estaba inmerso, los pulgares se movían con destreza sobre la pantalla. Cejas calvas fruncidas. Una expresión de intensidad que había hecho que más de una persona lo mirara con recelo. Una sonrisa obraba milagros. Su sonrisa iluminaba su rostro, lo transformaba. Lo recubría con una capa de confianza e inocencia.

Y lo hacía ahora. Metal_Kitten2010 acababa de responder a su mensaje con un emoji: una carita dando un beso y un corazón. Tenía algún tipo de imagen de manga como foto de perfil, pero él ya

se había ganado su confianza lo suficiente como para que le revelara su nombre real. Su propia foto de perfil estaba en la parte superior de la pantalla. Una chica de entre doce y catorce años con cabello largo, sedoso y castaño rojizo, y ojos marrones. Hacía un puchero frente a la cámara, levantando dos dedos en lo que solía ser un signo de paz. Sospechaba que ahora significaba otra cosa, pero no estaba seguro de qué. No importaba. Tenía una colección de fotos de la chica. Ya había olvidado su nombre y de dónde era. Servía como el perfil falso perfecto para hacerse amigo de una adolescente solitaria y confundida de trece años. Ella le había contado muchas de las cosas que la angustiaban al amigo que había conocido en línea hacía un mes. Un amigo que la entendía tan bien. Compartía intereses con ella. Escuchaba.

Ahora, ella despotricaba sobre un profesor de su escuela. Creía que su madre estaba en problemas por haberlo criticado en línea. Nota mental: comprobar si eso se había hecho público en algún lugar. El profesor ya estaba en el radar. Grupos de padres en línea habían mencionado su nombre. Muy directo. Grosero, según las mamás perfectas. Gay, a algunas no les gustaba eso. Ni el hecho de que apoyara abiertamente la hora de cuentos con drag queens en la biblioteca local. Se rio ante la banalidad del asunto. Pero todo alimentaba el fuego. Por desgracia, su víctima elegida parecía más tolerante y abierta. Simplemente parecía odiarlo por cómo había tratado a su hija. Clio era muy protectora con Maia. Se preguntó hasta dónde estaría dispuesta a llegar en defensa de su hija. Por lo que Maia le estaba diciendo —corrección, por lo que le estaba diciendo a la persona que creía que se llamaba Gabby de Chelsea—, Clio tenía bastante temperamento. Sonrió cuando Maia envió otro mensaje, al que él/Gabby respondió con las palabras correctas.

Cambió entre aplicaciones hasta encontrar la foto de Clio Wray que había descubierto y luego copiado del sitio web de la universidad. Usando una aplicación de dibujo, le había añadido con destreza unas cuantas líneas. Echar un poco hacia atrás las orejas. Una ligera curva en la nariz, corregida. Por lo demás, una mujer muy guapa. Casi perfecta. Nadie era perfecto. Al menos no hasta que él ponía sus manos sobre ellos. Con otra aplicación, tocó algunas

notas, registrando algunos datos clave que Maia acababa de proporcionarle. Esa información era la pieza final de este rompecabezas en particular. Sintió una satisfacción que eclipsó brevemente el sentimiento de injusticia por su entorno. Por sus circunstancias. Esa injusticia era su emoción principal. Ira y deseo de venganza. Ahora, sin embargo, se deleitaba en la anticipación de su próxima obra maestra. El trabajo por venir. Dos vidas terminadas. Una con final definitivo. La otra, terminada en su forma actual. Desviada hacia un camino elegido por él. La necesidad de gratificación era intensa, casi sexual. Todas las piezas estaban en su lugar. Era solo cuestión de tiempo.

Cerrando la aplicación de redes sociales y cortando la comunicación con Maia Wray, hojeó sus notas sobre Michael Grainger. Hábitos. Rutinas. Horarios. Fotos. Una vida en sus manos.

Capítulo Dieciocho

—Entonces, un buen punto de partida sería establecer expectativas. ¿Qué le gustaría obtener de hoy? —preguntó Tal Sidhu.

Tenía más o menos la edad de Mac, quizá uno o dos años mayor, cerca de los cincuenta. Su barba, cuidadosamente recortada, era tan gris como su cabello. Sus ojos eran profundos, y tenía una nariz ligeramente demasiado grande para su rostro. Su acento tenía un leve matiz de las Midlands. Mac se mantuvo inmóvil, resistiendo las ganas de moverse en su asiento. La cita había sido reprogramada dos veces. Primero del viernes por la mañana al lunes. Luego del lunes al martes. Después surgió algo el martes. Al menos, según Mac. Finalmente, el doctor Sidhu se ofreció a ir a Brunswick Road. Estaban sentados uno frente al otro en una sala de entrevistas. Las cámaras apagadas, sin dispositivo de grabación y la sala de observación contigua cerrada con llave por Mac, quien había guardado la llave en el bolsillo.

Mac se sentó en la silla que solía usar en esa sala. Sidhu se sentó enfrente, con una pierna cruzada sobre la otra. Un bloc descansaba sobre su muslo y sostenía un bolígrafo en la mano derecha. Llevaba un traje de tweed, algo arrugado, y una corbata torcida. La reacción inicial de Mac fue que quería salir de ahí cuanto antes, sin más. En lugar de eso, frunció el ceño como si estuviera pensando.

—Quiero que me den el alta como A1 y volver al trabajo.

Sidhu lo miró de vuelta sin expresión ni palabras, esperando. Era una técnica básica de entrevista, una que Mac había usado más veces de las que podía contar. Le sostuvo la mirada, decidido al principio a no parpadear. Luego recordó la dinámica de poder entre ambos. Una dinámica que Sidhu nunca había olvidado. Mac lo necesitaba más a él de lo que él necesitaba a Mac. Con un suspiro, Mac se inclinó hacia adelante, con los antebrazos apoyados en la mesa de entrevistas. ¿Cuántas veces se había recostado en su silla, reprimiendo una sonrisa de satisfacción al ver esa postura de derrota en un sospechoso?

—Estoy buscando... ayuda con. El estrés.

Sentía como si se estuviera arrancando los dientes él mismo.

—Bien. Ha estado bajo estrés. ¿Cómo se ha manifestado?

Mac entrecerró los ojos.—¿Usted qué cree?

Otra vez esa mirada serena, paciente, y Mac cerró la boca. Juega el juego. Juega el juego. Pero no podía permitirse ser demasiado sincero. ¿Confesar un ataque de pánico lo dejaría suspendido? ¿Hasta qué punto podía ser honesto y seguir en el trabajo? Sidhu se le adelantó.

—Está intentando averiguar cuánto decirme. Lo cual revela una cosa. El estrés se está manifestando de tal manera que usted cree que no lo declararé apto para volver al trabajo si me cuenta los detalles.

Había una sonrisa amable en el rostro de Sidhu y un destello amistoso en su mirada. Mac sintió como si le leyeran la mente. ¿Así se sentían los sospechosos cuando él los acorralaba, sacándoles una confesión entre mentiras y evasivas? Resultaba intensamente incómodo estar en ese lado de la mesa.

—He tenido un... ataque de pánico —dijo Mac.

Observó la reacción de Sidhu. No hubo ninguna. Sidhu simplemente lo miraba. Mac decidió que no sería él quien apartara la vista primero.

—Sentí náuseas y el corazón me latía a mil por hora.

—¿Cuántas veces?

—Solo una vez.

Una ceja se alzó, pero Mac ya no estaba dispuesto a rendirse. Le sostuvo la mirada como desafiando al psicólogo a contradecirlo. Sidhu esbozó una leve sonrisa y anotó algo. Mac no podía ver el bloc, oculto tras la rodilla del psiquiatra. Pero distinguió la forma de la primera letra. Era una c. Había otra al final de la palabra. Mac lo supo porque luego había un espacio. Después venía una i minúscula. Vio el punto. Mientras observaba, pensó en las palabras que podían escribirse así. Cuestiones de confianza le vino a la mente, y Mac sonrió.

—¿Qué? —dijo Sidhu, sonriendo también.

—Nada —dijo Mac, negando con la cabeza.

—¿Dónde ocurrió? —preguntó Sidhu.

—En casa.

—¿Le ha pasado alguna vez en el trabajo?

—No.

—¿Conduciendo?

—No.

El tono de Mac no cambió al responder. Nada que delatara si uno de esos no había sido enfatizado más que los otros.

—¿En qué parte de la casa estaba?

—En la ducha —respondió Mac.

—¿Qué lo desencadenó? —preguntó Sidhu.

—¿Y cómo demonios voy a saberlo? —dijo Mac, dejando entrever una fisura en su contención.

Sidhu no había mostrado la menor señal de impaciencia. Ni siquiera parecía cerca de empezar a sudar.

—Bueno, ¿en qué estaba pensando cuando se dio cuenta de los síntomas?

Mac se recostó en la silla, cruzando los brazos, y luego se dio cuenta de lo defensiva que parecía esa postura. Resistió el impulso de secarse las palmas sudorosas en los pantalones. Se sintió culpable y luego se enfadó por sentirse culpable. Mac fulminó con la mirada a Sidhu, pero al psiquiatra no le afectó en absoluto.

—Estaba pensando en mi hermana. Murió cuando yo era más joven. Había algo relacionado con la lluvia. La ducha me hizo pensar en eso.

—¿Lluvia? —preguntó Sidhu.

—No lo recuerdo. Tal vez llovía el día de su funeral. No lo sé. Pero de repente estaba pensando en ella y...

Se quedó en silencio, sintiendo que lo que decía era inverosímil. Débil. Pero Sidhu asintió y tomó más notas.

—¿Cómo murió? Si no le importa que lo pregunte —dijo Sidhu, bajando un poco la voz.

—La asesinaron —respondió Mac, con un tono de absoluta firmeza. No iba a mancillar la memoria de su hermana mintiendo sobre eso.

—Lo siento —dijo Sidhu, con una simpatía genuina en la voz—. ¿Alguna vez ha recibido terapia por el duelo?

—No. Tenía diecisiete años. Mi padre se estaba bebiendo la vida y terminó el trabajo más tarde ese mismo año. Pero nunca ha sido un problema antes.

—El trauma no manifiesta necesariamente sus efectos de inmediato. La mente tiene muchas formas de protegerse en el momento. ¿Entiendo que usted pasó por un episodio traumático el año pasado en el cumplimiento de su deber?

—Sí. Y, de nuevo, no me desmoroné de inmediato.

—Como dije. Pero podría tratarse de un efecto acumulativo. O de algún cambio en su vida. Podría ser cualquier cosa, francamente. Tal vez no esté relacionado en absoluto. Pero sucede algo, y toda esa presión que no sabía que llevaba encima, de repente se vuelve insoportable.

—No se me ocurre nada —dijo Mac.

—No importa. Hay un trauma significativo en su pasado que nunca ha resuelto. Nunca lo ha afrontado. Y ha estado latente en su subconsciente. ¿O tal vez ha tenido problemas de ira en el pasado? ¿O adicción, quizá?

Mac no tuvo que pensar mucho para responder afirmativamente a ambas preguntas. Había sido un adicto cuando se marchó de casa, con dinero en el bolsillo tras vender la granja. Luego, cuando se unió a la fuerza, vinieron el alcohol y el tabaco. ¿Ira? Mac sonrió para sí. Estaba en su expediente desde los primeros días. Un temperamento un poco demasiado explosivo cuando un borracho lanzaba un

puñetazo un sábado por la noche. O en el día del Derby, cuando los hinchas del Hibs y del Hearts se enfrentaban.

Sidhu era psiquiatra de la policía, así que tendría acceso al expediente de Mac. No tenía sentido negarlo.

—Sí. Como usted sabe —respondió Mac.

—Es de manual. La presión que empieza a salir a la superficie. A mí también me ha pasado.

Mac habría parecido sorprendido, salvo que ya lo estaba esperando. Crear un vínculo a través de una experiencia compartida. Había recibido entrenamiento en negociación con rehenes. Esto también era de manual.

—Lo digo en serio. No estoy tratando solo de generar empatía. Cuando a mi padre le dio cáncer, yo estaba tan absorto en mi carrera que no le dediqué el tiempo que necesitaba. Y luego fue demasiado tarde. Nunca tuve la oportunidad de despedirme, y esa experiencia me marcó profundamente. Ahora estoy en Alcohólicos Anónimos. No hay razón para no hablar de ello. No hay nada de qué avergonzarse.

A pesar de sí mismo, Mac empezaba a simpatizar con el hombre. Su franqueza resultaba refrescante. Le recordaba a Clio. No tenía suficiente de eso en su vida. Siempre le mentían o trataba de evitar puñaladas por la espalda. Se pasó una mano por el pelo y volvió a inclinarse hacia adelante.

—No me avergüenzo —empezó—. Solo que no he... hablado con nadie sobre lo que le pasó a Iona. Mi hermana. Lo enterré. El trabajo policial es bueno para eso. Te consume por completo, así que es un buen empleo cuando tienes muchas cosas que quieres que se consuman.

Sidhu abrió los brazos.

—Estoy en el mismo barco, Mac. Ser psiquiatra clínico es una buena forma de evitar lidiar con tus propios problemas. Solo te enfocas en los de los demás.

Mac sonrió, y por primera vez desde que se había sentado con Sidhu, la expresión fue genuina. Sidhu soltó una risita.

—Cortados por la misma tijera, ¿no? —rio.

—Eso sí que es generar buena empatía —dijo Mac.

—Usaré lo que sea necesario para lograr un avance —dijo Sidhu —. Puedo ser despiadado en eso.

—Otra cosa que tenemos en común, entonces —respondió Mac.

—Estos problemas no van a desaparecer, Mac. El trauma tiene que sanar y, al igual que una herida física, no puedes lograrlo ignorándolo. Piensa en estos ataques de pánico como una infección que se ha instalado en una herida que has dejado sin atender.

—Lo entiendo, doctor. De verdad que lo entiendo. Necesito hablar de mis sentimientos respecto a lo que le pasó a mi hermana. Sé lo que es el trauma. Cuando tienes un cadáver que alguien ha destrozado en un frenesí, buscas la razón de ese frenesí. Y siempre está ahí. El asesino puede parecer simplemente malvado, pura maldad. Pero siempre hay algo en su pasado que lo convirtió en asesino. Un catalizador.

—Bien. Es un buen comienzo. Así que hablemos de su hermana.

—¿Ahora? —dijo Mac.

Sidhu alzó de nuevo una ceja, golpeando con su bolígrafo la parte superior del bloc de notas.

—¿Por qué tengo la sensación de que me está diciendo lo que quiero oír pero no tiene ninguna intención de hacer realmente el trabajo?

—No, quiero hacer el... trabajo. Pero simplemente siento que no queda mucho tiempo para entrar en eso —respondió Mac.

—Nos queda media hora. Tiempo de sobra para empezar bien, en lo que a mí respecta —dijo Sidhu con calma.

Mac sintió que se retorcía por dentro. La conversación se había vuelto más fácil a medida que avanzaba. Sidhu parecía cada vez más humano, más fácil de entender. Pero la idea de hablar sobre Iona con alguien era imposible. La idea de pensar en Iona era imposible. De pronto sintió el pecho oprimido y todo lo que Mac pudo pensar fue en la necesidad de ocultárselo al hombre que tenía enfrente. El hombre cuyos ojos oscuros no se perdían nada. El hombre que tenía el poder de impedirle trabajar. De impedirle hacer lo único que lo alejaba de pensar en ella.

—Preferiría hablar de eso en la próxima sesión —dijo Mac, empujando su silla hacia atrás.

—¿Por qué? —preguntó Sidhu.

—Quiero prepararme —replicó Mac al instante.

—No va a hacerlo más fácil. Es como arrancar una tirita. Solo un tirón —respondió Sidhu con la misma rapidez.

Mac empezaba a sentirse atrapado. Evitó lamerse los labios, aunque los tenía tan secos como papel de lija. Resistió el impulso de levantarse y caminar por la habitación. Permaneció quieto con un esfuerzo monumental, observando a Sidhu que lo observaba a él. Le rogó mentalmente que apartara la mirada, que abriera su agenda y programara otra sesión. Solo quería un poco de aire. Solo quería salir de esa habitación. Sidhu no se movió, pero el bolsillo de la chaqueta de Mac vibró. Su teléfono.

Intentó no sonar aliviado al contestar. Intentó no parecer triunfante al enfrentarse a la mirada imperturbable de Sidhu.

—Jefe —dijo Mac a Reid.

—Tengo algo para usted, Mac. Espera, ¿era su sesión de terapia?

—Acaba de terminar, jefe. Justo a tiempo.

Mac se puso de pie, levantando brevemente una mano a modo de despedida. Sidhu sonrió con resignación y escribió algo en su bloc. Mac se dio la vuelta para no intentar leerlo al revés.

—Porque podría dárselo a Akhtar. Así le doy una oportunidad de tomárselo en serio, lo de la terapia, digo.

Mac soltó una maldición en cuanto cruzó la puerta, y Reid soltó una carcajada.

—Ha ido a la cita. Eso debería satisfacer a Recursos Humanos y no tiene que volver a ver al tipo. Vuelva al trabajo, el expediente del caso está en su bandeja de entrada —dijo Reid y se fue.

Capítulo Diecinueve

Tengo uno, fue lo que dijo Reid. Tengo uno. No necesitaba explicar qué tenía. Solo había un tipo de crimen al que Mac sería asignado que no requería descripción ni explicación. Era un cadáver. Mac sabía que él era la primera opción de Reid como inspector jefe. Por encima de Akhtar. Se sentía orgulloso de eso. Akhtar podría escalar políticamente en la jerarquía, pero no podía igualar a Mac como detective. Una vez más, se dirigía hacia el oeste, al acomodado suburbio de Corstorphine.

Le recordó la noche que había pasado con Clio y Maia. Había bebido más de lo que había planeado, todo con la intención de dejarle menos a Clio. Al final, él había terminado borracho y Clio había estado... no tan borracha. Recordaba risas y música, a Maia bajando adormilada por las escaleras para protestar por el ruido, en una inversión de roles bastante extraña. Luego despertó en el sofá de Clio, acostado cabeza con pies junto a ella, mientras Maia dormía hecha un ovillo en un sillón. Habían estado viendo películas; vagamente recordaba haber insistido en ver *Spinal Tap*. Su reacción le sacó una sonrisa.

—¿Compartes el chiste, jefe? —preguntó Nari.

Estaba en el asiento del pasajero del auto de cortesía de Mac, revisando el expediente del caso en su teléfono. Mac ya había

absorbido los datos más relevantes de los archivos que Reid le había enviado por correo electrónico. Se le habían grabado en la mente, un truco que había aprendido con los años.

—No es chiste. Solo... estaba recordando algo. No me haga caso. Recuérdele a dónde vamos.

Sabía perfectamente a dónde iban, lo había buscado por internet y memorizado el camino. Pero le servía para distraer a Nari. Con suerte, haría que olvidara haberlo visto ponerse sentimental. Mac apretó los labios y cerró los dientes tras ellos, sin permitirse otra muestra de debilidad.

—Es un centro de reciclaje a las afueras de la ciudad, justo al lado del aeropuerto. Los trabajadores encontraron un auto abandonado y un cadáver dentro. Seguimos por esta carretera y luego tomamos la Turnhouse Road hasta ver los letreros.

—Vale.

—Jefe, ¿puedo hacerle una pregunta? —preguntó Nari con un tono cargado de intención.

—Claro —respondió Mac, concentrado en la carretera.

Pasaron la rotonda que llevaba a Drum Brae Drive y, eventualmente, a la casa de Clio. Las casas a ambos lados eran de una o una planta y media, parecían bungalós, pero con ventanas en la línea del tejado que delataban la existencia de un piso superior. El auto había sido encontrado a menos de una milla de ese suburbio acogedor. A Mac le resultaba chocante que hubiera crímenes violentos en un lugar así. Sabía que era un prejuicio. No había razón para pensar que la gente de Corstorphine no fuera tan capaz de violencia como la de Craigmillar.

Pero parecía encajar más con el segundo. En sitios como este, con jubilados paseando perros, jardines bien cuidados, SUVs alemanes caros en las entradas y paneles solares en los tejados, parecía fuera de lugar. Era una mentalidad que intentaba apartar, para no nublar su juicio. Se alegraba de estar de vuelta al trabajo, haciendo lo que sabía que mejor se le daba. Pero había una presión que no había sentido antes, y venía de la cercanía de un rival. Nari había estado trabajando estrechamente con ese rival. Se preguntaba

desde cuándo. Al fin y al cabo, compartían oficina. Ambas venían de familias inmigrantes.

—¿Le molestaría si trabajo más con la inspectora jefe Akhtar?

Mac asintió lentamente, sin apartar la vista de la carretera donde el tráfico comenzaba a acumularse.

—Por supuesto que no. Somos todos colegas. Parte del mismo equipo —dijo Mac.

—Pero sabemos que no es tan sencillo, ¿verdad, jefe? —dijo Nari.

Mac echó un vistazo al retrovisor y vio el auto conducido por Kai. Estaba solo. Mac frunció el ceño; Mel debería estar con él. Una furgoneta del equipo forense venía detrás. El equipo había estado en la central terminando los informes de su último caso. Todo el convoy se dirigía a la nueva escena del crimen.

—¿De verdad lo sabemos? —dijo Mac, ganando tiempo.

—Creo que sí. No se lleva bien con Akhtar. Eso es evidente. Pero ella tiene experiencia en un área que me gustaría explorar como parte de mi desarrollo. Y se ha ofrecido a ayudarme. Pero no quiero hacerlo a costa de nuestra relación laboral.

Nari sonaba sincera. Mac la miró y la encontró observándolo. La preocupación surcaba su rostro. La inquietud se reflejaba claramente en sus ojos. La reacción inicial de Mac fue cerrar la conversación. Le incomodaba. Pero no podía permitirse ignorar los sentimientos de su equipo. Era su jefe y apoyarlos tanto a nivel personal como profesional formaba parte de su responsabilidad, le gustara o no. Pensó en sus conversaciones con Clio, incluso en su sesión con Talvir Sidhu. En algún momento se había preguntado si Nari estaba interesada en él, había intentado no pensar en ello. Era una complicación que no necesitaba.

—No tengo nada en contra de ella, pero parece que siempre está... a la ofensiva conmigo. No estoy seguro de qué hice en el pasado para molestarla, pero así están las cosas. Sin embargo, los dos somos profesionales. No tengo ningún problema con que trabajes más de cerca con ella si eso ayuda a tu carrera. No va a dañar nuestra relación.

Nari sonrió, aliviada. Mac se preguntó cuán conflictivos parecían él y Akhtar como para causar tanto estrés a un miembro de su

equipo. Luego apartó ese pensamiento. Estaba muy abajo en la lista de prioridades. Lo primero era un cadáver en un auto cerca del aeropuerto.

—Bien, porque realmente valoro estar en su equipo. Tiene una reputación en Crímenes Especializados, ¿sabe? Como detective. Muchos oficiales querrían estar en su equipo.

—Bien —dijo Mac, conteniendo una sonrisa.

—Bien —respondió Nari, sonriendo abiertamente—. No finja que eso no halaga su ego, señor.

Mac sonrió.

—No se pase, Nari. Akhtar no le dejaría salirse con la suya si le hablara así.

—No le hablaría así. Es un dragón —dijo Nari con una expresión irónica.

—No voy a discutir eso.

La ciudad los dejó ir, las casas desaparecieron para dar paso a campos. La tierra desnuda y la hierba estaban cubiertas de escarcha bajo un cielo de acero. El aeropuerto se alzaba como una presencia imponente en la cercanía. Aviones llegaban y aterrizaban cada pocos minutos. Para ser un lugar por donde pasaban millones de personas al año, se sentía solitario y vacío. El centro de reciclaje era un conjunto cercado de edificios bajos con aspecto de módulos prefabricados. Detrás había construcciones más grandes, tipo almacén, alrededor de un amplio patio abierto, delimitado por rollos de alambre de púas. Un camino llevaba a una entrada con portón, y una pista se desviaba desde la carretera entre montículos de aulagas, rodeando una colina congelada.

Una patrulla estaba aparcada junto al inicio de la pista. Un agente salió cuando el auto de Mac se acercó. Mac bajó la ventanilla.

—Por ese camino, jefe —dijo el agente—. Justo después de la curva.

Mac condujo en esa dirección, avanzando a trompicones sobre surcos congelados. No fue difícil encontrar la escena. Tras una curva había una línea de cinta policial, sujeta entre dos árboles a cada lado del camino. Más allá estaba un Honda compacto. Salió del auto y fue

al maletero, donde había guardado una bolsa con ropa forense. Él y Nari se pusieron los trajes de papel, los cubrezapatos y los guantes requeridos. Mac echó un vistazo a la matrícula del auto; Nari ya estaba al teléfono haciendo que pasaran la placa por la base de datos de Reconocimiento Automático de Matrículas. Mientras esperaba un nombre y una dirección, Mac se acercó lentamente al vehículo, observando el suelo. Estaba duro como piedra, olas de barro y tierra rota congeladas como si estuvieran fundidas en cemento. Nada lo bastante blando como para dejar la huella de un neumático o un pie. Alzó la vista hacia el auto, hacia la escena del crimen que lo esperaba.

Las ventanas estaban completamente cubiertas de escarcha, opacas. Eso le indicó que el motor había estado apagado durante varias horas en la noche. El tiempo suficiente para que se formara rocío y luego se congelara. Las puertas estaban cerradas, pero el informe decía que un empleado había subido hasta allí para fumar, había mirado dentro del auto y probado la puerta. Así que el auto estaba sin cerrar. Su mirada volvió al suelo mientras daba una lenta y torpe vuelta alrededor del vehículo.

—Pertenece a un tal señor Michael Gaines, jefe —gritó Nari—. 3 Craigmount Wynd, The Gyle. Probablemente pasamos por ahí de camino aquí.

Mac miró a su alrededor con rapidez y Nari frunció el ceño.

—¿Lo conoce, jefe?

Negó con la cabeza de forma tajante y volvió a mirar al suelo.

—Conozco a un hombre con ese nombre. No suena muy único. Probablemente sea una coincidencia.

Mac sintió un golpe hueco en el pecho. Un tal Michael Gaines enseñaba en la escuela secundaria de Cramond. No muy lejos de The Gyle. Un trayecto fácil. Tenía que ser una coincidencia. Mac fue a pasarse una mano por el pelo y luego recordó el guante que llevaba. Se detuvo, manteniendo las manos lejos de los costados y de cualquier posible contaminación. Rodeando el auto, notó daños en el parachoques trasero del lado del conductor.

Algo había chocado con el auto en ese punto, rompiendo el plástico del parachoques y la fibra de carbono de la carrocería. Se

agachó junto al daño y vio algo. Había motas de pintura blanca en la zona afectada, pero el Honda era azul oscuro. Posiblemente pintura de lo que fuera —o quien fuera— que lo había golpeado.

Su atención se dirigió al suelo, justo al lado de la rueda trasera del conductor. Algo entre la escarcha blanca y brillante. Reflejaba la luz con un destello apagado. Caminó con cuidado hasta allí. Era un anillo plateado, a unos diez metros del auto. Una banda estrecha que se ensanchaba para albergar una cara circular con lo que parecía ser la cabeza de un ciervo y la palabra "*bydand*", un término escocés que significa firme o perseverante. Lo recogió y sacó una bolsa de plástico transparente del bolsillo, lo metió dentro y la selló. El metal no tenía señales de oxidación ni arañazos. Entonces había sido abandonado recientemente. Finalmente, fue hasta la puerta trasera del pasajero y la abrió.

La manilla se soltó, pero la puerta se quedó atascada un momento, la escarcha la mantenía cerrada. Luego el metal cedió. Dentro estaba oscuro. Un hombre desnudo estaba sentado en el asiento trasero, lado del conductor. Mac sacó una linterna tipo bolígrafo y giró la cabeza hasta el ajuste más brillante, iluminando el interior. El hombre miraba al frente, con los ojos abiertos. Su torso estaba cubierto de heridas de arma blanca, algunas cruzadas entre sí. La sangre había sido limpiada, dejando las heridas como cortes limpios. Se inclinó, sin detectar olor a putrefacción, y dirigió la luz al lado izquierdo del pecho del hombre. La herida que buscaba estaba allí. Justo en el lugar adecuado para un golpe con una leve inclinación hacia arriba que alcanzara el corazón. Nari abrió la puerta del lado opuesto, también inclinándose con su propia linterna. La sostenía con la boca, con una bolsa de evidencias y su teléfono en una mano, y se apoyaba en el marco de la puerta con la otra.

—Creo que descubriremos que ese fue el golpe mortal y que el resto ocurrió después de la muerte —dijo Mac.

—Me resulta familiar —señaló Nari.

—¿Verdad que sí? Pero nuestro autor en los casos de Zoe Phillips y Vicky McCourt está encerrado.

—Entonces, o este asesinato es anterior a los otros... —especuló Nari en voz alta.

—Lo cual no es cierto. El cuerpo está en demasiado buen estado.

—¿Un imitador?

Mac se encogió de hombros.

—Quizá un dúo. Los imitadores suelen copiar asesinatos famosos, de esos que han salido mucho en la prensa. Nosotros hemos mantenido en secreto los detalles de los asesinatos por los que arrestamos a Ash Fenton. Así que podría ser que hubiera dos personas involucradas.

—O que atrapamos al hombre equivocado —dijo Nari.

Mac asintió lentamente, aún observando el cuerpo que podría pertenecer a Michael Gaines. Tal vez fuera el profesor de Maia y el hombre al que Clio había amenazado. Cerró mentalmente una compuerta, apartando los pensamientos sobre Clio y Maia. Solo veía el cuerpo. Nada más. Un *modus operandi* similar. El cuerpo había sido abandonado en un lugar distinto al de su muerte. La falta de sangre en el cuerpo o en el auto se lo indicaba. Se le ocurrió una idea y enfocó con la linterna el rostro del hombre. Había una pequeña y pulcra mancha roja en la parte alta de su mejilla derecha. Parecía que algo había sido retirado. Con mucha precisión. De manera quirúrgica. Mac se sentó sobre sus talones, observando el rostro pensativo. El rostro de Zoe Phillips había sido marcado, y también el de Vicky McCourt. Todos con cortes que mostraban control y precisión. ¿Qué demonios significaba eso?

El crujido de la tierra helada bajo los pies anunció la llegada del convoy de Mac. Kai subía por el sendero desde su auto. El equipo forense cargaba bolsas con su equipo. Derek Stringer apareció al doblar la curva del camino, sin poder conducir su vehículo tan arriba como lo había hecho Mac debido a lo estrecho del camino. Resollaba, con la cabeza gacha. Mac se apartó del auto, dejando la puerta abierta. Nari tomaba notas en su teléfono y sacaba fotos.

—Kai, veo cámaras de seguridad allá abajo en el patio. Averigua si pueden acceder a las grabaciones y mira qué captaron. Alguien condujo el auto hasta aquí y luego se fue. Ya sea en otro vehículo o a pie. Nari, habla con quien encontró el cuerpo. Haga que repase todo con usted otra vez. ¿Dónde está Mel?

—Decidió irse a casa, jefe. Esperaba que no le importara. Latigazo del accidente, ¿recuerda? Le está molestando un poco —dijo Kai.

Con la emoción de un nuevo caso, Mac se había olvidado por completo del accidente. Hizo un gesto para restarle importancia, sintiéndose culpable. Se prometió mentalmente llamar y ver cómo estaba Mel en cuanto pudiera.

—Claro, no hay problema. Ok, encárguese de eso, Kai, ¿eh?

Kai asintió, mirando desde la carretera hacia abajo, por la corta pendiente cubierta de hierba rígida y rala, hasta el patio cercado. Hombres y vehículos se movían allí abajo. El sonido de maquinaria pesada les llegaba con el aire helado.

—¿Y qué hay de...? —empezó a decir Nari.

Mac la detuvo con una mano alzada y una mirada fulminante. Sabía lo que iba a decir. Kai estaba a punto de comenzar a bajar al patio. Se detuvo, con una expresión interesada en el rostro.

—Concéntrese solo en sus acciones —dijo Mac, sin dejar espacio para discusiones. Quería mantener para sí mismo, por el momento, las similitudes con los casos Phillips y McCourt. No quería que el equipo se dejara llevar por suposiciones. Aunque Nari obviamente lo había notado de inmediato, sabía bien que no debía dejar que eso nublara su juicio. Era mejor tratarlo como un crimen independiente y trabajar con las pruebas.

—Voy a revisar la dirección del domicilio del dueño del auto. Y ver si podemos confirmar la identidad del cuerpo, sea él o no. ¿Alguien tiene preguntas?

Nadie dijo nada.

Capítulo Veinte

Mac conducía mientras la lluvia comenzaba a golpear el parabrisas. Después de que Reid le contara sobre el nuevo caso, su mente se había centrado en los hechos conocidos. Ahora, sus pensamientos se desviaban hacia algo más personal. Los ataques de pánico. Pensó en el accidente que había llevado a Mel a tomarse un tiempo fuera del trabajo. La culpa le recorría el cuerpo como fuego. Activó el limpiaparabrisas, pero la lluvia caía con más fuerza, apenas se despejaba antes de volver a deslizarse por el cristal. Mac luchaba por mantener la concentración. Le costaba respirar. El pecho subía y bajaba como si hubiera estado corriendo. Las manos sobre el volante estaban húmedas de sudor. Obligó a su mente a visualizar el cadáver en el auto. Lo imaginó con el mayor detalle posible. Cortes por todo el torso. Una sola herida en la mejilla. Desnudo. De mediana edad, pálido, con vello oscuro en el pecho y los antebrazos. Sin tatuajes. Un anillo en el suelo, fuera del auto.

La carretera estaba tranquila. Era una carretera secundaria que salía de Edimburgo hacia el campo. Rodeaba el aeropuerto, pero no era una vía principal de conexión. Los faros de otros vehículos pasaban a su lado. Los suyos se habían encendido automáticamente con la penumbra que había traído la lluvia. Iona. El caso reabierto. Si él fuera inspector jefe, podría supervisarlo. Probar que Mark Souter

era el asesino. A menos que Souter supiera quién casi lo había matado aquella noche. A menos que hubiera visto algo. Quizá cuando Mac huía, mirando por encima del hombro hacia donde Souter yacía junto a la parada de autobús de hormigón. Su rostro iluminado por un relámpago. Mark lo había mirado directamente hacia el final, pero sus ojos estaban vidriosos, ¿tal vez por el alcohol o por alguna droga? ¿Quizá no lo había reconocido? No había pasado nada, y Mac llevaba años esperando una mano sobre el hombro. Si Mark realmente supiera quién casi lo mató aquella noche, no habría dudado en denunciarlo. ¿O sí? ¿Estaba ese mocoso jugando con él? ¿Después de todos estos años? Pero quizá Mark no confiaba en su propia memoria. Sabía lo que era eso. El corazón de Mac latía con fuerza en su pecho y un terror lo invadió: pensó que era el inicio de un infarto. O un derrame cerebral. Apretó con fuerza el volante y redujo la velocidad. De pronto, unos faros deslumbrantes aparecieron en su retrovisor. Parpadearon con más intensidad cuando el conductor se irritó. Otro auto pasó en dirección contraria. Sonó una bocina y Mac dio un respingo, frenando aún más.

Se detuvo. Al principio, Mac no se dio cuenta de que lo había hecho. Un momento iba avanzando lentamente, temeroso de desmayarse y salirse de la carretera, y al siguiente estaba detenido, cruzado sobre dos carriles, con el conductor de atrás golpeando el claxon con furia. Mac tenía los dientes apretados mientras escuchaba cómo se abría y se cerraba una puerta de un auto. El cadáver que estaba investigando había desaparecido. Solo quedaba la imagen de Mark Souter en el suelo, encogido, pero aún recibiendo golpes. Aterrorizado por su vida, pero seguían pateándolo y pisoteándolo.

—¡Eh! ¡Idiota! ¿Qué demonios estás haciendo? —fue acompañado por un golpe seco en la ventanilla.

Mac abrió la puerta del auto y salió. El hombre llevaba un forro polar y una gorra de béisbol. Su auto tenía dos bicicletas de montaña montadas en el portaequipajes del techo, y en el asiento del pasajero había una mujer que lo observaba con el rostro pálido y los ojos muy abiertos. Mac giró el cuerpo y le dio un puñetazo en la

mandíbula. El hombre cayó al suelo, su gorra salió volando y fue a parar al otro lado de la carretera. Miró a Mac con los ojos desorbitados, frotándose la mandíbula. Esos ojos se agrandaron aún más cuando Mac se agachó, lo agarró por la parte delantera del polar, lo levantó de un tirón, giró sobre sí mismo y lo estampó contra el lateral del auto. El golpe de aire saliendo de los pulmones del extraño fue audible. Mac le dio un puñetazo en el estómago. El paro cardíaco se avecinaba. Su corazón era un motor desbocado, el pulso le retumbaba en la garganta, salvajemente errático. La visión se estrechaba hasta un punto. La cabeza le daba vueltas. El agarre sobre el polar del hombre era lo único que lo mantenía anclado a la realidad. La lluvia en su rostro y el aire frío entumeciéndole las manos desnudas lo transportaron de nuevo a Skye. A la noche en que no logró vengar a Iona. La noche en que decidió marcharse. Huir. Pero nunca consiguió dejar atrás a esos demonios. Siempre estaban sobre su espalda, persiguiéndolo sin tregua.

Entonces retrocedió tambaleándose, soltando al hombre. Su víctima se desplomó, cayó de rodillas y luego medio corrió, medio se arrastró de vuelta a su auto. Los neumáticos chirriaron y el motor aulló frenéticamente al dar marcha atrás a toda velocidad. Mac apoyó una mano en el techo de su propio auto, se dobló en dos y vomitó. Apenas fue consciente del hombre pasando a toda velocidad en su auto, subiéndose al borde de césped al lado de la carretera y casi rozando el lateral del auto de Mac. Alzó la vista y vio las luces traseras desaparecer en una curva, y un par de luces blancas viniendo hacia él. Moviéndose lentamente, entró en el auto y encendió el motor, apartándose hacia su carril. Luego apoyó la cabeza en las manos, sobre el volante. Ese hombre no había hecho nada más que enfadarse con razón. Pero Mac había estado a punto de matarlo. El rostro del otro ya se había desdibujado en su mente. No habría podido identificarlo en una rueda de reconocimiento. Los únicos rostros que Mac podía recordar eran los del cadáver y Mark Souter. ¿Qué le estaba pasando? ¿Y por qué ahora? Estaban activándose recuerdos que lo dejaban completamente incapacitado. Vivía en Escocia, por el amor de Dios, no se podía evitar la lluvia.

Mac se encontró marcando el número de Sidhu, pulsando llamar antes de pensárselo dos veces. Un sudor frío lo empapaba.

La llamada fue a parar al buzón de voz.

—Doctor Sidhu. Soy Mac, el Inspector Jefe McNeill. Me gustaría pedir otra cita. Creo que... creo que tenía razón. Yo... necesito ayuda. No... no sé qué o... pero justo ahora... ha pasado algo... yo...

Las palabras se le atascaron. Gruñó por lo bajo y colgó. Luego pensó en maneras de borrar un mensaje de voz dejado en el teléfono de un civil. ¿De qué serviría? Hablar del pasado. Hablar de sus sentimientos. No cambiaría nada de quién era ni de cómo había llegado hasta ahí. Un hombre estaba muerto. De repente, Mac empezó a golpear el volante con los puños, haciendo sonar el claxon en el centro acolchado. Gritó, liberando su rabia en los golpes. La ira brotó de su cuerpo, fluyendo a través de sus puños. El mundo se veía borroso por la lluvia en el parabrisas. ¿O eran sus ojos los que estaban empañados por las lágrimas? La frustración avivaba la ira. Impotencia. Iona estaba muerta. Un desgraciado la había apagado como una vela y luego siguió con su vida. Otro desgraciado estaba masacrando a gente inocente. Matando y luego marcándolos. Burlándose de la policía. No era un don nadie como Ash Fenton. Era alguien calculador e inteligente. Alguien que iba varios pasos por delante. Otro que creía que podía salirse con la suya.

—¡De mí no! ¡No te escaparás de mí! —gritó Mac.

El motor seguía encendido. Puso el auto en marcha y volvió a la carretera. Un auto que venía por detrás, preparándose para adelantar, tocó el claxon cuando Mac pisó el acelerador. Él levantó una mano en señal de disculpa hacia la ventanilla trasera. Le llevó menos de media hora encontrar la dirección de Michael Gaines. Craigs Wynd era un conjunto de casas nuevas. O al menos lo habrían sido hace unos veinte años. Chalets pareados de tres y cuatro habitaciones, todos cortados por el mismo patrón. Sin carácter alguno. Un anillo de árboles separaba el Wynd del colegio, la Secundaria Craigmount. Una estructura corporativa sin alma, de hormigón, con un anexo adicional de revestimiento brillante, al menos una década más joven que el edificio principal. Del colegio salía un bullicio, los niños liberando energía en el patio. También

llenaban la Glasgow Road, haciendo cola fuera de tiendas que solo permitían entrar a dos personas a la vez. Llenaban los Tesco Metro o Sainsbury's Local, vigilados por guardias de seguridad con chalecos reflectantes. El número dos era la primera casa a la izquierda tras girar en el callejón sin salida que era el Wynd.

Tenía una entrada de adoquines con una mancha de aceite en la parte superior. Un garaje cerrado y sin señales del auto. Ninguna luz encendida en la casa. Había una verja al costado del garaje, de casi dos metros de alto y pintada de negro mate. Mac condujo hacia la entrada y fue hacia la puerta principal, subiendo seis escalones de piedra. Pulsó el timbre. Nada. Golpeó con fuerza el vidrio de la puerta principal. Tampoco hubo respuesta ni señales de movimiento dentro. Un sonido llegó desde su derecha, junto a la verja. Apareció un anciano con un golden retriever viejo y desgredado atado con una correa. Se ajustaba una gorra contra la lluvia, que ahora era una llovizna, y se cruzó la mirada con Mac al levantar la vista.

—¿Sabe si el señor Gaines está en casa? —preguntó Mac, rebuscando en el bolsillo de su chaqueta su placa de identificación.

—En el trabajo, supongo. Lo vi salir temprano esta mañana cuando saqué al perro. Es profesor, ¿eh? —dijo el hombre.

Mac cruzó la entrada hacia él, levantando su identificación.

—Inspector Jefe McNeill, de la Policía de Escocia. ¿Conoce bien a Michael Gaines?

—Sí, compró el número dos más o menos al mismo tiempo que mi esposa y yo compramos el nuestro. Me ayudó mucho cuando ella falleció el año pasado. Fue muy amable.

—¿No tendrá usted una llave de repuesto, por casualidad?

—Sí. Pero no estoy seguro de que deba entregarla.

—Soy policía —dijo Mac, levantando de nuevo la identificación.

El hombre la examinó detenidamente.

—¿No sé cómo es una placa de policía, eh?

—¿Le ayudaría si llamo a una patrulla y vienen algunos agentes uniformados? —dijo Mac, con un tono que empezaba a volverse cortante. Intentó controlarse. Estaba hablando con un hombre mayor, no con un criminal. Necesitaba dominar su ira antes de hacer algo de lo que realmente se arrepintiera.

El hombre se humedeció los labios, los ojos recorriendo la calle como si buscara ayuda.

—Mire, le diré una cosa —dijo Mac, con un tono más suave—. Entre y llame a la comisaría local. Dígales que envíen a alguien porque hay un hombre que dice ser del Departamento de Delitos Especializados de la Policía de Escocia. Inspector Jefe Callum McNeill. Intentaba sonar paciente, pero no estaba seguro de lograrlo.

—No, no. Estoy seguro de que usted dice la verdad. Tiene una placa, después de todo —dijo el hombre—. Iré por la llave, ¿eh? Espere aquí.

Mac se dio la vuelta, se dirigió a la puerta lateral y la probó. Cerrada con llave. Caminó por el frente de la casa, chapoteando sobre el césped empapado, y miró por un ventanal. Se reveló una sala de estar con un televisor en la pared y una taza sobre una pequeña mesa de cristal junto a un sillón que lo enfrentaba. Un único sillón y el único mueble orientado hacia la televisión. Tenía todos los indicios de ser la casa de un hombre solo. Grande para un hombre solo, a decir verdad. Tal vez no estaba solo cuando la compró. ¿Entonces por qué seguir allí? A menos que la separación hubiera sido reciente. Más allá de la ventana mirador había otra extensión de césped y una cerca. La casa del otro lado estaba adosada. Sonó el teléfono de Mac. Lo sacó del bolsillo.

—McNeill.

—Habla el Sargento Foster de la comisaría de St John's Road, señor. Solo llamo para saber dónde se encuentra. Recibimos una llamada de un tal señor Benson...

—¿Diciendo que quiero las llaves de su vecino? Sí, sargento, soy yo.

—Muy bien, señor. Perdón por la molestia.

Momentos después, el anciano regresó con una llave. Mac sonrió al recibirla.

—Gracias, señor Benson. Hizo lo correcto.

—Sin ofender —dijo Benson.

Se quedó merodeando en la entrada mientras Mac se ponía un par de guantes y abría la puerta, cerrándola tras de sí, olvidándose

de la presencia del anciano tan pronto como estuvo dentro. Una escalera se alzaba justo enfrente. Una puerta a la izquierda, entreabierta, conducía a la sala de estar. Un pasillo pasaba junto a las escaleras y a otra puerta a la izquierda. Al fondo, podía ver una cocina. Con las manos enguantadas en los bolsillos del pantalón, avanzó con cautela hacia el centro del vestíbulo, cuidando de no rozar las paredes ni la barandilla de la escalera. A unos pasos de haber entrado, vio la sangre. Una mancha sobre la madera pintada de blanco de la escalera. Otra sobre el suelo laminado. La emoción se apoderó de Mac, compartiendo espacio con el temor. Antes ya lo había sospechado casi con certeza, pero ahora no había duda alguna. La sangre no parecía tener más de unas pocas horas. Si Michael Gaines había sido asesinado allí, entonces Ash Fenton no podía ser el responsable. O tenía un cómplice, o se habían equivocado de hombre.

Capítulo Veintiuno

Mac rodeó con cuidado la sangre, siguiendo el rastro hasta la cocina. Allí vio un charco que comenzaba a coagularse frente al horno. Había manchas y salpicaduras en los armarios a ambos lados de la cocina. Al mirar de cerca, pudo ver cabellos atrapados en la sangre. Se distinguían huellas dactilares en una de las manchas a la izquierda, sobre el tirador de un armario y en la propia puerta. Mac se dio la vuelta, extendiendo la mano por encima de la sangre que contenía las huellas. Un hombre con la complexión de Michael Gaines, porque con toda probabilidad, el cuerpo en el auto era él, sentado en el suelo con la espalda apoyada contra la puerta del horno, podría haber dejado esas manchas de sangre. Y su cabeza habría descansado contra el tirador de la parrilla, encima del horno principal, donde un grupo de cabellos oscuros estaba pegado por un residuo pegajoso. La cabeza debió de rebotar hacia atrás. No había señales en el rostro de Michael Gaines de que hubiera recibido un golpe. Así que el golpe mortal se lo dieron allí. El asesino lo empujó en la cara, posiblemente con el talón de la mano contra la frente. Eso hizo que Gaines retrocediera tambaleándose hasta chocar contra el horno, golpeándose la cabeza contra el tirador metálico.

Entonces murió. Con los brazos extendidos hacia los lados, tal vez, en los últimos momentos de su vida, buscando un punto de

apoyo para incorporarse. Mac había notado otra huella manchada al otro lado. Sentado con los brazos abiertos como Cristo en la cruz. Un pensamiento fugaz cruzó su mente: tal vez había sido deliberado. Ash Fenton estaba vinculado a una organización de fanáticos religiosos, ¿no? El Nuevo Pacto.

—Ash Fenton no hizo esto. Estaba encerrado. Entonces, ¿quizás tampoco mató a los otros dos? ¿O tal vez solo mató a una, a la exnovia, Vicky McCourt, confesó ese asesinato porque... porque es un cristiano renacido y la organización benéfica que lo sacó de prisión se lo pidió? Pero ¿por qué admitir uno y no los otros? El modus operandi es prácticamente el mismo en los tres casos —murmuró para sí, verbalizando su proceso de pensamiento—. Pero no pudo haber matado a Michael Gaines.

Todo parecía inverosímil, sin motivos evidentes ni respuestas claras. Archivó mentalmente la hipótesis, apartándola para hacer más espacio en su conciencia para nuevos datos. Echó un vistazo a la cocina, donde apenas había señales de lucha, salvo por la sangre. Una taza había sido derribada de una mesa de comedor junto a la puerta que daba al pasillo. El hecho de que la sangre comenzara allí sugería que Gaines había estado contestando la puerta. Dejando entrar a su asesino en la casa. Lo apuñalaron. Luego lo apuñalaron muchas más veces después de que se desplomara en la cocina. Entonces era alguien que conocía. Alguien a quien dejaría entrar en su casa en plena noche. No había cámaras de seguridad en la casa ni en el garaje, y tampoco un timbre con video. Qué invención tan fantástica era esa. Como detective, Mac pensó que quienquiera que hubiese inventado esos dispositivos merecía ser nombrado caballero por sus servicios a la prevención del crimen. Se preguntó si el vecino tendría uno. Sobre la mesa de la cocina había un portátil abierto. Mac presionó una tecla al azar para activarlo y apareció la pantalla de inicio de sesión. Había papeles sobre la mesa, junto al portátil.

Mac los hojeó, sujetándolos por las esquinas y procurando no alterar demasiado su disposición. Párrafos escritos a mano, la mayoría con una nota en la parte superior y comentarios en tinta roja en los márgenes. Algún tipo de ejercicio de escritura creativa. Mac frunció el ceño. Esto era claramente trabajo de estudiantes,

pero según Clio, Michael Gaines había renunciado, ¿entonces por qué tenía aún este material en casa? Por lo que había entendido de Clio, la renuncia de Gaines fue repentina, así que tal vez no había tenido tiempo de devolverlo. Mac archivó la información y siguió adelante. Al otro lado del portátil había una pila de papeles que se extendía hacia el borde de la mesa. Como si alguien hubiera pasado la mano por encima, empujándolos del centro hacia el suelo. Más correcciones, aunque algunos tenían manchas de sangre seca. Una escena se formó en la mente de Mac. Gaines retrocediendo, tal vez siendo apuñalado mientras lo hacía. Una mano extendida, barriendo los papeles pero sin tirarlos del todo. Se agachó y miró bajo la mesa. Un par de hojas estaban arrugadas al fondo, bajo una silla del comedor. Enderezándose, rodeó la mesa y recogió la primera, tirando de una esquina para desplegar el amasijo arrugado, con cuidado de no rasgarlo. Se detuvo al ver el nombre. Maia Wray. Mac frunció el ceño, imaginando a Gaines tambaleándose y agarrando a ciegas, arrugando el papel que alcanzó mientras caía al suelo.

Pero eso colocaría el papel arrugado en el otro extremo de la mesa, el extremo más cercano a la puerta de la cocina. Un hombre que había sido herido cerca del corazón, un hombre a segundos de morir, no desperdiciaría tiempo lanzando una bola de papel a lo largo de una mesa de comedor de casi dos metros. ¿No por accidente? Pero si la acción fue deliberada, ¿cuál era el motivo? ¿Por qué aislar esos dos papeles del resto? Un hombre mortalmente herido no tiene mucho tiempo. Pero si conservaba la lucidez, tal vez intentara señalar a su atacante. Ver un papel y el nombre en él. Agarrar ese papel e intentar colocarlo lo más lejos posible de la vista, con los músculos espasmódicos y debilitados que le quedaban. Dios, no. Era un recurso sacado de una mala serie de detectives de los años setenta. Esas cosas no pasaban en la vida real. Pero el papel había sido arrojado. O pateado. Alguna fuerza lo había movido hasta donde Mac lo veía ahora. Estaba observando el efecto y sabía que debía haber una causa.

Con cautela, desenrolló otro de los papeles. Vio el mismo nombre en la parte superior. Maia Wray. A Mac se le hizo un nudo frío y desagradable en el estómago. Esto no era algo que el fiscal pudiera

usar en el caso. No se podía condenar a alguien por una bola de papel. Pero le tocaba una fibra a Mac, era el tipo de cosa que despertaba una corazonada. Dejó el papel donde lo había encontrado. Moviéndose con rapidez pero con cuidado, salió de la cocina y volvió por el pasillo.

Echó un vistazo al salón, pero no vio nada fuera de lo común. Subió las escaleras, sacando el teléfono mientras lo hacía.

—Nari. Estoy en la casa de Michael Gaines. Parece que este fue el lugar del asesinato. Manda un equipo forense lo antes posible. Estoy en la dirección y me quedaré aquí hasta que lleguen.

—Vale, jefe. ¿Quiere que vayamos Kai y yo para allá?

—No, sigan con lo que están haciendo. Necesito que hablen con cualquiera que pudiera haber visto o escuchado algo inusual anoche. Es un sitio que funciona las veinticuatro horas, así que tenemos buenas posibilidades de que alguien haya visto el auto llegar. O al asesino marcharse. Localicen a todos los que trabajaban en la franja horaria en la que estuvo el cuerpo. ¿Stringer dio una hora de la muerte?

—Sí. El frío complica las cosas, pero ha estimado una ventana de tres horas a partir de la medianoche.

Mac soltó una maldición. Estaba en el rellano del piso superior, mirando hacia el dormitorio principal. Pero algo que le había dicho el vecino volvió a su mente.

—¿Qué pasa, jefe? —preguntó Nari.

—El vecino, un tal señor Benson, dijo que Michael Gaines salió para el trabajo esta mañana. Desde su casa. Lo vio mientras paseaba al perro. Pero no pudo haber sido Michael Gaines.

—¿Nuestro asesino? ¿Cómo confundió Benson a su vecino con un desconocido?

—Habría estado oscuro. En esta época del año, temprano por la mañana. Tendré que comprobar la hora, pero si estaba oscuro, entonces el vecino solo habría visto un auto con los faros encendidos y una silueta detrás. Obviamente asumió que estaba viendo a Gaines.

—¿Pero Gaines estaba realmente en el maletero, ya muerto?

—Exacto.

La mente de Mac iba a toda velocidad, explorando y descartando múltiples posibilidades.

—Ponte con eso, Nari. Yo me encargo de este lado.

Mac colgó. Un asesino audaz, que fue a la casa de su víctima de noche, cometió un asesinato y luego condujo el cuerpo por la mañana, varias horas después, sabiendo que existía la posibilidad de ser visto. Pero con la lucidez suficiente para saber que, en la oscuridad y contra el resplandor de los faros, nadie distinguiría su rostro. Alguien seguro de sí mismo y con la cabeza fría. Preparado. Pero ¿por qué esperar? A menos que fuera importante que alguien viera a Michael Gaines salir para el trabajo. Entró en el dormitorio más grande. Probablemente ordenado para la mayoría de la gente. Mac notó el montón de ropa limpia sobre la cama, que no estaba hecha. Las cortinas estaban corridas. Un secador de pelo y una plancha estaban sobre un lado de la cama, enchufados. Revisó el enchufe de la pared y vio que estaba apagado. Seguramente, Michael Gaines no tenía suficiente cabello como para necesitar un secador o una plancha. ¿Una amiga? Mac notó que ambos aparatos eran Dyson. No sabía mucho sobre productos para el cabello, pero sabía que Dyson era caro. Una visita casual no dejaría objetos tan valiosos por ahí. Debían pertenecer a alguien que vivía con Gaines o que lo visitaba con regularidad. No había notado ninguna fotografía en la casa, ni de Gaines ni de nadie más, solo algunas obras de arte enmarcadas.

Mac deslizó la puerta de un armario con espejo, donde vio jeans, camisas y chaquetas colgadas. Un estante contenía camisetas y suéteres doblados. Corrió más la puerta corrediza y entonces entendió. La otra mitad del armario contenía vestidos colgados en bolsas plásticas transparentes. A través del plástico podía ver que las prendas estaban decoradas de forma llamativa, cargadas de lentejuelas y en colores brillantes y vibrantes. Había zapatos alineados en el suelo del armario. Tacones altos. Botas hasta la rodilla. Todas brillantes. En el estante superior había una selección de soportes para pelucas, todos en uso. Ese no era el vestuario diario de una mujer. Ese equipo pertenecía a una drag queen. Nadie más se vestía con un brillo tan exagerado. O bien Gaines vivía con

un hombre que era artista drag o... él era el artista. Mac archivó la información mentalmente, cerrando el armario de nuevo. Podría ser importante. Aunque no necesariamente. Hay mucha gente ahí fuera con un odio irracional hacia quienes son diferentes. Pero era un posible motivo. Pensó en las otras dos víctimas. No encajaban. Una adicta y una estudiante. Ahora un profesor que también era drag queen.

En el fondo del armario había una caja de zapatos. Mac levantó la tapa y vio fotografías. Todas de un hombre travestido. Algunas eran antiguas polaroids. Otras, más grandes y con un aspecto más profesional. Reconoció a Gaines bajo el maquillaje espeso. En una, una selfie en primer plano, Mac notó una pequeña imperfección en su mejilla derecha. Era del mismo color que el resto de su piel, pero parecía un lunar, cubierto por mucho corrector. Solo le llamó la atención a Mac por la pequeña herida que había visto en el rostro de Gaines en el auto. Estaba en el mismo lugar que esa imperfección. El asesino había quitado un lunar después de matar a su víctima. Extraño.

De pie junto a la ventana del dormitorio, abrió las cortinas y vio al señor Benson en la ventana de un invernadero que sobresalía de la parte trasera de su casa. Estaba mirando hacia la ventana del vecino y vio a Mac observándolo desde arriba. Mac completó una inspección superficial del resto de la casa. Nada en el otro dormitorio ni en el pequeño cuarto trastero le llamó la atención. No había señales de que otra persona viviera allí. Salió por la puerta principal y cruzó hacia la casa del señor Benson. Benson tenía un timbre con cámara. Cuando el anciano respondió, Mac volvió a mostrarle su placa.

—¿Me cree esta vez? —preguntó.

—Sí, le creo. Tenía que estar seguro.

—Claro. ¿Puedo pasar?

Benson se hizo a un lado con pasos arrastrados y Mac entró en una casa idéntica a la de Gaines. Excepto que toda la orientación estaba invertida.

—¿Funciona ese timbre con cámara? —preguntó Mac.

—Sí, funciona.

—¿Tiene acceso a los videos antiguos? Digamos, de la última semana.

El perro olisqueaba las piernas de Mac y él le acarició el pelaje desgreñado con naturalidad. El animal se sentó, levantando la cabeza para recibir más caricias. El hombre sacó un teléfono del bolsillo del pantalón y empezó a deslizar y pulsar la pantalla.

—Sí, creo que sí. Pero, ¿no debería tener una orden? ¿No se supone que debo pedir una?

—¿Por qué? Usted no es sospechoso —le dijo Mac—. Pero ver quién entra y sale de la casa de al lado podría ser importante. Me parece que su cámara alcanzaría a captar a alguien justo al pie del camino de entrada de la casa vecina.

Se giró para poder mirar por encima del hombro de Benson hacia la pantalla del teléfono. La aplicación mostraba una pantalla con el historial. Benson deslizaba el dedo por una lista de imágenes en miniatura, cada una con una fecha y una hora. Mac extendió la mano.

—¿Puedo? —dijo, empezando a notar que su paciencia se agotaba un poco. Kai era mucho mejor tratando con el público. En cinco minutos, habría sacado la historia de vida del señor Benson.

Mac vio videos del señor Benson saliendo de su casa, con el perro yendo delante. Volviendo a casa. Varias caminatas al día. Un lechero dejando un pedido en la puerta. El señor Benson abriendo para recogerlo. Un cartero. Un repartidor con polo y gorra, una caja bajo el brazo. Mac estaba a punto de deslizar el dedo para pasar al siguiente cuando algo en el borde del encuadre llamó su atención. Se desplazó hasta la grabación y notó algo blanco, un auto o furgoneta aparcado frente a la casa de Gaines, con la parte trasera apenas visible para la cámara de Benson. Mac intentó hacer zoom, pero no pudo ver más que un parachoques y una sección de la puerta trasera. Parecía alto. Al ampliar la imagen, notó una decoloración, tres líneas oscuras en forma de serpiente. Había una furgoneta blanca vinculada al caso de Zoe Phillips, vista en los alrededores. Ahora otra. ¿Eran esos píxeles oscuros un daño? ¿Estaba viendo un impacto que había agrietado la pintura y roto la carrocería en esa esquina?

El auto de Michael Gaines también había resultado dañado. Un golpe en el parachoques trasero del lado del conductor.

—¿Le apetece una taza de té, detective? —ofreció Benson.

Mac se dio cuenta de que estaba completamente absorto y que se había olvidado de que el anciano seguía allí. Sopesó el teléfono en la mano. Aquello era una prueba, pero para un anciano que vivía solo, el teléfono era un salvavidas.

—Voy a descargar la misma aplicación que tiene usted. Luego me gustaría que compartiera sus datos de acceso. Mi equipo necesitará revisar estos videos, señor Benson —le dijo Mac.

El anciano parecía completamente desconcertado.

—¿De qué se trata todo esto? ¿Por qué necesita mirar mi cámara? ¿Qué cree que he hecho?

Parecía asustado y Mac se dio cuenta de que había tenido una visión de túnel centrada únicamente en las pruebas, excluyendo todo lo demás.

—Lo siento, señor Benson. No se preocupe, no ha hecho nada malo. Venga, siéntese —dijo Mac con suavidad, guiando a Benson hacia la sala de estar—. Esto va a ser un golpe para usted...

Capítulo Veintidós

Mac volvió a coger el teléfono al meterse en el auto. Al mirar alrededor de la calle sin salida, pudo ver varios timbres con cámara. Intentó triangular los ángulos hacia donde apuntaban las lentes, tratando de averiguar cuáles ofrecían una vista de la entrada de Gaines.

—Jefe —respondió Nari.

—Nari, sigo en la casa de Michael Gaines. Venga en cuanto pueda. Tengo los datos de acceso a una cuenta de timbre Ring que pertenece a su vecino. Y necesito que vaya puerta por puerta con los demás en la calle que tengan uno similar, y vea si sus cámaras captaron alguna imagen útil. Me interesa cualquier movimiento antes de la hora estimada de la muerte. Lo mataron aquí, como le dije antes.

—Entendido, jefe. Por aquí no hay mucho que contar. Aparentemente, esa carretera tiene cierta fama por encuentros sexuales al aire libre, ¿sabe? Así que, cuando se toman un descanso, varios de los chicos de aquí se asoman un poco para ver si pillan algo. Pero nadie vio nada hasta que el tipo que reportó el auto lo hizo. No vieron entrar el auto de Gaines ni a nadie saliendo en otro vehículo o a pie. Las cámaras de vigilancia en el patio están todas

apuntando en direcciones equivocadas. Incluso las que están al lado del patio que da a la colina están inclinadas hacia abajo.

Mac sintió una leve decepción. Pero entonces pensó que el asesino debía de tener un motivo para dejar el cuerpo donde lo hizo. Tal vez usó el lugar precisamente para lo que era conocido. Tal vez buscó un sitio así porque estaría apartado y sin vigilancia, aunque eso implicara el riesgo de ser visto por los que frecuentaban el lugar. Negó con la cabeza.

—No importa. Tenemos suficientes pruebas forenses aquí. Y la cuenta de Ring de la que te estoy enviando los detalles tiene imágenes de una furgoneta blanca y un repartidor. Puede que no signifique nada, pero recuerda que identificamos una furgoneta blanca cerca de Zoe Phillips. Podría ser algo... o nada.

—¿Zoe Phillips? Pero, jefe. Ya tenemos a alguien por eso. También tenemos una confesión —dijo Nari, confundida.

Mac soltó una maldición.

—¿Confesión? ¿Quiere decir que Fenton confesó haber matado a Zoe? ¿Cuándo demonios fue eso y por qué no me informaron?

—Lo siento, jefe, pensé que usted lo sabía. La inspectora Akhtar lo entrevistó y él admitió haber matado a Zoe. Estaba en su informe.

—La llamaré luego —dijo Mac y colgó. Inició sesión en la bandeja de entrada del equipo y revisó los correos hasta encontrar el mensaje de la inspectora Akhtar, y ahí estaba, en blanco y negro. Ashleigh Fenton había confesado el asesinato de Zoe Phillips, usando el mismo método que con su exnovia. Cuando le preguntaron por qué lo hizo, simplemente dijo que la vio y algo se apoderó de él. Sintió la necesidad de matarla, no pudo evitarlo. No se mencionaban los cortes extraños en la cara de ninguna de las mujeres, y Akhtar no había preguntado. Para ella, ya tenía al culpable. Caso cerrado. Mac cerró sesión y se quedó mirando por el parabrisas, pensativo. Debería haber sabido lo de la confesión, y estaba molesto consigo mismo por no haber revisado los informes. Pero al mismo tiempo, ya no era su caso. Mientras el hospital y Sidhu le examinaban la cabeza, tanto literal como figuradamente, Hafsa Akhtar se había hecho cargo y había llevado el caso hasta el final.

Solo por este nuevo asesinato, el de Michael Gaines, Mac había vuelto a involucrarse. Volvió a llamar a Nari.

—No mencione a Zoe Phillips a nadie.

—Está bien, jefe —respondió Nari, aunque aún sonaba insegura.

—Nari, vamos a investigar este caso como uno independiente, ¿de acuerdo? Seguiremos las pruebas. Pero, las similitudes entre los casos significan que debemos considerar una conexión. O que atrapamos al hombre equivocado. Mejor averiguarlo ahora que después de que Fenton haya sido condenado y haya cumplido condena, ¿no le parece?

—Sí, jefe. Lo entiendo. Solo que me parece algo débil y las pruebas contra Fenton son sólidas. Hay ADN que lo vincula con la escena.

Mac hizo una pausa, mirando por el parabrisas. Se preguntó por qué estaba debatiendo con su sargento. ¿Por qué Nari no aceptaba simplemente sus órdenes y su juicio? A menos que estuviera cuestionando su criterio. Tal vez alguien más le había metido en la cabeza que las decisiones de Mac eran cuestionables.

—Nari, ¿tenemos algún problema aquí? —preguntó en voz baja.

—¿Problema, jefe? No, claro que no —respondió Nari, demasiado rápido.

—Si tiene algo que decir, este es el momento. Cuando entremos en esta investigación, quiero a mi equipo unido detrás de mí, ¿eh?

Pausa. Podía oír el viento soplando con fuerza a través del micrófono.

—Tomaré el silencio como una respuesta. Estoy pensando en lo que me preguntó. ¿Sobre el traslado? ¿Es de eso de lo que se trata?

—No... jefe, los casos de Zoe Phillips y Vicky McCourt. Los completó la inspectora jefe Akhtar. Ella... ella dijo que probablemente buscaría cualquier forma de... bueno, que quizá no le haría mucha gracia que ella llevara los casos hasta el final. No es como si se los hubiera quitado. Estaba fuera de servicio. Era correcto reasignar los casos y...

—La inspectora jefe Akhtar es capaz de valerse por sí misma —interrumpió Mac, sintiendo un destello de ira—. No necesitas pelear

sus batallas. Ya veo por dónde va esto. ¿Te dijo que podría intentar desmontar esos casos? ¿Sabotear la acusación?

Silencio. Casi podía ver los bonitos rasgos de Nari fruncidos por la consternación.

—Yo no he dicho eso.

—No hacía falta que lo dijeras, Nari —dijo Mac—. Mire, le necesito. Tiene una mente aguda y es una detective nata. Llevo mucho tiempo en este trabajo. He recortado muchos caminos a lo largo de los años. Tal vez Akhtar sepa que no siempre he sido un santo. Pero no soy un poli corrupto, Nari. Y no pondría en riesgo una condena solo por avanzar en mi carrera. No lo necesito.

Sentía como si tuviera que justificarse ante su oficial subalterna. Le resultaba incorrecto y luchó por mantener la ira fuera de su voz. Porque, al mismo tiempo, no quería perder a su joven sargento a manos de otra inspectora jefe. Valoraba a los miembros de su equipo. La energía y habilidad técnica de Kai. La inteligencia y meticulosidad de Nari. La organización y planificación de Mel.

—Simplemente parece que está intentando armar un caso para que Fenton sea inocente. Aunque tenemos ADN y una confesión. Hay muchas apuñaladas ocurriendo. Si Gaines fue asesinado con una hoja similar... bueno, podría ser simplemente que son fáciles de conseguir.

Mac rechinó los dientes con frustración. Nari ya había hablado con Akhtar. Esto no venía de ella. Había visto el cuerpo y llamó a Akhtar para advertirle que el caso Fenton podía tambalearse. Y Akhtar estaba asustada. Sus esperanzas de ascenso dependían de que su nombre estuviera ligado a la resolución de un doble asesinato. Si esa condena era endeble, el comité de ascensos lo vería como un punto negativo. Puede que Mac no fuera tan político como Akhtar, pero entendía lo suficiente del juego como para saberlo. Podía pedir que trasladaran a Nari. Si no podía confiar en ella, entonces no podía seguir en el equipo. Pero eso sería una táctica de martillo. Lo sabía. Alienaría al menos a uno, posiblemente a dos miembros del equipo; tanto Mel como Kai apreciaban a Nari, viéndola como una figura de hija/sobrina y una posible cita, respectivamente.

—Solo necesito que cumplas mis órdenes —dijo Mac finalmente—. Podemos hablar de nuevo cuando sepamos más.

—Claro, jefe. Kai y yo nos pondremos con ello.

Había una nota de alivio en su voz. Un tono más ligero al final. Como si se alegrara de que Mac hubiera mantenido esto en lo estrictamente profesional, sin alargar la parte difícil de la conversación. Mac colgó y encendió el motor. Nari tenía un punto. Había una posibilidad, aunque remota, de que este caso no estuviera relacionado. Vicky McCourt había sido un asesinato por venganza de parte de Ash Fenton porque ella lo había denunciado por agresión, y lo habían encerrado. Zoe Phillips podía haber sido víctima de un ataque aleatorio o de otro arrebató de ira por parte de Fenton, posiblemente por haber sido rechazado por ella. Si es que eso había ocurrido. Michael Gaines podía ser gay. ¿Había que ser gay para ser drag queen? Mac ya no estaba seguro. Pero si lo era, había suficientes perturbados por ahí que despreciaban a quienes consideraban una abominación. Especialmente si eran religiosos. Incluso podía tratarse de un psicópata astuto que buscaba esconderse tras la notoriedad de Ash Fenton. Pero nada de eso le cuadraba a Mac. No había nada concreto a lo que pudiera aferrarse. Solo una corazonada. Tardaron otros diez minutos en llegar los de la unidad forense. Mac salió a recibirlos, informó al jefe del equipo y dio indicaciones para acordonar la escena del crimen.

Nari y Kai aparecieron justo cuando el equipo forense entraba en la casa. Nari lo miró directamente a los ojos, con valentía, como si se obligara a no comportarse de forma culpable. Kai parecía ajeno a todo.

—¿Dónde va a estar usted, jefe? —preguntó Kai mientras él y Nari se dirigían a la casa más cercana con un timbre con cámara.

—Voy a hablar con la escuela en la que trabajaba Gaines. Secundaria Cramond —dijo Mac.

Nari se detuvo.

—Eso fue rápido, jefe —dijo—. ¿Cómo lo supo?

Mac esbozó una sonrisa tensa, ocultando los dientes apretados. Empezaba a sentir que cada vez que hablaba con Nari era como un interrogatorio. Como si ella fuera una espía. Si lo hubiera pensado

un segundo, se habría dado cuenta de que había varias formas sencillas de obtener esa información. El vecino, el señor Benson, por ejemplo.

—Soy un maldito detective, ¿vale? —espetó.

Kai miraba de uno al otro, esta vez sin dejar de notar el ambiente. Mac fulminaba a Nari con la mirada, detenido en el gesto de subirse al auto. Ella no le devolvía exactamente la mirada, pero se negaba a apartar los ojos. Se negaba a dejarse intimidar. Mac no la estaba intimidando. Solo se sentía atacado. Sidhu se empeñaba en hurgar en su psique. Reid estaba en su caso, buscando cómo tender una trampa. Ahora Akhtar socavaba a su propio equipo. Y encima, un asesinato por resolver. Sin mencionar los flashbacks, los ataques de pánico y la rabia apenas contenida que burbujeaba constantemente bajo la superficie. Apenas se reconocía a sí mismo, y lo poco que reconocía no le gustaba. ¿Qué demonios le estaba pasando? Se metió en el auto, rompiendo el duelo de miradas, sin volver a mirar a Nari. Al arrancar el motor, se dio cuenta de que había alguien que debía saber sobre la muerte de Michael Gaines. Antes de que se enterara por otra persona. La escuela le diría a Mac quién era el familiar más cercano de Gaines y él haría que identificaran formalmente el cuerpo. Pero Clio querría saberlo. Le vinieron a la mente los mensajes que había visto intercambiar entre ella y Gaines. La bilis. Pensó en el vino que había bebido la última vez que se había quedado en su casa. Recordó haberse despertado en el sofá, los pies de Clio con calcetines peludos sobre sus piernas, sus propios pies en la mesa de centro.

—Eres un idiota —se dijo mientras giraba el auto y salía de Craig Wynd—. Clio no es capaz de eso.

La llamó mientras conducía, puso el teléfono en altavoz y lo dejó sobre el asiento a su lado. Sonó durante mucho tiempo. Luego, la voz de Clio, espesa por el sueño.

—¿Mac?

—Joder, Clio. Suenas como si acabaras de levantarte. Es mediodía —dijo Mac.

—Sí, lo sé. Maia tuvo una pijamada y yo tomé unas copas con una amiga. Estoy trabajando desde casa mientras Maia está

suspendida. Maia también sigue en la cama, creo. No durmió nada en casa de su amiga. Ninguna de las dos lo hizo. Espera, déjame ver...

Mac escuchó a Clio llamar a Maia por su nombre. Luego, otra vez.

—No, está dormida. Creo que a la madre de su amiga no le hizo mucha gracia. Su hija igual tuvo que ir al colegio.

—¿Estás en tus cabales, Clio?

Un bostezo.

—Sí, sí. Ya estoy despierta. Ya estoy despierta. ¡Ay, mi cabeza!

—También era noche de colegio para ti, ¿recuerdas —señaló Mac.

—Nos fuimos a casa como a las diez anoche. Paré en una licorería para comprar una botella de vino —explicó Clio.

—Entonces estabas bebiendo sola —dijo Mac.

—Sí, pero no lo digas así. He estado bajo mucha presión últimamente —respondió Clio—. Con el nuevo trabajo, preparándome para mudarme, Maia suspendida y tratando de conseguirle apoyo. Le he enviado un correo al Parlamento Escocés por la postura que ha tomado la escuela. Es discriminación, pura y simple, y esa serpiente de Michael Gaines es el responsable.

—Por eso te llamo —dijo Mac.

Iba en dirección norte, más o menos, orientándose por la colina que se alzaba desde Glasgow Road, atravesando Corstorphine. Cramond quedaba más allá, así que subir la colina era, en términos generales, la dirección correcta.

—¿Ah, sí —preguntó Clio.

—No hay una forma fácil de decir esto, así que iré directo al grano. Michael Gaines está muerto.

Silencio por parte de Clio. El sonido de su respiración.

—Repítelo —susurró casi.

—Acabo de salir de su casa. Lo asesinaron allí y su cuerpo fue abandonado a las afueras de la ciudad.

Sin respuesta. Solo respiración.

—¿Necesito un abogado? —preguntó Clio finalmente.

—Vamos a tener que hablar contigo de manera formal. Tomar una declaración. Por lo de los mensajes en redes sociales. Si pudiera

ocultarlo, lo haría. Pero las redes sociales de la víctima son una de las primeras cosas que revisamos en un caso. Y no hay forma de saber a quién más le mostró esos mensajes. Estabas bastante enfadada en ellos.

—¡Yo no podría matar a nadie! Mac, ¿cómo pudiste pensar eso?

—dijo Clio, con angustia en la voz.

—No lo creo. Sé que tú no hiciste esto, Clio. Es un procedimiento rutinario. Nada más. ¿De acuerdo? —intentó calmarla Mac—. Voy a preguntarte dónde estuviste anoche, sobre la medianoche...

Esperó, queriendo oír la coartada de Clio. Ella no era capaz de hacerlo, pero Akhtar estaría sedienta de sangre para proteger el cierre de su caso de doble homicidio. Estaría presionando por el caso y querría incriminar a la primera persona que pareciera poder llevarla al umbral probatorio.

—Vamos, Clio. Tú y tu amiga se separaron sobre las diez y tú... ¿qué? ¿Pediste un Uber? ¿Paraste un taxi? —la animó Mac.

—Fue un Uber. Paró en la licorería más cercana para mí.

—Bien, entonces tendremos los datos del conductor en la app y la hora y fecha en sus registros. Sin problema.

—Estaba en casa a medianoche. Pero, Mac, estaba sola —dijo Clio.

Capítulo Veintitrés

Clio ya estaba completamente despierta. Tenía los ojos muy abiertos mientras revisaba las publicaciones de Michael Gaines en redes sociales. Era un usuario compulsivo, publicaba desde temas serios hasta tonterías. Lo había bloqueado después de su arrebató, pero ahora lo desbloqueó y vio, con la boca repentinamente seca, que su última publicación había sido la noche anterior. Mac había estado preguntando por su paradero. ¡Había estado pidiendo una coartada! Un puño helado le apretó el corazón. El estómago se le contrajo y, de pronto, sintió náuseas. Se levantó y corrió hacia el baño, pero a mitad de camino se dio cuenta de que no iba a llegar. Alcanzó el fregadero de la cocina. ¿Por qué había dejado que su rabia la dominara? ¿Por qué había permitido que él se le metiera bajo la piel? El horror de la situación la hizo vomitar, incluso con el estómago vacío. El sonido rebotó contra los lados metálicos del fregadero. Clio estaba destrozada por la culpa. Maia se merecía algo mejor. Se merecía una madre que pudiera sobreponerse a hombres como Michael Gaines, que pudiera protegerla. Clio no podía proteger a su hija desde una celda.

Abrió el grifo y giró la cabeza para enjuagarse la boca. Luego dejó que el chorro de agua fría limpiara el fregadero. Aún tenía el teléfono en la mano. Mac se había quedado en silencio un momento

después de que ella le dijera que no tenía coartada para el momento que le interesaba. Ese silencio la llenó de temor, arrancándole los últimos restos de sueño. Quería que él le dijera que todo iba a estar bien. Que no tenía nada de qué preocuparse porque ambos sabían que ella era inocente. Él lo había intentado. Pero Clio lo conocía lo suficiente como para saber cuándo le decía lo que ella quería oír. Se enderezó, pero las piernas le fallaron, las rodillas se le doblaron. En lugar de sostenerse, se deslizó hasta el suelo de la cocina, derribando la botella de vino vacía que había bebido al llegar a casa. Rodó hasta chocar con un tintineo contra la isla de la cocina. Clio se pasó las manos por el cabello, peinándoselo hacia atrás y hacia adelante. No había hecho nada malo. Era una horrible coincidencia. Michael Gaines era muy vocal en redes sociales sobre los niños problemáticos y la disciplina en las escuelas. También había expresado su escepticismo sobre el TDAH y otros neurotipos que generaban dificultades escolares.

Por lo que le habían contado otros padres, tenía la sensación de que esa actitud había llevado a que lo obligaran a renunciar en Cramond Secondary. Incluso se hablaba de un tribunal por despido improcedente. No era del tipo que dejara pasar el hecho de haber sido cancelado. Así era como estaba segura de que él lo vería. Ese era el tipo de hombre que era. En su primer encuentro, ella había pensado que era gay. No era asunto suyo y no le importaba si lo era, pero, si lo era, su postura resultaba aún más chocante por sus opiniones cerradas. Clio negó con la cabeza y se puso de pie como pudo al oír a Maia en el piso de arriba. ¿Debería decírselo? Maia casi con seguridad se enteraría pronto. Ese tipo de noticia no se mantenía alejada ni de oídos de desconocidos a cien kilómetros, mucho menos de una alumna que había tenido conflictos frecuentes con él. Y con una madre que lo había amenazado por escrito. Maia bajaba las escaleras, sus pasos eran lentos y arrastrados. Clio intentó poner una expresión de normalidad, una sonrisa acogedora, cuando Maia apareció en la puerta de la cocina, vestida con un enterizo afelpado y pantuflas enormes, apenas levantando los pies al caminar. Tenía el cabello como un nido y se frotaba los ojos con una mano, mientras sostenía el teléfono con la otra.

—Mamá... Claire acaba de decirme que le ha pasado algo al señor Gaines —dijo Maia.

—¿Pasó algo? —dijo Clio, decidiendo no contarle lo que sabía.

Se acercó a su hija y extendió la mano hacia su teléfono. Maia retrocedió, alejándolo de ella. De pronto, su hija parecía alerta y despierta, notando el comportamiento inusual de su madre.

—¿Mamá? ¿Qué pasa? ¿Por qué quieres mi teléfono?

—Solo quiero ver qué está diciendo la gente —protestó Clio.

—¿Sobre qué? —Maia se alejó aún más.

—Sobre el señor Gaines, por supuesto. ¿No fue eso lo que acabas de preguntarme?

—No, dije que Claire me lo contó. ¿Qué sabes tú? ¿Qué ha pasado? —exigió Maia, con la alarma creciendo en su voz.

—Sabes tanto como yo. Solo tengo curiosidad por saber qué está diciendo la gente —dijo Clio.

Maia negaba con la cabeza.

—Dicen que hay policías en su casa. Claire conoce a un chico de St Johns, que queda a la vuelta de donde vive el señor Gaines.

—Quizá le entraron a robar —sugirió Clio.

—Dice que la casa está acordonada. Hay una furgoneta de criminalística, una tienda forense y todo eso —dijo Maia.

Clio se frotó los ojos, deseando que su cerebro funcionara más rápido. Maia había absorbido todo lo que Mac le había contado alguna vez sobre su trabajo y lo había complementado con documentales y podcasts de crímenes reales, queriendo poder sentarse a hablar con Mac sobre el trabajo policial. No había pensado que Maia conociera gente fuera de su propio colegio, lo cual era una tontería. Por supuesto que sí. Hoy en día los niños estaban conectados en todo el mundo. Ya no eran los años ochenta. Cuando Clio tenía la edad de Maia, una escuela a medio kilómetro de distancia era como un país extranjero. Extraño y exótico.

—Mamá, solo dime. Te oí por teléfono. Justo antes de que vomitaras. ¿Fue Callum? ¿Qué dijo? ¿Está investigando? ¿El señor Gaines está muerto?

Salió de golpe, disparado hacia Clio más rápido de lo que podía procesarlo. Dio un paso al frente, tomó a Maia por los brazos y la

atrajo hacia sí. Había un tono de histeria en la voz de Maia y sus ojos estaban muy abiertos, abriéndose aún más. Clio la abrazó instintivamente, apretándola contra ella y dándose cuenta de que no tenía más opción que decir la verdad.

—El señor Gaines ha sido... asesinado, cariño. Lo siento. Mac está investigando y eso es todo lo que sé —dijo con la voz más calmada y suave que pudo lograr.

—Pero no es todo. Lo sé. ¿Tiene que ver con el señor Gaines? —exigió Maia.

Ahora había un miedo evidente en su voz. Se apartó de Clio para mirarla a los ojos. Clio vio ese miedo, pero también determinación. Maia se estaba preparando para resistirse a cualquier intento de consolarla con mentiras. No iba a dejarse engañar ni a ser tratada como una niña. Clio veía a una niña asustada, pero también a una joven decidida. Muy joven. Demasiado joven para enfrentarse a los miedos que Clio llevaba dentro. Especialmente porque sabía que esos miedos podrían no tener fundamento alguno. Era inocente y uno de sus amigos más cercanos era... no, su amigo más cercano, era el investigador del caso. Mac era bueno. Encontraría al asesino.

—Anoche bebí un poco de más cuando salí con Cindy y esta mañana me siento fatal. Eso es todo. Con el estrés de todo últimamente, solo quería un descanso. Por eso tomé más de lo que debía. ¿Vale? No tiene nada que ver con...

—Vi algunos de tus comentarios en internet. Estabas muy enfadada, mamá. Era cierto. El mensaje principal, el que le había enseñado a Mac, era privado, pero también había comentado en algunas publicaciones de Gaines. No eran amenazas, pero sí se había mostrado molesta con lo que él decía.

—Y fuiste muy grosera con él en la última reunión de padres —continuó Maia—. Y también cuando viniste a recogerme el otro día. ¿Y si...?

Maia, a pesar de todos sus intentos por comportarse como una adulta, no pudo evitar que el pánico la invadiera. Salió burbujeando de su interior, y Clio volvió a abrazarla con fuerza. Maia no se resistió y Clio le acarició el cabello, sujetándola con fuerza.

—Cosas así simplemente no pasan, ¿ok? Solo fueron palabras, y el señor Gaines probablemente se rio de mí con sus amigos por eso. Ya se había ido del colegio en ese momento. Simplemente no podía dejar pasar sus comentarios intolerantes y de mente cerrada sin decir algo.

—Podrían pensar que fuiste tú. Que tenías un motivo —dijo Maia, con la voz amortiguada por el hombro de Clio.

—Podrían pensar que fuiste tú. Que tenías un motivo —dijo Maia, con la voz amortiguada por el hombro de Clio.

Tenía ambos brazos alrededor de la cintura de su madre, aferrándose con fuerza, incapaz ya de mantener la fachada de adolescente fría e independiente.

—No lo harán. Solo fue una discusión. El señor Gaines probablemente tuvo muchas. Por lo que he oído, le pidieron que se fuera. Así que no habré sido la única persona con la que se peleó. Por favor, no te preocupes, Maia. Es tan imposible que parece irreal.

Maia asintió y soltó el abrazo. Clio apartó el cabello del rostro de su hija y luego la besó en la frente.

—¿Era Callum al teléfono? —preguntó Maia.

El debate en la mente de Clio se resolvió en un instante; la necesidad de no asustar más a su hija la obligó a pensar rápido.

—Sí. Solo quería contarme sobre la muerte del señor Gaines. No me dijo nada más. Mac es el OSI —Maia sabía lo suficiente del argot como para entender que la sigla significaba Oficial Superior de Investigación.

—Supongo que si pensara que había alguna prueba contra ti, no te habría llamado —dijo Maia, sorprendiendo a Clio con su sensatez en ese momento.

—No, no lo habría hecho. Como OSI, no podría. Estaría contra las reglas.

—Y Callum siempre sigue las reglas —dijo Maia con la misma certeza con la que habría afirmado que el cielo era azul.

—Siempre —Clio sonrió, rodeando la mentira.

Había hablado lo suficiente con Mac sobre su trabajo como para saber que, aunque era honesto, también era brutalmente pragmático. Las reglas podían doblarse y las conexiones de Mac

significaban que sabía cuándo podía forzar los límites. Maia, sin embargo, era idealista y Mac era su héroe. Maia sonrió, asintiendo.

—Perdón, mamá. Estaba siendo tonta —dijo, sorbiéndose la nariz.

—No, no lo estabas, Maia. Fue un gran impacto. No me caía bien ese hombre, pero no le desearía la muerte —dijo Clio con rudeza, aceptando otro abrazo de Maia.

Que Maia lo ofreciera voluntariamente le dijo a Clio cuánto seguía afectada. Cuando era preadolescente, Maia había empezado a alejarse de la niña muy afectuosa que había sido. Eso había sido una forma de pérdida para Clio, incluso provocándole un periodo casi de duelo, mientras asumía que Maia estaba estableciendo su propio espacio personal, alejando a su madre. Ahora, aprovechaba cualquier oportunidad para acurrucarse.

—No sé tú, pero yo me muero de hambre. Vamos a por un McD's.

—Mamá, estamos en pijama —dijo Maia con escepticismo.

—¿Y qué? Es un autoservicio. Me pongo el enterizo y las crocks y nadie se entera.

—¿Y si veo a mis amigas? —preguntó Maia.

—Tus amigas están en el colegio, ¿recuerdas? —respondió Clio.

—Ah, sí —dijo Maia con una sonrisa.

—Y tú también estarás desde mañana. Vamos.

Fue al sofá donde había dejado su pijama enterizo de felpa, a juego con el de Maia. Luego tomó su abrigo del pasillo y le entregó a Maia el suyo. Algo llamó su atención a través del cristal de la puerta principal. O más bien, algo no lo hizo. No podía ver la silueta de su auto. Una sensación lenta y reptante de temor empezó a colarse en ella. Abrió la puerta principal y se quedó un momento allí, boquiabierta. El auto había desaparecido. Lo había dejado en casa antes de salir la noche anterior. Había salido y regresado por la parte trasera y no había mirado por la ventana delantera desde entonces. Se volvió hacia Maia, que fruncía el ceño, intentando ver más allá de su madre.

—Mamá, ¿dónde está el auto? —preguntó.

—No lo sé. Creo que lo han robado —respondió Clio.

Cerró apresuradamente la puerta principal y atravesó la cocina hasta que recordó que había dejado el teléfono en el bolsillo del pijama enterizo. Al sacarlo, dudó con el dedo sobre el nombre de Mac. No, él estaba hasta el cuello en una investigación por asesinato. No podía molestarlo ahora. No por esto. Un inspector jefe no se encarga de robos de autos. Pero, tan poco tiempo después de la muerte de Michael Gaines... Tenía que ser una coincidencia. Nunca había sufrido un robo, ni de auto, ni de casa, ni siquiera vandalismo, desde que se mudó a Cramond. Era un pueblito tranquilo y su calle tenía más que su justa cuota de residentes jubilados. El crimen era algo que les pasaba a otros, y su auto no era particularmente valioso. Tampoco era especialmente nuevo. No tenía entrada sin llave; una cerradura tradicional abría la puerta. Clio sabía que eso lo hacía más vulnerable que los autos modernos con llaves electrónicas vinculadas a un inmovilizador. Un colega entusiasta se lo había explicado con condescendencia una vez en la cafetería del trabajo, cuando cometió el error de contarle que estaba buscando un auto nuevo.

Por el bien de Maia, Clio sonrió. Sonrió para ocultar el temor que le estaba congelando las entrañas.

—No te preocupes. Lo pediremos a domicilio. Y voy a llamar a la policía para denunciar el robo. Tenemos seguro, así que dejaremos que ellos se encarguen.

Maia asintió con incertidumbre. No parecía creer que fuera un robo al azar, al igual que Clio.

Capítulo Veinticuatro

Habían pasado once días desde que encontraron el cuerpo de Zoe Phillips. Parecían once meses. Mac había pasado su tarjeta en el vestíbulo de la central y caminaba por la zona privada hacia los ascensores.

—¿Café, jefe? —preguntó Kai desde algún lugar detrás.

Se dio la vuelta y lo vio sosteniendo una bandeja de cartón con vasos de café. Sonrió, esperando a que lo alcanzara.

—¿Buena noche, jefe? —hizo el saludo de rigor Kai.

—Igual que todas desde que apareció muerto Gaines —dijo Mac, sonriendo para suavizar el comentario—. Trabajando hasta tarde. Pero no suelo notarlo cuando estoy con un caso.

Kai giró la bandeja de cartón que sostenía y le ofreció una en particular. Mac la tomó y la alzó en señal de agradecimiento, a modo de saludo.

—Yo tampoco. Me quedé hasta lo más tarde que pude, pero tuve que irme por Chloe. Era su cumpleaños.

Caminaron hacia los ascensores, donde ya esperaban tres personas más.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Mac.

—Cuatro. Va a empezar la escuela el año que viene. Su madre ha estado difícil. No sé cuál es su problema, pero cuando me deja verla

en su cumpleaños... ya sabes. Siempre hay palabras.

Kai normalmente era descaradamente seguro de sí mismo, siempre con una broma lista y siempre impecable en su apariencia. Hoy parecía algo agobiado. Tenía la corbata torcida. Cuando los ojos de Mac se desviaron hacia ella, Kai se la tocó con gesto incómodo y la enderezó.

—No se preocupe por eso, Kai —dijo Mac—. Tiene que pasar tiempo con tu hija.

—Hijos. Hay otros dos. Y sus madres no son mejores.

—¿Madres distintas? —preguntó Mac.

Kai se encogió de hombros y Mac vio un destello de esa sonrisa de pícaro que él mismo usaba de vez en cuando.

—¿Qué puedo decir...? Soy un idiota —dijo Kai, con una sonrisa avergonzada—. Pero eso no hace las cosas más fáciles. Llevar la cuenta de tres regímenes de visitas distintos y pagos de manutención. Después de que nació Jack, de verdad pensé que todo sería pan comido porque iba a ser futbolista como mi padre. Forrado. Pero mi rodilla no tenía esos planes.

—No sabía que su padre era futbolista. ¿Profesional? —preguntó Mac.

No sabía absolutamente nada de deportes, de ninguno en realidad. Pero sabía que la pregunta era esperada. Entró al ascensor, cuyas puertas se cerraron. Solo estaban ellos dos; los otros tres seguían inmersos en su conversación. Mac se recostó contra la pared, con las manos en los bolsillos del pantalón. Kai parecía completamente ajeno a cualquier incomodidad social. Mac, en cambio, era demasiado consciente de ella.

—Cowdenbeath, durante quince años. Una especie de leyenda local. Yo nunca estuve a su altura en la cancha.

Mac se encogió de hombros.

—Mi padre era granjero. Y ninguno de sus hijos hizo jamás nada que fuera lo bastante bueno para él.

—¿Ah, sí? ¿Tenía la granja por aquí? —preguntó Kai.

El ascensor emitió un sonido y las puertas se abrieron.

—Al oeste —dijo Mac, sin comprometerse demasiado.

Salió del ascensor, pero Kai lo agarró del brazo antes de que pudiera cruzar el pasillo hacia las puertas dobles que daban a la oficina de planta abierta.

—Jefe, quería hablar con usted un minuto. ¿Está bien?

Mac se detuvo.

—Claro.

Kai se humedeció los labios, echó un vistazo hacia las puertas.

—Escuché un rumor de que... Nari podría estar pensando en irse. Y si es así, me preguntaba si podría intentar quedarme con su puesto. Necesitaría un sargento, ¿no?

Mac asintió.

—No me han dicho nada sobre que Nari se va. ¿Dónde escuchó eso?

—Por ahí. Está saliendo con un agente de abajo y él y yo coincidimos en Tulliallan.

—¿Ella le dijo que se iba? —preguntó Mac.

—No, solo habló de presentarse al examen para inspector y de que podría haber una vacante en ese rango bajo otro inspector jefe. Sé que Duncan, del equipo de la inspectora jefe Akhtar, está de baja por enfermedad a largo plazo.

Mac le dedicó su mejor sonrisa de pícaro.

—Kai, está mejor informado que yo. Mire, si Nari se presenta para inspectora y lo consigue, entonces sí querría un sargento. Si quiere intentarlo, no hay nada que se lo impida.

—¿Cree que estoy listo, jefe? Llevo dos años como inspector, pero desde que llegó Abby, el sueldo de inspector no da para mucho, ¿eh? No para tres críos. O eso o... algunos de los chicos con los que patrullaba se han pasado a trabajar para empresas de seguridad privada. Pagan mucho mejor que en mi rango. Pero si cree que tengo una oportunidad, ¿eh?

Mac pensó que Kai no tenía mucha experiencia en un rol de liderazgo. Se esperaba que un sargento gestionara a cualquier inspector del equipo, y si se abría una unidad de casos archivados bajo la supervisión de Reid, entonces se reclutarían más agentes. Kai

podría acabar a cargo de dos o tres. No estaba seguro de verle madera para ello. Pero sonrió y le dio una palmada en el hombro.

—Tiene una oportunidad. Quizá podrías llamar a Mel y hablar con ella sobre lo que implica dirigir un equipo. Puedo darle algo de tiempo la semana que viene, tal vez, cuando hayamos seguido algunas pistas de las pruebas del caso Gaines.

Mac quería escabullirse de la conversación. Siempre se había sentido incómodo con las charlas personales, y Kai había soltado una tonelada en cuestión de minutos. Siempre apoyaba a su gente para que se desarrollara y ascendiera en el equipo, pero Mel siempre había sido mucho mejor en eso que él. Se preguntó cuándo volvería al trabajo. La había llamado para saber cómo seguía y ella le aseguró que mejoraba cada día y que no tardaría en regresar, pero no podía dar una fecha porque el dolor iba y venía. Su pregunta se respondió cuando empujó las puertas y la vio preparando los paneles de pruebas en el grupo de escritorios de su equipo.

—Sobre eso, jefe —dijo Kai mientras entraban en la sala—. Hicimos una mejora de la imagen del timbre con cámara de Joe Benson. Ya sabe, el vecino de Gaines. Buen tipo, antes era jardinero en Celtic Park. En fin, yo diría que definitivamente es una furgoneta. Alta. Tipo Transit. Y eso que pensó que era un daño, era barro o algo así. El software de mejora lo muestra claro.

—¿Y qué hay del daño que vi en el auto de Michael Gaines? —preguntó Mac.

—Encontramos pintura blanca en la abolladura. Pero aunqueuviéramos la furgoneta blanca, lo único que podríamos hacer es compararla con una que tenga esa pintura. Que es bastante común en decenas de marcas de vehículos comerciales. No podríamos vincularla a un vehículo específico. Pero encontré imágenes más claras de la furgoneta en cuestión en dos de las cámaras de los vecinos. Ha entrado en la calle en cuatro ocasiones distintas en el último mes. Siempre entregando o recogiendo algo en casa de Michael Gaines.

—En su habitación de invitados encontré cajas de cartón plegadas —intervino Nari desde su escritorio.

—Y su portátil muestra que ha estado activo comprando y vendiendo por internet —remató Kai.

Carraspeó mientras repartía los cafés.

—Parece tener especial gusto por la ropa femenina, ¿sabe?

—¿Y hay alguna razón por la que no debería? —preguntó Mel con tono neutro.

—No, no. Hay de todo en la viña del Señor, pero él estaba metido en cosas como de... damas de pantomima —dijo Kai.

Mel se cubrió la cara con las manos. Nari negó con la cabeza.

—¿Qué? —dijo Kai.

—Como dijiste, Kai, hay de todo en este mundo. Así que ha estado recibiendo entregas y recogidas de un mensajero. Siempre el mismo vehículo, así que asumimos que es el mismo conductor.

—Eso lo convertiría en un subcontratista, jefe —dijo Kai—. Si fuera una empresa grande, probablemente serían conductores distintos cada vez, ¿no? Es probable que este sitio más pequeño ofrezca entregas por mensajería y tenga subcontratistas trabajando en cada ubicación.

Mac se sentó en el escritorio de Kai. Estaba colgando su abrigo del respaldo y parecía un poco avergonzado. Miró a Mac, quien le guiñó un ojo. Ser insensible, o más probablemente en su caso ingenuo, respecto a temas de género no iba a costarle el examen para sargento. Había muchas otras características en el arsenal de Kai que sí podrían hacerlo. Pero era trabajo de Mac animarlo a ascender y brindarle el apoyo que necesitaba para lograrlo.

—¿Tenemos la matrícula de esa furgoneta? —preguntó Mac.

—Todavía no. El ángulo es malo. ¿Podríamos vigilar la calle, ver si regresa? —sugirió Kai.

—Pero si siempre ha estado entregándole a Gaines, puede que nunca regrese —dijo Mel.

—Kai, entre al sitio web donde compraba Gaines y averigue todo lo que pueda sobre cómo hacen sus entregas. Nari, pregunte a todos en esa calle y en los alrededores si han visto mensajeros en furgonetas blancas. Mel, bienvenida de nuevo, ¿puede empezar a revisar el circuito más amplio de cámaras de seguridad para ver si

encontramos esa furgoneta en otro lugar y conseguimos la matrícula? —dijo Mac.

—Lo haré. Y me alegra estar de vuelta, jefe —dijo Mel, llevándose una mano al cuello—. Y mejor aún estar fuera de ese collar.

—Lo siento por eso —dijo Mac, con culpa.

Mel desestimó la disculpa con un gesto.

—No es a usted a quien demandaremos, señor. Solo a la Policía de Escocia —dijo, soltando una carcajada que Mac le devolvió.

—¿Qué más sabemos hoy que no supiéramos ayer?

—ADN encontrado en la escena y en el cuerpo. Que no pertenecía a Michael Gaines, ni a ninguno de los vecinos ni a los trabajadores del depósito —dijo Mel, con una expresión de satisfacción.

—Bien hecho, Mel —dijo Mac, sabiendo que rastrear a todos ellos había requerido un esfuerzo monumental.

Mac estaba revisando los paneles con las pruebas, en particular las fotos del cuerpo. Cuanto más observaba las heridas y la forma en que habían sido infligidas, más convencido estaba de que Ash Fenton no era el hombre que estaban buscando. Pero había omitido eso en sus informes a Reid y, hasta el momento, los medios no habían hecho ninguna conexión. Mac había mantenido en secreto la naturaleza precisa de las heridas. Pero era solo cuestión de tiempo. El hecho de que Fenton estuviera en prisión preventiva, esperando una audiencia judicial para decidir cuánto tiempo pasaría en la cárcel, incomodaba a Mac. Había alguien más allá fuera. Y no había razón para creer que ya hubieran terminado.

Capítulo Veinticinco

—Michael Gaines, nuestra víctima. Cuarenta y seis años. Profesor de secundaria. Gay, aunque reservado al respecto. Lo sabemos por sus redes sociales, pero no todos sus colegas estaban al tanto. Su... pasatiempo era actuar como drag.

Mac estaba de pie frente a su equipo, apoyado contra un escritorio, con las manos en los bolsillos del pantalón. Eran poco después de las diez de la mañana, doce días después del hallazgo de Zoe Phillips. Detrás de él había fotos del cuerpo de Gaines, así como otras tomadas de sus publicaciones en redes sociales para dar una idea de su vida personal.

—Según sus colegas, era franco en ciertos temas y se metió en problemas más de una vez por su incapacidad para echarse atrás, especialmente en redes sociales. Defensor vocal de los derechos trans. El año pasado estuvo en el centro de una fuerte polémica después de que un alumno usara un insulto homófobo en su presencia. Él creyó que iba dirigido a él y publicó sobre el incidente, omitiendo el nombre del niño. Mucha gente se dividió respecto a sus acciones.

—¿Cómo logró conservar su trabajo después de eso? —preguntó Nari.

—Por los pelos, ¿eh? —intervino Kai.

—Quizá ni siquiera tanto —dijo Mac—. Menos de un año después, ya no estaba enseñando en la Secundaria Cramond tras haber trabajado allí siete años. Así que, tal vez, eso fue la gota que colmó el vaso.

—¿A dónde se fue? —preguntó Mel.

—No hay registro de que haya tomado otro trabajo como docente, así que no lo sabemos.

—Los chats en redes sociales y los mensajes directos en su teléfono no aclaran mucho. Fue muy reservado sobre lo que iba a hacer después —dijo Kai—. Tengo una lista de sus contactos más frecuentes y las cuentas sociales con las que más conversaba en línea.

—Según el director de Cramond, había más de un padre que conocía su perfil en línea y no le gustaba. La escuela, como cualquier otra, tiene un problema con el ciberacoso, y se consideró que un profesor que se metía en tantas discusiones podía estar enviando el mensaje equivocado —dijo Mac.

—He puesto la lista de personas con las que tuvo las discusiones más fuertes. Omití a quienes residen en otro país. Hay seis nombres que se repiten y son residentes del Reino Unido, y tres de ellos son padres en la Secundaria Cramond —dijo Kai, señalando con el bolígrafo.

Mac no miró adonde Kai señalaba, ya había visto la lista en cuanto apareció. Los tres nombres estaban rodeados con un círculo, y Clio era uno de ellos. El equipo seguramente ya se habría dado cuenta. Se preguntó si sabían de su relación con Clio. No era algo que hiciera público, prefería mantener su vida privada como tal. Si Nari o Kai hacían la conexión, preguntarían por qué no se había apartado de la investigación. Eso era lo éticamente correcto. Pero su renuencia no se debía solo a su necesidad y a su capacidad para tranquilizar a Clio. Simplemente no podía entregar un caso que él había iniciado. Mel ya lo sabía en parte, pero por suerte se mantenía en silencio. Por ahora. Sin embargo, Clio había publicado recientemente imágenes de los dos caminando con Maia en redes sociales. Era solo cuestión de tiempo.

—Entonces, revisamos a esas tres personas. Establecemos dónde estaban en el momento de la muerte y comparamos su ADN con el ADN extraño encontrado en el cuerpo.

—Ya está en marcha, jefe —dijo Nari—. Recogí muestras ayer por la tarde y esta mañana. También tengo declaraciones de cada uno indicando dónde estaban. Dos no tienen una coartada sólida. Natalie McKinley y Clio Wray. Ambas son madres en la escuela y ambas han tenido enfrentamientos con Gaines por el trato hacia sus hijos. Natalie McKinley intentó que lo despidieran usando su cargo como presidenta del Comité de Padres y Maestros. Clio Wray tuvo algunos intercambios muy acalorados en línea.

—Ese nombre me suena —dijo Kai—. No logro ubicarlo.

—La Dra. Wray actuó como consultora para nosotros. El llamado Asesino Celta —dijo Mac, con indiferencia.

—Ah, sí, me acuerdo. Vaya, simplemente no puede mantenerse alejada —comentó Kai.

Nari miró a Mac y él le devolvió la mirada, percibiendo algo en su expresión y desafiándola a decir lo que pensaba.

—Según el vecino de al lado de Gaines, salió hacia el trabajo a la misma hora de siempre —dijo Mac—. Kai, ¿él dijo algo más al respecto?

—Sí. Admitió que a esa hora estaba completamente oscuro y que el auto tenía las luces encendidas. En realidad, solo vio una silueta. Un hombre, insiste. Llevaba sombrero o capucha.

—Fue una noche fría, así que no sería raro —dijo Mac—. ¿Pero él está seguro de que vio a Michael Gaines?

—Sí. Pero está claro que vio lo que quería ver. Michael Gaines ya estaba muerto para entonces, que fue alrededor de las seis y media de la mañana.

—Exacto. Así que, en realidad, vio al asesino conduciendo el cuerpo de Michael Gaines hasta el lugar donde lo abandonó —dijo Nari—. Ya lo había matado en la casa. Ninguno de los vecinos vio a nadie cargando algo grande, del tamaño de un hombre, fuera de la casa y metiéndolo en el auto.

—Pudo haberlo hecho en cualquier momento después de la medianoche. Así que, lo que sí sabemos es que Michael Gaines fue

captado en algunos videos de timbres saliendo de su domicilio el día antes de morir —empezó Mac.

—Así es, jefe. Encontré tres avistamientos distintos. Él en su auto, y cuando aislamos los fotogramas y mejoramos la imagen, se ve que es él en el asiento del conductor —dijo Kai.

—Bien. La noche de su muerte, salió a tomar algo con unos amigos, pero volvió a casa antes de las nueve. ¿Tenemos declaraciones de las personas con las que estuvo?

—Las tenemos, jefe. Y muestras de ADN —dijo Nari.

—Llega a casa y el timbre de la puerta del vecino muestra una furgoneta blanca al pie de su entrada —dijo Mac—. No vemos otro vehículo después de las nueve, pero eso no significa que su asesino no haya entrado caminando. ¿Qué cobertura de la calle nos dan las cámaras timbre del vecindario, Kai? —preguntó Mac.

—No mucha. Todos tienen cubiertos su puerta y entrada, pero hay una docena de puntos ciegos. Podrías entrar y salir sin ser visto con bastante facilidad, ¿eh?

Mac hizo una mueca. Eso habría hecho el caso mucho más fácil. Si no se trataba de un crimen aislado, sino vinculado a Zoe Phillips y Vicky McCourt, entonces podía ser un crimen pasional. Alguien con un rencor contra Gaines por su actitud provocadora. Alguien lo bastante enfadado como para hacer algo terrible en un arrebató. Pero, lo bastante inteligente, una vez calmado, como para ocultar el asesinato. O con la ayuda de alguien igual de inteligente. Nari seguía observándolo, con una mirada astuta. En ese momento le cruzó un pensamiento sobre Vicky McCourt. No era exactamente una persona de carácter fuerte. Pero desde luego había sido muy vocal respecto a su pareja abusiva. Lo suficiente como para asegurarse de que fuera a la cárcel. ¿Zoe Phillips? No lo sabía, pero su relación con su novio intermitente era volátil. Era una conexión. Débil, pero había algo en ella que parecía prometedor. Le provocaba una resonancia interna que reconocía. Esa especie de corazonada que sentía cuando sabía, instintivamente, que estaba tras una pista buena.

—Entonces, esperamos esas muestras de ADN y descartamos a las personas que las dieron. Luego intentamos establecer quién entró y salió de su casa. Hablamos de nuevo con los vecinos,

sacamos todo lo que puedan recordar. Hablamos con carteros. Repartidores. Taxis. Conductores de autobús. Hay una parada a unos cientos de metros en Glasgow Road. Busquen su vehículo en las cámaras de la ciudad. Reconstruyan sus movimientos.

—Mac, una palabra, por favor —llamó Reid de repente desde la puerta principal.

Mac asintió y se levantó.

—Mel, asigne algunas tareas y haga seguimiento. Buena suerte a todos. Próxima reunión al final del turno, a las cinco —dijo Mac mientras se dirigía a la salida.

Reid ya había desaparecido. Cuando Mac empujó las puertas dobles, el pasillo estaba vacío. Pasó junto a los ascensores hasta una puerta al fondo, flanqueada por dos plantas altas en macetas. Llevaba una placa con el nombre DSJ Kenneth Reid grabado. Mac llamó una vez y la abrió. Reid estaba sentado detrás de su escritorio. Un hombre con uniforme impecable y las insignias de Subjefe de Policía ocupaba una de las sillas, con la gorra sobre la rodilla. Tenía el cabello color hierro y rasgos delicados. Sus ojos grises se clavaron en los de Mac desde el momento en que cruzó la puerta, con tanta calidez como los de un tiburón.

—¿Conoce al subjefe de policía Mayhew? —preguntó Reid.

—Nunca nos hemos cruzado, pero sabe exactamente quién soy. —dijo Mayhew, poniéndose de pie y ofreciendo una mano delgada y pálida.

Mac la estrechó, sorprendido por la firmeza del apretón. Mayhew se sentó primero, sin apartar los ojos de Mac.

—Sí. ¿En qué puedo ayudarle? —preguntó Mac, sentándose lentamente.

Mayhew miró a Reid y luego volvió la vista a Mac.

—Un pajarito me ha dicho que está pensando en reabrir el caso de Ashleigh Fenton, hijo —dijo Reid, entrelazando los dedos sobre el escritorio.

—Hay algunas pruebas que indican que nos equivocamos con ese caso —dijo Mac, con tono firme.

—Que la inspectora jefe Akhtar se equivocó —corrigió Mayhew.

—Sí —dijo Mac, sin rodeos—. Le asignaron el caso y lo entregó al fiscal.

—Verá, me preocupa un poco la imagen que esto da —dijo Mayhew—. Tenemos un caso resuelto con éxito por una inspectora jefe mujer y de una minoría étnica. Y ahora un oficial blanco, hombre, intentando deshacerlo. No nos deja en buen lugar.

Mac frunció el ceño. ¿«Imagen»? ¿Esto iba en serio? Miró a Reid, que mantenía el rostro sombrío.

—Con todo respeto, señor, si el caso no se sostiene, la *imagen* no importará. Vamos a quedar muchísimo peor si se demuestra que Fenton es inocente porque salen a la luz otros asesinatos mientras él está encerrado.

—Confesó, ¿no es así? Kenny, ¿me estoy perdiendo de algo? ¿Conseguimos una confesión? —dijo Mayhew con una expresión de desconcierto exagerado en el rostro.

—Sí, señor —admitió Reid.

—¿Y pruebas de ADN? —exigió Mayhew, acentuando aún más la incredulidad en su voz.

—Sí —respondió Reid.

—Pero no hay ningún motivo para el asesinato de Zoe Phillips. Solo para el de Vicky McCourt. Quería vengarse de ella por haberlo hecho encarcelar —dijo Mac.

—¿Necesitamos un motivo? —preguntó Mayhew—. Además del hecho de que confesó, tenemos el ADN de este hombre, Fenton, en el cuerpo. Si no la mató, ¿entonces cómo llegó allí?

—¿Quién sabe? —Mac empezaba a enfadarse—. Tal vez la conoció en una discoteca y se acercaron. Tal vez se conocían.

—¿Y hay alguna prueba de una relación entre ellos? —dijo Mayhew.

—No hemos encontrado nada, pero podemos seguir buscando... —empezó Mac, con urgencia.

Mayhew levantó una mano, sonriendo con paciencia.

—Agradezco sus esfuerzos, Inspector Jefe McNeill, pero me preocupa mucho que esto parezca pura envidia. Perdió el caso de asesinato más importante del año y ahora parece que intenta desacreditar a su colega.

—¿Qué? —protestó Mac, girándose hacia Reid—. Jefe, seguro que no se cree esta tontería.

Reid extendió las manos y miró a Mayhew desde debajo de sus cejas permanentemente fruncidas.

—Señor, no puedo aceptar esa interpretación. Mac es mi mejor inspector jefe. Para mí, es el mejor inspector jefe del país...

Mayhew alzó una mano y se inclinó hacia adelante en su asiento, con aire conspirativo.

—Mire. Usted y yo sabemos que probablemente no es exactamente así, pero el Director General de la Policía tiene que tener en cuenta cómo se percibirá esto fuera de esta comisaría y, de hecho, fuera de la Policía de Escocia. Cómo lo verán ciertas personas con menos conocimiento y experiencia. Lo que significa que yo tengo que estar atento a la situación, y por lo tanto usted también, Kenny. Desde una perspectiva de relaciones públicas, esto es un avispero que no pienso tocar. Y ni siquiera hemos empezado a hablar del hecho de que su excelente detective está en una relación con una de las principales sospechosas. ¿Es así?

Esos ojos de tiburón se clavaron en Mac, y él vio con claridad a través de la falsa camaradería. Mayhew había oído sangre en el agua. Mac se recostó, repartiendo su mirada entre sus dos superiores.

—No en el sentido que usted sugiere. Solo somos amigos.

—¡Mac! —explotó Reid—. ¡Por el amor de Dios, hombre!

—Francamente, da igual si te acuestas con ella o no. Para la prensa y para Anticorrupción es lo mismo. Sin mencionar al Director General de la Policía y al Comisionado de Policía y Crimen. Da toda la impresión de que está intentando desacreditar un caso exitoso solo para proteger a su... amiga —dijo Mayhew. Toda la falsa cordialidad se desvaneció. La sonrisa que había mantenido hasta entonces desapareció.

—Jefe, esto es una mierda. Esto es Akhtar conspirando contra mí —dijo Mac.

—Esta información no vino de la Inspectora Jefe Akhtar, McNeill, sino de alguien de su propio equipo —dijo Mayhew en voz baja—. Estaban preocupados por su imparcialidad.

La cabeza de Mac giró lentamente hacia él y algo en su expresión hizo que el subjefe de policía se echara hacia atrás y se relamiera los labios. Reid también lo miraba con furia.

—Usted no me dijo eso... señor —gruñó Reid.

—¿No lo hice? En realidad, no importa, ¿verdad?

—Claro que importa que haya un maldito soplón en mi equipo, saltándose la cadena de mando —espetó Reid.

—Oh, vamos, Kenny. Eso ya no significa nada hoy en día. Tenemos que ser transparentes entre nosotros para poder controlar las historias que se hacen públicas. Si no, el maldito ministro de Justicia y el de Interior se encargarán de que todo sea transparente, ¿y entonces qué? ¿Quieres que todo se ventile al público, Kenny? ¡Usted, precisamente usted!

Un enrojecimiento se había apoderado del rostro de Mayhew y estaba golpeando el escritorio de Reid con el dedo mientras hablaba.

—¿Quién fue? —preguntó Mac.

—Es un detective tan brillante que estoy seguro de que puede averiguarlo —dijo Mayhew, alisándose la chaqueta—. A partir de ahora, está fuera de este caso. Le voy a reasignar.

Capítulo Veintiséis

Mac volvió a recorrer el pasillo con paso firme. Estuvo a punto de detenerse frente a los ascensores, pero siguió adelante. Reasignado por segunda vez en favor de la inspectora jefe Hafsa Akhtar. La última vez había sido necesario. Estaba fuera de juego por una conmoción cerebral. Reid no había tenido opción. Esta vez lo habían hecho por razones políticas. El jefe de policía quería proteger la imagen, evitar ser acusado de misoginia y racismo. El hecho de que la mayoría de los oficiales superiores en la Policía de Escocia siguieran siendo hombres blancos solo empeoraba las cosas. Pero eso enfurecía a Mac, tanto como le irritaban las maniobras constantes de Akhtar. Las puertas de la oficina de planta abierta, donde trabajaban sus equipos y los de Akhtar, se abrieron de golpe bajo la presión de sus palmas. Akhtar estaba al frente de ambos equipos. Nari estaba a su lado. Ahí estaba la soplona. Nari había ido con Akhtar y luego la inspectora jefe se había saltado a Reid para acudir directamente al subjefe de policía. Akhtar lo vio mientras avanzaba por el pasillo central, pero continuó hablando.

—Por lo tanto, acaba de convertirse en nuestra principal sospechosa. Nari, ¿puedes acompañar al Inspector Jefe McNeill fuera de la sala, por favor?

Mac se detuvo, con las manos en los bolsillos del pantalón, lanzando una mirada oscura que iba de Nari a Akhtar y volvía.

—¿Y quién es esa? —preguntó con amabilidad.

—No estoy autorizada a revelarles los próximos pasos de esta investigación —dijo Akhtar.

—Jefe, vamos —dijo Nari al mismo tiempo, dando un paso al frente.

Mac la ignoró por completo y volvió su atención a Akhtar.

—¿De verdad vas a tratar esto como una oportunidad de ascenso en lugar de atrapar a un asesino?

Akhtar lo encaró.

—Tengo muy claro cuánto le intimida a un hombre como usted que una mujer haga su trabajo mejor que él. Ha estado deseando encontrar fallos en la acusación contra Ash Fenton.

—Puede quedarte con su ascenso, Hafsa. Me da igual. Lo que sí me importa es que encierre a un hombre inocente solo para que le den una palmada en la espalda y una insignia más en la chaqueta.

—A mí me importa que el asesino no se salga con la suya —escupió Akhtar.

—Entonces hágase a un lado —gruñó Mac, intentando rodear a Nari.

Pero ella se interpuso delante de él, sin mirarlo, pero dejando claro que no lo dejaría pasar.

—Apártese, sargento —ordenó Mac.

—No puedo, jefe. No puede estar aquí —dijo Nari en voz baja.

—¿Por qué? Esta sigue siendo mi oficina. Me reasignaron, no me suspendieron.

—Porque está comprometido, jefe —dijo Nari.

Ahora lo miró a los ojos, buscándolos. Mac la sostuvo la mirada, incrédulo.

—Debería haberse apartado del caso cuando salió el nombre de Clio. Al menos haber dicho que la conocía —dijo Nari.

—Ella no hizo esto.

—Encontramos su ADN en el cuerpo. Obtuvimos la coincidencia hace unos minutos —dijo Kai—. Luego entró la inspectora Akhtar y Nari fue hacia ella como si la hubieran silbado.

Nari le lanzó una mirada, pero Kai la sostuvo con firmeza. Su expresión dejaba claro que apoyaba a su jefe y no estaba de acuerdo con la forma en que Nari había manejado la situación. Mel se había levantado, tomando su abrigo del respaldo de su silla.

—Vamos, jefe. Tomemos un café abajo.

—Tiene tareas asignadas, inspectora Barland —le dijo Akhtar con severidad—. Comisario McNeill, si no abandona esta oficina, haré que lo saquen.

—¿Valió la pena, Nari? —susurró McNeill.

El rostro de Nari se descompuso y Mac se arrepintió al instante de su comentario. No había querido herirla. Y si era honesto consigo mismo, ella tenía razón; él debería haber sido transparente con su equipo sobre su relación con Clio. Pero ella también debería haber sido honesta, haber ido directamente a él en lugar de actuar por la espalda.

—Cuídese, Nari —dijo en voz baja—. Akhtar no es de trabajar en equipo. Vigile sus espaldas, ¿eh?

—Y si decide alertar a nuestro sospechoso, entonces se enfrentará a una suspensión, con posibilidad de procesamiento penal —dijo Akhtar a Mac—. Y créame, lo sabré si lo hace.

Mac esbozó su sonrisa de pícaro, pero fue forzada. Más un intento de aparentar que no le preocupaba la maniobra de poder de Akhtar. Al girarse, cruzó la mirada con Mel y dirigió una rápida mirada hacia la salida antes de volver a mirarla. Mel desvió la vista, de pronto absorta en algo en la pantalla de su computador, asintiendo para sí misma mientras lo hacía. Mac se alejó. Al acercarse a las puertas vio que Reid lo esperaba. Mayhew no lo miró al pasar por las puertas dobles. Mac lo oyó saludar efusivamente a Akhtar, llamándola por su nombre de pila. Trató de apartarlo de su mente mientras se dirigía a los ascensores.

—Mac, lo siento, hijo. Tengo las manos completamente atadas. Mac frunció el ceño; eso sonaba sospechosamente a que Mayhew tenía algo con lo que chantajear a Reid. Reid continuó:

—Mayhew está obsesionado. Está vinculado a esos dos casos. Dio varias ruedas de prensa elogiando a Akhtar y a la Unidad de

Crímenes Especializados en general. Creo que tiene interés en que se mantenga resuelto.

Mac apretó el botón de bajada.

—Entendido, señor. Es difícil encontrar un caso adecuado por ahora, cuando me tienen prohibido trabajar con mi propio equipo.

—No lo creo. Esto podría ser justo lo que necesita. Un descanso de los casos y una oportunidad para concentrarse en mi pequeño problema. Nuestro pequeño problema, no lo olvide, hijo —susurró Reid mientras miraba por encima del hombro de Mac para asegurarse de que nadie pudiera oír.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia las puertas dobles de la oficina principal. Mac miró el indicador del ascensor y vio a Mel saliendo de la oficina justo cuando Reid entraba. Ella no lo miró mientras caminaba hacia el baño de mujeres, con el teléfono en la mano. Cuando las puertas se cerraron, Mac la siguió. Mel no se volvió hasta que llegó a la puerta del baño de mujeres, en una esquina del pasillo. Miró a Mac con ansiedad.

—¿Qué demonios está pasando aquí, jefe? —susurró.

—Me están jodiendo y a Clio la están preparando para una condena rápida, igual que a Ash Fenton —dijo Mac, acercando la cabeza a la de Mel.

—Él confesó.

—Sí, pero Clio no lo hizo, *no pudo* haber matado a nadie. Y mucho menos con un método que coincide con dos asesinatos anteriores. No hemos hecho público el método. No lo he visto reportado en ningún lado. ¿Cómo demonios lo sabría ella?

—Porque usted se lo dijo —dijo Mel, mirándolo directamente a los ojos.

—¡Dios! ¿Eso es lo que está diciendo Akhtar?

—Es lo que está insinuando. Que Clio es la asesina y está intentando disfrazar un asesinato por venganza como si fuera parte de un crimen anterior, con su ayuda —dijo Mel.

Mac sintió un escalofrío. Se sintió acorralado, superado en un juego en el que ni siquiera se había dado cuenta de que participaba. Ahora, no solo lo habían apartado del caso de Michael Gaines, sino que además se enfrentaba a un intento de incriminación. Akhtar iba

directa a la yugular. ¿Estaba ella corrompida? ¿Era esto una conspiración criminal? Nunca se podía saber. Un colega con quien te habías entrenado podía resultar ser corrupto, ya fuera por aceptar dinero de la prensa a cambio de información o por estar al servicio de un delincuente. Akhtar también lo sabía. Tenía que estar pensando que él estaba corrompido. Él lo haría en su lugar. El hecho de que no se hubiera apartado del caso. Que tuviera una relación con una sospechosa y que conociera detalles de los asesinatos anteriores que nadie fuera del equipo de investigación sabía. Y por lo tanto, que Clio solo podía haberlos sabido por él.

—Aquí hay algo más —dijo—. Mayhew estaba en la oficina de Reid. Quiere que se acabe cualquier conversación sobre detención indebida. Quiere que Ash Fenton sea condenado, y que este caso se separe de los otros. Es político.

—Lo entiendo. Y le ha dado justo lo que querían, imbécil —dijo Mel, dándole un golpecito en el pecho—. Debería haber contado desde el principio que tenía una relación con Clio. Yo también. En cuanto vi su nombre en el tablero, lo reconocí y no dije nada.

—Déjelo así. Si Akhtar se entera, va a estar en el mismo infierno que yo.

—Esa es la idea. ¿Qué necesita?

Mac esbozó una sonrisa sombría. Incluso con el riesgo que corría, el primer instinto de Mel era ayudar. Habían pasado juntos por Tulliallan. Mac había estado colado por ella, incluso la había intentado conquistar. Hasta que ella le dijo que estaba trepando al árbol equivocado. No quería que los demás cadetes lo supieran. Había demasiado prejuicio contra la homosexualidad en la policía, incluso tratándose de una mujer. Mac guardó el secreto y ella se convirtió en una de sus pocas amigas. Sus carreras tomaron rumbos distintos después de graduarse. Mac se lanzó de lleno a patrullar en algunas de las zonas más desfavorecidas de Edimburgo. Mel se dedicó a la atención familiar, cursos y formación, y ascendió rápidamente. El paso de Mac por Anticorrupción bajo la tutela de Kenny Reid aceleró también sus ascensos, hasta que terminó superándola. Resolver el caso que la prensa bautizó como El asesino

del ángel fue un gran impulso, que lo catapultó al centro de atención mediática y al radar de los altos mandos.

—Van a arrestar a Clio y la dejarán en prisión preventiva. No tiene coartada y, con el ADN, Akhtar podrá retenerla el máximo tiempo posible. Tiene una hija de trece años. Tiene familia en Yorkshire, pero ya sabe lo que pasará cuando arresten a Clio. Maia será puesta bajo tutela. ¿Usted y Cazzy pueden acogerla?

—¡Dios, jefe! No pide poco, ¿eh?

—Ayudará a Clio a mantenerse firme. Confía en mí y sabe que yo confío en usted —dijo Mac con urgencia.

Una sonrisa peculiar se dibujó en la boca de Mel.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo sabe ella, entonces?

—Porque ya se lo he dicho muchas veces. Confío en usted más que en nadie. Es la única persona en la que confío.

—Nunca me lo ha dicho.

Mac se pasó una mano por el pelo, alejándose, con gesto de frustración.

—No suelo decir nada, ¿verdad? A menos que sea un tema seguro como el trabajo. Tal vez eso tenga que ver con estar en el espectro. ¿Me ayudará, Mel?

Mel sonrió de oreja a oreja.

—Me van a pegar un tiro si alguien se entera, pero claro que sí, por supuesto que le ayudo. Ni lo dude. ¿Autista, eh? Siempre lo sospeché. Era eso o que simplemente era un imbécil la mayor parte del tiempo.

—Probablemente un poco de ambas cosas —dijo Mac con una sonrisa—. No tenemos mucho tiempo. Tengo que llegar hasta Clio antes que el escuadrón pesado. Maia está en el colegio. Secundaria Cramond. ¿Puede ir por ella? Sáquela de allí y llévela a su casa. Yo le avisaré a Clio.

Desde la esquina se oyó el sonido de las puertas dobles abriéndose y varias pisadas. Se escuchó a Akhtar lanzando órdenes a gritos. Mac y Mel se miraron y luego corrieron hacia las escaleras, ubicadas más allá de los baños de mujeres y hombres al final del pasillo. Mac subió la escalera de concreto de dos en dos, con Mel apresurándose detrás. Tecleó un código en su teléfono que ocultaría

su número para el destinatario de la llamada. No quería que apareciera nada en el historial de llamadas de Clio proveniente de él. Akhtar lo revisaría, y un número privado podría justificarse como spam. Estaba al pie de las escaleras, tras haber saltado la barandilla metálica del final, y abrió de golpe la puerta de enfrente que daba al estacionamiento trasero del edificio central. Clio no contestó y Mac dejó un mensaje de voz entrecortado antes de volver a marcar.

Ya estaba en el auto, viendo a Mel correr hacia su propio vehículo, y en su tercer intento de comunicarse con Clio cuando por fin ella respondió.

—¿Mac? ¿Qué pasa? ¿Maia está bien? —Clio sonaba tan agobiada como Mac se sentía.

Pulsó el botón del altavoz y lanzó el teléfono al asiento del copiloto, mientras salía del espacio de estacionamiento y se dirigía hacia la barrera del estacionamiento.

—No tengo mucho tiempo, Clio. Solo escucha y no me interrumpas. Se encontró tu ADN en el cuerpo de Michael Gaines. No sé cómo llegó ahí todavía, pero voy a asumir que no has tenido contacto físico con él desde la medianoche del lunes.

—No, por supuesto que no. La última vez que lo vi fue en el colegio, cuando suspendieron a Maia, y no lo toqué.

—Bueno, entonces algo raro está pasando, pero no importa. Me han apartado del caso. La inspectora jefe Akhtar viene por ti. Probablemente irá a la universidad y enviará a otros agentes a tu casa. Esto es una prueba lo bastante sólida como para arrestarte y retenerte. Incluso puede ser suficiente para el Fiscal. No puedo impedir que eso ocurra. Puede que ya piensen que tú y yo estamos en connivencia. Mel Barland va de camino al colegio de Maia. Tienes que llamar ahora y decirles que su tía Mel va a recogerla. Inventa una historia. Una muerte en la familia o algo así. No identifiques a Mel como policía. ¿Entendido?

—Sí, sí. Lo tengo claro. No dejaré que se lleven a Maia, Mac.

—Lo sé, por eso he pedido a Mel y a su esposa que se hagan cargo de ella. Para el colegio y, eventualmente, para la policía, Maia se quedará con su tía. Escríbele directamente, asegúrate de que lo reciba. Dile que espere a Mel y luego borra el mensaje, asegúrate de

que Maia también lo borre. No dejaré que la metan en un centro. Ni hablar. Y te sacaré de esta, Clio. Te lo prometo.

—Dios mío, tengo miedo, Mac. ¿Cómo terminó mi ADN en el cuerpo de Michael Gaines? Alguien tuvo que ponerlo allí a propósito, pero ¿quién y cómo lo consiguió? Dios, ¿por qué me está pasando esto, Mac?

—No tengo la respuesta a ninguna de esas preguntas ahora mismo, Clio. Pero voy a averiguarlo.

Capítulo Veintisiete

Mac estacionó en una zona de descanso en Queen's Drive. Arthur's Seat se alzaba a su derecha. A su izquierda estaba la atracción Dynamic Earth, con el edificio del Parlamento, de forma extraña, justo más allá. Acababa de enviarle un mensaje a Kai, confiando en la lealtad de su detective. El texto decía simplemente:

¿ETA a la uni?

Quizá Kai no estuviera en el equipo que se dirigía al lugar donde era más probable encontrar a Clio a esa hora del día. Era una apuesta arriesgada que Mac decidiera ir. Tenía que evitar entrar al edificio en Canongate y encontrarse de frente con Akhtar. La respuesta llegó justo cuando se alejaba del auto, haciendo clic con las llaves en el bolsillo para cerrarlo. Echó un vistazo a la notificación.

A acaba de salir de OC. A a U. N también. Yo Cram.

Akhtar acababa de salir de la central. Eso significaba que estaba a veinte minutos de distancia. Nari iba con ella. A Kai lo habían enviado a la casa de Clio en Cramond. Mac estaba a cinco minutos a pie de la oficina de Clio. Le había pedido que se quedara quieta, pero casi esperaba que huyera. Que te dijeran que ibas a ser arrestada por asesinato sería suficiente para que cualquiera entrara en pánico. Pero si huía, sería peor para ella. Y eso pondría a Mac

bajo sospecha. Saltó una barrera del estacionamiento trasero del Hotel Holyrood, pasó junto a las cocinas que expulsaban vapor por los extractores, rodeó un grupo de contenedores industriales con ruedas y luego cruzó entre una biblioteca pública y una escuela primaria antes de salir a Canongate. Corrió los últimos cien metros hasta la entrada principal y pulsó el timbre de la oficina de Clio.

Momentos después, estaba en la nueva oficina de Clio. Estaba escaleras arriba del antiguo cuartito donde la había conocido por primera vez. Esta daba al Parlamento y era lo bastante amplia como para tener una zona de descanso con tres piezas de diseño sueco en colores primarios y vibrantes. Clio estaba de pie frente a su escritorio cuando él entró y corrió hacia él. Mac la abrazó, con el rostro de Clio presionado contra su pecho. Ella temblaba. No dijo nada durante una cuenta de sesenta, mientras otra parte de su mente calculaba el tiempo que tardaría Akhtar en llegar. Luego tomó a Clio suavemente del antebrazo y la sostuvo a distancia. Tenía lágrimas en los ojos, pero la mandíbula firme. Había rabia y determinación en su mirada.

—No voy a perderla, Mac. No van a culparme de esto y quitarme a mi hija.

—Tienes razón —dijo Mac, sosteniéndole la mirada—. Alguien te está tendiendo una trampa. Solo puede ser por venganza. Nadie haría algo tan elaborado por una víctima cualquiera. No tenemos mucho tiempo. Dame tu teléfono. Si Akhtar pregunta por él, lo perdiste.

—Diré que estaba en mi auto —dijo Clio, sacando el teléfono del bolsillo de sus jeans.

—¿Tú auto? —preguntó Mac.

—Lo robaron. Hace un par de días. No quise molestarle con eso. Pero lo denuncié en la comisaría local.

Mac frunció el ceño, sumando ese dato a los demás que tenía. Clio había estado fuera la noche en que mataron a Michael Gaines. Bebiendo sola al final de la noche. No tan lúcida como podría haber estado. ¿Un ladrón oportunista? Demasiada coincidencia. Entonces recordó los daños en el auto de Michael Gaines. Pintura blanca en el abollón.

—¿Tu auto es blanco?

Clio asintió, tendiéndole el teléfono.

—Pero, cuando nos conocimos, tenías un Mini, uno azul.

—Sí, lo cambié por un Polo justo antes de que mi casero me dijera que quería vender la casa. ¿Por qué?

Mac negó con la cabeza mientras buscaba la bandeja de la SIM en su teléfono. Ella levantó la tarjeta, sonriendo con nerviosismo.

—Me adelanté, detective.

Él tomó la SIM y la guardó en el bolsillo del pantalón.

—Gracias. Revisaré tu teléfono en casa. Veré qué puedo encontrar. Algo que me diga quién te está atacando. Me desharé de la SIM para que Akhtar no pueda rastrearla.

—¿Qué va a pasar conmigo, Mac? —dijo Clio, con la voz quebradiza.

—Akhtar o alguien de su equipo te dirá de qué se te sospecha y te leerá tus derechos. ¿Tienes abogada o abogado?

—No tengo a nadie contratado. El único que conozco es el tipo que llevó mi divorcio.

—Dales tu nombre cuando te lo pidan y sigue su consejo. No tienes nada que ocultar. Se honesta con ellos.

Ella le apretó los antebrazos, mordiéndose el labio.

—Maia va a estar tan asustada.

—Mel y Cazzy la cuidarán muy bien. Les va a encantar. Mel siempre intenta hacer de madre conmigo y Cazzy es aún peor las veces que la he visto. Van a acoger a Maia como si fuera suya. Y Mel trabajó durante años como enlace familiar. Sabe exactamente cómo explicarle las cosas a Maia. Confío en Mel con mi vida.

Clio asintió, respirando con jadeos entrecortados. Mac miró la hora en su teléfono. Akhtar llegaría en unos diez minutos. O quizá justo ahora, si venía con patrullas y encendían las luces del techo.

—Mi única pista hasta ahora es una furgoneta blanca. Kai vio una cerca del lugar donde apareció el cuerpo de Zoe Phillips, y hay otra vinculada al hombre que arrestaron por eso. Había una furgoneta blanca en casa de Michael Gaines. Un repartidor. ¿Has visto alguna furgoneta blanca últimamente? Probablemente una Transit. De las altas.

El ceño de Clio se frunció. Juntó las manos sobre la boca y Mac vio que le temblaban. Se cruzó de brazos sobre el pecho, negando con la cabeza frenéticamente. El temblor se le estaba extendiendo y estaba pálida como un papel.

—Yo... no lo sé. ¡Dios mío, Mac! ¿Qué va a pasar con Maia? ¡Yo no hice nada!

La histeria en su voz iba en aumento, con lágrimas llenándole los ojos. Mac necesitaba obtener de ella todo lo que pudiera antes de que llegara Akhtar para arrestarla. No podía permitir que la histeria desperdiciara el tiempo precioso que tenían. Un segundo de pensamiento claro podría ser todo lo necesario. Mac se acercó, tomó con suavidad el rostro de Clio entre sus manos y bajó la cabeza para besarla. Ella dejó de respirar. Dejó de temblar. El tiempo se estiró. Cuando Mac se apartó, no pudo decir si el beso había durado un segundo o un minuto. Su corazón latía con fuerza. Los ojos de Clio permanecieron cerrados.

—¿Has visto una furgoneta blanca últimamente? —preguntó Mac en voz baja.

—Sí. He estado vendiendo cosas en una página web. El tipo que viene a recoger los paquetes conduce una furgoneta blanca —respondió Clio con una voz tranquila y firme.

Mac sonrió y, por un momento, se miraron a los ojos. Entonces Clio le dio una bofetada. Lo tambaleó, pero no borró la sonrisa descarada de su rostro.

—Lo siento, pero no podía darme el lujo de esperar a que te calmaras. Estabas entrando en pánico. Y acabas de darme algo con lo que puedo trabajar.

—Tú... yo... ¿en serio? —balbuceó Clio.

El intercomunicador sobre su escritorio zumbó. Clio dio un salto, mirando a su alrededor con desesperación, como si temiera que alguien hubiera presenciado el beso. Mac se acercó al escritorio y presionó el botón de recepción.

—Inspectora jefe Akhtar, Policía de Escocia, Unidad de Crímenes Especializados. Necesito hablar con la doctora Clio Wray —dijo la voz cortante de Akhtar.

Clio se quedó mirando, horrorizada, hasta que Mac le hizo una seña para que hablara.

—Eh, sí, estoy aquí. Le abro ahora. Estoy en el cuarto piso. Ala este.

Cuando fue a presionar el botón para abrir la puerta, Mac le tomó la mano.

—Dame un minuto para llegar a la salida de incendios. Luego déjalos entrar.

Clio asintió y Mac se apresuró a rodear su escritorio hacia la puerta. Al pasar junto a ella, ella le agarró la solapa de la chaqueta y lo atrajo hacia sí. Apretó sus labios contra los suyos con fiereza y durante más tiempo del que él lo había hecho. Luego se apartó sin aliento.

—Ahora estamos a mano —jadeó—. ¡Ve!

Mientras salía corriendo por la puerta de la oficina y seguía las señales hacia la salida de emergencia, oyó el timbre sonar de nuevo. Menos de un minuto después ya estaba bajando a toda prisa los escalones metálicos de la salida de incendios exterior, mientras Akhtar debía de estar subiendo por la escalera interna. Se alejó rápidamente por Canongate, se metió en la primera calle lateral que encontró y se abrió paso entre callejones y estacionamientos hasta Holyrood Gait, de regreso a su auto. La furgoneta blanca tenía que ser significativa, pero la pregunta seguía siendo cómo encontrarla. Con un equipo detrás, los pondría a rastrear la base de datos de cámaras de tráfico, capturando las matrículas de cualquier furgoneta blanca y luego localizando a los propietarios. Un trabajo meticuloso y que consume tiempo para un equipo de cuatro personas. Imposible para un solo hombre. Necesitaba reducir el campo. Kai ya le había dicho que los timbres con cámara de Craig Wynd no ofrecían una imagen clara de la furgoneta que se había visto allí. Eso dejaba como única opción las imágenes que Kai había encontrado con vista al retiro del Nuevo Pacto en Loanhead.

Se había visto una furgoneta blanca acercarse al retiro y luego alejarse. Habían asumido que se trataba de Ashleigh Fenton, yendo hacia la ciudad para matar a Zoe Phillips. Fuera o no premeditado. Pero eso significaba que tenía un cómplice. Alguien que ahora podría

estar continuando con los asesinatos. Un escenario igual de improbable para que Akhtar o Mayhew lo aceptaran, ya que tendrían que desdecirse públicamente de su afirmación de que el asesino de Zoe Phillips había sido capturado. Un cómplice asesino suelto sería inaceptable para el público y, lo más importante para esos dos, para la prensa. Mac buscó la página web del Nuevo Pacto. Unos minutos de búsqueda le dieron la dirección de su retiro en Loanhead. Era una zona en los límites del sur de la ciudad, justo al lado de la circunvalación que rodeaba el lado sur de Edimburgo de oeste a este y luego se unía con la A1. Una zona suburbana, pero una de las más alejadas de la ciudad, con las colinas Pentland no muy lejos. Aislada, pero no tanto como para ser un inconveniente para alguien que necesitara entrar a la ciudad.

El teléfono sonó justo cuando introducía la dirección en el GPS.

—Kai —respondió.

—Jefe. Akhtar ha recogido a Clio Wray y va de regreso a Brunswick Road con ella. Había prensa cuando llegó.

Mac soltó una maldición.

—¿Qué opinas tú? —preguntó.

—Akhtar actuó como si estuviera molesta, pero no intentó hacer que se marcharan antes de sacar a Clio. Tenía suficientes agentes uniformados para hacerlo. Apostaría a que la filtración vino de ella. O de Nari.

—¿Así que se ha pasado por completo al lado oscuro, eh?

Kai soltó una maldición.

—Se ha vuelto una feminista militante, jefe. Le pregunté al respecto y no paraba de decir que Akhtar merecía la oportunidad de demostrar que tenía razón. Ya no la reconozco.

—Olvidalo, Kai. Haga lo que pueda para asegurarse de que Clio esté bien. Akhtar se ha equivocado gravemente y voy a probarlo. Me dirijo a ese retiro del Nuevo Pacto, ¿recuerda? En Loanhead.

—Sí, lo recuerdo. ¿Necesita apoyo, eh?

—No, no puede darse el lujo de perder su trabajo, y no tiene el chaleco antibalas de unos cuantos casos de alto perfil que le protejan. No asome la cabeza, Kai.

—No está bien, jefe. Lo que están haciendo. Voy a hablar con el jefe Reid.

—¿De verdad? —dijo Mac.

Silencio.

—No —gruñó Kai—. Básicamente soy un cobarde, ¿eh?

Mac soltó una carcajada.

—Le necesito dentro del campamento enemigo pasándome información de vez en cuando. Está en la mejor posición donde estás.

—Vale, vale —Kai sonó frustrado. Era un buen chico, no muy sutil, ingenuo y aún con mucho que aprender, pero tenía buen corazón, y Mac sabía que le era leal—. Pero ¿qué quiere que haga?

—Quiero explorar la posibilidad de que haya un cómplice. Alguien que condujera esa furgoneta la noche en que creemos que Fenton salió del retiro y mató a Zoe Phillips. La furgoneta no se condujo sola de ida y vuelta, y si su amigo Kirk decía la verdad, Fenton ya estaba de vuelta para la oración matutina. Empecemos por con quién estuvo en prisión. Contacta con Saughton. ¿Quién compartió celda con él? ¿Qué carceleros lo conocían y qué pueden decirte sobre con quién se juntaba? Veamos si alguien salió en libertad más o menos al mismo tiempo que él. Yo interrogaré a los fanáticos. Solo mantenga un perfil bajo, Kai, ¿sí? A lo mejor encuentra una sala tranquila por ahí para hacer las llamadas.

—Jefe, me encargo. Lo que sea por alejarme de las dos brujas. Su caldera burbujeante, hechizos y problemas y todo eso, ¿eh?

—Kai, nunca deja de sorprenderme. No me habría esperado referencias shakesperianas de su parte.

—¿Eh? ¿Shakespeare? Yo pensaba que era de Harry Potter, jefe.

Mac se echó a reír, de verdad.

Capítulo Veintiocho

Mac se tomó un minuto para conectar su teléfono al Bluetooth del auto, luego se dirigió hacia el sur por Queen's Drive, conduciendo sin mirar el mapa. Conocía bien la ciudad como para elegir la mejor ruta. La ubicación real del retiro del Nuevo Pacto era el pequeño pueblo de Bilston, justo a las afueras del suburbio más grande de Loanhead. Para despejar su mente, seleccionó un crossover sueco de black-thrash. Riffs disonantes pero rítmicos llenaron el pequeño espacio, casi eliminando los sonidos del exterior e incluso los del motor. Voces rasposas, desgarradoras, a veces se desviaban hacia palabras inteligibles. De todas formas, él ya conocía la letra. Descripciones de bosques lúgubres, oscuros y fríos. Se adecuaba a su estado de ánimo. Necesitaba sacar a Clio de su cabeza. A Maia también. Era difícil. La idea de Clio encerrada en una celda. O de Maia con desconocidos, queriendo saber qué estaba pasando con su madre. Estaría asustada. Pero ahora era el momento de concentrarse únicamente en el caso. Era la única oportunidad de Clio.

Tardó casi una hora en llegar a su destino. En su mayor parte, se valió de su conocimiento de la ciudad para orientarse. Luego siguió las instrucciones del GPS para llegar al retiro propiamente dicho. Las Pentlands eran visibles a lo lejos, a la derecha, una silueta oscura en

el horizonte. Pasó por parques comerciales y polígonos industriales, siguiendo una carretera de doble calzada bastante transitada. Intentó silenciar la voz que le decía que se estaba aferrando a una ilusión. Racionalmente, había poco que pudiera esperar de alguien que estuviera actualmente en el retiro del Nuevo Pacto. Incluso si encontraba personas que hubieran estado allí la noche en que Zoe Phillips fue asesinada, ¿qué podía aprender de ellas? El instinto era una voz más tenue. Susurraba con insistencia. Había algo en esa furgoneta blanca. Algo significativo. No podía presentárselo a Reid como justificación para reabrir la investigación. Mucho menos a un juez. Pero había aprendido a confiar en esa voccecita que susurraba. Mac no sabía qué iba a pasar a continuación. Solo sabía que tenía que perseguir la posibilidad más remota.

El retiro tenía aspecto de granja. Un conjunto de edificios de una sola planta, pintados de blanco con techos de tejas, se agrupaban al final de un camino. El camino terminaba en una verja con un granero abierto al frente. Otra verja lateral conducía a los edificios. Detrás de ellos había una serie de construcciones agrícolas. Los campos alrededor del retiro estaban salvajes, cubiertos de hierba crecida. No había señales de ganado. Mac se detuvo en la verja que conducía al granero. Durante un momento se quedó sentado, mirando por el parabrisas. Luego salió, con el teléfono en la mano. Había una furgoneta blanca aparcada bajo el techo de chapa ondulada del granero. Tres autos estaban estacionados junto a ella, todos bastante comunes. La típica colección de hatchbacks y SUVs que uno encuentra en cualquier entrada de autos en Escocia. Mac notó que la verja estaba asegurada con un simple lazo de cuerda. Lo levantó y abrió la verja solo lo suficiente para poder pasar. Las bisagras chirriaron. El suelo estaba mojado, una mezcla de grava y barro.

Al acercarse al granero, empezó a tomar fotos, primero de la furgoneta, luego de los otros vehículos. La furgoneta era una transit de laterales altos. Se aseguró de capturar la matrícula. No había señales de daños. Salpicaduras de barro fresco se extendían desde los guardabarros, pero por lo demás parecía estar en buen estado. Subido sobre el neumático delantero, miró hacia el interior,

encendiendo la linterna del teléfono para combatir la penumbra del granero. El interior estaba impecable. Contrastaba con lo que esperaba de un vehículo comercial. No había envoltorios de comida para llevar ni vasos desechables de café. Ningún albarán o factura tirados. Aparte de las salpicaduras de barro, que probablemente ocurrieron cuando el vehículo fue conducido hasta allí, podría haber sido nuevo.

—¿Puedo ayudarle, amigo?

Mac saltó al suelo. Un hombre estaba de pie en la entrada del granero, observándolo con una sonrisa inquisitiva en el rostro. Llevaba una gorra de béisbol que le hacía sombra en los ojos. Cabello castaño sobresalía por debajo de la visera y por la parte trasera. Vestía pantalones cargo y botas, un jersey de lana que parecía un regalo de Navidad hecho a mano. Mac sacó su placa, caminando hacia el hombre.

—Inspector Jefe McNeill, Unidad de Crímenes Especializados de la Policía de Escocia. ¿Y usted es?

—Brad —dijo el hombre con una sonrisa, ofreciendo la mano sin mirar la identificación.

Mac estrechó la mano ofrecida, que tenía un apretón firme y seco. Se encontró con una sonrisa segura y unos ojos tan oscuros que casi parecían negros. Mac notó que el hombre no tenía cejas. Una mirada rápida al cabello que se asomaba bajo su gorra le dio la clara impresión de que era una peluca. Esos ojos negros le daban un aspecto alienígena.

—¿Está interesado en mi furgoneta? —dijo Brad.

—Sí. ¿Para qué la usa?

—Soy repartidor.

—¿Está haciendo una entrega en este lugar?

—No. Estoy aquí en mi tiempo libre. Formo parte del Nuevo Pacto —respondió Brad, sin perder la sonrisa.

Tampoco había desviado la mirada. Aquel hombre no mostraba incomodidad al mantener el contacto visual. O al menos lo disimulaba bien. Mac echó un vistazo a los edificios, donde otro hombre había aparecido en una ventana.

—Entonces, ¿en qué puedo ayudar? —preguntó Brad, con tono tranquilo.

—¿Cuánto tiempo ha tenido la furgoneta?

—Unos dieciocho meses. El Nuevo Pacto la consiguió para mí, para ayudarme a salir adelante. Me ayudaron a empezar como repartidor.

Su acento tenía matices del norte, de la zona de Aberdeen. Pero era tenue, la escocesisidad reprimida. Mac lo había oído antes. Un ejemplo clásico era el llamado acento de la Universidad de Glasgow, un híbrido entre inglés, americano y escocés. Estirado. Entonces, educación privada. Ahora, repartidor.

—¿Salir adelante? ¿Estuvo dentro?

La sonrisa se ensanchó, pero no alcanzó a esos ojos que no parpadeaban.

—Sí. Estuve en prisión. Ahora he encontrado a Jesús. Él me salvó.

—Me alegro por usted —dijo Mac, pasando junto a él y rompiendo el contacto visual.

—¿He hecho algo mal? El impuesto está pagado y acaba de pasar la ITV. Sé que no tengo multas. Uso un limitador de velocidad y no conduzco por carriles bus. Así que...

Brad se había girado, con los brazos separados del cuerpo, como para mostrar lo inofensivo que era. Otro hombre estaba saliendo del edificio más cercano. Llevaba jeans y botas con los cordones desatados, como si se los hubiera puesto deprisa. También llevaba un jersey de lana, de diseño similar al de Brad pero con colores distintos. Tal vez todos en el Nuevo Pacto recibían uno por Navidad. Tenía el pelo castaño, peinado hacia atrás desde las sienes y con entradas. Su rostro era largo y delgado, con la barbilla alzada. Se parecía un poco a Richard E. Grant, y eso le dijo a Mac quién era.

—¿Michael Fielding? —dijo.

Fielding detuvo lo que había sido una zancada decidida. Luego agitó un dedo y sonrió.

—Policía. De hecho, usted debe de ser el Inspector Jefe McNeill. El hombre que arrestó al Hermano Ashleigh —respondió Fielding con un acento sureño inglés cultivado.

—Lo llevé para interrogarlo. Fue mi colega, la inspectora jefe Akhtar, quien lo acusó formalmente. Yo estaba indispuesto —respondió Mac, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón.

—Bueno, lo sacaremos. Es inocente. Estoy convencido de ello y nuestros abogados están trabajando arduamente para demostrarlo.

—Ayudaré en todo lo que pueda. Yo también creo que es inocente —dijo Mac.

Fielding había estado caminando hacia Brad. Mac notó que la mirada de Brad se desvió hacia el otro hombre. Luego le apretó el hombro a Fielding, con una leve sonrisa en los labios. Era un hombre con autoridad brindando consuelo a un subordinado. Si acaso, Mac habría esperado que la relación fuera al revés. Ante las palabras de Mac, ambos hombres lo miraron. Fielding tenía la boca entreabierta. Las cejas de Brad se fruncieron con fuerza y apretó los labios. La intensidad de su mirada era dramática. Casi demasiado intensa. Había carisma allí, un liderazgo natural.

—¿De verdad? ¿Y por qué está usted aquí? —preguntó Fielding.

Mac fingió un estremecimiento exagerado, encogiendo los hombros.

—¿Quizá podríamos hablarlo dentro? ¿Con una taza de té?

—¡Por supuesto! ¿Dónde están mis modales? ¡Por favor, pase! —dijo Fielding, señalando con un gesto de brazo la puerta por la que había salido.

—Voy a ponerme en camino... —empezó a decir Brad.

—Si vamos a hablar de Ashleigh, ¿no deberías quedarte? Después de todo, compartieron celda y se hicieron buenos amigos —dijo Fielding.

La mirada que Brad le lanzó fue suficiente para que Fielding carraspeará y bajara la vista. Mac vio ira en el rostro de Brad, apenas un destello, que desapareció al instante. Pero en ese momento, Brad se había enfurecido.

—Sí, eso parece. Bueno, si el Inspector Jefe McNeill cree que debo quedarme... —empezó Brad.

—Sí. Lo creo —respondió Mac, y comenzó a caminar hacia la casa.

El interior era una habitación larga con estanterías para zapatos en una pared y ganchos con abrigos en la otra. Una puerta conducía a un pasillo con baldosas y paredes pintadas de blanco. De las paredes colgaban diversos objetos religiosos, desde cruces hasta carteles y cuadros enmarcados. En una dirección, Mac pudo ver un fregadero a través de una puerta abierta. En la otra, se alineaban una serie de puertas cerradas. Una mujer apareció frente a la puerta abierta de la cocina. Llevaba el pelo atado en una coleta y tenía el rostro redondo, con ojos azules. Sostenía un paño de cocina y estaba secando un cuenco de cerámica.

—Hola. Qué gusto ver una cara nueva —dijo ella, acercándose a él—. Soy Annie Sullivan. ¿Y usted es? —Inspector Jefe McNeill —dijo Mac.

Ella se detuvo a mitad del pasillo, aún con la mano extendida. Su sonrisa vaciló.

—El Inspector Jefe McNeill está aquí para ayudarnos a demostrar la inocencia de Ashleigh, Annie —dijo Fielding, siguiendo a Mac al interior del pasillo.

La sonrisa de Annie volvió con entusiasmo—. ¡Oh, vaya! ¡Eso es fantástico! ¡Gracias! Pasen. Pondré la tetera.

Su efusión de entusiasmo tenía un aire de inocencia. Una persona mostrando sus emociones genuinas, sin filtro. Mientras Mac la seguía, vio cómo su mirada se deslizaba más allá de él. La sonrisa volvió a desvanecerse y ella apartó la vista con rapidez. Mac miró por encima del hombro y vio a Brad de pie en la entrada, observando atentamente a Annie. Cuando notó que Mac lo miraba, sonrió. Su rostro se transformó. Resplandecía al sonreír, parecía genuinamente feliz. Pero antes de eso, no lo había sido en absoluto. Mac apartó la vista y entró en la cocina. Estaba dominada por una gran mesa de madera pintada de blanco. Una cocina antigua ocupaba una de las paredes. Frente a ella, un aparador con platos de porcelana. La imagen perfecta de una cocina de granja. Fielding sacó una silla para Mac mientras Annie se ocupaba de las tazas y la

leche del frigorífico que estaba en la esquina, incongruente con su diseño moderno y elegante.

—Ayudaré a Annie —dijo Brad.

Se colocó cerca de ella y Mac la vio apartarse con timidez. Un gesto pequeño, pero lo notó. Cuando Brad se movió para colocar una tetera de hierro fundido sobre la estufa, ella volvió a encogerse.

—Entonces, ¿qué podemos hacer para ayudar? —preguntó Fielding con entusiasmo, sentándose frente a Mac y adelantándose un poco, con las manos entrelazadas frente a él.

Por impulso, Mac metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó la bolsa de pruebas que contenía el anillo que acababa de encontrar cerca del auto de Michael Gaines. La empujó por la mesa hacia Fielding.

—Creo que esto le pertenece a Ashleigh —dijo Mac, mintiendo, pero con un propósito.

Fielding frunció el ceño, tomó la bolsa y examinó el anillo en su interior.

—Nunca lo vi llevar un anillo. Y menos uno de sello. ¿Tú sí, Annie?

Annie entrecerró los ojos como si estuviera escarbando en su memoria.

—No que yo recuerde.

—Brad, tú conocías mejor a Ash que nosotros. ¿Es suyo? —Fielding sostuvo la bolsa hacia Brad.

Mac estaba atento a una reacción. Era la razón de toda esta pantomima. Brad se había acercado con bastante rapidez y, de no haberlo estado observando de cerca, Mac habría pasado por alto la reacción. Los ojos oscuros se abrieron ligeramente, hubo un parpadeo exagerado y la más leve sugerencia de una vacilación antes de que tomara la bolsa.

—No. Nunca lo vi usando algo así. ¿Qué es?

—Es un anillo de clan —dijo Annie—. Del clan Gordon. Mi familia son Gordons. Mi padre tiene el lema en la pared. Un ciervo y la palabra "bydand".

Brad se encogió de hombros, dándose la vuelta como si no tuviera importancia, y arrojó la bolsa sobre la mesa. Mac la alcanzó,

también encogiéndose de hombros. Ya había obtenido lo que quería de la interacción. Inmediatamente empezó a hablar.

—Bueno, lo primero es revisar la coartada de Ashleigh. Afirmó haber estado aquí... en su retiro, la noche en que Zoe Phillips fue asesinada. No se le creyó porque se encontró su ADN en el cuerpo de ella. Pero sabemos que una furgoneta blanca llegó aquí alrededor de las once y media esa noche. Entró, luego salió de inmediato. Y volvió más tarde esa misma noche. El OSI —perdón, eso significa Oficial Superior de Investigación— argumentó que Ashleigh fue recogido, llevado al pueblo donde cometió el asesinato, y luego lo trajeron de vuelta. Todo sin que nadie más que estuviera aquí en ese momento se diera cuenta. Gary Kirk estaba dispuesto a testificar que Ashleigh había estado aquí toda la noche.

Mac había guardado la bolsa con el anillo de sello en el bolsillo de su chaqueta antes de quitársela y colgarla en el respaldo de su silla. Juntó las manos sobre la mesa como si se dispusiera a una conversación larga. Brad lo observaba y luego pareció interesarse por el contenido del refrigerador antes de moverse por la habitación hasta perderse de vista detrás de Mac.

—Sí, y Gary es un hombre muy honesto. Lo conozco desde hace diez años y nunca lo he visto mentir —dijo Fielding.

—Puede que no supiera que Ashleigh se escabulló —dijo Mac.

—Pensé que usted estaba aquí para ayudar a probar que Ash es inocente —intervino Brad, desde detrás del hombro de Mac.

—Lo estoy.

—¿Entonces por qué está cuestionando su coartada? —No fue realmente una pregunta. Más bien una afirmación que desafiaba a Mac a contradecirlo.

—¿Y por qué cuestiona mi pregunta? —dijo Mac con la misma agresividad en la voz.

Brad resopló y volvió al lugar donde había estado, frente a la cocina. Al hacerlo, rozó la chaqueta de Mac y esta cayó al suelo.

—Brad, escuchemos al oficial —intervino Fielding, levantando las manos en señal conciliadora.

Pero Mac ya se había hecho una idea. Fuera quien fuera Brad, era el alfa entre los dos. A pesar de que Michael Fielding era el

fundador y director ejecutivo de la organización benéfica que, presumiblemente, lo había sacado de prisión. Annie se había ido al otro lado de la cocina. Brad la miró y ella le dio la espalda al notar su mirada. Había una dinámica incómoda entre ellos. Tal vez Brad se le había insinuado y ella no se sentía cómoda. O tal vez tenían un pasado.

—¿Conocía usted a Ashleigh Fenton en prisión? —preguntó Mac a Brad.

—Brad nos recomendó a muchos de sus amigos —dijo Fielding—. Fue uno de los primeros en unirse cuando nos instalamos en la prisión de Edimburgo. Y trajo a muchos otros con él. Gracias a él, el retiro ha sido tan exitoso y conseguimos la financiación que necesitábamos.

Mac miró a Brad, que no había dicho ni una palabra en respuesta a su pregunta. Un hombre con una influencia y autoridad significativas entre sus compañeros de prisión. Suficiente como para convencerlos de convertirse en cristianos renacidos. Ese tenía que ser un hombre capaz de ejercer violencia. Era el único tipo de hombre que se ganaba el respeto dentro.

—¿Dónde vive usted, Brad? —preguntó Mac, en voz baja.

—De hecho, estoy justo al final de mi contrato de arrendamiento —respondió Brad.

—¿En serio? ¿Por qué no has dicho nada, Brad? —El rostro de Fielding mostraba una expresión de preocupación.

La intensidad de Brad se desvaneció y esbozó una sonrisa avergonzada mientras miraba a Fielding.

—Sí, perdón por eso, Mike. Sé lo ocupado que estás con el programa. No quería molestarte, pero esperaba poder quedarme aquí un tiempo. Siento la necesidad de estar con mis hermanos y hermanas.

Fielding sonrió con entusiasmo y aplaudió.

—¡Por supuesto! Tenemos espacio de sobra. ¿Verdad, Annie?

Annie parecía desear poder responder otra cosa, pero asintió.

—Sí, Mike. Mucho espacio.

Capítulo Veintinueve

Mac alargó la conversación. Fielding hizo que otra mujer trajera un bloc de notas y un bolígrafo mientras le pedía a Annie que preparara algo de comida. Brad se excusó. Mac no objetó ni le prestó atención al salir de la habitación. No tenía motivos para arrestarlo, solo una sospecha basada en la extraña dinámica entre él y los otros miembros del Nuevo Pacto. Annie se relajó visiblemente en su ausencia. Mac hizo el paripé de reunir pruebas que pudieran desacreditar la condena de Fenton. Pero todo era para tener una excusa para quedarse allí hasta poder hablar a solas con Annie. Ella podía decirle algo sobre Brad, cuyo segundo apellido, había descubierto, era Buchanan. Cuando regresara a la oficina, consultaría los antecedentes penales de Brad, aunque prácticamente ya sabía lo que encontraría. El acento era el de un chico de escuela privada escocesa. La insinuación de que podía influir en otros reclusos en la prisión de Edimburgo, conocida por la mayoría como Saughton, le decía que era violento y que era conocido por su disposición a serlo. No era, entonces, un criminal de cuello blanco. Lo habían encerrado por agresión, probablemente lesiones reales o graves. Posiblemente un delito sexual.

Llegó un momento, cerca de las cuatro de la tarde, en que Fielding se excusó para asistir a una videoconferencia. Había estado

entusiasta y positivo durante toda la conversación de las últimas horas. Según la evaluación de Mac, era exactamente lo que aparentaba ser: un hombre de fe y con no poca riqueza, que intentaba rehabilitar a criminales mediante el cristianismo. Mac fingió que ya tenía suficiente con lo que trabajar y pidió un recorrido por las instalaciones, alegando interés en la labor del Nuevo Pacto. Fielding ofreció alegremente que Annie le hiciera de guía. Cuando salió de la habitación, Mac esperó unos segundos y luego fue hacia la puerta. Miró hacia fuera, pero no vio rastro de Fielding. Volvió la vista hacia Annie. Ella parecía nerviosa.

—Annie, noté algo entre usted y Brad. Me interesa saber más —dijo, mientras metía casualmente una mano en el bolsillo de su chaqueta. La bolsa con la prueba y el anillo habían desaparecido. Mac reconocía una táctica de carterista cuando la veía. Brad lo había hecho con destreza.

Annie frunció el ceño mientras jugaba con un paño de cocina.

—No estoy segura de entender a qué se refiere.

Mac se metió las manos en los bolsillos del pantalón y observó a Annie en silencio. Ella lo miraba de reojo de vez en cuando, apartando la vista rápidamente cada vez.

—No me mire así. Él hace eso. Me da escalofríos.

El acento de Annie era del oeste de Escocia, de Kilmarnock o Ayr, algún lugar por esa zona.

—¿Brad? —preguntó Mac.

—Aja, Bhradain Kelso Buchanan —dijo Annie con amargura.

—Vaya nombrecito —dijo Mac con un silbido bajo—. Me imagino que sus padres son nacionalistas.

—¿Quién sabe? No me interesa conocerlo más para averiguarlo —dijo Annie.

—¿Por qué no? —preguntó Mac.

—¿Es relevante? Usted está aquí por Ashleigh, ¿no? ¿Qué tiene que ver Brad con eso?

Mac sopesó sus opciones. Ella estaba asustada, eso era evidente. Asustada de Brad y asustada de hablar sobre él. Lo cual significaba que no creía que sus miedos fueran tomados en serio. Tal vez Brad Buchanan era quien realmente tenía el poder en esa comuna.

—Estoy investigando un asesinato. Uno muy parecido a los dos por los que se ha acusado a Ashleigh. Ahora bien, él admitió abiertamente uno de esos crímenes y, al parecer, también ha confesado ser responsable del segundo, pero no fui yo quien lo entrevistó. Me preocupa que lo hayan coaccionado de alguna manera, aunque se encontró su ADN en el cuerpo...

Annie negó con la cabeza, arrojó el paño de cocina y miró al techo, cruzándose los brazos con fuerza. Era una postura de pura frustración. Mac reflexionó sobre sus palabras, tratando de identificar qué había provocado esa reacción. Pensó que tal vez fue algo relacionado con la confesión de Ashleigh sobre haber matado a su exnovia.

—Annie, él aceptó la responsabilidad por la muerte de su ex. Incluso nos dijo dónde encontrarla...

—¡Él no lo hizo! ¿Está bien? Es inocente. Cuando conocí a Ashleigh, era un hombre cambiado. Sé por qué fue a prisión, pero mientras trabajábamos con él allí, podías ver cómo se estaba transformando al dejar entrar a Jesús en su corazón. Pero lo estaban jalando en otra dirección.

—¿Qué dirección? —preguntó Mac en voz baja.

—La Hermandad Alfa —dijo Annie.

Mac asintió, como si el nombre le resultara familiar. Aunque no lo conociera, podía imaginarse lo que representaba. Una organización fundada en prisión por los reclusos que se hacía llamar hermandad. Eso no iba a ser precisamente un coro de voces masculinas.

—Algún tipo de pandilla centrada en la masculinidad tóxica —aventuró Mac como conjetura informada.

—El peor tipo de misoginia alimentada por testosterona. Brad había sido agraviado por una mujer, porque eso era lo que hacía: agredir mujeres. Y una de ellas tuvo el valor de hablar. Ashleigh era igual. Pasó de estar llorando, verdaderamente arrepentido por lo que le había hecho a su exnovia, a culparla a ella por todo. Brad se metió en su cabeza. Eso es lo que hace. Manipula y controla.

—¿Está diciendo que Ashleigh Fenton confesó un crimen por orden de Brad Buchanan? —preguntó Mac, sin poder disimular la urgencia en su voz.

Esa voz susurrante ahora retumbaba con fuerza. El instinto que lo había llevado a iniciar su investigación allí, contra toda lógica y razonamiento, se había convertido en un estremecimiento palpitante. Se le erizaron los vellos de los brazos. Pero Annie lo miró con los ojos muy abiertos, visiblemente asustada. Se alejó de él.

—No. No he dicho eso. Está poniendo palabras en mi boca. Él es... inquietante, eso es todo. Ahora, ¿quiere hacer este recorrido o no?

—Sí, por favor —respondió Mac.

Siguió a Annie por el complejo de edificios. Vio un dormitorio equipado con literas de tres niveles y señales de que al menos una docena de personas vivían allí en ese momento. Vio habitaciones privadas, que parecían alojamiento estudiantil, con camas individuales, un pequeño escritorio y una silla. Una capilla, sencilla y sin adornos, con sillas de plástico dispuestas en filas frente a un altar compuesto por una mesa de camping con una biblia encima. Talleres improvisados donde se producían diversos objetos artesanales, todos con connotaciones religiosas. Finalmente, salas de reuniones, algunas ocupadas por personas sentadas en círculo, hablando con seriedad. Había un gran comedor en la parte trasera del complejo, hecho con tres contenedores alineados. Otro contenedor parecía contener una oficina. Annie no lo llevó adentro, pero vio a Fielding caminando de un lado a otro, con un auricular inalámbrico y hablando con energía y muchos gestos.

Todo el lugar se veía exactamente como él lo había imaginado. Un espacio para el culto y reuniones de oración. O tal vez reuniones de adictos anónimos. Un lugar para comer y dormir. Pero él estaba actuando por inercia. Brad era su principal interés, y solo quería más tiempo para hablar con Annie sobre él. Pero ella también actuaba por inercia, con los labios apretados y completamente aterrada por todo lo que había dicho hasta ahora. Cuando regresaron a la cocina, Mac decidió intentar con la honestidad.

—Usted le tiene miedo. Es evidente. Venga conmigo y puedo protegerla. Si él tiene algo que ver con los crímenes de los que se acusa a Ashleigh, entonces debe enfrentar la justicia. Por lo que

usted ha dicho, Ashleigh podría estar bien, siempre que se mantenga alejado de la influencia de Brad. Este es mi número.

Mac le apretó una tarjeta en la mano, tomada de las pocas que guardaba en el bolsillo interior de su chaqueta. A Annie se le llenaron los ojos de lágrimas. Mac vio que estaba dividida entre la necesidad de hacer lo correcto y el terror absoluto. En ese momento, un hombre entró caminando a la cocina. Alto, con pómulos prominentes y una mandíbula saliente. Tenía cejas oscuras y tupidas, y fruncía el ceño.

—¿Todo bien, Annie? ¿Este poli te está molestando?

No esperó respuesta, sino que extendió la mano de inmediato. Mac no se movió, ni siquiera cuando el recién llegado le agarró el codo.

—Yo que tú lo soltaría, amigo —dijo Mac.

—Davey, suéltalo. No seas idiota —dijo Annie.

—Brad me dijo que te cuidara —insistió Davey.

Mac lo vio entonces. Era otro miembro de la Hermandad Alpha y Brad Buchanan estaba claramente en la cima de esa manada.

—Ya me iba —dijo Mac, soltándose el brazo—. Annie, no te metas en problemas por él. Cuando regrese, espero respuestas a mis preguntas. ¿Entendido?

La miraba fijamente y hablaba con dureza, como lo haría si intentara intimidar a un testigo reacio.

—No va a decir nada sin un abogado, colega. Lárguese —le dijo Davey, encarándolo.

Mac esperaba que su pequeña actuación hubiera convencido al hombre de que Annie no le había dicho nada. Si ella no le permitía ayudarla, entonces tenía que hacer lo posible por protegerla. Retrocedió, repartiendo su mirada fulminante entre ella y Davey.

—Volveré —dijo.

—Sí, lárguese, colega —dijo Davey.

Mac se dio la vuelta y se alejó. Al pasar junto al granero, miró dentro. La furgoneta ya no estaba. El anillo tampoco. Si el anillo era un trofeo, entonces Brad habría estado desesperado por recuperarlo. Tan desesperado que se arriesgó de forma insensata a robarlo justo bajo las narices de Mac. No era una prueba concluyente. Su

abogado podría, y lo haría, argumentar que lo robó por el simple hecho de robarlo. O que quería tenderle una trampa a un poli. O que simplemente tenía una obsesión con objetos relacionados con escenas del crimen reales. Pero era prueba suficiente para que Mac fuera tras él.

Cuando volvió a su auto, giró para tomar el camino del carril y llamó a Kai. No hubo respuesta. Llamó al equipo de ANPR y les dio la matrícula de la furgoneta. La dirección era Southhouse Broadway. Había pasado por Southhouse y sus barrios colindantes, Burdiehouse y Gracemount. Zonas con altos índices de criminalidad, baja educación y alto desempleo. ¿Dónde mejor para alojar a un exconvicto? Llamó a Brunswick Road, consiguió que lo pasaran con la centralita y pidió hablar con el sargento de custodia. Jim Maxwell estaba de guardia otra vez. Mac le explicó el favor especial que necesitaba. Le prometió a Jim un buen whisky como compensación. Luego le dijo que eso ayudaría a hundir a Mayhew. No había mucha simpatía entre los agentes rasos y el actual jefe de policía ni su adjunto. Se les consideraba burócratas y conservadores. Y no había muchos conservadores entre los policías de patrulla en Escocia. Eso inclinó la balanza. Mac esperó, tamborileando con los dedos sobre el volante. Entonces escuchó la voz de Clio.

—¿Mac? —su voz era vacilante, asustada.

Fue como un golpe en el estómago para Mac. Cerró los ojos, apretando las manos sobre el volante.

—Hola, Clio. ¿Cómo te están tratando?

—Bien, todos están un poco fríos —Clio sorbió por la nariz—. Estoy intentando mantenerme entera.

—Bien. Es lo único que puedes hacer. No has hecho nada malo, Clio. Aguanta ahí.

—Mi abogado me preguntó si lo hice. No parecía creerme. Dijo que si tenía algo que ver, la mejor estrategia era cooperar.

—Eso es lo que estás haciendo. Decir la verdad, toda la verdad.

—Mac, ¿cómo terminó mi ADN en su cuerpo? Esa mujer dice que no puede estar ahí a menos que haya habido un contacto íntimo. Esa fue la palabra que usó, íntimo. Así que o lo maté yo o fui...

—Bueno, yo diría que era tan gay como se puede ser, así que eso descarta la segunda opción —dijo Mac.

Clio soltó una risita, que era justo lo que él había buscado al decirlo.

—Clio, no sé cómo terminó tu ADN en un cadáver y, por ahora, estoy fuera del circuito oficial, aunque estoy haciendo todo lo posible por volver. ¿Puedes recordar exactamente lo que ella dijo? —Por “ella”, Mac sabía que Clio se refería a Akhtar.

—¿Recordarlo? Está grabado a fuego en mi cerebro. Dijo que estaba incrustado en una de sus heridas. No hay posibilidad de que lo haya rozado en la escuela o... ninguna posibilidad de nada, salvo que un cabello mío se enganchara en una hoja y entonces...

Se interrumpió, con un tono que hacía pensar que estaba a punto de vomitar.

—Mac, me dijo que la semana pasada consiguió una condena con la misma evidencia. Un apuñalamiento y una sola muestra de ADN que vinculaba al sospechoso con el asesinato. Me dijo que confesara ahora y me hiciera un favor.

—Clio, escúchame, Akhtar solo consiguió esa condena porque el sospechoso confesó. Sí, el ADN es una prueba contundente, pero estoy siguiendo una pista. No sé qué es todavía, pero dame veinticuatro horas y...

—¿Mac, siquiera tengo veinticuatro horas? —dijo Clio, con un terror desesperado en la voz.

—Akhtar puede retenerte durante veinticuatro horas antes de tener que acusarte formalmente o dejarte en libertad. Si Akhtar considera que aún no ha cruzado el umbral probatorio, puede solicitar una prórroga. Hasta 96 horas.

—¡Eso... eso... son cuatro días! ¡No puedo estar aquí cuatro días, Mac!

—La histeria empezaba a apoderarse de ella.

—No lo estarás —prometió Mac sin tener ni idea de cómo iba a cumplir esa promesa—. Estoy tras algo y no voy a descansar hasta llegar al fondo. Voy a encontrar las pruebas. Pero escúchame. Maia está a salvo. No pueden tocarla. Tú estás a salvo. Conozco a muchos polis y me aseguraré de que estén pendientes de ti. Nadie va a

pensar que eres una criminal. Jim es el sargento de custodia ahora mismo. Es un buen tipo. Cuidará de ti.

—Mac, ojalá estuvieras aquí —dijo Clio.

—Pasaré más tarde, cuando esté más tranquilo, lo prometo. Te traeré un McD's. No deberías tener que lidiar con la comida de la cafetería además de todo lo demás. Solo mantente fuerte por mí, Clio. Estoy en ello.

No oyó lo que Clio dijo a continuación. Maxwell estaba al teléfono.

—Señor, Akhtar quiere que vuelva a la sala de interrogatorios.

—Vale, Jim. ¿Hasta qué hora está? —Turno de noche, señor.

—Akhtar va a intentar cargarle el muerto. Ella no hizo esto. Apostaría mi pensión a que no. Échale un ojo, ¿sí?

—Lo haré, señor.

Maxwell colgó. Mac dejó caer la cabeza contra el reposacabezas de su asiento. Luego encendió el motor y se dirigió a Southhouse Broadway.

Capítulo Treinta

El invierno había traído consigo la noche. Para cuando Mac conducía por la curva calle residencial que era Southhouse Broadway, ya estaba completamente oscuro. Las farolas eran crudas, bañando todo en un monocromo teñido de naranja. Chicos con capuchas y mascarillas merodeaban o deambulaban. Pasó por un parque infantil donde un grupo de ellos se apiñaba. Consumían algo. La calle estaba bordeada de casas con un gris muerto de revoque rugoso, techos de tejas con bordes blancos y cuadrados de césped al frente. Las franjas de césped estaban fangosas, con hierba encharcada y revuelta, y las calles brillaban por un aguacero que Mac había atravesado a paso de tortuga. Le dolía la mandíbula de apretar los dientes, luchando contra la ansiedad y el pánico creciente que le golpeaban con cada salpicadura de lluvia. Esperaba que una confesión completa a Talvir Sidhu lo curara. Pero eso sería demasiado fácil, y probablemente un error. Había otros factores que ahora lo agobiaban aún más. Clio y su acusación de asesinato. El verdadero asesino aún suelto. Tal vez Brad Buchanan. Y el chantaje de Reid. Enmarcar a un gánster, romper la ley y convertirse otra vez en un poli corrupto o...

Iona. Y Mark Souter. Las cadenas alrededor de su cuello que había llevado tanto tiempo que ya formaban parte de él, apenas las

sentía. Pero ahora sí las sentía. Más adelante, las viviendas cambiaban a bloques de departamentos. Eran bajos y grises como cadáveres, diseñados en forma de cruz. Coincidentemente, era un diseño común en prisiones modernas, con alas que irradiaban desde un núcleo central. Y muchos de los residentes de esta urbanización probablemente se sentían como en casa con esa arquitectura. La dirección de Brad estaba fuera de la vía principal y subiendo una leve colina, detrás de dos bloques que daban a Broadway. Una fila de garajes daba frente al bloque y al inevitable cartel de Prohibido Jugar a la Pelota en el césped que lo rodeaba. Unos niños pequeños pateaban un balón mientras llenaban el aire de palabrotas. Chicos mayores estaban sentados en el techo de los garajes, bebiendo de latas largas y fumando.

Mac salió del auto e ignoró a todos, dirigiéndose a la puerta principal. Encima, las ventanas mostraban la escalera zigzagueando a lo largo del edificio, cinco pisos. Brad vivía en el segundo. Mac presionó el timbre del departamento de Brad. No hubo respuesta. Pulsó el del vecino.

—¿Sí? —dijo una voz masculina, molesta.

—¿Está Brad, eh? —Mac exageró el acento, cargándolo de Craigmillar como asfalto recién echado.

—¿Ah?

—Brad, ¿está o qué?

—No conozco a ningún Brad, colega —y luego soltó una sarta de palabrotas.

El interfono se cortó. Mac gruñó y pulsó el botón de Servicios. Sorprendentemente, la puerta se abrió con un clic. Las escaleras comenzaban a su derecha, con un pasamanos cubierto de goma negra y peldaños de hormigón desnudo. Una luz enjaulada en cada rellano ofrecía algo de iluminación. Al llegar al rellano entre el primer y segundo piso, Mac aminoró el paso. Estirando el cuello, miró hacia arriba. Había voces allá arriba. Movimiento que resonaba por el hueco de la escalera. No había ascensor en ese edificio, así que solo había una forma de subir o bajar. Tal vez una salida de emergencia en un lateral. Mac dobló la última esquina y vio el departamento que le interesaba. La puerta estaba abierta, y un hombre salía cargando

una pila de cajas de cartón. Todas estaban cerradas con cinta y tenían etiquetas escritas a mano con orden. Mac alcanzó a ver lo que parecía una lista de nombres y fechas, pero el portador giró las cajas para poder mirar hacia abajo. Tenía una mata de pelo oscuro y grasiento y una boca floja, abierta y sin forma. Llevaba un pantalón deportivo azul con zapatillas blancas. Sus ojos oscuros se cruzaron con los de Mac.

Eran el tipo de ojos que habían visto a tantos polis que daba igual que Mac no llevara uniforme. Igualmente, Mac había visto esa mirada tantas veces que supo que no necesitaba sacar su identificación ni presentarse. Sería peligroso que le atraparan con la mano dentro del bolsillo interior. Y una pérdida de tiempo. Mac se lanzó hacia un lado cuando el hombre empujó sus cajas escaleras abajo. Con cierta conciencia, Mac oyó una voz familiar gritar con furia. Entonces, el portador de las cajas se le echó encima. Una patada le dio en el hombro y su talón resbaló en un peldaño. Mac cayó hacia atrás, consciente de los bordes duros de los escalones de hormigón. Su mano se aferró al pasamanos recubierto de goma y resbaló por él, frenando la caída, pero sin detenerla. El hombre desde arriba empujó con ambas manos y Mac le agarró las muñecas. Al soltar lo único que lo sostenía y comenzar a caer, Mac giró. Los ojos oscuros, llenos de malicia, se abrieron de par en par cuando el hombre perdió el equilibrio. Cayeron juntos; media docena de escalones con la caída de Mac amortiguada por su agresor.

Un golpe le dio a Mac en las costillas. Luego, una caja le golpeó la cara. Eso lo hizo soltar, y entonces lo empujaron hacia el rellano de hormigón. Una patada le dio en el estómago, agarró un tobillo, aferrándose como si le fuera la vida en ello. El atacante intentó retroceder; se enganchó con un pie y cayó contra la barandilla. Dos hombres más subían corriendo las escaleras, gritando. Mac soltó su agarre, se echó hacia atrás y se levantó, lanzando una patada mientras su agresor se abalanzaba de nuevo. Alguien apareció por un lateral, uno de los dos que subían. Mac golpeó a ciegas, reaccionando solo al movimiento. Otro golpe y le atraparon el brazo. El primer agresor le dio un puñetazo en el estómago y Mac se dobló.

—¡Eh! ¡Déjenlo! ¡Es policía, imbéciles! ¡Lárguense de ahí o los mato!

La voz era de Brad. El agarre se soltó y Mac volvió a caer sobre el rellano. Al mirar hacia arriba, vio a Brad blandiendo una botella que estalló en la cabeza del portador de las cajas. Luego agitó el cuello roto de la botella hacia uno de los otros dos. La expresión en su rostro era pura salvajada. Furia primitiva, feroz. Su gorra de béisbol estaba en el suelo junto con... una peluca. Brad resultó estar completamente calvo. Cabeza afeitada, sin cejas, ni un solo pelo en su cráneo con forma de huevo. Mac se incorporó agarrándose a la barandilla, observando cómo Brad ahuyentaba a los tres hombres. Regresó por las escaleras, recogiendo las cajas dispersas y respirando con dificultad. Mac se cruzó con su mirada, y un escalofrío le recorrió la espalda. No había nada en los ojos que lo observaban. Era como si Brad lo mirara a través de los agujeros de una máscara. Sus ojos estaban vacíos, muertos. La emoción de la pelea nunca llegó a ellos.

—¿Está bien? —le preguntó a Mac.

—Sí. ¿Amigos suyos, eh?

—Sí, en realidad. Pensé que me estaban haciendo un favor. Hablaré con ellos más tarde.

—¿Haciéndole un favor?

—Sabían que usted era poli. Los dos ya pisaron la cárcel. Creo que fue instinto. Pero conocen las reglas —las palabras en jerga sonaban extrañas en la voz refinada de Brad—.

Subió las escaleras hasta la puerta de su piso y la cerró de un tirón.

—Necesito mirar ahí dentro —dijo Mac—.

Brad se plantó frente a la puerta. Había recogido la gorra de béisbol y se la volvió a poner, observando a Mac con expresión impasible.

—¿Tiene una orden de registro? —preguntó.

—No, no la necesito —respondió Mac al llegar al rellano—.

—Sí la necesita —replicó Brad con calma—.

Había apilado las cajas que le habían lanzado a Mac junto a la puerta. Mac se agachó y giró la primera hasta que pudo ver la

etiqueta. Dos nombres, direcciones y fechas.

—¿Qué es esto? —preguntó, alcanzando la siguiente.

—Paquetes por entregar. Los depósitos trabajan las veinticuatro horas, pero yo no puedo repartir todo el día. Tampoco puedo dejarlos en la furgoneta por la noche. No por aquí. Así que los meto dentro.

—¿Su empleador lo sabe? —dijo Mac.

—Soy contratista para muchas empresas distintas y es una práctica común —respondió Brad con paciencia—. ¿Por qué vino hasta aquí? ¿Para verme? ¿Por qué? ¿Qué he hecho que justifique una visita personal de la policía?

Mac se incorporó, rotando el hombro y tocándose las costillas.— Todavía no lo sé —respondió.

—¿Necesito un abogado? No puedo pagar uno, pero Mike sí puede.

—Las personas inocentes no necesitan abogados —dijo Mac.

Brad se echó a reír. Su rostro se transformó por completo, volviéndose instantáneamente alegre. Mac intentó calcular su edad. Treinta y tantos, quizá.

—Díselo a Ashleigh Fenton —dijo Brad.

—¿Él es inocente? —preguntó Mac.

—Sí, lo es, en realidad —respondió Brad, dando un paso al frente.

La risa se desvaneció como una máscara que cae al suelo. Lo que quedó al descubierto fue un rostro tallado en piedra. Las cejas desnudas descendieron sobre unos ojos que parecían absorber la luz, devorarla. Ojos de diablo.

—Si no tiene nada que ocultar, entonces ¿por qué no me deja echar un vistazo a su departamento? —dijo Mac, negándose a retroceder.

Brad tenía la misma estatura, pero carecía de la corpulencia de Mac, lo que lo convertía en el hombre más pequeño.

—Está vacío. Me estoy mudando. Esta era la última carga —dijo.

Se oyó un ruido detrás de él. Mac miró por encima del hombro y vio a dos hombres, posiblemente los mismos que Brad había ahuyentado con una botella rota.

—¡Les dije que se largaran de aquí! —rugió Brad de repente—. ¡Váyanse! ¡Ahora!

Se fueron. Mac no pudo evitar sentirse impresionado.

—¿Hermandad Alfa? —preguntó.

—Sí. Ahora me pregunto cómo sabe eso, inspector detective McNeill. ¿Alguien ha estado contando secretos? —dijo Brad, respirando con fuerza por la nariz y fulminando a Mac con la mirada. A Mac se le heló la sangre al pensar en el peligro que podría correr Annie, pero mantuvo el rostro impassible.

—¿Usted es el jefe, entonces?

—¿Qué lo hizo pensar eso? Es una fraternidad que inicié en Saughton para ayudar a los hombres a sobrevivir allí dentro. Y cuando su sistema saca a esos hombres de esos infiernos y los obliga a vivir juntos en otro infierno distinto, la hermandad sobrevive.

—¿Ashleigh Fenton formaba parte de la hermandad? —preguntó Mac.

—Sí —respondió Brad.

—¿Por qué siento que me está desafiando? Me da información incriminatoria y me reta a hacer algo con ella —dijo Mac en voz baja. Miró las cajas—. O tal vez sólo intenta distraerme de algo que tengo justo delante de las narices.

Brad no reaccionó. No miró las cajas. En cambio, olfateó, desvió la vista y escupió. Luego volvió a mirar, clavando en Mac una mirada sin parpadear.

—Me da igual si abre cada una de las cajas. Sólo tengo que decirle a mi empleador que perdí una carga y por qué. Luego lo demandan a usted. Yo no pierdo nada. Adelante.

El problema era que tenía razón. Mac no deseaba otra cosa que abrir cada una de las cajas. Pero por la mañana estaría suspendido y Clio condenada. A menos que la caja contuviera partes de un cuerpo ensangrentadas. Lo cual no iba a pasar. Si este era el asesino, era demasiado inteligente para eso. Mac metió las manos en los bolsillos del pantalón. Sonrió con descaro.

—Voy a conseguir una orden de registro para su departamento... Brad —dijo.

—Ya no es mi departamento. Haga lo que quiera —dijo Brad.

Mac le dio la espalda a Brad y bajó las escaleras. En la planta baja vio a los dos hombres, apartados como perros amedrentados. Afuera, fumando, vio al hombre que había recibido el botellazo. La sangre le corría por un lado de la cabeza. Mientras Mac regresaba a su auto, el hombre se apresuró a entrar. Para cuando llegó a su vehículo, Mac vio a Brad apoyado en la barandilla de las escaleras del rellano, mirando hacia fuera. El hombre del pantalón deportivo azul estaba un peldaño por debajo de él y, mientras Mac observaba, Brad se giró y le puso una mano en el hombro, sonriendo. Parecía un general felicitando a uno de sus soldados por su valor en el frente. Al arrancar el motor, la imagen se le quedó grabada. Brad tenía carisma. No era un hombre nacido para trabajos serviles. Hablaba con un acento cultivado, pero tenía la obediencia de hombres que no le daban importancia a los actos más violentos, salvo para disfrutarlos. ¿Hasta dónde podía llegar ese poder de mando? ¿Podía convencer a uno de los suyos de confesar un asesinato? ¿Y el ADN? Fácil. Tomar un cabello de la cabeza de Ashleigh Fenton, o hacer que él mismo se lo arrancara, y colocarlo en el cadáver. ¿Realmente podía hacer que un inocente cargara con un asesinato? ¿Solo con carisma y una personalidad ganadora?

A Mac le dolían las costillas, pero no creía que estuvieran rotas ni fracturadas. Le dolía la oreja y sentía caliente un lado de la cara. Tenía un diente flojo. La mayoría de las heridas venían de la caída por las escaleras. Por lo demás, había dado tanta pelea como la que recibió. Mac se alejó conduciendo, sintiendo esos ojos oscuros clavados en él hasta que el edificio desapareció de su vista. Brad estaba limpiando la casa. No era una coincidencia, Mac estaba seguro de ello. Pero no tenía pruebas para conseguir una orden de registro. Brad lo sabía. Mac no sabía cómo lo había hecho, pero estaba convencido de que había matado a Michael Gaines y había incriminado a Clio.

Capítulo Treinta Y Uno

Mac estaba sentado en el banco de piedra que hacía de cama en la celda. Comía papas fritas de una caja, con un batido de vainilla en el suelo junto a él. Clio estaba a su lado, succionando pensativamente con la pajilla de su Coca-Cola. Tenía los pies recogidos bajo el cuerpo y se apoyaba en él, hasta que finalmente apoyó la cabeza en su hombro. Jim Maxwell había mantenido la visita fuera de los registros y había cerrado la puerta de la celda, confiando en el juicio de Mac.

—Mac, no sé cómo voy a sobrevivir aquí dentro esta noche —dijo Clio.

—Sé lo aterrador que es esto para ti, Clio, pero vas a sobrevivir. Es solo una noche. Puedes hacerlo —respondió Mac—. Te sacaré de aquí antes de que tengas que ir a juicio.

—¿Y si la comisaría tiene una noche movida y tengo que compartir celda?

—No lo hará. Aquí no hacemos eso, Clio. Si las celdas están llenas, Jim manda a los detenidos a la comisaría más cercana. Esto no es Estados Unidos.

—¿Y crees que ese repartidor es el asesino?

Mac asintió, se inclinó para tomar su batido y reprimió un gemido de dolor por las costillas adoloridas.

—Es mucho más que un repartidor. Kai investigó un poco y yo también hice lo mío. Hasta agosto de 2019, Brad Buchanan estuvo en Saughton acusado de violación y agresión a su exnovia. Era un cirujano estético exitoso que obligaba a mujeres a someterse a operaciones que no necesitaban.

—Dios mío.

—Creo que por eso marca el rostro de sus víctimas de esa manera. Es igual que como un cirujano plástico dibuja sobre sus pacientes para señalar dónde va a cortar. Creo que él lo ve como una forma de mejorarlas. Un bisturí encajaría con el perfil del arma homicida.

—¿Pero por qué yo? ¿Y cómo? He estado dándole vueltas sin parar, intentando entender cómo me pasó esto. Todavía no lo sé.

—Lo vi con cajas. Tenían nombres, direcciones y fechas. Su trabajo consistía en manejar paquetes que iban de una persona a otra. Es posible que quedaran células de piel atrapadas bajo alguna cinta de embalaje. O un cabello. Incluso saliva, si sabe cómo extraerla. Si eres el mensajero, sabes quién envió el paquete. Sabes a quién pertenece el ADN.

—Y he estado enviando muchos paquetes por la mudanza. He vendido cosas que no quiero llevarme. ¿Así que consiguió mi ADN? ¿Pero por qué usarlo? ¿Por qué quiere destruir mi vida? ¡Ni siquiera lo conozco, Mac!

Mac se encogió de hombros.

—Todavía no lo sé. Eso depende del motivo y sin interrogarlo, solo puedo hacer conjeturas. Tal vez fue pura maldad, o simplemente ego. Los cirujanos tienen la vida de una persona en sus manos... quizá ese era su motivo: volver a sentir ese tipo de poder. En su antigua vida tenía una riqueza extraordinaria y un negocio exitoso con clientas de todo el mundo. El socio de Brad era un político y hubo un escándalo político bastante feo. Kai encontró algunos antecedentes similares, pero este incidente se refería a acusaciones graves de abuso sexual contra becarias y un par de asistentes personales. Luego, varias semanas después de que salieran a la luz, las acusaciones desaparecieron, como si se hubieran resuelto discretamente fuera de los tribunales y silenciado.

Brad tenía buenas conexiones, trabajaba como asesor de un miembro de la Cámara de los Lores. Su padre y su abuelo fueron diputados conservadores. Pero su vida de privilegio terminó porque una mujer alzó la voz. Podría ser simplemente porque eres una mujer.

—Basta. No puedo soportar que se hable de eso con tanta frialdad. No puedo creer que exista un ser humano tan malvado que destruya a alguien al azar solo por... por...

—¿Diversión? ¿Por nada? ¿Para recuperar el poder que perdió? Podría ser cualquiera de esas razones, pero yo apostaría a que necesita sentirse poderoso, especialmente sobre las mujeres. Está yendo a por ti, Clio. Creo que puede ser tan objetivo como las personas que ha matado. Así consigue dos víctimas por el precio de una.

—Dios mío, Mac, esto es horrible. ¿Cómo podría saber tanto sobre mí como para asegurarse de que no tuviera una coartada cuando la necesitara? ¿O que no estuviera de vacaciones o algo así? ¿Me ha estado acosando?

—No lo sé, Clio. Podría haberlo hecho de muchas formas. ¿Has hecho nuevas amistades en línea últimamente? ¿O has recibido una solicitud de amistad de algún viejo amigo, de la nada?

—No. Nada de eso.

—¿Maia está en línea?

—Bueno, sí. Está en algunas cosas, pero...

—Pudo haber estado ganándose la confianza de Maia para obtener información sobre ti. Sus movimientos, su... auto.

Mac se quedó en silencio, viendo en su mente el auto de Michael Gaines. Y el de Clio había sido encontrado en el aeropuerto, en una zona de estacionamiento de corta duración. Con el guardabarros abollado. Estaba estacionado allí después del momento estimado de la muerte de Michael Gaines. El conductor llevaba capucha y máscara. Brad habría visto el auto tras hacer una entrega o recogida en casa de Clio. Y se habría enterado de la venganza contra Michael Gaines hablando con Maia en línea.

—Probablemente creó un perfil falso, fingiendo ser una chica de la edad de Maia. Se hizo amigo de ella y la presionó para obtener

información.

—Dios mío, Mac, esto es una pesadilla. He hecho todo lo posible por mantener a Maia a salvo y no ha servido de nada —sollozó Clio.

—Claro que sí, Clio. Deja de culparte. Nada de esto es culpa suya, ¿de acuerdo? Voy a hablar con Mel y pedirle que hable con Maia y eche un vistazo a su teléfono. ¿Es probable que Maia siga despierta? Ya pasaron las once.

—Sí, seguirá despierta. Incluso en tiempos normales cuesta que se duerma. Es por el TDAH. Perdón, el TDA. Odio la D, no es un déficit, es simplemente cómo es ella.

—Voy a encontrar la manera de demostrar todo esto. Lo prometo. Solo necesito un hilo suelto del que tirar y todo se desmoronará.

—Por favor, date prisa, Mac. Apenas y me sostengo —dijo Clio, con la voz ahogada mientras apoyaba la cara contra su brazo.

Mac levantó el brazo y lo pasó por los hombros de ella. Clio se acurrucó en su abrazo. Mac pensó en Siobhan. En la esperanza que ella le había dado hacía menos de dos semanas. Debería haberla llamado. Pero la vida se había interpuesto. No podía pensar en ella ahora. Se abrió la mirilla de la puerta y apareció un rostro. Mac sabía de qué hablarían los chismes, pero descubrió que no le importaba. El cansancio lo envolvió y echó la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos por un momento. Pronto tendría que dejar a Clio, pero antes iría a la oficina a revisar los archivos que Kai le había enviado. ¿Alguna vez había dudado de que Kai pudiera llegar a sargento? Había dado un gran paso. Mac sintió un orgullo paternal por los riesgos que el joven había asumido por él. Y que había logrado superar. Su mente divagó mientras escuchaba la respiración profunda y regular de Clio. Dejó que su conciencia se relajara, permitiendo que emergiera su subconsciente. Se sentía cómodo sosteniéndola así, sintiendo el calor de ella a su lado. Era reconfortante y relajante.

Apoyó la mejilla sobre la cabeza de ella. Un nombre le vino a la mente y tardó un momento en ubicarlo. Derek Tonford. Ese había sido el primero de los nombres en la caja que había examinado, la caja que pertenecía a Brad Buchanan. Dejó que fluyera a través de él, sin intentar retenerlo, permitiendo que su conciencia divagara.

Derek Tonford. Amanda Croker. Ese era otro nombre. ¿Víctimas? No había forma de saberlo. Podrían ser simplemente personas que tenían paquetes para entregar. O que esperaban recibirlos. Amanda Croker. ¿Por qué ese nombre le sonaba de repente tan familiar? ¿Porque lo acababa de leer en un papel? No, había otra razón. Saboreó el nombre, jugó con él, dejándolo rodar en busca de una memoria. Clio murmuró en sueños y se movió. Mac se dio cuenta de que había empezado a tensarse y ella lo había notado. Forzó los músculos del brazo y del hombro a relajarse. ¿De dónde conocía a Amanda Croker?

Cuando lo recordó, se incorporó de golpe. Clio se despertó sobresaltada con un pequeño jadeo. Mac se sentó en el borde del banco, pasándose las manos por el pelo y mirando al suelo. Pero lo que veía era un cabello corto, teñido de rubio. Un rostro oscuro, ojos color avellana. Feroz, y que se dejaba llevar por el habla vernácula caribeña cuando se enfadaba. Amanda Croker era abogada. Una espina en el costado de Mac más de una vez. Una abogada muy buena que solía ser llamada cuando los sospechosos no podían pagar su propia representación legal. Directa. Independiente. ¿Era así de simple? ¿Brad estaba atacando a mujeres que se defendían públicamente? Michael Gaines era gay, drag queen y expresaba abiertamente opiniones que lo habían enfrentado tanto a padres como a directivos escolares. Zoe Phillips había estado activa en la política estudiantil. Clio había defendido a su hija en redes. Vicky McCourt se había enfrentado a su exmarido.

—No tiene sentido. Cada muerte ha sido un montaje. Público. No hizo ningún esfuerzo por ocultarlas. ¿Por qué hacer algo distinto con Vicky McCourt? La dejó durante dos semanas en su piso. Y de repente Fenton confiesa. A menos que...

Ashleigh Fenton entrega un mechón de cabello como prueba de ADN. ¿Por qué? Porque su líder se lo pidió. ¿Podía Brad tener tanto poder sobre los miembros de su Hermandad? ¿Qué recibe Fenton a cambio?

—Fenton quiere vengarse de su esposa. Brad la mata. Le dice a Fenton que confiese solo después de que lo arresten por Zoe

Phillips. Fenton odia tanto a su ex que acepta. ¡Brad estaba probando su sistema!

Mac se puso de pie, sintiendo como si una luz repentina lo iluminara, atravesándolo por completo. Brad ideó la idea de plantar pruebas de ADN. Tal vez en prisión. Tal vez años atrás. Quiere ver si funciona. Necesita un voluntario. Alguien que le deba un favor. Ash Fenton.

—Mata a mi ex y puedes tener un cabello para plantar en el cuerpo de la chica que quieres matar. Y cuando arrestamos a Ash Fenton, Brad pone en marcha su plan. Sabe que su sistema funciona. ¡Se lo hemos demostrado!

—Mac, no entiendo del todo. No sé quiénes son todas estas personas, pero claramente estás entusiasmado con algo. ¿Has logrado un avance?

Mac se giró, radiante.

—Estoy cerca. ¡Muy jodidamente cerca! Voy a sacarte de aquí, Clio.

Golpeó la puerta con fuerza hasta que Jim Maxwell apareció, con expresión agobiada.

—Perdón, Jim. No quiero armar un escándalo. Cuídala, ¿sí?

Luego Mac se dirigió a grandes zancadas de regreso a su oficina. Estaba oscuro cuando entró; las luces respondieron al movimiento un momento después. Arrojó la chaqueta sobre el escritorio y encendió el portátil. Las once y media de la noche. Tenía que arriesgarse. Abriendo el sitio web del Nuevo Pacto, buscó los datos de contacto del retiro en Loanhead. Michael Fielding aparecía en la lista y Mac consideró su número brevemente. Luego encontró a Annie Sullivan. Ingresó el número en su teléfono, esperando que ella contestara, esperando que hubiera guardado su número desde la tarjeta que él le había dado.

—¿Hola? —la voz de Annie, en un susurro.

—Annie. ¿Está sola? —preguntó Mac con urgencia.

—Sí. Estoy en mi habitación, en el retiro —respondió ella—. ¡No debería estar llamándome!

—Lo sé. Pero podría salvar la vida de una mujer inocente. Es Brad. Pero para probarlo necesito acceso a sus cosas. En particular,

cajas marcadas con nombres, direcciones y fechas. ¿Está él en el retiro?

—Estuvo aquí para cenar. Pero salió —respondió Annie.

—¿Tiene acceso a su habitación?

—¿iSu habitación!? ¿Está diciendo que es un asesino y quiere que yo vaya...?

—Sí. Lo siento, Annie. Para cuando llegue hasta allá, podría ser demasiado tarde. Necesito ver esas cajas. Necesito los nombres. Creo que son sus víctimas planeadas. No tengo idea de cuántas hay ni en qué orden las está eligiendo, así que solo necesito la lista y podré hacer algo para protegerlas. Por favor, Annie. No se lo pediría si hubiera otra forma.

Silencio. El corazón de Mac golpeaba contra su caja torácica, intentando escapar. Respiraba rápido y con fuerza.

—Está bien. Iré ahora.

—Llámeme de vuelta por videollamada. Todo lo que tiene que hacer es apuntar su teléfono hacia las cajas, si están ahí —dijo Mac con urgencia.

La línea se cortó. Esperó un minuto, luego dos. Después de cinco, estaba a punto de llamarla de nuevo cuando su número apareció en su teléfono, solicitando una videollamada. Aceptó y vio una habitación a oscuras, iluminada por la linterna del teléfono. Una cama individual contra la pared. Un escritorio y un armario de montaje rápido eran los únicos otros muebles. Sobre la cama había tres cajas de cartón. Annie se acercó hasta que Mac pudo leer las etiquetas. Dos estaban selladas. Una estaba abierta. Y vacía. Llevaba los nombres de Derek Tonford y Amanda Croker. Su búsqueda en línea aún no había arrojado coincidencias satisfactorias para Derek Tonford. Había uno que era profesor en la Universidad de Stanford, en California. Otro era director ejecutivo en LinkedIn. Una serie de ellos en Facebook, algunos sin ubicación, otros muy lejos de Edimburgo. Amanda Croker fue fácil de encontrar. Vivía en Morningside, en una villa victoriana reformada. Dirigía su consulta en la planta baja, junto con sus numerosos grupos de campaña y presión. Todos relacionados de algún modo con la comunidad LGBTQ+.

No sabía cuál de los dos estaba en peligro, pero podía proteger a Amanda Croker. Protegerla y esperar que Derek Tonford no fuera la víctima prevista.

—Gracias, Annie. Ahora sal de ahí. Estoy organizando una orden para incautar esa propiedad y una patrulla uniformada estará allí en media hora. Antes, si se puede.

—No necesita apresurarse, Inspector Jefe McNeill —dijo Michael Fielding.

El teléfono fue girado y Mac vio que era Fielding quien lo sostenía. Annie estaba detrás de él, vestida con un pijama grueso de tartán, mordiéndose las uñas.

—Voy a cerrar las puertas con llave y mandaré estas cajas a mi oficina. No voy a dejar que Brad Buchanan vuelva a entrar. Si usted se equivoca, entonces pediré perdón a Dios. Pero si tiene razón, Él no me perdonará si me quedo de brazos cruzados.

Capítulo Treinta Y Dos

Mac colgó. Una caja abierta con el nombre de Amanda Croker. No podía salvar a Derek Tonford, fuera quien fuera, si es que realmente era la víctima prevista. Pero el hecho de que la caja estuviera abierta y vacía significaba que el tiempo se estaba acabando. Si la teoría de Mac era correcta, Brad iba camino a su víctima. Tal vez ya estaba allí, plantando el ADN de la otra persona nombrada en la caja. Destruyendo dos vidas. Levantó el teléfono para llamar a Reid, luego volvió a colocar el auricular. Reid tal vez no estaría dispuesto a aceptar la teoría de Mac, especialmente si implicaba dismantelar el caso de Akhtar contra Ash Fenton. Mac sentía que Michael Fielding haría todo lo posible, pero era evidente que había seguidores de la Hermandad Alfa de Brad presentes. Fielding y Annie estarían en minoría y en peligro. Agarró su abrigo del respaldo de la silla y se pasó una mano por el cabello, comprobando una vez más la dirección de Amanda Croker. Al salir de la oficina, llamó a Michael Fielding.

—Señor Fielding, voy a enviarle una patrulla uniformada por si Brad regresa. Él Tiene al menos a un hombre ahí dentro con usted. Probablemente haya más.

—Está hablando de mis hermanos, inspector jefe —respondió Fielding, algo pomposo—. Hermanos en Cristo. Tengo fe.

—Yo no. Y si él vuelve con intención de destruir pruebas, su Hermandad se pondrá de su lado. Estoy seguro de ello.

—La hermandad de Cristo es más fuerte que la del hombre —dijo Fielding—. Usted no conoce a estos hombres como yo, detective. Están reformados.

—¡Dios! —soltó Mac.

—Exactamente —respondió Fielding sin dudar.

—La policía ya va en camino, ¿ok? —dijo Mac, colgando.

La siguiente llamada fue a Kai. Mac estaba saliendo del ascensor cuando respondió. Había alboroto de fondo. Sonaba como un bar.

—Kai, le necesito —dijo Mac—. ¿Cuánto ha bebido?

—Nada, jefe. En serio. Bueno, un par de cervezas, pero...

—Llévese una botella de agua, chupe una pastilla de menta y encuéntreme en el 2 de Allison Drive. Está en Morningside, justo saliendo de Comiston Road, cerca del cementerio. Vive allí un abogado que disfruta criticando públicamente a la policía, así que, por el amor de Dios, que no se le note el aliento a alcohol.

—Joder, jefe. Cualquiera pensaría que le estoy pidiendo un favor, ¿eh?

—Lo sé. Perdona, Kai, pero me estoy quedando sin gente en la que confiar, y estoy intentando evitar otro asesinato. Traiga el chaleco antibalas.

—Ningún problema, jefe. Salgo ya.

Mac oyó una voz femenina al fondo, que no sonaba nada contenta. Kai la estaba despachando cuando colgó. Mac caminó por un pasillo y llamó a la puerta del comandante de guardia. Al abrirla, vio que era Fran Dryden y suspiró aliviado por dentro. Fran era estricta con el protocolo, pero no dudaría en actuar en una emergencia.

—Perdón por irrumpir así, señora. Tengo razones para creer que un asesinato puede estar ocurriendo o a punto de ocurrir. Tengo una ubicación y necesito apoyo.

Fran tenía el cabello oscuro enmarcando un rostro alargado, con una mandíbula fuerte y labios delgados. Su uniforme parecía recién salido de la tintorería. Alzó una ceja mientras levantaba el teléfono.

—¿Cuántas unidades necesita y dónde? —dijo con tono seco.

Mac dio la dirección y un resumen de la situación. Un hombre que se creía violento y peligroso. La posibilidad de que tuviera apoyo. Hombres con una lealtad apasionada hacia él.

—En ese caso, autorizaré un equipo de respuesta armada. Pueden salir contigo en cinco minutos.

—Necesitan mantenerse al margen al principio, hasta que pueda hacer un reconocimiento del lugar —dijo Mac.

—Ese es el trabajo del equipo táctico, inspector jefe. Espero que no esté proponiendo hacerse el héroe.

—En absoluto, señora. Pero creo que este hombre está asustado. Está actuando con prisa porque sabe que estoy tras él. Si llegamos demasiado pronto y con las luces encendidas, puede que se marche.

—¿Quiere atraparlo en el acto? ¿Y poner en peligro a un civil? No, inspector jefe. No lo permitiré. El equipo táctico entra primero.

—Señora. Si se marcha, tendrá la oportunidad de desaparecer. Podría empezar de nuevo en otro lugar. Y no tendríamos forma de prever dónde ni cuándo. Creo que ya hay una civil en peligro y podría perder la vida si no llego a tiempo para detenerlo. Y más personas morirán si no asumo este riesgo. Un riesgo personal. Por favor, señora.

Fran frunció los labios delgados, golpeando con una uña el auricular del teléfono.

—De acuerdo. Le diré a las unidades de apoyo que se mantengan atrás y le dejen entrar primero. Pero necesitará un agente con usted. No voy a permitir que ningún agente bajo mi mando se exponga al peligro sin respaldo.

—Mi sargento está en camino. Me cubrirá las espaldas.

Mac caminó por Comiston Road. A ambos lados se alzaban edificios de departamentos, parte de la antigua arquitectura victoriana de Edimburgo. En otras zonas de la ciudad, estaban manchados de negro y de un marrón leproso por el ácido de las emisiones de los vehículos. En esta parte, en cambio, estaban pálidos y limpios,

mantenidos así gracias a costosas limpiezas con chorro de arena pagadas por administradores que cobraban una fortuna en honorarios a los propietarios y arrendatarios adinerados. Setos bien recortados daban privacidad al nivel del sótano de los edificios. Algunas ventanas, tanto en el sótano como a nivel de calle, anunciaban consultas de dentistas, abogados, asesores financieros y contadores. Hoy en día, la mitad de estas propiedades eran comerciales y la otra mitad residenciales. De vez en cuando, una ventana iluminada dejaba ver techos altos con molduras elaboradas. Estanterías y pantallas de lámparas de diseño. Ningún televisor de pantalla plana colgado en la pared aquí, y ningún auto estacionado fuera más pequeño que un Tesla Modelo 3. Mac caminaba con las manos en los bolsillos del pantalón, el abrigo echado hacia atrás. Su típica arrogancia. Llevaba un auricular conectado a una radio en el bolsillo del abrigo.

Más adelante, en la esquina con Allison Drive, vio una figura apoyada contra una pared, vapeando. Era Kai. Había encontrado a Mac en lo alto de Comiston Road, donde el equipo de apoyo había montado un control de carretera. Los equipos de respuesta armada avanzaban a pie, formando un cerco alrededor de la propiedad objetivo. Su trabajo era asegurarse de que nadie que intentara huir de la escena lograra escapar. Más agentes uniformados estaban cerrando las otras calles que llevaban a Comiston Road, manteniéndose lo suficientemente lejos como para que nadie dentro del número 2 de Allison Drive pudiera ver sus chalecos reflectantes ni las luces azules. Si Brad no estaba allí, Mac iba a quedar en ridículo. Como mínimo. Pero no le importaba. Si eso derivaba en una queja formal por mala gestión de recursos por parte de Fran Dryden, seguida de una suspensión, que así fuera. Brad había atacado a alguien que le importaba a Mac. Estaba empezando a convertirse en una figura de odio para él, casi al nivel de Mark Souter. Un hombre que creía que podía arrasar con la vida de alguien, causar devastación y no enfrentar consecuencias. Eso iba a terminar.

Kai miró a su alrededor cuando Mac se acercó. Como Mac, llevaba un chaleco antibalas. A diferencia de Mac, Kai iba vestido

para salir de noche. Jeans ajustados, botas y una camisa entallada de manga corta bajo el chaleco.

—¿No tiene frío, amigo? —dijo Mac en voz baja.

—Estoy cagado de frío, jefe, pero la chaqueta no me entra encima del chaleco —respondió Kai, dándole una calada al vapeador.

Mac percibió una ráfaga de colonia.

—Espero que su novia no se haya enfadado mucho —dijo.

—No es mi novia. Todavía no. Pero tranquilo, cuando le conté lo que estaba haciendo, quedó muy impresionada. Cree que soy un héroe. No me estaba yendo muy bien hasta que llamó, así que...

Mac gruñó, mirando desde la esquina hacia Allison Drive. Era un pequeño callejón sin salida formado por tres villas grandes. Dos a cada lado y una de frente a Comiston Road. Esa era el número 2.

—Fíjese en la furgoneta blanca, justo al final de la calle —dijo Kai.

Mac miró. Tuvo que acercarse al bordillo para ver más allá de la hilera de árboles que bordeaba ambos lados de Comiston Road. Allí estaba.

—Me di una vuelta por ahí. Es la matrícula que me envió por mensaje y no hay nadie dentro —dijo Kai.

Estaba temblando y encogía los hombros, pero no apartaba la vista del número 2 de Allison Drive. Se veía alerta y listo para entrar en acción.

—No hay señales de nadie al frente. Nuestro chico debe de estar por la parte de atrás —dijo Kai.

Mac tocó la radio en el bolsillo de su abrigo, buscando el botón de transmisión.

—McNeill. Tenemos a la vista el vehículo objetivo. Furgoneta blanca tipo transit, estacionada a unos veinte metros de Allison Drive. No hay señales de nadie cerca.

—Comandante Estratégico—respondió Fran Dryden—. Afirmativo. Mando táctico, ¿pueden confirmar si tienen visual del vehículo?

—Mando táctico, afirmativo.

—McNeill. El Sargento Stuart y yo nos acercamos.

—Comandante Estratégico, confirmado.

Mac quería salir corriendo. Correr hacia la casa y empezar a golpear la puerta, derribarla si era necesario. Brad estaba allí. Amanda Croker podría estar muerta ya. Pero sabía que actuar demasiado rápido podía costarle la vida o permitir que Brad escapara. Podía terminar arrestado por allanamiento de morada. O por agresión con intención. Y estaría en la calle en uno o dos años. No sería justicia. Kai se mantenía cerca de su lado. A medida que se acercaban a la casa, pasaron de caminar con rapidez a trotar. El frente de la casa parecía intacto. Una verja de hierro forjado negra estaba cerrada, al igual que la puerta principal, a la que se accedía por un tramo de escalones de piedra y que estaba cubierta por un pórtico clásico sostenido por columnas estriadas. Un cartel sobrio y minimalista en el pilar de piedra anunciaba Croker Legal. El logotipo tenía una bandera arcoíris debajo. Otro cartel más abajo mostraba varios arcoíris de diferentes colores que presumiblemente representaban todo el espectro de sexualidad y género. Croker no ocultaba su lugar dentro de la comunidad LGBTQ+.

La casa tenía un sendero de grava que corría por ambos lados hacia la parte trasera. Mac lo había revisado en la vista satelital y parecía que había acceso a la parte trasera de la propiedad desde ambos lados. Según los mapas, había un césped, un patio y muebles de jardín antes de una línea de árboles que separaba la propiedad del cementerio de Morningside. Señaló hacia la izquierda y Kai se dirigió en esa dirección, manteniéndose sobre el borde de césped para no pisar la grava. Mac tomó el lado derecho, mirando hacia arriba. Las ventanas estaban oscuras y no había señales de vida. Saltó del césped a la grava mientras avanzaba por el lateral de la casa, para mantenerse pegado a la pared. Al llegar a la esquina, se asomó. Las luces de seguridad en la parte trasera se encendieron. Kai estaba rodeando la esquina lejana, también pegado a la pared, y al llegar a una ventana mirador, se inclinó para mirar dentro. Mac escaneó el césped y el patio, sin ver nada en movimiento excepto a Kai. Había otra ventana mirador de su lado y lo que parecían ser puertas francesas en el medio que daban al patio. Levantó la cabeza para mirar dentro de su ventana mirador. No había cristales rotos. La habitación estaba oscura.

Mac sacó una linterna de bolígrafo de su bolsillo y la encendió. El haz de luz recorrió una oficina con plantas altas en macetas, estanterías, un escritorio y... ¡mierda!

—McNeill. Cuerpo de un hombre en la planta baja... —intentó orientarse para dar indicaciones que tuvieran sentido para el equipo táctico—. Lado este. Boca abajo. Hay sangre. Vamos a entrar.

Kai fue el primero en llegar a las puertas. Probó el picaporte, que giró sin resistencia. La puerta se abrió en silencio. Kai se deslizó al interior, Mac detrás de él. Más allá había una cocina con una puerta que conducía a la oficina.

—Ve a revisarlo —susurró Mac.

Kai se deslizó hacia la oficina, y Mac cruzó la cocina hasta un pasillo más allá. Se oyó un forcejeo arriba y una voz masculina gimiendo de dolor, luego gritando. Después, una mujer gritó, seguida del sonido de pasos corriendo. Mac corrió hacia el pie de las escaleras.

—Está respirando. Herida en la cabeza —la voz de Kai se escuchó por el canal de radio abierto.

Mac iba a mitad de camino por las escaleras cuando una mujer apareció en lo alto.

—¡Policía! —gritó Mac.

La mujer tenía el pelo corto, teñido de rubio platino, y estaba descalza, vestida con un traje de pantalón y blusa. La blusa era blanca y Mac pudo ver la sangre que la manchaba. Comenzó a bajar corriendo las escaleras, pero tropezó y sus ojos se pusieron en blanco. Mac se preparó para recibirla cuando cayó sobre él. Era una mujer corpulenta y su impulso lo arrastró al suelo, estuviera preparado o no. Mac intentó mantenerse entre ella y el suelo duro mientras trataba de mantener la cabeza erguida y evitar que le partiera el cuello como una ramita. Brad apareció en lo alto de las escaleras. Llevaba un traje forense de papel, la capucha puesta y el rostro cubierto por una mascarilla. Mac reconoció sus ojos. Llevaba guantes y sostenía un escalpelo ensangrentado en la mano derecha, el dedo índice apoyado sobre la parte superior, la mano extendida a un lado.

—¡McNeill! ¡Se requiere refuerzo! ¡Agente caído! —logró jadear Mac.

Un murmullo de voces llenó su oído. La orden de intervención vino de Dryden, seguida por la instrucción del líder del equipo táctico. Brad se quitó la mascarilla, metiendo la mano bajo la capucha. Sonreía mientras bajaba lentamente las escaleras. Amanda Croker estaba semiinconsciente. Mac podía sentir la sangre. La apartó bruscamente y retrocedió a gatas, los talones resbalando contra el suelo. Brad saltó los últimos escalones, sonriendo. Y Kai cayó sobre él desde atrás. Le agarró el antebrazo y la muñeca, torciéndoselos hacia arriba y detrás, mientras todo su peso caía sobre los omóplatos de Brad. Este golpeó el suelo de cara y su nariz estalló cuando Kai le empujó la cabeza hacia abajo con el talón de una mano. Con la otra sostenía la mano del cuchillo de Brad en alto, entre sus omóplatos, forzando los dedos a abrirse hasta que el arma cayó. Agentes armados irrumpieron por la puerta trasera proclamando su presencia a gritos. Mac se aferraba al pomo de la puerta principal, medio suspendido del suelo. Brad no emitió ni un sonido.

—Está usted arrestado por agresión con arma mortal, intento de asesinato y agresión a un agente de policía. No tiene que decir nada, pero puede perjudicar su defensa si no menciona, al ser interrogado, algo que luego pretenda usar en el juicio —gritó Kai por encima del alboroto del equipo táctico que invadía la casa.

Mac sonrió, luego hizo una mueca. Si no se había roto una costilla en las escaleras del piso de Brad, pensó que probablemente lo había hecho ahora. Kai le devolvía la sonrisa, con una expresión que parecía decir que le encantaría repetirlo todo otra vez.

Capítulo Treinta Y Tres

Mac sorbió su café mientras observaba a Brad a través de un espejo bidireccional.

—Parece tranquilo —comentó Mel, sentada a una mesa frente al espejo.

—Rechazó a un abogado —dijo Mac—. Eso suele decirte algo sobre la persona con la que estás tratando.

—No se da cuenta de lo metido que está en la... —empezó Kai.

—Oh, yo creo que sí lo sabe. Si tengo razón, está deseando atribuirse el mérito de los tres asesinatos —dijo Mac.

Había dormido apenas dos horas. Después del arresto de Brad, había ido a Urgencias, donde le dieron analgésicos y le vendaron las costillas. Tenía una fractura, pero no una rotura completa. Mac no podía respirar profundamente sin sentir una punzada de dolor. Tenía el lado derecho de la cara hinchado y le dolía la cabeza. Probablemente otra conmoción, pero se negó a quedarse ingresado. Siobhan no estaba de turno. Brad había quedado en una celda tras ser acusado y rechazar un abogado. Dryden había hablado con Reid y elogiado a Mac. Reid le había dado una palmada verbal en la espalda y luego exigido saber cómo supo que iba a cometerse un asesinato. Mac le respondió con indiferencia que todo formaba parte

de la investigación de Zoe Phillips, Vicky McCourt y Michael Gaines. Le dijo a Reid “de nada” y colgó.

Había pasado a ver a Clio; le dijeron que estaba dormida y que una agente se había quedado con ella un rato. Mac le debía un gran favor a Jim Maxwell. Finalmente, empujó dos sillas en su despacho y se quedó dormido con la cabeza colgando hacia atrás. El ruido fuera de su oficina lo despertó, y salió justo cuando su equipo llegaba al trabajo. Kai parecía como si hubiera tenido una semana de vacaciones: ojos brillantes y prácticamente rebotando sobre los pies. Mac puso al tanto a Mel de los acontecimientos de la noche e ignoró a Akhtar. Luego se lavó en el baño de hombres y fue a interrogar a Brad Buchanan.

—Kai, puede entrar conmigo —dijo Mac—. Es lo justo. Usted hizo el arresto.

—Gracias, jefe —respondió Kai.

—¿No quiere que Nari entre conmigo? —preguntó Mel, con aparente indiferencia, aunque no engañaba a Mac.

—No. Ahora es de Akhtar. Estoy recomendando a Kai para el ascenso a sargento detective y voy a pedirle a Reid que transfiera a Nari —dijo Mac, con la voz desprovista de emoción.

—¿Está seguro de eso, jefe? —preguntó Mel—. Quiero decir, todos cometemos errores...

—Nari abandonó el barco cuando parecía que Akhtar iba ganando. Estaba pensando en su propia carrera, no en el equipo ni en el caso. No necesito gente así. Está fuera —dijo Mac con firmeza.

Kai abrió la boca, pero Mac simplemente lo miró y él la cerró de nuevo.

La puerta de la sala de observación se abrió y Reid entró, aún con su abrigo puesto.

—¿Este es el tipo? —dijo a modo de saludo.

—Lo es —respondió Mac.

—Y lo vamos a acusar de intento de asesinato.

Reid miraba a Mac con una intensidad capaz de derretir el concreto. Sabía cuál era el cargo y lo preguntaba porque buscaba pelea.

—Es por lo que lo estamos reteniendo —respondió Mac—. Pero voy a sacarle más.

—Ajá, ¿como qué? —La boca de Reid quedó entreabierta con actitud beligerante y sus nudillos gruesos golpearon la mesa.

—Como por ejemplo, tres cargos de asesinato —dijo Mac con tono sereno.

Reid lo fulminó con la mirada, y Mac le devolvió la mirada con igual intensidad. No pensaba dejarse apartar por cuestiones políticas. Ni aceptaría que lo echaran de la sala de interrogatorios, ni siquiera el subjefe de la policía o el propio jefe de la policía.

—Nadie más conoce a este hombre como yo. Lo tengo calado. Y si consigo sacarle la confesión que creo que lleva dentro...

—Entonces el subjefe me va a patear el trasero y Akhtar lo filtrará a la prensa en menos de un minuto. Solo consiga el motivo del intento de asesinato, ¿vale? No necesitamos más que eso.

—Clio Wray necesita más que eso —dijo Mac.

—¡Ese caso está cerrado, inspector! —bramó Reid—. Perdón, ¿me equivoqué de rango? Debo de estar pensando en mañana.

—Kai, conmigo —ordenó Mac con brusquedad, empujando a Reid al pasar.

—Si quiere que salga de la sala, va a tener que venir usted mismo a sacarme a rastras —dijo Mac al abrir la puerta.

—¡Mac! —espetó Reid—. ¡Por el amor de Dios, madure y mire el panorama completo!

—Estoy viendo el panorama completo, señor, y no creo que me guste. Al menos no su parte del panorama —replicó Mac—. Puede que Mayhew le tenga los huevos en una prensa, señor, pero los míos siguen colgando libres.

Salió de la sala de observación y abrió la puerta de la sala de entrevistas. Reid cerró la boca de golpe, conteniendo algunas palabras altisonantes. Mac no miró atrás y Kai, para su crédito, entró detrás de él con serena confianza.

Kai se sentó e hizo las presentaciones formales en la grabadora junto con la fecha y la hora, luego dejó que Mac tomara el control.

—Bhradain Kelso Buchanan —dijo Mac, tomando asiento—. ¿Por qué intentó matar a Amanda Croker?

Brad parecía ajeno con su traje forense, uno nuevo que le habían dado en los calabozos. Su cabeza estaba pálida y calva, los ojos oscuros e insondables. Las comisuras de su boca se curvaron en una sonrisa.

—¿No es obvio? Porque ella intentaba emascular a todos los hombres de este país con su filosofía feminista y su cruzada contra la llamada masculinidad tóxica. Quiere que todos los niños sean criados por mujeres y eunucos. Que acepten a los maricones y su ridícula idea de cambiar de sexo y vivir como mujeres. Le hice un favor al mundo al eliminar a alguien así —dijo Brad, con frialdad y precisión—. ¿Cuánto cree que sobrevivirá la raza humana si gente como ella es la vanguardia intelectual de nuestra sociedad? Ya tenemos una generación de chicos que crecen pensando que está bien renunciar a su masculinidad. Convertirse en mujeres o ser gobernados por ellas. Solo hay que mirar en qué se ha convertido la sociedad. Basta con que un hombre mire a una mujer para que lo acusen de acoso. Si le habla, es agresión. Si la toca, es violación. Yo di un golpe en defensa de la masculinidad.

—¿Esa es la filosofía de su Hermandad Alfa? —preguntó Mac.

—Lo es. No al principio. Al comienzo era solo una forma de sobrevivir. Pero cuando me di cuenta de cuántos hombres la aceptaban, cuántos estaban desesperados por liberarse del yugo femenino, decidí adoptarla por completo. Explorarla como una filosofía. No es un crimen.

—No lo es —admitió Mac—. Estoy seguro de que su padre y su abuelo habrían aprobado que iniciara un movimiento político.

Brad se recostó, con las manos en el regazo, y una expresión evaluadora en el rostro.

—Oh, sí, sin duda lo habrían hecho. Me enseñaron a entender que soy un individuo soberano. Nací en una élite. No nos regimos por las mismas reglas que el resto de ustedes. Mi padre era un Alfa, aunque no tuviera el vocabulario para expresarlo. Se negó a ser encadenado por una mujer. Se casó con mi madre, pero no se limitó a ella. No obedeció ningún voto absurdo diseñado para empoderar a la esposa y emascular al esposo. Eligió a sus parejas cuando quiso. Yo he vivido mi vida del mismo modo.

—No debe ser una gran imagen para una carrera política, sin embargo —observó Kai.

—A cualquier vaquilla que se atreviera a hablar, la sobornaban. Somos soberanos, ¿entiende?

Brad se estaba entusiasmando con su discurso y Mac notó que estaba disfrutando al explayarse. Se inclinaba hacia adelante, subrayando sus palabras con golpes en la mesa.

—Está siendo acusado de intento de asesinato... —dijo Kai tras una señal de Mac.

—Bien —dijo Brad, frustrado por no haber podido seguir con su monólogo.

—...y de lesiones corporales graves por la agresión al asistente personal de la señorita Croker, un tal Paul Reisman.

—Sí —dijo Brad, aburrido.

—Mi jefe quiere que le cargue también a usted a Michael Gaines, Zoe Phillips y Vicky McCourt —dijo Mac.

Brad se echó a reír.

—Seguro que sí. O, espere un momento, ¿es en realidad usted quien quiere hacer eso? Perdón, inspector jefe. Admitiré lo que hice porque no lo considero un crimen. Pero no admitiré nada más.

—Una cooperación total podría reducir su condena —dijo Mac, especulativo.

—¿Y qué? —se jactó Brad—. Me mandan a prisión, donde todavía hay docenas de alfas esperando para darme la bienvenida. Soy un rey en ese lugar. Mándenme a otra prisión y en un año estaré dirigiéndola. Y saldré en cinco años por buena conducta, gracias a gente como Michael Fielding.

—Sí, tiene razón —dijo Mac—. Cometí el error de considerarlo responsable de esos tres asesinatos, debo admitirlo. Especialmente cuando encontramos ese anillo en su bolsillo. El mismo anillo que faltaba del cuerpo de Michael Gaines.

—Me gustan los anillos de sello y ese era mío. Lo encontré en la calle. Demuéstrelo —dijo Brad.

—No me molestaré —respondió Mac—. Puedo ver que no fue usted. No después de anoche.

Brad se recostó, con el ceño fruncido. Empezó a hablar, pero se detuvo.

—Jefe, podemos hacerlo valer —dijo Kai en voz baja—. Piense cómo se verá eso. Tres asesinatos y un intento de cuarto. Vamos.

—¿Exactamente qué pasó anoche que le hace pensar que no pude haber cometido los tres primeros? —dijo Brad tras un momento.

Mac resopló y vio el destello de molestia en el rostro de Brad.

—Los otros asesinatos se llevaron a cabo con una planificación meticulosa. Las víctimas fueron asesinadas en un lugar y trasladadas a otro para crear una especie de escenario. Se retiraba un objeto como trofeo. Claramente usted no había vigilado a Amanda Croker como lo hizo el asesino de Michael Gaines. Apareció cuando había un hombre en la casa capaz de defenderla y tuvo que pelear con él. Luego lo interrumpieron. Ella se defendió. Supongo que le pusieron la antitetánica por esa mordida —señaló el vendaje en la mano izquierda de Brad—. Para ser franco, fue como una función de aficionados. No había forma de que pudiera sacarla de esa casa y meterla en su furgoneta sin que lo vieran. No hubo planificación alguna, pero puedo ver lo que intentaba hacer. Quería que pareciera obra del asesino de Zoe Phillips, Vicky McCourt y Michael Gaines. Quería el prestigio. Pero, Brad, usted no es él. No es lo bastante inteligente. Tampoco creo que Ashleigh Fenton ni Clio Wray sean asesinos. Creo que lo hemos perdido. Era listo, ¿sabe?, muy listo. Muy superior a cualquier cosa que usted pueda hacer. No sabremos quién fue. Ya se fue. Como el Destripador.

Brad se veía cada vez más incómodo, se movía en su asiento y se mordía el labio. Mac podía ver la rabia burbujeando por dentro. Una rabia que luchaba por contener. Mac deslizó una hoja de papel por la mesa hacia Brad.

—Esta es la declaración que escribió anoche. Léala de nuevo y, si está de acuerdo, fírmela, fechela y terminamos. Será entregado a la oficina del Procurador Fiscal para su procesamiento —dijo Mac, echando un vistazo a su reloj.

—¿Eso es todo? —dijo Brad, con tono de sorpresa.

—Caso claro y cerrado, colega —dijo Kai, girando en su asiento para apoyarse en la mesa con un codo. Era la imagen misma de un policía desgastado y aburrido. Incluso se mordía las uñas.

—Vamos, Brad. No perdamos el tiempo. Va a tener tus quince minutos por esto, atacar a una abogada tan conocida. Va a estar por todas las redes sociales un rato. Yo tengo una pila de casos más larga que una canción de Leonard Cohen.

Kai resopló. Mac había escuchado ese chiste en un programa de televisión y le había gustado bastante.

—No soy una moda pasajera. No soy una celebridad desechable de reality show —gruñó Brad.

—Sí lo es, compa —dijo Kai, soltando la palabra con C, que Mac creía que provocaría a un snob como Brad—. Mañana será igual que los exhibicionistas y los tocones de niños. Moriarty, no eres.

Mac miró a Kai y él se encogió de hombros.

—Mi ex tenía una obsesión con Benedict Cumberbatch. Me hizo ver toda la serie.

Mac sonrió y, de repente, Brad dio un manotazo a la mesa.

—¡Basta! ¡Cómo se atreven a burlarse de mí! ¡No están siendo justos! ¡Esto no es justo! He trabajado mucho...

Mac lo miró y él se fue apagando, desviando la mirada.

—¿Qué no es justo, Brad? Le hemos pillado con las manos en la masa. Incluso renunció a su derecho a un abogado. Pensé que quería declararse culpable.

—¡No es justo que desprecie mi trabajo! ¡No voy a ser descartado! ¡No voy a ser olvidado!

—Sí, lo será. Ya estamos aburridos —dijo Kai.

—Esta mañana me cayó un caso de violación en el escritorio. Solo quiero librarme de usted, amigo —dijo Mac, con un tono cansado—. Firme de una vez el maldito papel para poder mandarlo lejos, ¿eh?

—¡No! —Brad se puso de pie y Kai lo imitó en un abrir y cerrar de ojos. Mac permaneció sentado.

Brad estaba enrojecido, con los ojos muy abiertos y respirando con dificultad. Cada bocanada de aire dejaba ver sus dientes.

—Maté a Zoe Phillips. La apuñalé en la parte trasera de mi furgoneta, que había forrado con una tienda forense especial diseñada por mí. La saqué de la calle. Era otra mujer bocazas que estaba construyendo su carrera a base de menospreciar y emascular a los hombres. Incluso trataba a su propio novio como basura. Como si pudiera tener a cualquier hombre comiendo de su mano. Si hubiera vivido, habría sido otra política más aplastando los derechos de los machos alfa soberanos. Marqué su rostro con las áreas que debía mejorar.

—¿Cómo la llevó hasta Arthur's Seat sin que nadie lo viera? —preguntó Kai.

—Una mochila especial. Otra vez, diseñada por mí. Mi Hermandad Alfa montó guardia y ya habíamos revisado las cámaras. Es fácil evitarlas si sabes dónde están.

—¿Y Vicky McCourt? —preguntó Mac.

—Ese fue el pago para Ash. Quería ver si el ADN por sí solo era suficiente para convencer a la policía. La maté para que él me diera un cabello que pudiera plantar en Zoe. Y funcionó. Así que seguí adelante y maté a Michael Gaines. Ese maricón estaba feliz de renunciar a su hombría. ¡Quería ser una mujer y se pasó la vida haciendo campaña por más derechos para otros maricones como él! ¡Quería convertir a una generación de chicos en mujeres! —rugió Brad—. Había que acabar con su miseria. Tenía una muestra del ADN de Clio Wray de los paquetes que ella enviaba. Una escama de piel que encontré bajo una cinta adhesiva. Un cabello bajo otro pedazo. Me acerqué a su hija en línea y robé su auto y lo estampé contra el de él. Por si el ADN no era suficiente por sí solo. Sabía que era amiga suya por la dulce Maia. La estúpida pequeña...

Brad soltó una maldición, insultando a Maia con una palabra que hizo que Mac se pusiera de pie y rodeara la mesa hasta que Kai intervino. El joven oficial era un muro sólido e inamovible.

—Tranquilo, jefe —susurró, apenas audible—. No se le ocurra arruinarlo ahora.

—¿Por qué esperar hasta la mañana para sacar el cuerpo de Michael Gaines de su casa? Sabemos que lo mataron antes —dijo

Mac, apretando los puños y alejándose. Kai tenía razón. Estaban tan cerca que no podía echarlo todo a perder ahora.

—¿Me creería si le dijera que me quedé dormido? Por suerte ya lo había metido en el auto antes. Pero Amanda Croker habría sido la guinda del pastel. Una señal para todos los castradores y odiadores de hombres allá afuera. Una señal de que ninguno está a salvo. ¡Ninguno! De la retribución del Alfa. Y yo habría seguido y seguido. ¡Y ustedes, pobres imbéciles, habrían seguido arrestando a las personas equivocadas, metiéndolas en la cárcel por nada!

—Brad se reía ahora, con los dedos entrelazados sobre la cabeza y el rostro radiante. Los ojos brillaban con el fulgor desquiciado de un fanático.

—¿Y los trofeos? —preguntó Kai.

Brad lo miró y esbozó una sonrisa burlona.

—Nunca los encontrarán. Son míos.

—Claro que sí —dijo Kai—. Vamos a dismantelar cada lugar en el que haya estado, empezando por el Retiro del Nuevo Pacto. No es que importe, pero no nos gustan los cabos sueltos.

—Lo tenía —dijo Mac, volviendo a sentarse.

—No tenía nada. Si no hubiera ido al retiro, no estaría ni un paso más cerca de lo que estaba antes —se jactó Brad—. Tuvo suerte.

Kai se sentó.

—La próxima vez, me salgo de la sala y enfrenta la furia de mi jefe usted solito. Siéntese —le dijo a Brad.

Brad esbozó una sonrisa y tomó asiento. Mac carraspeó.

—Tuve suerte, sí, pero Amanda Croker habría sido su última víctima de todos modos —dijo Mac.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué? Me intriga —dijo Brad.

—Habríamos sabido que Derek Tonford no la mató, que su ADN fue plantado —dijo Mac.

—¿Cómo? —dijo Brad, apoyando las manos sobre la mesa y echándose hacia adelante con una expresión de desprecio.

—Porque Derek Tonford, el vecino de al lado de Amanda Croker, con quien mantenía una disputa larga y amarga, murió. La semana pasada —dijo Mac.

Brad se quedó mirando. El desprecio se desvaneció de su rostro y la boca se le abrió. Se recostó en la silla, mirando hacia abajo.

—Tuvo un infarto en casa. Su hijo lo encontró muerto al día siguiente. Obviamente, esto fue después de que usted recogiera un paquete que él estaba enviando y extrajera su ADN. Era un tren en miniatura que estaba vendiendo en un sitio de subastas, por si le interesa. Como dije. Un aficionado —dijo Mac.

Capítulo Treinta Y Cuatro

Los edificios de viviendas de finales de la época victoriana en Leslie Crescent formaban un cañón coronado de azul. El aire estaba frío, pero la llovizna y la nieve ocasional de febrero daban paso a marzo y al inicio de la primavera. Mac aún vestía el uniforme de su trabajo y permanecía de pie con las manos en los bolsillos del pantalón, mirando hacia el edificio donde vivían Mel y Cazzy Barland. Clio salió del asiento del pasajero.

—Último piso —dijo Mac—. Sin ascensor.

—Solo apóyate en mí —dijo Clio con una sonrisa.

—No bromeo. Ya he bajado dos tramos de escaleras de espaldas. La segunda vez, con una mujer con sobrepeso sobre mí.

—No quiero saber en qué te entretienes en tu tiempo libre, Mac —rio Clio.

Brad había escrito guerra y paz, su declaración se había convertido en un manifiesto para su enloquecida filosofía. Un chico criado en el privilegio, con fechorías encubiertas por unos padres adinerados deseosos de no ver perjudicada su posición política y social. Mac sospechaba que Vicky McCourt no había sido la primera mujer que Brad había matado. Ciertamente no había sido la primera a la que había hecho daño. Había novias a las que les habían pagado para que guardaran silencio. Prostitutas cuyos nombres él ya

había olvidado. Cuerpos desechados por hombres con poder y prestigio que querían protegerse de la mancha de su oscuridad. Una vez que se desató, Brad no quiso detenerse. Los cargos contra Clio habían sido retirados. Era probable que Ashleigh Fenton fuera acusado de encubrimiento, complicidad y obstrucción a la justicia; dependería del Procurador Fiscal determinar cuánto había sido coaccionado por Brad. Pero tenía a los abogados de Fielding trabajando en su favor, esperando una sentencia suspendida y rehabilitación en el Nuevo Pacto. Ya estaba cooperando plenamente con la policía. El Procurador Fiscal estaba furioso, especialmente muy enojado con laInspectora Jefa Akhtar y el Subjefe Mayhew. A Mac no le importaba. Ni siquiera estaba seguro de querer seguir siendo policía. Estaba harto de la corrupción. Y de la política.

Clio le pasó un brazo por la cintura y le dio un abrazo que le hizo fruncir el ceño.

—Perdón. Ya se me olvidó. Prepárate. Maia va a querer estrujarte.

—Sonreiré y lo aguantaré —dijo Mac.

Él encabezó la subida por los escalones hasta la puerta principal limpia, con un pomo de latón reluciente. Los nombres sobre los botones del portero automático estaban escritos a mano, cada trozo de papel decorado de forma individual. Era una calle agradable en una zona moderna de la ciudad, Stockbridge. Tenía un aire urbano, lo que hacía que Mac se sintiera como en casa, pero sin la opresiva desesperanza de lugares como Liberton o Craighall. Maia respondió al timbre.

—¿Hola?

—¡Policía! ¡Abra! —dijo Mac.

Maia chilló:

—¡Tío Callum! ¿Está mamá contigo?

—¡Hola, cariño! ¡Estoy aquí!

El sonido del timbre y el clic de la puerta al abrirse casi quedaron ahogados por el grito de alegría de Maia. Clio pasó delante de Mac y comenzó a subir los escalones de piedra. Estaban desgastados en el centro por cien años de pisadas. La barandilla era de hierro forjado y estaba pintada con los colores del arcoíris. Había bicicletas

encadenadas bajo el hueco de la escalera y un raspador de botas frente a uno de los pisos de la planta baja. Mac la siguió más despacio, escuchando cómo madre e hija se saludaban más arriba. Al doblar una esquina, Clio abrazaba con fuerza a Maia en un rellano. Cuando Maia vio a Mac, se soltó y bajó corriendo hacia él. Por tercera vez en tres días, Mac fue embestido en una escalera. Esta vez resistió el embate, abrazando a la niña con fuerza. Ella lloraba y Mac sintió un nudo en la garganta. Parpadeó varias veces, sin querer que Mel bajara y lo viera haciendo el ridículo.

—Gracias —murmuró Maia contra su hombro.

Mac solo sonrió y asintió. Clio bajó las escaleras y rodeó con los brazos a Mac y a Maia. Los tres se quedaron así durante un buen rato.

Siguiente en la serie El inspector jefe McNeill



vinci-books.com/lamanodellobo

Un cazador silencioso emerge de las sombras.

Pasa la página para obtener una vista previa gratuita...

La mano del lobo: Prólogo

El cazador se movía en silencio, cada paso cuidadoso y calculado, dejando apenas rastro sobre la tierra crujiente bajo sus pies. El aire estaba impregnado del aroma de agujas verdes y del almizcle terroso del suelo húmedo. Allí, los árboles se alzaban como centinelas antiguos, sus ramas entrelazadas formaban un dosel impenetrable sobre su cabeza. No permitían competencia y reducían la luz solar que se filtraba entre sus ramas tejidas a casi nada. En ese reino de sombras y luz tenue, los árboles dictaban las reglas de la supervivencia, sofocando las ambiciones de cualquier matorral lo bastante atrevido como para disputar un lugar bajo su dominio. Al mediodía, el bosque estaba oscuro. En algunos lugares, el suelo era marrón, donde la nieve no había logrado penetrar el techo forestal. El cazador se movía con deliberación, bajo la cobertura de los árboles. Llevaba camuflaje y una máscara que cubría la parte inferior de su rostro. Unos ojos oscuros y decididos observaban a través de las hileras sombrías de árboles. Apenas parpadeó al alzar el rifle hasta su hombro y mirar por la mira montada sobre el cañón. A cien yardas delante, ligeramente más abajo, había una mujer. Cabello largo y rubio recogido, rostro bonito y redondeado. Un rostro hermoso. Por un momento, se detuvo en sus rasgos perfectos, magnificados.

Gareth Bellamy sonrió, siguiéndola con la mira mientras ella se movía. Annika Eklund era delgada, de ojos azules y con pechos firmes que mostraba con jerséis ajustados siempre que podía. Gareth le había pedido salir en la primera semana desde que llegó a la Reserva de Vida Silvestre de Kingussie, como experto en lobos y gatos salvajes. Gareth era exmilitar, adiestrador de perros y tirador experto. No esperaba encontrar un trabajo que le permitiera usar ambas habilidades cuando volvió a la vida civil y regresó a Inverness. Entonces surgió el puesto en Kingussie, marcando animales que vivían en la reserva para poder rastrearlos. Y un mes de entrenamiento con una sueca espectacular sobre los hábitos de los animales que iba a rastrear.

Ella había sido la que disparó primero. Gareth se había estrellado con una sola palabra. Lesbiana. Ahora la tenía en la mira y ella no se percataba de su escrutinio. No le tomaría ni un segundo. Ella no sabría nada. La mira descendió un poco, dándole una vista ampliada de su torso. La ropa de invierno que llevaba cubría bien ese cuerpo. Gareth suspiró y volvió a observar su rostro. Un destello blanco en la periferia de su visión apareció al mismo tiempo que Annika alzaba un walkie-talkie.

—Alpha, cien yardas adelante, pasando un árbol caído, subiendo la colina. ¿La ves?

Los ojos expertos de Gareth se dirigieron al destello blanco, y vio al lobo. Hora de trabajar. Estaba allí porque los veterinarios de la Reserva de Kingussie necesitaban con urgencia examinar a uno de sus ejemplares. Un animal que no se dejaría atrapar fácilmente. Subía por la pendiente, de frente a él. Cabeza levantada, olfateando el aire. Gareth no tenía dudas de que sabía dónde estaba él, y también Annika, aunque ambos llevaban un aroma fuerte para enmascarar su olor humano. El veterinario, Colin McCauley, debía estar al pie de la colina y otro tirador a cincuenta metros a la derecha de Gareth, en la cima de la loma. El lobo estaba entrando en un círculo formado por las cuatro personas. Gareth alcanzó el walkie-talkie sujeto al hombro de su chaqueta y habló en voz baja.

—Aquí Gaz. Tengo visual. Veo a Annika y... te veo a ti también, Taz. Colin, no te veo, así que mantén la cabeza agachada.

—Recibido, Gaz. No tengo un disparo claro —respondió Taz.

—Tengo el tiro —dijo Gareth.

Todo el intercambio había ocurrido sin que el lobo saliera de su campo de visión. Su dedo aplicó una presión suave al gatillo mientras el animal giraba, ofreciéndole un blanco de perfil. Ajustó la puntería y exhaló lentamente; luego contuvo el aliento.

Apretó el gatillo. El arma emitió un leve chasquido, y un segundo después, un destello verde brillante apareció en el costado del lobo cuando el dardo dio en el blanco. El animal salió disparado, pasando de la quietud a la carrera total en un instante. Con apenas dos zancadas, la reacción de lucha o huida había acelerado su ritmo cardíaco, lo que hizo que el tranquilizante se distribuyera aún más rápido por su sistema. Tropezó. Se enderezó. Intentó correr de nuevo. Cayó.

—Alpha está abajo —dijo Annika—. Llémosla de vuelta al Land Rover antes de que llegue el resto de la manada.

—Llegamos justo a tiempo. Su estómago está bastante distendido. Tiene algún tipo de infección —dijo Annika.

Ella y Colin estaban de regreso en el laboratorio, con la loba sedada sobre la mesa frente a ellos.

—Pensé que podría ser una torsión, pero está demasiado arriba. Definitivamente es del tracto gastrointestinal superior, no del inferior —respondió Colin, examinando con más detalle el sistema digestivo.

Estaban de pie junto a la figura dormida de la loba gris euroasiática. Parecía un perro, pero con toda la domesticación que la humanidad había inculcado en los perros eliminada. Lo que quedaba era una forma majestuosa y delgada, cubierta de músculos, con un rostro que podía mirar fijamente a un hombre con ojos azul hielo. Incluso bajo el espeso pelaje, la distensión del estómago era evidente.

—Tiene algo duro —dijo Colin—. Podría ser un absceso que se ha formado alrededor de lo que sea que haya dentro.

Era calvo, usaba gafas y tenía un abdomen que estiraba la bata plástica desechable que llevaba puesta. Sus ojos marrones miraron el monitor que mostraba los signos vitales del lobo, extrayendo la información clave de los números que parpadeaban.

—¿Rayos X?—sugirió Annika.

—Sí —respondió Colin—. Tuvimos suerte de que nuestro chico del ejército no le diera en el estómago. El shock por tanto dolor podría haberla matado.

—Tiene muy buena puntería —dijo Annika—. No creo que Taz hubiera podido alcanzarla desde esa distancia. Algo a su favor.

—¿Alguna otra cualidad positiva? —preguntó Colin, mirando por encima de sus gafas.

Annika sonrió.

—¿Y si nos concentramos en el trabajo? No salgo con gente del trabajo. Ya te lo dije.

—Claro. Solo comprobaba —respondió Colin.

—Estoy segura de que tu esposo apreciaría tu interés en mi vida amorosa —dijo Annika, cruzando la clínica hacia un armario cerrado con llave donde estaba la máquina de rayos X portátil.

—Solo me preocupo por ti —dijo Colin, mientras soltaba los frenos de las ruedas de la mesa metálica donde yacía el lobo.

Empujó la mesa hasta el centro de la sala, orientándola para que el estómago del animal quedara accesible a la máquina de imágenes.

—He pasado mi carrera rodeada de depredadores peligrosos. Gareth ni se le acerca —dijo Annika—. Es un niño.

—Lo es, sí —asintió Colin—. Un Ned, como diríamos en Escocia.

—¿Ned?

—Se traduce como un No Educado Delincuente. Probablemente directo al ejército a los dieciséis —dijo Colin—. Bien. ¿Cómo va eso?

Annika encendió un monitor conectado a la máquina de rayos X e hizo algunos ajustes. Colin colocó las pantallas sobre las partes del lobo que querían proteger. No era valiosa solo por ser una criatura viva. Era la hembra alfa de la única manada de lobos de Kingussie. Y la manada formaba parte de un proyecto global para reintroducir al lobo gris euroasiático en Europa. Las Tierras Altas de Escocia eran una de las zonas elegidas para el programa, con el argumento de que, si no funcionaba, los lobos quedarían confinados a una isla y sería más fácil recapturarlos. Colin esperaba desesperadamente que no fuera necesario. Los medios y los agricultores, incluso tan lejos

como en Sussex, estaban indignados con el proyecto. Eran ignorantes. Y Colin no odiaba nada más que eso.

Completaron la preparación de los rayos X con precisión experta. Colin salió de la sala mientras Annika tomaba las imágenes. Más allá de la clínica había un pasillo con mapas de la reserva de Kingussie e ilustraciones en corte transversal de la anatomía del lobo. Una zona de descanso al fondo del pasillo albergaba a Gaz y Taz, como les gustaba que los llamaran. Dos jóvenes contratados más por su puntería que por sus conocimientos veterinarios. Gaz alzó una taza de café en señal de saludo, con su cabello y barba color castaño rojizo y una sonrisa juvenil. Taz estaba en su teléfono, con su expresión naturalmente ansiosa bien marcada y las cejas negras fruncidas. Colin asintió a Gaz y entró en la sala contigua a la clínica, donde un portátil mostraría los resultados digitalizados de los rayos X. Colin se sentó en una silla giratoria y la rodó por el suelo de linóleo hasta el portátil.

Oyó a alguien venir por el pasillo y no necesitó mirar para saber que Gaz se había detenido en la puerta.

—¿Cómo está el objetivo? —preguntó.

—Durmiendo como un bebé —dijo Colin—. Estoy esperando a que aparezcan los resultados de los rayos X.

—Con permiso, Gareth —dijo Annika.

Gaz entró en la sala, pero no lo suficiente como para que Annika no tuviera que pasar apretada junto a él. Taz apareció detrás y tiró de Gaz por la manga para sacarlo completamente del camino. Gaz soltó una risita. Annika apoyó una mano en el respaldo de la silla de Colin y la otra en el escritorio, e ignoró al tirador. Colin no sabía cómo lo hacía. Hizo clic en el software traductor de rayos X y esperaron mientras procesaba las imágenes transmitidas digitalmente desde la máquina de al lado. Aparecieron en la pantalla en blanco y negro. Los ojos de Colin se dirigieron al área del bulto, pero Annika lo vio primero.

—*Vad Fan!* —exclamó, recurriendo por un momento a su lengua materna—. ¿Qué demonios es eso? —dijo, señalando.

Colin sintió que el estómago se le encogía y que se le erizaban los vellos de la nuca. Gaz había entrado en la sala y soltó una

maldición, haciéndolo sobresaltarse. Colin miró fijamente la imagen en la pantalla, al objeto extraño en el estómago de la loba que le había estado causando dolor, llevándola a la atención del equipo veterinario del que él formaba parte. Un objeto cuya presencia podía significar el fin del proyecto. Se humedeció los labios con la lengua; tenía la boca seca.

—Tenemos que llamar a la policía —dijo—. Ahora.

La mano del lobo: Capítulo Uno

Mac observaba el muelle a través de una llovizna constante. Los limpiaparabrisas producían un sonido metronómico al barrer. La lluvia repiqueteaba suavemente. Mac sentía dentro de sí la tensión que precedía a un ataque de pánico en toda regla. Respiró hondo, cuidando de no delatarse ante su acompañante. Repitió para sí el mantra que había ideado durante sus sesiones con su nuevo psiquiatra. No el doctor Siddhu, el psicólogo policial al que debía acudir por mandato tras un incidente traumático. Mac no confiaba en nadie contratado por la Policía de Escocia. No confiaba en que no lo suspendieran o lo jubilaran si decía algo inapropiado.

Como: «Una vez casi maté a un hombre a golpes». Ese era el recuerdo que siempre le provocaba la lluvia. A veces lo dejaba ansioso y tenso, propenso a desquitarse con un subordinado. Otras veces, lo paralizaba. Ahora se repetía que el pasado ya no existía y no podía ser tocado. Ni él podía ser tocado por él. Un recuerdo era una colección de impresiones sensoriales. Imágenes. Sonidos. Olores. Todos impotentes ante el abismo del tiempo. Skye había sido hacía mucho. Mark Souter había sido hacía mucho. Iona había sido hacía mucho. Mac estaba presente. Las gotas de lluvia que se deslizaban por la ventana del coche estaban presentes. El *aftershave*

de Kai Stuart estaba presente. El hombre que acababa de salir del café grasiento al final de la calle estaba presente.

—Jefe —dijo Kai, innecesariamente.

—Lo veo. Vamos —respondió Mac.

Kai salió del coche al mismo paso que su jefe. Ambos llevaban abrigos largos y oscuros. Ambos vestían trajes sencillos y oscuros. Para Mac, era una elección simple que hacía irrelevante la elección de vestuario. Para Kai, probablemente era una imitación de su jefe. Ignorando la lluvia, Mac desabrochó su abrigo y metió las manos en los bolsillos. Echó a andar, con Kai siguiéndolo un paso detrás y a la izquierda. Delante de ellos, un hombre alto y delgado, de mejillas enjutas y ojos hundidos, abría un paraguas de golf. Lo sostenía sobre la puerta del café, que se abrió para otro hombre. Era de estatura media, con el pelo blanco y el rostro surcado de arrugas. Había una mueca en su rostro que, al mirarla más de cerca, resultó ser una cicatriz que le tiraba la comisura izquierda de la boca hacia arriba. El hombre vestía un traje que le colgaba suelto, como si hubiera perdido peso recientemente por una enfermedad. Un cuello flaco con una gran nuez sobresalía del cuello de la camisa, abotonado y con corbata. Sacó un cigarrillo del bolsillo interior del abrigo que llevaba puesto y el hombre a su lado sacó de inmediato un encendedor dorado y lo encendió con una mano.

Mac ignoró los charcos que salpicaba al avanzar decidido, sin apartar la vista del hombre que tenía delante. En la periferia de su visión, vio movimiento; asumió que habría múltiples guardaespaldas ubicados alrededor del lugar designado para la reunión. Otro destello de movimiento le indicó que Kai estaba mirando a su alrededor, registrando el círculo de matones en el que los dos policías estaban entrando. Mac sonrió al detenerse a unos cuatro metros del hombre que fumaba.

—Hance —saludó con naturalidad.

—¿Un cigarro, inspector jefe? —ofreció Hance Allen, tendiéndole el paquete.

—Gracias —respondió Mac, se acercó y tomó uno.

Era una marca barata, tan barata como podían ser los cigarrillos hoy en día. El traje que llevaba Hance Allen mostraba señales de

desgaste, y sus zapatos eran del tipo resistente que compraban los ancianos por sus suelas antideslizantes en los inviernos helados. Era un gánster adinerado que aún se vestía como si fuera un don nadie sin un centavo de Drumchapel. Fuera cuando fuera eso. Le ofreció fuego y Mac dio una calada, la primera en mucho tiempo. Tenía el mismo paquete guardado en un cajón de su escritorio desde hacía más de un año.

—¿Usted fuma, sargento detective Stuart? —preguntó Allen con amabilidad, ofreciéndole el paquete a Kai.

—No —dijo Kai con sequedad.

Mac observó a Allen a través de una nube de humo azul que salía de ambos. Allen le devolvió la mirada. Estaba presumiendo de tener fuentes de información dentro de la policía, cerca del equipo de Mac. Sabía que a Kai lo habían ascendido hacía unos meses.

—¿Y qué tal le va a la sargento Yun con su nueva jefa? —preguntó Allen.

—Estás exagerando un poco, ¿no crees, Hance? —dijo Mac, sacudiendo la colilla y dejando que una brasa encendida muriera sobre el cemento mojado.

—¿Sí? Solo me intereso por mis amigos, Mac. Eso es todo. Nada siniestro.

—Lo entiendo. Tienes polis en el bolsillo. Sabes cómo tomo el café y a qué hora llegué a la oficina esta mañana. Sigamos con esto.

—Tú pediste esta reunión. No yo —dijo Allen con un toque de frialdad en la voz.

—Así es. Y aceptaste porque sabías que te convenía —respondió Mac con la misma dureza.

—Está bien, amigo. Vamos al grano, ¿sí? No es la primera vez.

Mac soltó una carcajada. La última vez que había hablado con Hance Allen fue cuando uno de sus distribuidores encontró el cadáver de un cliente. Allen había estado al teléfono con un abogado para asegurarse de que su empleado supiera qué decir y qué no. Y no había podido resistirse a lanzar pequeñas pullas insinuando que Mac estaba en su bolsillo, tratando de socavarlo frente a su equipo. En esa ocasión, la testigo había sido Nari Yun. Había pedido un traslado a otro inspector jefe en menos de un año. Así que tal vez la

estrategia funcionó. Sin embargo, Mac no tenía ninguna preocupación respecto a Kai. Como si le leyera la mente, Kai soltó una carcajada. Los ojos de Allen se desviaron hacia él por un instante.

—¿Te hace gracia algo, amigo? —dijo en voz baja.

—Tú. Mi jefe no se vende, así que ¿por qué no te largas? —respondió Kai con descarada insolencia.

Mac reprimió una mueca. Hance Allen era del tipo que reaccionaba con crueldad por puro despecho.

—Estamos aquí para hablar contigo sobre Sean Grant y Craig Kelly. Son los chicos de John Lowe, ¿verdad? —dijo Mac.

—No lo sé.

—Empleados —dijo Kai, convirtiendo la pregunta en una afirmación.

—¿Por qué iba a saber a quién contrata John Lowe? —respondió Allen, terminando su cigarrillo y tirándolo a un lado.

—Eran traficantes callejeros conocidos. Craig Kelly abastecía principalmente a estudiantes en el casco antiguo y sus alrededores. Grant estaba más arriba en la cadena, con base en Craigmillar —dijo Kai con naturalidad.

—No lo sabría. No soy un criminal —le dijo Allen—. Mac, ¿vas a hacer callar a tu chico antes de que alguien decida darle un puñetazo en la boca?

—Craigmillar es tu territorio —dijo Mac—. Y Sean Grant era un intruso. A dos de tus chicos les dieron una paliza brutal hace dos semanas en Craigmillar. Y Sean Grant se estaba metiendo en su zona.

Allen suspiró, entrecerrando los ojos hacia el cielo.

—No recuerdo la última vez que tuvimos una buena nevada. Me gusta el clima frío. Me gusta la nieve. Pero no soporto esta lluvia. Es lo único que tenemos últimamente.

—Hance, tenemos dos asesinatos de traficantes conocidos y, antes de eso, una serie de ataques a asociados tuyos. Esto empieza a parecer una guerra entre tú y John Lowe. Mi jefe quería que me acercara a ti así, de manera extraoficial, para intentar evitar que escale. Te estoy haciendo un favor —dijo Mac con sinceridad.

Allen lo miró entornando los ojos, frunció los labios y escupió. Cayó a un centímetro de los zapatos de Mac.

—Dirijo una empresa de transporte, Mac. Mi padre la levantó. Escuché lo de Grant y Kelly. Escuché que tuvieron una muerte horrible. Si tuviera un problema con alguien, por ejemplo que sabotear mis camiones, no haría lo que les hicieron a ellos. Toda esa tortura. No es la forma en que un hombre hace negocios.

Mac tiró su propio cigarrillo y se pasó una mano por el cabello, apartándoselo de la cara.

—Murieron de la forma más brutal posible. Como si alguien quisiera enviarle un mensaje a John Lowe —dijo Mac.

—No tengo nada que decirle a ese tipo —respondió Allen.

—Si no te gustó que mandara a su gente a tu territorio, querrías mandar un mensaje —intervino Kai.

—Hijo, cuando seas adulto podrás hablar con los mayores. Hasta entonces, cállate —soltó Allen.

Mac contuvo una sonrisa. Allen estaba controlando su temperamento y Kai le estaba sacando de quicio. Si Allen no hubiera sido responsable de los asesinatos de Craig Kelly y Sean Grant, no estaría tan a la defensiva. Ni siquiera habría aceptado la reunión. Esto era su intento de tantear cuánto sabían los policías y su oportunidad para leerlo a él. Consideró la idea de intentar un arresto. ¿Lo permitiría el círculo de guardaespaldas de Allen? Interferir en una detención sería un comportamiento criminal inequívoco. Y demostraría que Allen tenía algo que ocultar.

—¿Ese es su abogado? —preguntó Mac, señalando al hombre que sostenía el paraguas—. Se ve distinto al tipo que mandó a cuidar de Chaz Pollock aquella vez.

—Es mi primo. Solo está de visita desde Johnstone —dijo Allen.

—¿En serio? Pensé que Davie Stokes era originalmente de Dalkeith —dijo Mac, mirando al hombre, sabiendo exactamente quién era y demostrando a Allen que conocía a sus colaboradores más cercanos.

—Se mudó a Edimburgo cuando tenía quince. Cumplió condena por posesión y lesiones hace tres años. Ganó la lotería cuando salió —dijo Kai, como si leyera una biografía.

Davie Stokes sostenía el paraguas de su jefe y no reaccionó.

—O consiguió dinero de alguna manera. En fin, compró una casa en North Berwick —continuó Kai.

—Bonito —comentó Mac—. ¿Vecino de John-Boy? Tiene tres por esa zona.

Allen frunció el ceño al oír mencionar a su hijo. O tal vez por el conocimiento tan íntimo que esos dos polis claramente tenían sobre su gente y las formas en que escondían su dinero.

—Bonito truco, chicos. Pero esta lluvia me sienta fatal en el pecho. Si ya terminaron, necesito ir al baño —dijo Allen.

—No, no hemos terminado. Tengo dos expedientes de asesinato sobre mi escritorio y tú eres el principal sospechoso —dijo Mac con dureza—. Con los recursos que tengo a mi disposición, puedo hurgar en todo tu negocio si creo que estás involucrado. Descubrir cosas que preferirías mantener ocultas. Creo que esto es demasiado descarado incluso para ti. Te has vuelto precavido con la edad, Hance. Pero por desgracia para ti, a mi jefe le gustas como sospechoso en ambos casos y ve esto como una oportunidad para hacer limpieza...

—¿Ya terminaste? —interrumpió Allen.

Mac dio dos pasos hacia adelante hasta quedar imponente sobre Allen. El sonido de pasos fuertes y pesados los rodeó de pronto. Davie Stokes tenía una mano dentro de la chaqueta, con la mirada fija en Mac. Pero Kai se había movido con su jefe, girando ligeramente para colocarse entre Mac y Stokes.

—Yo no lo haría, amigo —dijo Kai, y Mac supo que estaba sonriendo.

—Ni siquiera he empezado, colega —respondió Mac en voz baja a la pregunta de Allen—. Creo que es una banda joven que quiere impresionarlo. Creo que sabes quiénes fueron los que hicieron esto y que ya los mandaron silenciosamente a España. Te digo que si no los entregas, no será solo Kenny Reid quien te persiga. Vas a tener a Hacienda investigando cuántos impuestos pagas y probablemente una lista de casos sin resolver que querrán achacarle personalmente. Y eso es solo el comienzo. Así que no nos compliques el trabajo, ¿de acuerdo?

Mac pensó por un momento que él y Kai habían ido demasiado lejos. Había muerte en la quietud absoluta del rostro de Hance Allen. Davie Stokes no sacaría el arma de su abrigo antes de que Kai le dislocara el hombro. Pero Mac sabía que había al menos otros cuatro, todos armados. Ese era el riesgo con un gánster como Hance Allen. Se esforzaba por presentarse como un hombre honesto de clase trabajadora que había salido adelante, pero solo podía ser presionado hasta cierto punto antes de explotar. Mac lo miró directamente a los ojos, sin parpadear. La lluvia le corría por la frente y le entraba en los ojos, pero aun así se negó a parpadear. La ansiedad le oprimía tanto el pecho que sentía como si estuviera en una prensa. El estómago lo tenía dolorosamente contraído.

—Lo diré una sola vez. Y lo hago como un favor por lo que hiciste por mi hijo cuando tu jefe quiso incriminarlo. No tuve nada que ver con esos dos. Nada. ¿Si alguien que me conoce lo hizo para impresionarme? Pues quédate tranquilo, Mac, recibirán lo que merecen por traerte hasta mi puerta. Me aseguraré de llamarte cuando haya terminado con ellos por ti.

Mac asintió una vez. El mensaje había sido entregado y Hance Allen lo había recibido. Eso esperaba. Si aparecía un cadáver destrozado y sin identificar, había muchas probabilidades de que Hance Allen se hubiera encargado de los agresores de Mac. No era lo que quería, pero le daba cierto placer haber incomodado a Allen.

—Un gusto hablar contigo, Hance —dijo Mac, dándose la vuelta en seco.

Un muro de hombres con caras de ladrillo se apartó del lugar donde se habían apostado tras él. Kai pasó caminando con aire despreocupado, se puso al lado de su jefe. Soltó una risita mientras volvían a su vehículo. Mac notó que sus hombros se tensaban, esperando una bala por la espalda. Subió al coche. Allen se había ido, sus guardaespaldas también. Cuando Mac giró el Audi, su teléfono vibró en el bolsillo. Abrió el abrigo y Kai lo sacó, respondió la llamada y activó el altavoz.

—McNeill.

—Habla Ben Musa —dijo una voz grave con acento londinense.

—Sí —respondió Mac, conduciendo lentamente de regreso por el muelle.

El asfalto estaba negro y brillante. El cielo y el mar eran grises. El aire estaba brumoso por el aguacero. Mac se limpió la lluvia de la cara.

—Reid me dijo que habías organizado una entrevista con Hance Allen —dijo el inspector jefe Ben Musa—. Esperaba que aún no lo hubieras hecho.

—Recién salgo. ¿Cuál es el problema? —respondió Mac.

—Demarcación —respondió Musa—. Craig Kelly y Sean Grant es de Crimen Organizado ahora. Es mi caso y no quería tus botas del cuarenta y seis metidas en él.

Mac apretó los dientes.

—Así que ahora estás en Crimen Organizado —dijo—. La última vez que supe de ti, estabas en Antiterrorismo.

—Mayhew me convenció. Este caso ahora lo lleva mi equipo.

Mac resistió las ganas de soltar una maldición. El subcomisario Andrew Mayhew no era precisamente su admirador. Se preguntó si esto era una venganza. Mac había desacreditado un caso por el que Mayhew se había llevado públicamente el mérito. Hubo indemnizaciones y rodaron cabezas. No la de Mayhew, por supuesto. No se llega a tener las palabras Comisario Jefe en el título del cargo sin saber cómo aislarse de los escándalos o sin saber cómo lanzar a tus subordinados bajo el primer autobús que pase.

—Bueno, que te aproveche —dijo Mac—. Habla con el inspector Barland...

—Ya lo hice. Voy a asignar a una de mis agentes para que se coordine con tu equipo. Isla McVey. Sé que ya has trabajado bastante en esto. Quiero asegurarme de que no se nos escape nada.

—Sin problema —dijo Mac.

Caso cerrado. La Fuerza de Tareas de Crimen Organizado del inspector jefe Benjamin Musa tenía ahora el caso, una sección dentro de la Unidad de Delitos Graves pero que respondía al subcomisario en lugar del superintendente jefe Kenny Reid. Mac asintió a Kai, que colgó. El teléfono volvió a sonar antes de que

cualquiera de los dos pudiera hablar. Apareció el nombre de Kenny Reid.

—Hoy estoy de moda —murmuró Mac mientras Kai contestaba.

—Mac —la voz de Reid llenó el coche.

—Jefe —respondió Mac.

—Sé que acabas de hablar con Musa. Hizo la llamada desde mi despacho. Cree que te ibas a poner hecho una furia.

Mac se rio.

—Sí, claro.

—No tienes el resto del día libre, si eso es lo que estás pensando. Tengo algo para ti. Prepara una bolsa. Vas a subir a las Highlands, hijo.

Mac miró el teléfono y luego a Kai.

—¿Y para qué diablos tengo que ir allá arriba?

—Me ha llamado un veterinario de Kingussie, cerca de Aviemore. Una radiografía de un lobo mostró un anillo de diamantes en su estómago.

Reid esperó un momento. Mac no hizo la pregunta obvia, sabiendo que había más. Kai no fue tan contenido.

—¿Un anillo, señor? ¿No sería más bien un objeto perdido?

—No, chico —respondió Reid, con evidente regocijo en la voz—. Todavía está unido al dedo.

Tome su copia...

vinci-books.com/lamanodellobo